

—•— La —•—

# TRILOGIA STEAMPUNK

—•—  —•—

**PAUL DI FILIPPO**



Lectulandia

La Trilogía Steampunk, es un magnífico ejemplo de humor extraño e inteligente, todo ello mezclado en una excelente ambientación a caballo entre la era Victoriana, la Fantasía y la Ciencia Ficción.

Paul di Filippo, el autor de *Páginas Perdidas* nos ofrece tres novelas cortas, tres historias desarrolladas a finales del siglo XIX, en una época tan peculiar como atrayente, y por las que desfilan figuras como Emily Dickinson, Walt Whitman, Herman Melville, o la propia Reina Victoria, que se verán envueltos en aventuras más allá de la imaginación.

**Lectulandia**

Paul di Filippo

# **La trilogía steampunk**

ePub r1.0

Titivillus 01.03.2017

Paul di Filippo, 1995  
Traducción: Teresa Giménez Ponce

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

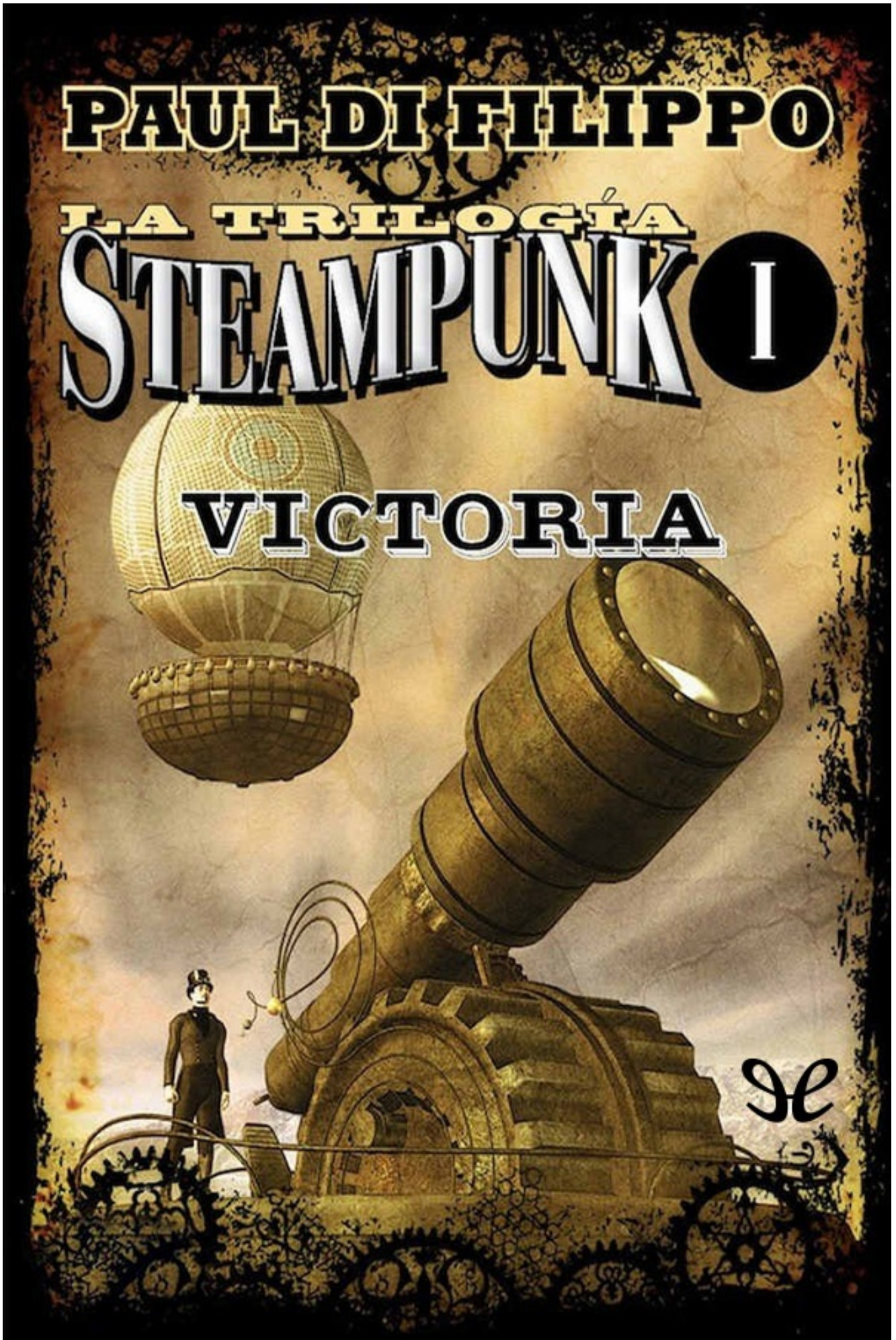


**PAUL DI FILIPPO**

**LA TRILOGIA**

# **STEAMPUNK I**

**VICTORIA**



«Estaba cansada, así que me fui».  
—*La reina Victoria, en su diario personal.*

# 1

## POLÍTICA A MEDIANOCHE

Una barra de cobre bruñido, fijada mediante una mordaza de sujeción, emergía de la esquina del escritorio con patas de garra, que estaba tapizado con el más fino cuero marroquí. A la altura de treinta y ocho centímetros, la barra terminaba en una junta de rotación tridimensional que permitía a una segunda extensión total libertad de movimiento en una esfera casi completa. Una tercera longitud de barra, unida a las dos primeras con una segunda junta, terminaba en una pieza moldeada para acomodar la mano de un escritor: cuatro surcos para los dedos y un hueco para el pulgar. La punta de una pluma estilográfica sobresalía de esta pieza.

Las parpadeantes y silbantes lámparas de gas del acogedor y aislado despacho decorado con cuadros resplandecían a lo largo del artilugio, dotando al mecanismo de un brillo dorado radiante. Detrás de las lujosas cortinas que adornaban las grandes ventanas del despacho podía detectarse un rastro de niebla londinense cargada de cólera, gruesos remolinos enrollándose y rizándose como conspiraciones bizantinas.

El triste y solitario traqueteo de una pareja de caballos que tiraban del último ómnibus nocturno de la línea Wimbledon, Merton y Tooting penetraba atenuado en el despacho, reforzando la sensación de agradable aislamiento del mundo.

Bajo la punta de la pluma, al final del largo brazo de barras, había un panel inclinado. El panel se desplazaba sobre un complejo sistema de raíles dentados montado sobre el escritorio y avanzaba mediante una palanca manual situada a la izquierda. Un rollo de papel sobresalía de unos soportes de hierro fundido en la cabeza del panel. El papel, que descendía por la superficie de escritura, se recogía en un rodillo en la parte baja del panel. Este rodillo también se activaba mediante la palanca manual, en sincronización con el movimiento del panel por todo el escritorio.

En el hueco para las piernas del escritorio había una garrafa de cristal de varios litros llena de tinta, asentada en el suelo. Del tapón de la garrafa salía una manguera de goma india, que ascendía por dentro de la tubería metálica hasta la punta de la pluma. Una bomba activada con el pie extraía la tinta de la botella y la hacía circular por el sistema a una velocidad adecuada.

Encajado en el centro de este elaborado mecanismo de escritura se situaba el ingenioso y excéntrico motor que lo hacía funcionar.

Cosmo Cowperthwait.

Cowperthwait era un joven caballero delgado de aspecto saludable y pelo rubio rojizo, con apenas veinticinco años de edad. Vestía galas que indicaban una situación económica cómoda. Pañuelo de cachemir en el cuello, chaleco bordado y pantalones impecables.

Cowperthwait sacó un reloj grande del bolsillo de su chaleco y ajustó la hora para coincidir con el paso de las 11:45 del ómnibus de Tooting. Devolvió el reloj a su bolsillo y se estiró hacia abajo el corsé de medicina natural que llevaba pegado a la piel. La abultada prenda, con sus numerosas cataplasmas de hierbas cosidas en el interior, tenía tendencia a subirse desde la cintura hasta justo debajo de las axilas.

En ese momento, la cara redonda de Cowperthwait se sumió en una expresión de completa absorción, mientras ponía en orden sus pensamientos antes de transcribirlos. Con la mano derecha cogiendo la pluma por el extremo del largo brazo, la mano izquierda agarrando la manivela y el pie derecho preparado para activar la bomba, Cowperthwait trató de controlar las complejas emociones surgidas tras la última visita a su Victoria.

Por fin parecía haber ordenado sus reflexiones lo suficiente. Bajando la cabeza, se sumergió en la redacción. La manivela giraba, la bomba aspiraba, el panel se desplazaba lentamente como un cangrejo cruzando el escritorio a lo largo de una ruta algebraica que recordaba a la Perla de Sluze; el brazo se balanceaba de un lado a otro, el papel viajaba bajo la pluma y la tinta fluía dando forma a las palabras.

Esta fantástica maquinaria, que Cowperthwait había tenido que inventar él mismo, era la única manera de seguir el habitual ritmo desenfrenado de su febril cerebro de naturalista.

*29 de Mayo, 1838*

*V. parece feliz en su nuevo hogar, al menos por lo que puedo deducir de sus limitados —aunque encantadoramente atractivos— rasgos fisonómicos y vocablos guturales. Madame de Mallet me ha asegurado que no se está abusando de ella, ni en términos de frecuencia de sus visitas masculinas, ni en la naturaleza de las atenciones individuales que solicitan. (Hay otras mujeres de vida alegre allí, con más experiencia y más curtidas que mi pobre V, a las que la vieja De Mallet se preocupa de mandar los clientes más, digamos, exigentes). De hecho, la pobre parece florecer con las atenciones físicas. Sin duda parecía enérgica y alegre cuando he ido a verla hoy, con su epidermis lisa y delicada que parece atraer el tacto fascinado de uno. (Madame de Mallet parece estar siguiendo mis instrucciones al pie de la letra, con respecto a la necesidad de V de mantener su piel continuamente humedecida. Había un vaporizador grande de fabricación francesa a su alcance, que V había aprendido a usar).*

*Tomándole el pulso, quedé de nuevo asombrado con la fragilidad de sus huesos. Cuando me incliné sobre ella, puso la mano en mi frente, con esos dedos largos, flexibles y ligeramente palmeados, y casi desfallezco.*

*Es mejor, lo reconozco, tenerla fuera de la casa. Mejor para ella, y sobre todo, mejor para mí y para el equilibrio de mis nervios, por no mencionar mi constitución física.*



*En cuanto a su dieta, ya hay establecida una relación permanente con una multitud de granujas locales que, por dos peniques cada uno al día, están dispuestos a atrapar los insectos requeridos. También les he enseñado a recoger larvas de la superficie de los muchos charcos pestilentes de agua estancada repartidos por los sectores más pobres de la ciudad. La paga de los chicos procede de los ingresos de V, aunque dejo dicho que, si su clientela llegara alguna vez a disminuir, no habría duda de que me haría cargo de los gastos asociados con su manutención.*

*Resulta vergonzoso que mis experimentos hayan tenido que terminar de esta manera. Obviamente, no tenía forma de saber que los apetitos carnales de la Salamandra demostrarían ser imposibles de restringir y su cerebro incapacitado para la educación. Me siento tremendamente culpable por haber traído a este mundo semejante monstruo de la naturaleza. Mi única esperanza es que su vida no se prolongue demasiado. Aunque, respecto a la esperanza de vida correcta de sus parientes menores, estoy en duda, pues las autoridades difieren considerablemente.*

*¡Santo cielo! Primero el fallecimiento de mis padres, y ahora esto, ambos horribles incidentes consecuencia directa de mis lamentables escarceos con la ciencia. ¿Puede ser que mi sincero deseo de mejorar el destino de la humanidad sea en realidad sólo una especie de arrogancia maldita...?*

Cowperthwait apoyó la cabeza sobre el panel y comenzó a sollozar en silencio. No solía caer en tal autocompasión, pero la hora tardía y los acontecimientos del día se habían combinado para desarmar su severo estoicismo científico habitual.

Su momentánea sumersión en el dolor fue interrumpida por unos golpes apremiantes en la puerta de su despacho.

Cowperthwait cambió de actitud. Se incorporó y respondió a la interrupción con irritación manifiesta.

—Sí, sí, Nails, entra de una vez.

La puerta se abrió y entró el sirviente de Cowperthwait.

Nails McGroaty —americano expatriado de cuya historia personal podría haberse extraído toda una mitología— era el factótum general de la residencia Cowperthwait. Mozo de cuadra, cochero, mayordomo, jardinero, cocinero, guardaespaldas... McGroaty desempeñaba todas estas funciones y más, llevándolas a cabo con admirable conveniencia y utilidad, aunque también de forma bruta.

Cowperthwait observó en la cara de McGroaty mientras permanecía de pie en la puerta una expresión de reverencia inusual. El hombre se acarició nervioso la barba de varios días antes de hablar.

—Tienes visita, ricachón.

—¿A esta hora indecente? ¿Tiene tarjeta?

McGroaty se acercó y le entregó una cartulina.

Cowperthwait no podía creer lo que estaba viendo. La tarjeta anunciaba a William Lamb, segundo vizconde de Melbourne.

El Primer Ministro. Y, si era cierto el escandaloso rumor que corría por toda Londres, el amante de la guapa reina de Inglaterra, de diecinueve años, ascendida al trono el año anterior. En aquel momento concreto, era tal vez el hombre más poderoso del Imperio.

—¿Ha dicho qué quería?

—No.

—Bueno, en nombre de Linneo, no te quedes ahí, hazle pasar.

McGroaty se dispuso a hacerlo. En la puerta, se detuvo.

—He hecho la cena hace un buen rato ya, creyendo que no te sentaría muy bien que te molestasen. Pero te he guardado algo. Es pastel de anguila. No es tan sabroso como lo que podría haber improvisado si hubiera tenido serpiente de cascabel fresca, pero no está nada mal.

Tras esto se fue. Cowperthwait sacudió la cabeza divertido. El hombre apenas estaba civilizado. Pero era fiel como un perro.

En un momento, el vizconde de Melbourne, Primer Ministro de un Imperio que se extendía por casi todo el globo, de Vancouver a Hyderabad, estaba dando la mano a un Cowperthwait desconcertado.

A los cincuenta y nueve años, Melbourne todavía conservaba su deslumbrante atractivo. Entre las numerosas mujeres de cuya compañía disfrutaba, sus ojos y la expresión de su cara eran particularmente admirados. Sus habilidades sociales eran excepcionales, su ingenio singular y mordaz.

A pesar de todas estas virtudes y sus logros mundiales, Melbourne no era un hombre feliz. De hecho, Cowperthwait enseguida percibió la famosa melancolía de Melbourne. Conocía muy bien la causa, al igual que toda Londres.

En contra de los deseos de su familia, Melbourne se había casado con la encantadora, excéntrica y testaruda *lady* Caroline Ponsonby, hija única de *lady* Bessborough. Tras el escándalo público que supuso la pasión no correspondida de la dama por el libertino poeta George Gordon, Lord Byron (a quien irónicamente su propia suegra, Elizabeth Lamb, le había presentado), Melbourne no tuvo más remedio que separarse de ella, a pesar de su legendaria paciencia, tolerancia y capacidad para el perdón. Después de eso, *lady* Caroline se volvió tan irritable que perdió la razón y murió, hacía ya diez años, en 1828. El único hijo de ambos, Augustus, resultó ser corto de mente y murió un año después.

Por si este escándalo reciente no fuera bastante, Melbourne todavía tenía que enfrentarse a los rumores persistentes durante décadas acerca de que su padre no había sido en realidad el primer vizconde de Melbourne y por lo tanto el hijo ostentaba el título sin justificación.

Suficiente tragedia para toda una vida. Y aun así, a Cowperthwait le dio esa impresión, Melbourne estaba al borde de nuevos desastres, tal vez personales, tal vez políticos, tal vez una mezcla de ambos.

—Por favor, Primer Ministro, ¿quiere sentarse?

Melbourne cogió una silla con asiento de fieltro y se sentó cansado.

—Entre nosotros, señor Cowperthwait, con la información que voy a compartir, debe haber la mínima formalidad posible. Por tanto, le ruego que me llame William y yo le llamaré Cosmo. Después de todo, conocía a su padre de manera informal y admiraba sus logros por nuestro país. No es como si fuéramos completos desconocidos, usted y yo, separados por una enorme distancia social.

A Cowperthwait le daba vueltas la cabeza. No tenía ni idea de por qué estaba allí el Primer Ministro, o qué era lo que podía decirle.

—Por supuesto, William. ¿Le apetecería algo de beber?

—Sí, creo que sí.

Cowperthwait aprovechó agradecido la ocasión para levantarse y serenar su ánimo. Se acercó a un tubo acústico que sobresalía de un panel de latón anclado en la pared. Tiró de varios pomos con mango de marfil etiquetados con diferentes habitaciones de la casa hasta que sonó una campana, señalando que había contactado con McGroaty. En la etiqueta del último pomo del que había tirado ponía EXCUSADO.

La voz chillona y distante del sirviente emanó del conducto.

—¿Qué pasa, Coz?

Cowperthwait se mordió la lengua ante esta familiaridad, reprimiendo un reproche justamente merecido.

—¿Serías tan amable de traernos dos cervezas con refresco de jengibre, Nails?

—Ahora subo, jefe.

McGroaty apareció en breve, portando una bandeja con las bebidas. Un mondadientes de hueso asomaba de entre sus labios y llevaba la camisa por fuera del pantalón. Depositó la carga sin ningún cuidado y se marchó.

Tras haber disfrutado de un trago de sus combinados de cerveza y refresco de jengibre, el Primer Ministro comenzó a hablar.

—Tengo entendido, Cosmo, que eres, digamos, el tutor de una criatura conocida como Victoria, que reside actualmente en un burdel regentado por *Madame* de Mallet.

Cowperthwait se atragantó con la bebida y empezó a toser. Melbourne se levantó y le dio unas palmadas en la espalda hasta que se recuperó.

—¿Cómo... cómo ha sabido...?

—Oh, venga, Cosmo, sin duda usted sabe que el De Mallet's es frecuentado por la flor y nata de la sociedad, y que su conexión con la criatura no podría evitar hacerse pública a los pocos días de alojarla allí.

—No estaba informado...

—Debo decirle —continuó Melbourne, frotando un dedo humedecido alrededor del borde del vaso, provocando así un molesto zumbido agudo— que la criatura proporciona una novedosa experiencia sensual. Creía que había experimentado todo lo que el acto de la copulación tiene que ofrecer, pero no estaba preparado para su Victoria. Evidentemente, no soy el único en valorar sus habilidades ajenas al

intelecto.

Solamente en la semana pasada, me he cruzado con muchas figuras notables en el De Mallet's que estaban allí expresamente por sus servicios. Esos escritores de pacotilla, Dickens y Tennyson. Luís Napoleón y el embajador americano. Varios miembros de mi propio gabinete, incluyendo algunos viejos desgraciados a los que creía célibes. ¿Sabía que hasta John Ruskin, ese caballero artista y cerebral, estaba allí? Unos amigos suyos le habían llevado. Era su primera vez, y lograron convencerle de que todas las mujeres eran igual de lampiñas que su Victoria. Pronostico problemas si llegara a casarse.

—No soy responsable de eso...

Melbourne cesó de jugar con su vaso.

—Dígame, ¿qué es ella exactamente?

Sin tener idea de dónde quería ir a parar Melbourne, Cowperthwait se sintió aliviado al ver que le preguntaba por información científica.

—Lo crea o no, William, Victoria es un tritón.

—¿Un tritón? ¿Como una salamandra?

—Algo así. Para ser preciso, una salamandra gigante, *Cryptobranchus alleganiensis*, una especie que habita en el Nuevo Mundo.

—Entiendo que ha sido, esto, considerablemente modificada...

—Por supuesto. En mi trabajo con tritones nativos, he logrado purificar lo que llamo «factor de crecimiento». Se extrae de las glándulas pituitarias, tiroides y endocrinas, con los resultados que ha visto. Decidí aplicarlo a una salamandra gigante, ya que normalmente alcanzan de por sí los cuarenta y cinco centímetros, y logré obtener varias crías gracias a un agente en el extranjero.

—Y sin embargo, parece algo más que un tritón gigantesco. Ya sólo los pechos...

—Sí, su aspecto es el resultado de una combinación de factores de crecimiento humanos y de tritón. Cadáveres recientes...

—Por favor, no siga. Aunque estoy aquí en calidad semiprivada, sigo siendo un representante de la ley.

—Mi intención era poner a prueba la profundidad de su intelecto y averiguar si podía educarla. Al final, resultó ser terriblemente indomable. Como no quería destruirla, no tuve otra elección que el De Mallet's.

—¿Por qué, si me permite preguntárselo, la llamó Victoria? ¿Fue una broma de mal gusto? ¿Es consciente de que al hacerlo puede haber incurrido en un delito de lesa majestad?

Cowperthwait estaba desconcertado.

—No, no, no fue nada de eso. Un parecido casual con la nueva Reina, un deseo de dedicarle mis investigaciones científicas...

Melbourne levantó la mano.

—Le creo. No es necesario que siga.

Durante un instante, se produjo un silencio en el despacho. Después habló



Melbourne, aparentemente sobre un tema que no tenía relación.

—Cuando la Reina subió al trono hace un año, era increíblemente ingenua e inexperta. Aunque no le faltaba inteligencia, su madre, la duquesa de Kent, la había tenido recluida en una atmósfera protectora y represora. ¡Por Dios, sólo hablaba de caballos y ganchillo! Estaba totalmente pegada a las faldas de su confabuladora madre y del amante irlandés de la duquesa, John Conroy.

»Pronto comprendí que, en aquellas condiciones, nunca podría ser la matriarca de nuestra nación. Era mi deber formar su personalidad como monarca, por el bien del Imperio.

»Sabía que la forma más rápida de hacerlo requería convertirme en su amante.

»No le aburriré con el resto de mis tácticas. Basta decir que creo que he logrado agudizar el ingenio de la Reina y su instinto, hasta el punto que será una soberana admirable, quizás la más grande que esta real isla haya conocido nunca.

—No logro entender...

—Espere. Hay más. He ido aumentando progresivamente la agenda de trabajo de la Reina, hasta ocupar toda su jornada con lecturas de despachos y audiencias con sus ministros. Creía que lo estaba soportando admirablemente. Sin embargo, ahora temo que quizá haya llevado las cosas demasiado deprisa. La duquesa y Conroy han estado complicándole últimamente con peticiones nimias. Además, ha estado nerviosa con la Coronación, programada para el próximo mes. Últimamente en la cama ha estado quejándose de que se sentía enferma y débil, desdichada y repugnante. Me temo que he ignorado estos sentimientos considerándolos infundados.

—Sin duda podría aliviar un poco a la pobre chica...

Melbourne se pasó la mano por la frente.

—Me temo que es demasiado tarde para eso. Verá, la Reina ha huido hoy del trono.

Cowperthwait apenas podía dar crédito a sus oídos.

—Imposible. ¿Está seguro de que no la han secuestrado, o se ha herido montando a caballo? Hay que organizar un equipo de búsqueda...

—No, es inútil. No está yaciendo inconsciente en ningún camino de monta, se ha escondido bajo tierra como la zorra astuta que es. Han desaparecido ciertos objetos personales, incluido su diario. Organizar una búsqueda general sólo aseguraría que su abdicación sería de dominio público en cuestión de pocas horas. Y tal y como está la situación política, Gran Bretaña no puede permitirse ni siquiera temporalmente la ausencia de un soberano. Schleswig-Holstein, la duquesa de Mecklenburg-Strelitz, la Sucesión Española... No, no podemos anunciar la desaparición. Hay miembros de la nobleza a los que nada les gustaría más que semejante escándalo. Estoy pensando particularmente en lord Chuting-Payne. Y además, no quiero que Victoria pierda el trono. Tengo un convencimiento acerca de esa chica. Creo que será una monarca excelente. Este impulso adolescente no se le debería tener en cuenta.

—Bien, estoy de acuerdo —dijo Cowperthwait efusivamente—. ¿Pero por qué ha

acudido a mí? ¿Cómo puedo ayudar?

—Le pido que contribuya con los servicios de su Victoria. La necesito para suplantar a la Reina, hasta que encontremos a la verdadera Victoria.

—Eso es ridículo —protestó Cowperthwait—. ¿Un tritón sentado en el trono de Inglaterra? Bueno, admito que con una peluca, podría engañar desde cierta distancia. Pero de cerca... ¡jamás! ¿Por qué no traer simplemente a otra humana, quizás de clase baja, que se hiciera pasar por la Reina y guardara silencio a cambio de unos honorarios?

—¿Y correr el riesgo de un futuro chantaje, o quizás un mal uso caprichoso de la posición adoptada por parte de la actriz? No, gracias, Cosmo. Y a pesar de lo que la gente dice de mí en conexión con los mártires de Tolpuddle, no estoy dispuesto a que la asesinen después para preservar el secreto. No, necesito un maniquí, alguien completamente dominable. Sólo su Victoria cumple los requisitos. Préstemela y yo me encargaré del resto.

—Todo esto es muy extraño... ¿Qué puedo decir?

—Simplemente diga que sí y la nación y yo estaremos en deuda con usted para siempre.

—Bueno, si es así...

Melbourne se levantó de un salto.

—Maravilloso. No tiene idea de lo aliviado que estoy. Bueno, a lo mejor mi Victoria, cansada de hacerse pasar por plebeya, incluso podría estar ahora de regreso al Palacio de Buckingham. Pero mientras tanto, vamos a sacar a su Victoria de la cama del De Mallet's. Comprenderá que tendrá que recogerla usted, pues me no puede ver nadie llevándomela.

—Ah, por supuesto...

Hasta que no estuvieron en el landó cerrado conducido por McGroaty, traqueteando a través de la ciudad nocturna, con el tritón con forma de mujer llamado Victoria sentada entre los dos, ligeramente mojada y con sus alargados rasgos cubiertos recatadamente por un velo, no pensó Cowperthwait en hablarle a Melbourne acerca de la peculiar dieta de su invitada.

—¿Moscas? —dijo el Primer Ministro, con incredulidad.

—Vivas —dijo Cowperthwait.

—Supongo que en los establos...

—Ya veo, señor —le alabó Cowperthwait—, cómo ha llegado usted a Primer Ministro.

## 2

# UN TREN DIRECTO A CHINA

La tribuna estaba engalanada con alegres banderas en oro y azul. Personalidades locales, políticos y miembros de la corporación ferroviaria estaban sentados en las filas ordenadas sobre la plataforma de madera, las mujeres con sus faldas largas de tafetán protegiéndose del sol estival con sus parasoles de volantes. Una orquesta de viento tocaba melodías alegres.

Los pájaros trinaban a contrapunto desde las ramas cercanas. Una multitud de granjeros y comerciantes, sus mujeres e hijos, llenaban el ancho prado alrededor de la tribuna. Los vendedores paseaban ofreciendo limonada y dulces, flores y baratijas.

El lugar era el pequeño pueblo de Letchworth, al norte de Londres; el año, 1834, poco después de la aprobación de la Ley de Pobres, que transformaría el paisaje rural, recluyendo a sus mendigos en instituciones. La ocasión era la inauguración de una nueva línea férrea, un ramal de la línea principal Londres-Cambridge.

A unos pocos metros de la tribuna se extendían las relucientes vías nuevas, prolongándose hacia el horizonte. Los cimientos de piedra de la estación, con su superestructura de ladrillo a medio acabar y rodeada de andamios, se alzaban al sur de la escena.

Sobre las vías —enorme, orgullosa, potente— descansaba una locomotora de diseño revolucionario. No muy lejos rondaba nervioso su revolucionario diseñador, Cosmo Cowperthwait, de veintiún años de edad.

Junto a Cowperthwait estaba un tipo ligeramente mayor, pero poseedor de una elegancia y una obvia sensación de seguridad muy superiores. Era el joven de veintiocho años Isambard Kingdom Brunel, hijo del famoso arquitecto e inventor Marc Isambard Brunel, genio responsable del túnel del Támesis, la primera construcción subacuática en utilizar tecnología de escudo.

La asociación entre los Cowperthwait y los Brunel se remontaba una generación.

Clive Cowperthwait, el padre de Cosmo, había estado prometido a la hermosa Constance Winks. Poco antes de la fecha de sus nupcias, en un baile celebrado por la Real Asociación de Ingenieros y Arquitectos, Clive había encontrado a su prometida en posición comprometida con Brunel padre, en un nicho ocupado parcialmente por un busto de Arquímedes. El ofendido, doblemente furioso por la profanación conjunta de la que iba a ser su novia y del filósofo de la antigüedad, le había retado a duelo inmediatamente. Brunel había aceptado.

Sin embargo, en el intervalo entre el desafío y el evento, los dos hombres tuvieron oportunidad de descubrir la mutualidad de sus intereses. Al principio con reservas, después más calurosamente, comenzaron a disertar sobre su visión compartida de un

mundo unido por ferrocarriles y barcos de vapor, un mundo encogido y perfectamente empaquetado por los magníficos inventos de la época. Pronto, el duelo fue cancelado. Clive y Constante se casaron como estaba planeado. Marc Brunel se convirtió en socio de Cowperthwait y huésped habitual de su casa, junto con su mujer y su joven hijo. Tras el nacimiento de Cosmo, él y el pequeño Isambard Kingdom («I. K.» o «Ikky») se criaron prácticamente como hermanos.

En ese momento el joven Cowperthwait se volvió hacia su compañero y le dijo:

—Bueno Ikky, ¿tú qué crees? Se mantiene a todo vapor, con sólo unas pocas onzas de combustible. ¿Es o no es un milagro? El cohete de Stephenson no fue nada comparado con esto.

Siempre práctico, Ikky contestó:

—Si esto funciona, vas a poner fin a toda la industria minera del carbón. Yo de ti vigilaría mis espaldas, no vaya a ser que reciban el pico de algún minero disgustado. O lo que es más probable, el cuchillo de plata de un propietario minero.

Cosmo se quedó pensativo.

—No había pensado en ese aspecto de mi descubrimiento. Aun así, uno no puede retrasar el progreso. Si yo no hubiera dado con el refinamiento del nuevo metal de Klaproth, seguro que otro lo habría hecho.

En 1789, Martin Heinrich Klaproth había descubierto un elemento nuevo al que llamó «uranio», en referencia al cuerpo celestial descubierto recientemente, Urano. Otros científicos, entre ellos Eugene-Melchior Peligot, se habían propuesto refinar la sustancia pura. Cosmo Cowperthwait, heredero del talento de su padre, educado en una atmósfera de invención práctica, fue el primero en lograrlo, mediante la reducción del tetracloruro de uranio con potasio.

Tratando de encontrar nuevos usos para este interesante elemento, a Cosmo se le ocurrió aprovechar sus propiedades generadoras de calor para remplazar los medios de producción de vapor convencionales en una de las locomotoras de su padre. Clive Cowperthwait había accedido con reticencia y éste era el día del recorrido de prueba de la locomotora modificada.

—Ven —dijo Cosmo—, deja que le dé las instrucciones al ingeniero por última vez.

Los dos jóvenes treparon al tren. En la cabina el personal le dio la bienvenida con cierta frialdad. El ingeniero jefe, un tipo viejo con bigote largo y caído, asentía con la cabeza sin cesar mientras Cosmo hablaba, pero el joven inventor sabía que no le estaba prestando atención en realidad.

—Bien, recuerden, esta locomotora no se alimenta con leña o carbón, ni se le añade combustible. Bajando esta palanca las dos porciones de uranio se aproximan más entre sí, produciendo más calor, mientras que levantándola aumenta la distancia y disminuye el calor. Notarán que este pasador evita que la palanca baje hasta la zona de peligro...

Cosmo se detuvo alarmado.



—El pasador... está partido y a punto de desprenderse. Esto parece un incumplimiento deliberado de todas mis precauciones de seguridad. ¿Quién es el responsable de esta negligencia?

La tripulación se puso a mirar el techo de la cabina. Un fogonero insolente e innecesario silbó algo que Cosmo reconoció como una indecente canción popular titulada «*Champagne Charlie*».

Cosmo comprendió que sería inútil intentar hallar al culpable en ese momento.

—Ven conmigo, Ikky. Tenemos que arreglar esto antes de la prueba.

Los dos bajaron de la locomotora. Más allá en la tribuna, Clive Cowperthwait acababa de besar a su mujer y se dirigía hacia la parte delantera del podio para pronunciar su discurso.

—Lamento que mi socio no haya podido estar aquí hoy, pero estoy seguro de que puedo hablar el rato suficiente por los dos...

El público soltó unas risitas.

Cosmo no estaba de humor para unirse al júbilo de los espectadores.

—¿Dónde puedo encontrar unas herramientas? —preguntó frenético a Ikky.

—¿En la herrería del pueblo?

—Bien pensado. Déjame que le diga a Padre que retrase el encendido de la locomotora.

—No, vamos corriendo y ya está. Ya sabes cuánto habla tu padre. Tendremos tiempo de sobra.

Cosmo e Ikky se apresuraron hacia el pueblo.

Cuando estaban en la herrería oyeron ligeramente la reanudación de la música, que había cesado para el discurso de Clive. Cosmo e Ikky salieron corriendo alarmados.

En aquel instante una enorme explosión les tiró al suelo e hizo añicos todos los cristales del pueblo. Un viento caliente les empujó rodando por el suelo. Cuando consiguieron ponerse en pie, vieron los restos de una nube con forma de hongo que se alzaba en el cielo.

Con profunda consternación, mezclada con no poco aturdimiento, la pareja de amigos se precipitaron hacia el lugar de la ceremonia.

A muchos cientos de metros todavía, hallaron el borde de un inmenso cráter humeante que descendía hasta una llanura cristalina, el comienzo de una excavación con destino a Asia.

Cosmo gritó hacia el desolado páramo humeante.

—¡Padre! ¡Madre!

Ikky apoyó una mano en su brazo.

—Es totalmente inútil, Cosmo. Allí no puede quedar nadie vivo. Tu invento los ha lanzado ante Jehová. Interpreto esto como un signo de la Providencia, que ni siquiera la locuacidad habitual de tu padre pudo prevenir, lo que indica que el mundo no está preparado para un conocimiento así, si llega a estarlo algún día...

Puedes consolarte con la idea de que habrá sido una muerte sin sufrimiento, gracias a Dios. En cualquier caso, me atrevo a decir que no encontraremos suficientes restos mortales ni para llenar un paraguero.

Cosmo estaba muy conmocionado y no pudo responder. (Después de esto, su vieja amistad con Ikky sería siempre algo tirante, pues recordaba la falta de sensibilidad de Ikky tras aquel desastre, del que, siendo justos, tenía parte de culpa).

Pensando por algún motivo que no sería conveniente quedarse en la escena del desastre, Ikky se llevó a su amigo a rastras.

De vuelta en Londres, tras un periodo de apatía de unos pocos días, Cosmo, el único heredero del clan Cowperthwait, había recuperado gradualmente sus facultades mentales. Una de las primeras cosas que había notado había sido la aparición de unas llagas extrañas en su cuerpo. Ikky resultó estar padeciendo los mismos efectos de su vivencia en común, al igual que los pocos habitantes de Letchworth que sobrevivieron. Con la ayuda de un boticario, Cowperthwait había obtenido un remedio naturópata, que aplicado en la piel de forma continuada, parecía contener la peste. (Cuatro años después, las llagas casi habían desaparecido, pero Cowperthwait siguió llevando la prenda naturópata, más por extrema precaución que por cualquier razón científica).

Tras ocuparse de sus propios males, Cowperthwait se dio cuenta de que debía ponerse a organizar un funeral solemne para sus padres. Un día se disponía a salir de casa para ir a una funeraria de la ciudad. Cuando abrió la puerta de la calle, se sorprendió al encontrar a un hombre allí de pie.

El tipo estaba por debajo de la media de altura, fibroso y con mirada ávida, vestido al holgado estilo americano. Saludó a Cowperthwait enérgicamente.

—Amigo, le he estado observando en su pérdida, mientras vagaba estupefacto y pasmado por esta ciudad y he llegado a la conclusión de que tiene necesidad de compañía moral y apoyo. En resumidas cuentas, necesita un valido personal.

Cowperthwait no sabía qué pensar de este personaje.

—¿Es usted de la funeraria?

—Mejor que eso, mi joven amigo. Soy de los Estados Unidos de la Maldita América y puedo hacer cualquier cosa que ordene.

En su estado de confusión y culpa, Cowperthwait se interesó por la oferta.

—¿Cómo se llama?

—Nails McGroaty, jefe, si es de su agrado. Demonios, aunque no lo sea. Me llamo así desde que soy más fuerte que el que me dio mi nombre, y el doble de agudo. Simplemente ponga sus asuntos en mis manos y tranquilícese. Le daremos a esta ciudad un velatorio, funeral y recepción como no se habían visto desde que el viejo Enrique VIII estiró la pata.

Cowperthwait tomó una decisión. McGroaty fue contratado al momento.

Fiel a su palabra, el americano insolente organizó un cortejo de primera categoría para honrar a Clive y Constante Cowperthwait. Había suficiente tela negra de crespón

como para cubrir la catedral de Westminster.

Después de esta actuación, Cowperthwait se convenció de que McGroaty no era ningún estafador sino al parecer simplemente alguien con necesidad de un puesto de trabajo permanente para un jefe benévolo. Cowperthwait, al parecer, era ese hombre.

McGroaty desempeñaba sus nuevas tareas domésticas con diligencia. Tan inestimable había demostrado ser en un centenar de ocasiones desde entonces, de hecho, que Cowperthwait le consideraba a veces más que un sirviente, un hermano mayor con una visión del mundo más amplia.

Sus puntos fuertes no eran ni su aspecto personal ni su actitud despreocupada. McGroaty era frívolo, irónico y en ocasiones ofensivo —no precisamente las cualidades de un buen sirviente—. Tenía predilección por un atuendo informal que recordaba a la ropa de los hombres de la frontera americana, un tipo de dandismo tosco. McGroaty descuidaba el afeitado y nunca se había bañado, un defecto algo mitigado por su uso abundante de colonias fuertes.

McGroaty era, como le gustaba recordárselo a Cowperthwait a intervalos frecuentes, «un ciento diez por ciento americano». Su pintoresca historia le hizo preguntarse a su patrón cómo una nación, por grande que fuera, podía albergar millones de individuos así, concediendo naturaleza representativa al pasado de McGroaty.

McGroaty afirmó haber estado con la expedición de Stephen Austin en el territorio de Texas. («G. T.T.» o «Gone To Texas» era por entonces una frase americana para referirse a los huidos de la justicia y Cowperthwait se preguntó si ése habría sido el motivo de McGroaty). El hombre también sostenía que se había introducido en la tribu chickasaw como guerrero, tras salvarle la vida al jefe Ikkemotubbe, y que había luchado voluntariamente contra sus compatriotas blancos, que habían intentado sacar a la tribu de sus deseables tierras en Mississippi. (Alegaba una marca roja permanente en sus nalgas, que enseñaba encantado a cualquier conocida femenina, por muy reacia que fuera a inspeccionar el culo desnudo de McGroaty, como prueba de escarificación tribal). Se jactaba de haber sido pirata de tierra en Nueva Inglaterra y, si conseguían engatusarle, enseñaba con mucha discreción un lingote de oro pequeño y plano conocido como una «barra de contrabandista», que cabía perfectamente en el bolsillo de su chaleco.

Cowperthwait nunca supo qué le hizo buscar asilo permanente en Inglaterra, pero sospechaba que se trataba de un asunto ilícito de proporciones titánicas.

En conjunto, un hombre de extraordinarias cualidades —la menor de ellas era la educación— y un compañero que ayudaba a contrarrestar la tendencia de Cowperthwait a soñar despierto.

Bajo la protección de McGroaty, los años pasaron afablemente. Ikky y su padre dirigían a solas la empresa conjunta Cowperthwait-Brunel, asegurando a Cowperthwait, como propietario ausente, unos ingresos garantizados que le permitían dedicarse a sus investigaciones científicas. No es necesario decir que había perdido

todo interés en el transporte basado en el uranio.

Se sentía a salvo volcando su atención en las cuestiones biológicas. ¿Qué mal podría haber, después de todo, en experimentar con pequeños anfibios?

Pero los de tamaño mujer, Cowperthwait comenzaba a sospechar que eran algo completamente diferente.



### 3

## EL HOMBRE DE LA NARIZ DE PLATA

En los días siguientes a la instauración de la falsa Victoria en el trono, a medida que mayo se transformaba en junio, Cowperthwait se encontraba a veces dudando de que jamás hubiera recibido tan extraña e intempestiva visita del Primer Ministro, o de que el producto de su laboratorio se sentara ahora en el sillón real reservado para la casa de Hannover. Se parecía demasiado a un sueño o una pesadilla nacidos de una visita a uno de los antros de opio de la «Bahía del Tigre» o Blue Gate Fields, en el área del antiguo puerto de la ciudad.

Sin embargo estos periodos de duda eran disipados por ciertos hechos firmes e irrefutables. La Victoria salamandrina ya no estaba en el De Mallet's. Los cojines de terciopelo blanco del landó estaban irremediablemente manchados. Diariamente llegaban despachos de Melbourne detallando el desarrollo de los acontecimientos, entregados en mano en unos cofres laminados y con incrustaciones que normalmente contenían documentos oficiales del Estado. Los funcionarios que traían estas misivas eran miembros de los Mensajeros de la Reina, aquellos agentes a los que se les confiaba las comunicaciones más privadas.

*1 de junio*

*Sin rastro de la verdadera V. todavía. He contratado a ciertos agentes confidenciales con el cuento de que están buscando a mi hija ilegítima. Naturalmente, lo primero que harán será peinar todos los escondrijos más obvios, incluyendo los burdeles como el De Mallet's. Si al final fracasaran, tendría que traer a Scotland Yard.*

*Por las tardes, con pseudo-V encerrada en su habitación, rastreo personalmente el bullicio de la ciudad, por ahora sin obtener resultado.*

*Con esperanzas,*

*W. L.*

*3 de junio*

*He reducido al mínimo los encuentros entre V. y sus ministros. Les he hecho saber que la «neuralgia» de la Reina le impide interesarse por los asuntos de estado. Todas las obligaciones ceremoniales han quedado pospuestas indefinidamente. Creo que nadie sospecha todavía de la impostora, a pesar de que V. se comió un insecto en público. Mantuve el discurso calmado en medio de la consternación general. Las doncellas de la Reina son las más difíciles de convencer. Muchas son espías de*

*Conroy y de otros. Les he dicho que la Reina está sufriendo un periodo menstrual extraordinariamente largo y dificultoso, y que se ha armado con una pistola y amenaza con disparar a cualquiera que vea su cuerpo desnudo e hinchado. Todas las doncellas parecen haberlo comprendido. Sin embargo, ¿cuánto más puedo prolongar esto con credibilidad?*

*Muy preocupado,*

*W. L.*

*5 de junio*

*Sin noticias todavía. Buena parte del tiempo que podría pasar buscando he de ocuparlo en satisfacer la devoradora sexualidad de V. para poder mantenerla bajo control. Su capacidad es asombrosa. Me encuentro agotado.*

*Estoy perdiendo las esperanzas.*

*Desilusionado,*

*W. L.*

Cowperthwait leía estas misivas con creciente preocupación. Todos sus experimentos estaban aparcados y olvidados. Ni siquiera los terneros de ocho patas de Letchworth conseguían atraer su atención. Su cabeza estaba absorta en el problema de Melbourne. El problema de la nación, aunque el público general era del todo ignorante. ¿Qué ocurriría si la verdadera Victoria no aparecía antes del día de la Coronación? ¿Consagraría solemnemente el arzobispo de Canterbury a un tritón como reina de Inglaterra? Para Inglaterra sería peor que el papado de la papisa Juana para la Iglesia Católica.

¿Y qué decir de las horribles penurias que debía estar pasando la verdadera Victoria? Una chica a la que en su corta vida ni siquiera le habían permitido subir sola por una escalera, por miedo a que tropezara y se cayera. Ahora estaba a la deriva en la inmundicia urbana que era Londres. Cowperthwait no podía quitarse de la cabeza una serie de imágenes de degradación y humillación que eran a la vez inquietantes y extrañamente excitantes.

Al final, las alucinaciones amenazaban con robarle el sueño y se dio cuenta de que tenía que hacer algo para librarse de ese exceso de secreciones nerviosas. La ciencia había perdido su atractivo temporalmente. Lo único que podía hacer era unirse a la búsqueda de Victoria. Cualquier otra opción le dejaría la sensación de no haber hecho suficiente.

Sin embargo, no podía decírselo a Melbourne. El Primer Ministro parecía algo reacio a involucrar más a Cowperthwait y el joven inventor, súbdito leal, no estaba dispuesto a arriesgarse a que le dijeran expresamente que no aportara su ayuda.

Así fue como una tarde de niebla el repique de nueve campanadas del reloj del recibidor encontró a Cowperthwait, capa cruzada en los hombros, plantado indeciso

en la puerta de su residencia en Mayfair.

¿Por dónde debía empezar a buscar? ¿Dónde era probable que acabara una chica joven a la fuga, aquí en esta metrópolis de pecado y avaricia? De no ser en un burdel —y Melbourne ya tenía todos registrados— Cowperthwait no tenía ni la más remota idea.

Cowperthwait notó una mano en el hombro y se volvió para dar la cara a Nails McGroaty. El sirviente se había vestido para el frío de la noche con un pañuelo sucio atado a la garganta de otra forma descubierta y obviamente tenía intención de acompañar a Cowperthwait.

En confirmación McGroaty dijo:

—No te preocupes, Cosmo, todo irá bien. No voy a dejarte salir solo. Conozco toda la triste historia, lo he sabido desde aquella primera noche cuando estaba escuchando detrás de la puerta del despacho. Y aunque me importa un comino —para un americano nacido demócrata, tu preciada familia real no es más que una banda de personajillos de cuentos— no puedo quedarme a un lado y dejar que te espongas a toda clase de peligros. A la hora de la verdad, necesitas a un lince fuera de serie como yo a tu lado. Como le dije a Mike Fink cuando trabajábamos en la misma barcaza recorriendo el río Big Muddy: «Mike, en la vida no hay nada más importante que la amistad». Eso fue justo antes de darle una somanta de palos a ese hijo de puta y tirarlo por la borda.

Cowperthwait sintió un gran alivio y lo manifestó con un efusivo apretón de manos a McGroaty.

—Acepto tu noble oferta, Nails. Vámonos.

Al salir, Cowperthwait se fijó en un bastón de caña que sobresalía del paragüero de pata de elefante que había junto a la puerta y lo cogió con un movimiento rápido.

—Por si acaso —le dijo a McGroaty guiñando el ojo.

—¿Estás seguro, jefe? Acuérdate de la última vez.

—Lo he reparado desde aquello.

—Tú mismo.

A medida que dejaban atrás el selecto distrito donde Cowperthwait tenía su hogar, iban encontrando las calles cada vez más abarrotadas de ciudadanos de toda clase. Mendigos ciegos, señoras elegantes, vulgares mujeres de la calle conocidas como «motts», organilleros, hombres con osos bailarines, un tipo que llevaba una caseta de tiro en donde los participantes disparaban con pistolas de perdigones a unos blancos que se movían como el panel de escritura de Cowperthwait mediante una manivela... Estalló una pelea entre dos fosforeras y una metió a golpes a la otra en un abrevadero de caballos. Éste fue el incidente menos destacable que presenciaron Cowperthwait y McGroaty.

Cuando llegaron a Oxford Circus, McGroaty informó de que iban a cruzar la vía pública. Cowperthwait dudó.

Por entonces, las calles de Londres eran en muchos casos torrentes de aguas

residuales y vertederos de basuras. La porquería y el estiércol obstaculizaban el paso hasta la altura de los tobillos. Para sacar partido de este fenómeno surgieron los barrenderos de alquiler, chicos y chicas sin hogar que, por un pago simbólico, cepillaban el camino de un ciudadano que quisiera cruzar la calle. Viendo que su señor no se decidía a mancharse el calzado en la inmundicia, McGroaty se dispuso a contratar a uno de estos.

—¡Eh, tú, el de pelo de zanahoria! ¡Ven a limpiarnos el paso!

El joven descalzo así referido vino corriendo. Vestía ropa harapienta y le faltaban varios dientes, pero lucía una amplia sonrisa e irradiaba una cierta felicidad inocente. Su única posesión era al parecer una escoba raída casi hasta el palo.

Quitándose la gorra, dijo:

—Me llamo Tiptoft, caballeros. Servicio rápido y precios razonables es mi lema. Siempre que vengan al barrio, pregunten por mí.

Sin más dilación, el muchacho se metió directamente en la espantosa mugre con los pies descalzos y empezó a barrer afanosamente. Cowperthwait y McGroaty siguieron su estela.

Al otro lado de la calle Cowperthwait preguntó:

—¿Cuánto es?

—Un penique cada uno, si es de su agrado, caballeros. Cowperthwait le dio un chelín al muchacho.

El barrendero estaba eufórico con el pago de más.

—¡Gracias, patrón, gracias! ¡Qué bien voy a comer hoy!

Cowperthwait y McGroaty prosiguieron su camino. El inventor parecía conmovido por el incidente y al final decidió hacer un comentario.

—He aquí un ejemplo de la teoría del derrame en el desarrollo de materiales, Nails. Gracias a los frutos de las empresas Cowperthwait-Brunel, tengo la posibilidad de hacer donaciones a los menos afortunados. Una marea creciente levanta todos los barcos.

—Había oído eso del derrame comparado con un gorrión que come la avena que el caballo caga sin digerir.

—Una analogía vulgar e imprecisa, Nails. En cualquier caso, algún día, gracias a la ciencia, las calles de Londres estarán limpias de desperdicios orgánicos, y estos pobres andrajosos, si todavía existen, serán mantenidos por un estado rico y benevolente.

—Ya —fue el comentario lacónico de McGroaty.

Continuaron su andadura en silencio durante media hora por las húmedas calles (Victoria la Impostora no habría necesitado el vaporizador con este tiempo) y finalmente a Cowperthwait se le ocurrió preguntar dónde se dirigían.

—Bueno —dijo McGroaty—, me imagino que el viejo Horseapple siempre necesita gente para las norias. Puede que hayan reclutado a la chica allí.

Cowperthwait asintió con gesto sabio, aunque en realidad no había sacado nada

en claro.

Por las sombrías calles adoquinadas, pasando junto a figuras desarrapadas tumbadas contra las puertas astilladas en los oscuros portales, ignorando las manos que se extendían y otras solicitudes más lascivas de la multitud andrajosa, Cowperthwait seguía a McGroaty. Parecían encaminarse hacia el Támesis. Pronto, Cowperthwait no pudo contenerse más.

—¿A dónde nos dirigimos exactamente, Nails?

—A la estación de bombeo de Horseapple.

En seguida el aire se cubrió con el hedor tenebroso del río, que fluía a través de la ciudad como un vertedero líquido. El agua salpicaba en los escalones cercanos ocultos por las malas hierbas. Cowperthwait oyó el chapoteo callado de unos remos, seguramente de uno de los carroñeros acuáticos que se ganaban su escaso salario pescando del río cualquier desperdicio extraño que encontraran —sin excluir cadáveres humanos—.

Un edificio apareció en medio del aire fétido. La luz del interior se filtraba por las contraventanas. Un rumor vago como el de una enorme maquinaria en funcionamiento emanaba de la estructura. McGroaty llamó a la puerta de un modo misterioso. Mientras esperaban la respuesta, el sirviente explicó a Cowperthwait la naturaleza de la empresa que dirigía su amigo.

—Horseapple se enteró de que buscaban a alguien que suministrara agua a las casas nuevas de Belgravia. Untó a unos cuantos con viruta y consiguió el contrato. Desde entonces ha ido ganando clientes constantemente. Por supuesto, cada nuevo cliente significa más mano de obra necesaria.

Cowperthwait estaba perplejo.

—¿En Belgravia están bebiendo agua del Támesis? Madre mía, si es una auténtica cloaca.

—Eh, no está tan mal. Desde que pusieron rejillas en los conductos de entrada, no pasa nada más grande que una rata.

Se abrió la puerta y un hombre de barba con la cara picada de viruela les recibió. Forzando la vista, el hombre reconoció a McGroaty.

—Pasa, pasa, Nails. Otro voluntario para las norias, supongo. ¿Hay que convencerlo? —Horseapple blandió una porra.

—Éste no, viejo. Es un amigo mío, Cosmo. Está buscando a una amiga suya, y se me ocurrió que podía estar agraciando tu establecimiento.

—Que mire entonces. Pero no les hagáis perder el ritmo. El agua pierde presión y los ricachones se quejan.

Horseapple condujo a los visitantes por una maraña de antesalas hacia un interior cavernoso y poco iluminado. El edificio debía haber sido alguna vez una destilería o un almacén. Ahora, sin embargo, en filas a lo ancho de un terreno de unos mil metros cuadrados había cinco docenas de norias de madera, todas ellas vinculadas mediante un elaborado sistema de engranajes, levas y ejes a un par de bombas gigantescas. Las

norias giraban empujadas por espectros harapientos encadenados a sus puestos. Los capataces iban de un lado a otro con sus látigos, empleando la persuasión siempre que una unidad flaqueaba.

Cowperthwait se volvió hacia Horseapple con enfado.

—¡Por Dios, hombre, esto es una auténtica barbarie! Una o dos máquinas de vapor rendirían mejor que todos estos pobres desgraciados.

Horseapple se acarició la perilla.

—Está hablando de una inversión de capital muy fuerte, Cosme. Ya me costaron bastante las dichas bombas así como están. Y además, ¿qué harían si no estos pobres diablos con su tiempo libre? Emborracharse como imbéciles y estar tirados en la cuneta. De esta manera, tienen un techo sobre la cabeza y tres comidas al día, aunque normalmente sólo sea cualquier cosa que haya taponando las rejillas.

McGroaty apoyó la mano en el hombro de Cowperthwait.

—Ahora no hay tiempo para reformas sociales, Coz. Tenemos que encontrar a una dama importante.

Dicho esto, la pareja marchó por las hileras de un lado a otro, buscando a la Reina desaparecida. Con el propósito de comparar, Cowperthwait llevaba un dibujo que había salido publicado en los periódicos.

No hubo suerte. Horseapple les invitó a buscar entre los trabajadores dormidos del turno de descanso, lo cual hicieron rápidamente, dándose toda la prisa para escapar del dormitorio común con olor a orina y tomado por los chinches.

Horseapple les acompañó a la puerta.

—Recuerda, Nails, diez chelines por cabeza. Al ritmo que crece esta ciudad, doblaré mi negocio en un año.

La puerta se cerró tras ellos con un portazo, y Cowperthwait se quedó inmóvil durante un momento, aturdido y desanimado por la experiencia. Con semejantes pozos de crueldad, ¿cómo iba ni siquiera a imaginar que la Reina estaba todavía viva, ileso y localizable? Parecía un cometido imposible...

McGroaty susurró a Cowperthwait al oído.

—Disimula, pero hay alguien vigilándonos. A tu izquierda, detrás de esa pila de cajas.

Cowperthwait giró la cabeza despacio. Un destello de luz brilló desde algo plateado.

—Yo me encargo de esto —respondió Cowperthwait susurrando. Levantó el bastón. Luego, dijo con voz fuerte—: ¡Usted, dé un paso adelante y muéstrese!

De entre las sombras emergió la figura de un gigante. Era un nativo de la India de tez morena, que aparentaba al menos dos metros diez de estatura, aunque parte de esa altura podía atribuirse a su voluminoso turbante. Vestido con sedas de colores vivos, llevaba una cimitarra en el costado.

—¡Que Andy Jackson nos proteja!

—No tengas miedo —arengó Cowperthwait, con la voz temblorosa. El inventor

levantó el bastón y apretó un botón en el mango que liberaba un muelle. La parte de abajo del bastón salió disparada por los aires, llevándose consigo la hoja de espada oculta y dejando a Cowperthwait con el mango recortado en la mano.

La pareja esperó a que el hindú avanzara y los decapitara a ambos de un plumazo.

En lugar de eso, otra figura se unió al asesino adorador de Kali. El Hombre de la Nariz de Plata.

Lord Chuting-Payne.

Con casi sesenta años, Chuting-Payne poseía la complexión atlética de un deportista olímpico. Vestido impecablemente, dueño de propiedades ancestrales inmensas en Carking Fardels, había sido considerado en su día el hombre más atractivo de su generación. Aquello había sido antes de haberse batido en duelo con el barón Leopold von Schindler de Austria.

Una tarde del año 1798, un Chuting-Payne de dieciocho años, único descendiente de su linaje, había dado una cena para varios embajadores, en un intento de impulsar sus ambiciones políticas. Presente había estado el soberano, el demente rey Jorge III. El austriaco barón Von Schindler, algo enchispado y de naturaleza irritable, había criticado con ingenio teutón la lista de vinos de Chuting-Payne delante del real invitado de honor. Humillado más allá de lo tolerable, Chuting-Payne inmediatamente había retado a Von Schindler a un duelo de pistolas a veinte pasos.

Von Schindler, demostrando ser un cobarde despreciable, había disparado mientras Chuting-Payne todavía se estaba dando la vuelta, volándole la nariz.

Después, tranquilamente, con cantidades ingentes de sangre manando de la cara, Chuting-Payne había disparado a Von Schindler en el corazón.

La firma de joyas Rundell, Bridge y Rundell —los mismos creadores de la nueva y ligera corona que se iba a utilizar en la próxima coronación de la frágil Victoria— había sido contratada para fundir algunas joyas de plata esterlina de la familia y moldear una nariz protésica plateada que reemplazara la desaparecida nariz de carne de Chuting-Payne. Habían empleado toda su maestría y la réplica resultante era una maravilla digna de admiración. Fijada con adhesivo de gutapercha, se decía que la nariz era capaz de excitar a la más hastiada de las mujeres.

Pero la obtención de una nariz nueva no fue precisamente el final de la historia. Presionado por los austríacos, el rey Jorge había dictado una orden de arresto contra Chuting-Payne. El hombre había tenido que huir del país. Según contaban, había acabado en la India, en la provincia de Mysore, todavía una nación independiente en esa época. Volviendo la espalda a su propio país, Chuting-Payne se había aliado con el Maharajá de Mysore, Tipu *Sahib*, y sus amigos franceses contra los británicos. Había vivido durante un año en Mysore, hasta que la región cayó ante un ataque conjunto de los británicos y las tropas *marathas*.

Escapando del sitio de Seringapatam, Chuting-Payne había viajado entonces por las otras naciones hindúes independientes —Sind, Rajputana, Punjab— hasta la muerte de Jorge III en 1820. De alguna forma había amasado una fortuna lo bastante



grande como para sobornar al rey Jorge IV para que levantara la antigua orden de arresto contra él. Había regresado a su tierra natal hacía más de una década, una figura de enigmáticas cualidades orientales, bronceado y distante, más negro que inglés.

Maltratado por el antepasado de Victoria, Chuting-Payne había concebido un odio exacerbado por toda la dinastía. Como Melbourne había insinuado a Cowperthwait, nada le gustaría más al sujeto que involucrar al trono en cualquier tipo de escándalo.

—Usted debe ser el señor Cowperthwait —dijo el aristócrata de nariz de plata, su voz dotada de extrañas resonancias—. Creo que no hemos tenido el placer de conocernos. Doy por hecho que sabe mi nombre. Permítame presentarle a mi sirviente, Gunputty.

Gunputty hizo una reverencia. Cowperthwait gruñó. La extraña pareja le tenía completamente amedrentado.

—¿Qué le trae tan lejos de sus retortas y alambiques, señor Cowperthwait? ¿Buscando más sujetos anfibios en el lodo? Por cierto, ¿dónde para últimamente su creación? Me he percatado de su ausencia del De Mallet's.

—Está... la he... es decir...

—No importa. No es la única dama excepcional desaparecida. O al menos eso informan mis espías.

—No sé a qué se refiere...

—¿De verdad? Yo creo que sí. De hecho, creo que ambos hemos salido en busca de lo mismo, señor Cowperthwait. Para que no se entere el populacho, entre nosotros la llamaremos simplemente «Vi», ¿de acuerdo?

—Usted... delira.

—Ni mucho menos, señor Cowperthwait. Aunque debo admitir que el patán cabeza hueca de su sirviente, que parece el hijo ilegítimo de un salvaje del Nuevo Mundo con un jabalí verrugoso, se asemeja a algunas de mis peores pesadillas.

—Tú te lo has buscado, cara de lata, ¡pelea!

Chuting-Payne se ciñó sus guantes blancos para mayor precisión.

—Dígale a su hombre, Cowperthwait, que el último tipo que se peleó a puñetazos conmigo ahora es pasto de los gusanos y que haría bien en mantenerse apartado de sus superiores. Gunputty, ve a por el carruaje. Señor Cowperthwait, adiós por el momento. Tengo la sensación de que nuestros caminos volverán a cruzarse.

En seguida el faetón de lord Chuting-Payne se oía rodar a lo lejos. Cowperthwait recuperaba la compostura poco a poco, pero le mortificaba el haber dejado a Chuting-Payne tratarles a él y a McGroaty con esa prepotencia.

Algo avergonzado también, McGroaty dijo:

—Dijiste que habías arreglado el bastón.

—Funcionó exactamente como yo quería, —improvisó Cowperthwait—. Si le hubiera acertado al hindú, le habría dejado sin conocimiento.

—Te sugiero que emplees tácticas más directas en el futuro, Coz. Ese Gunputty

no parece de los que se detienen ante un bastón volador.

—Acepto la sugerencia, Nails.

## UNA MUJER LLAMADA OTTO

Cowperthwait leía estas misivas con creciente preocupación. Todos sus experimentos estaban aparcados y olvidados. Ni siquiera los terneros de ocho patas de Letchworth conseguían atraer su atención. Su cabeza estaba absorta en el problema de Melbourne. El problema de la nación, aunque el público general era del todo ignorante. ¿Qué ocurriría si la verdadera Victoria no aparecía antes del día de la Coronación? ¿Consagraría solemnemente el arzobispo de Canterbury a un tritón como reina de Inglaterra? Para Inglaterra sería peor que el papado de la papisa Juana para la Iglesia Católica.

¿Y qué decir de las horribles penurias que debía estar pasando la verdadera Victoria? Una chica a la que en su corta vida ni siquiera le habían permitido subir sola por una escalera, por miedo a que tropezara y se cayera. Ahora estaba a la deriva en la inmundicia urbana que era Londres. Cowperthwait no podía quitarse de la cabeza una serie de imágenes de degradación y humillación que eran a la vez inquietantes y extrañamente excitantes.

Al final, las alucinaciones amenazaban con robarle el sueño y se dio cuenta de que tenía que hacer algo para librarse de ese exceso de secreciones nerviosas. La ciencia había perdido su atractivo temporalmente. Lo único que podía hacer era unirse a la búsqueda de Victoria. Cualquier otra opción le dejaría la sensación de no haber hecho suficiente.

Sin embargo, no podía decírselo a Melbourne. El Primer Ministro parecía algo reacio a involucrar más a Cowperthwait y el joven inventor, súbdito leal, no estaba dispuesto a arriesgarse a que le dijeran expresamente que no aportara su ayuda.

Así fue como una tarde de niebla el repique de nueve campanadas del reloj del recibidor encontró a Cowperthwait, capa cruzada en los hombros, plantado indeciso en la puerta de su residencia en Mayfair.

¿Por dónde debía empezar a buscar? ¿Dónde era probable que acabara una chica joven a la fuga, aquí en esta metrópolis de pecado y avaricia? De no ser en un burdel —y Melbourne ya tenía todos registrados— Cowperthwait no tenía ni la más remota idea.

Cowperthwait notó una mano en el hombro y se volvió para dar la cara a Nails McGroaty. El sirviente se había vestido para el frío de la noche con un pañuelo sucio atado a la garganta de otra forma descubierta y obviamente tenía intención de acompañar a Cowperthwait.

En confirmación McGroaty dijo:

—No te preocupes, Cosmo, todo irá bien. No voy a dejarte salir solo. Conozco

toda la triste historia, lo he sabido desde aquella primera noche cuando estaba escuchando detrás de la puerta del despacho. Y aunque me importa un comino —para un americano nacido demócrata, tu preciada familia real no es más que una banda de personajillos de cuentos— no puedo quedarme a un lado y dejar que te expongas a toda clase de peligros. A la hora de la verdad, necesitas a un lince fuera de serie como yo a tu lado. Como le dije a Mike Fink cuando trabajábamos en la misma barcaza recorriendo el río Big Muddy: «Mike, en la vida no hay nada más importante que la amistad». Eso fue justo antes de darle una somanta de palos a ese hijo de puta y tirarlo por la borda.

Cowperthwait sintió un gran alivio y lo manifestó con un efusivo apretón de manos a McGroaty.

—Acepto tu noble oferta, Nails. Vámonos.

Al salir, Cowperthwait se fijó en un bastón de caña que sobresalía del paragüero de pata de elefante que había junto a la puerta y lo cogió con un movimiento rápido.

—Por si acaso —le dijo a McGroaty guiñando el ojo.

—¿Estás seguro, jefe? Acuérdate de la última vez.

—Lo he reparado desde aquello.

—Tú mismo.

A medida que dejaban atrás el selecto distrito donde Cowperthwait tenía su hogar, iban encontrando las calles cada vez más abarrotadas de ciudadanos de toda clase. Mendigos ciegos, señoras elegantes, vulgares mujeres de la calle conocidas como «motts», organilleros, hombres con osos bailarines, un tipo que llevaba una caseta de tiro en donde los participantes disparaban con pistolas de perdigones a unos blancos que se movían como el panel de escritura de Cowperthwait mediante una manivela... Estalló una pelea entre dos fosforeras y una metió a golpes a la otra en un abrevadero de caballos. Éste fue el incidente menos destacable que presenciaron Cowperthwait y McGroaty.

Cuando llegaron a Oxford Circus, McGroaty informó de que iban a cruzar la vía pública. Cowperthwait dudó.

Por entonces, las calles de Londres eran en muchos casos torrentes de aguas residuales y vertederos de basuras. La porquería y el estiércol obstaculizaban el paso hasta la altura de los tobillos. Para sacar partido de este fenómeno surgieron los barrenderos de alquiler, chicos y chicas sin hogar que, por un pago simbólico, cepillaban el camino de un ciudadano que quisiera cruzar la calle. Viendo que su señor no se decidía a mancharse el calzado en la inmundicia, McGroaty se dispuso a contratar a uno de estos.

—¡Eh, tú, el de pelo de zanahoria! ¡Ven a limpiarnos el paso!

El joven descalzo así referido vino corriendo. Vestía ropa harapienta y le faltaban varios dientes, pero lucía una amplia sonrisa e irradiaba una cierta felicidad inocente. Su única posesión era al parecer una escoba raída casi hasta el palo.

Quitándose la gorra, dijo:

—Me llamo Tiptoft, caballeros. Servicio rápido y precios razonables es mi lema. Siempre que vengan al barrio, pregunten por mí.

Sin más dilación, el muchacho se metió directamente en la espantosa mugre con los pies descalzos y empezó a barrer afanosamente. Cowperthwait y McGroaty siguieron su estela.

Al otro lado de la calle Cowperthwait preguntó:

—¿Cuánto es?

—Un penique cada uno, si es de su agrado, caballeros. Cowperthwait le dio un chelín al muchacho.

El barrendero estaba eufórico con el pago de más.

—¡Gracias, patrón, gracias! ¡Qué bien voy a comer hoy!

Cowperthwait y McGroaty prosiguieron su camino. El inventor parecía conmovido por el incidente y al final decidió hacer un comentario.

—He aquí un ejemplo de la teoría del derrame en el desarrollo de materiales, Nails. Gracias a los frutos de las empresas Cowperthwait-Brunel, tengo la posibilidad de hacer donaciones a los menos afortunados. Una marea creciente levanta todos los barcos.

—Había oído eso del derrame comparado con un gorrión que come la avena que el caballo caga sin digerir.

—Una analogía vulgar e imprecisa, Nails. En cualquier caso, algún día, gracias a la ciencia, las calles de Londres estarán limpias de desperdicios orgánicos, y estos pobres andrajosos, si todavía existen, serán mantenidos por un estado rico y benevolente.

—Ya —fue el comentario lacónico de McGroaty.

Continuaron su andadura en silencio durante media hora por las húmedas calles (Victoria la Impostora no habría necesitado el vaporizador con este tiempo) y finalmente a Cowperthwait se le ocurrió preguntar dónde se dirigían.

—Bueno —dijo McGroaty—, me imagino que el viejo Horseapple siempre necesita gente para las norias. Puede que hayan reclutado a la chica allí.

Cowperthwait asintió con gesto sabio, aunque en realidad no había sacado nada en claro.

Por las sombrías calles adoquinadas, pasando junto a figuras desarrapadas tumbadas contra las puertas astilladas en los oscuros portales, ignorando las manos que se extendían y otras solicitudes más lascivas de la multitud andrajosa, Cowperthwait seguía a McGroaty. Parecían encaminarse hacia el Támesis. Pronto, Cowperthwait no pudo contenerse más.

—¿A dónde nos dirigimos exactamente, Nails?

—A la estación de bombeo de Horseapple.

En seguida el aire se cubrió con el hedor tenebroso del río, que fluía a través de la ciudad como un vertedero líquido. El agua salpicaba en los escalones cercanos ocultos por las malas hierbas. Cowperthwait oyó el chapoteo callado de unos remos,

seguramente de uno de los carroñeros acuáticos que se ganaban su escaso salario pescando del río cualquier desperdicio extraño que encontraran —sin excluir cadáveres humanos—.

Un edificio apareció en medio del aire fétido. La luz del interior se filtraba por las contraventanas. Un rumor vago como el de una enorme maquinaria en funcionamiento emanaba de la estructura. McGroaty llamó a la puerta de un modo misterioso. Mientras esperaban la respuesta, el sirviente explicó a Cowperthwait la naturaleza de la empresa que dirigía su amigo.

—Horseapple se enteró de que buscaban a alguien que suministrara agua a las casas nuevas de Belgravia. Untó a unos cuantos con viruta y consiguió el contrato. Desde entonces ha ido ganando clientes constantemente. Por supuesto, cada nuevo cliente significa más mano de obra necesaria.

Cowperthwait estaba perplejo.

—¿En Belgravia están bebiendo agua del Támesis? Madre mía, si es una auténtica cloaca.

—Eh, no está tan mal. Desde que pusieron rejillas en los conductos de entrada, no pasa nada más grande que una rata.

Se abrió la puerta y un hombre de barba con la cara picada de viruela les recibió. Forzando la vista, el hombre reconoció a McGroaty.

—Pasa, pasa, Nails. Otro voluntario para las norias, supongo. ¿Hay que convencerlo? —Horseapple blandió una porra.

—Éste no, viejo. Es un amigo mío, Cosmo. Está buscando a una amiga suya, y se me ocurrió que podía estar agraciando tu establecimiento.

—Que mire entonces. Pero no les hagáis perder el ritmo. El agua pierde presión y los ricachones se quejan.

Horseapple condujo a los visitantes por una maraña de antesalas hacia un interior cavernoso y poco iluminado. El edificio debía haber sido alguna vez una destilería o un almacén. Ahora, sin embargo, en filas a lo ancho de un terreno de unos mil metros cuadrados había cinco docenas de norias de madera, todas ellas vinculadas mediante un elaborado sistema de engranajes, levas y ejes a un par de bombas gigantescas. Las norias giraban empujadas por espectros harapientos encadenados a sus puestos. Los capataces iban de un lado a otro con sus látigos, empleando la persuasión siempre que una unidad flaqueaba.

Cowperthwait se volvió hacia Horseapple con enfado.

—¡Por Dios, hombre, esto es una auténtica barbarie! Una o dos máquinas de vapor rendirían mejor que todos estos pobres desgraciados.

Horseapple se acarició la perilla.

—Está hablando de una inversión de capital muy fuerte, Cosme. Ya me costaron bastante las dichas bombas así como están. Y además, ¿qué harían si no estos pobres diablos con su tiempo libre? Emborracharse como imbéciles y estar tirados en la cuneta. De esta manera, tienen un techo sobre la cabeza y tres comidas al día,

aunque normalmente sólo sea cualquier cosa que haya taponando las rejas.

McGroaty apoyó la mano en el hombro de Cowperthwait.

—Ahora no hay tiempo para reformas sociales, Coz. Tenemos que encontrar a una dama importante.

Dicho esto, la pareja marchó por las hileras de un lado a otro, buscando a la Reina desaparecida. Con el propósito de comparar, Cowperthwait llevaba un dibujo que había salido publicado en los periódicos.

No hubo suerte. Horseapple les invitó a buscar entre los trabajadores dormidos del turno de descanso, lo cual hicieron rápidamente, dándose toda la prisa para escapar del dormitorio común con olor a orina y tomado por los chinches.

Horseapple les acompañó a la puerta.

—Recuerda, Nails, diez chelines por cabeza. Al ritmo que crece esta ciudad, doblaré mi negocio en un año.

La puerta se cerró tras ellos con un portazo, y Cowperthwait se quedó inmóvil durante un momento, aturdido y desanimado por la experiencia. Con semejantes pozos de crueldad, ¿cómo iba ni siquiera a imaginar que la Reina estaba todavía viva, ilesa y localizable? Parecía un cometido imposible...

McGroaty susurró a Cowperthwait al oído.

—Disimula, pero hay alguien vigilándonos. A tu izquierda, detrás de esa pila de cajas.

Cowperthwait giró la cabeza despacio. Un destello de luz brilló desde algo plateado.

—Yo me encargo de esto —respondió Cowperthwait susurrando. Levantó el bastón. Luego, dijo con voz fuerte—: ¡Usted, dé un paso adelante y muéstrese!

De entre las sombras emergió la figura de un gigante. Era un nativo de la India de tez morena, que aparentaba al menos dos metros diez de estatura, aunque parte de esa altura podía atribuirse a su voluminoso turbante. Vestido con sedas de colores vivos, llevaba una cimitarra en el costado.

—¡Que Andy Jackson nos proteja!

—No tengas miedo —arengó Cowperthwait, con la voz temblorosa. El inventor levantó el bastón y apretó un botón en el mango que liberaba un muelle. La parte de abajo del bastón salió disparada por los aires, llevándose consigo la hoja de espada oculta y dejando a Cowperthwait con el mango recortado en la mano.

La pareja esperó a que el hindú avanzara y los decapitara a ambos de un plumazo.

En lugar de eso, otra figura se unió al asesino adorador de Kali. El Hombre de la Nariz de Plata.

Lord Chuting-Payne.

Con casi sesenta años, Chuting-Payne poseía la complexión atlética de un deportista olímpico. Vestido impecablemente, dueño de propiedades ancestrales inmensas en Carking Fardels, había sido considerado en su día el hombre más atractivo de su generación. Aquello había sido antes de haberse batido en duelo con el



barón Leopold von Schindler de Austria.

Una tarde del año 1798, un Chuting-Payne de dieciocho años, único descendiente de su linaje, había dado una cena para varios embajadores, en un intento de impulsar sus ambiciones políticas. Presente había estado el soberano, el demente rey Jorge III. El austriaco barón Von Schindler, algo enchispado y de naturaleza irritable, había criticado con ingenio teutón la lista de vinos de Chuting-Payne delante del real invitado de honor. Humillado más allá de lo tolerable, Chuting-Payne inmediatamente había retado a Von Schindler a un duelo de pistolas a veinte pasos.

Von Schindler, demostrando ser un cobarde despreciable, había disparado mientras Chuting-Payne todavía se estaba dando la vuelta, volándole la nariz.

Después, tranquilamente, con cantidades ingentes de sangre manando de la cara, Chuting-Payne había disparado a Von Schindler en el corazón.

La firma de joyas Rundell, Bridge y Rundell —los mismos creadores de la nueva y ligera corona que se iba a utilizar en la próxima coronación de la frágil Victoria— había sido contratada para fundir algunas joyas de plata esterlina de la familia y moldear una nariz protésica plateada que reemplazara la desaparecida nariz de carne de Chuting-Payne. Habían empleado toda su maestría y la réplica resultante era una maravilla digna de admiración. Fijada con adhesivo de gutapercha, se decía que la nariz era capaz de excitar a la más hastiada de las mujeres.

Pero la obtención de una nariz nueva no fue precisamente el final de la historia. Presionado por los austríacos, el rey Jorge había dictado una orden de arresto contra Chuting-Payne. El hombre había tenido que huir del país. Según contaban, había acabado en la India, en la provincia de Mysore, todavía una nación independiente en esa época. Volviendo la espalda a su propio país, Chuting-Payne se había aliado con el Maharajá de Mysore, Tipu *Sahib*, y sus amigos franceses contra los británicos. Había vivido durante un año en Mysore, hasta que la región cayó ante un ataque conjunto de los británicos y las tropas *marathas*.

Escapando del sitio de Seringapatam, Chuting-Payne había viajado entonces por las otras naciones hindúes independientes —Sind, Rajputana, Punjab— hasta la muerte de Jorge III en 1820. De alguna forma había amasado una fortuna lo bastante grande como para sobornar al rey Jorge IV para que levantara la antigua orden de arresto contra él. Había regresado a su tierra natal hacía más de una década, una figura de enigmáticas cualidades orientales, bronceado y distante, más negro que inglés.

Maltratado por el antepasado de Victoria, Chuting-Payne había concebido un odio exacerbado por toda la dinastía. Como Melbourne había insinuado a Cowperthwait, nada le gustaría más al sujeto que involucrar al trono en cualquier tipo de escándalo.

—Usted debe ser el señor Cowperthwait —dijo el aristócrata de nariz de plata, su voz dotada de extrañas resonancias—. Creo que no hemos tenido el placer de conocernos. Doy por hecho que sabe mi nombre. Permítame presentarle a mi sirviente, Gunputty.

Gunputty hizo una reverencia. Cowperthwait gruñó. La extraña pareja le tenía completamente amedrentado.

—¿Qué le trae tan lejos de sus retortas y alambiques, señor Cowperthwait? ¿Buscando más sujetos anfibios en el lodo? Por cierto, ¿dónde para últimamente su creación? Me he percatado de su ausencia del De Mallet's.

—Está... la he... es decir...

—No importa. No es la única dama excepcional desaparecida. O al menos eso informan mis espías.

—No sé a qué se refiere...

—¿De verdad? Yo creo que sí. De hecho, creo que ambos hemos salido en busca de lo mismo, señor Cowperthwait. Para que no se entere el populacho, entre nosotros la llamaremos simplemente «Vi», ¿de acuerdo?

—Usted... delira.

—Ni mucho menos, señor Cowperthwait. Aunque debo admitir que el patán cabeza hueca de su sirviente, que parece el hijo ilegítimo de un salvaje del Nuevo Mundo con un jabalí verrugoso, se asemeja a algunas de mis peores pesadillas.

—Tú te lo has buscado, cara de lata, ¡pelea!

Chuting-Payne se ciñó sus guantes blancos para mayor precisión.

—Dígale a su hombre, Cowperthwait, que el último tipo que se peleó a puñetazos conmigo ahora es pasto de los gusanos y que haría bien en mantenerse apartado de sus superiores. Gunputty, ve a por el carruaje. Señor Cowperthwait, adiós por el momento. Tengo la sensación de que nuestros caminos volverán a cruzarse.

En seguida el faetón de lord Chuting-Payne se oía rodar a lo lejos. Cowperthwait recuperaba la compostura poco a poco, pero le mortificaba el haber dejado a Chuting-Payne tratarles a él y a McGroaty con esa prepotencia.

Algo avergonzado también, McGroaty dijo:

—Dijiste que habías arreglado el bastón.

—Funcionó exactamente como yo quería, —improvisó Cowperthwait—. Si le hubiera acertado al hindú, le habría dejado sin conocimiento.

—Te sugiero que emplees tácticas más directas en el futuro, Coz. Ese Gunputty no parece de los que se detienen ante un bastón volador.

—Acepto la sugerencia, Nails.

## EL BAILE FATÍDICO

Durante varios días después de la visita al liceo de *lady Cornwall*, Cowperthwait deambuló languidecido como un adolescente enfermo de amor. El sorprendente desenlace de la visita, en el que *Lady Cornwall* había destapado la pasión que se escondía bajo ese exterior competente, seguía vivo en su cabeza, eclipsando todo lo demás. Incluso la noción de encontrar a la Reina desaparecida estaba ensombrecida.

Cowperthwait durante años había soñado con casarse con la compañera perfecta. La mujer tendría que ser inteligente y amable, culta y robusta, de mente abierta y sin ataduras. A decir verdad, la creación de Victoria había sido una especie de experimento en su intento de modelar la novia perfecta que no podía encontrar.

En ese momento, en la persona de *lady Cornwall*, estaba convencido de que la había encontrado. Cautivado por la pasión de aquel beso, no podía pensar en otra cosa que en unir fortunas y patrimonios con ella. Una mujer capaz de apreciar *Dimorfismo sexual entre los equinodermos* no se encontraba todos los días.

Buscando la opinión de McGroaty acerca de la mujer, Cowperthwait quedó algo decepcionado por el desprecio descarado que el sirviente mostró hacia ella.

—Me trae a la cabeza a un tal Widder Douglas que conocí, allá en Hannibal, Missouri. Siempre intentando cambiar a la gente y reformarla, que para mí tiene tanto sentido como echar un lazo al cuerno de la luna. Encima es una marimandona. Fíjate bien en lo que te digo: si te juntas con ella, te tendrá frotando bragas en día de colada antes de lo que tarda en secarse un escupitajo en una parrilla.

A Cowperthwait le habría gustado que McGroaty aprobara a *lady Cornwall*, pero si ése no iba a ser el caso, entonces McGroaty tendría sencillamente que aguantarse. Después de todo, una oportunidad como ésta se presentaba sólo una vez en la vida...

La única dificultad desde el punto de vista de Cowperthwait radicaba en elegir la mejor manera de declararse. Tendría que hacerlo con mucho cuidado...

Cuando la escarificada Vicky le visitó poco después, para su primera sesión del tratamiento con factor de crecimiento, Cowperthwait le confió una nota para su señora.

*Mi querida Otto:*

*Nuestra aventura ha quedado grabada con fuego en mi corteza cerebral. Si tuviera a bien recibirme de nuevo, me gustaría consultar con usted la posibilidad de convertir nuestra alianza en permanente, para poder ofrecernos ayuda y consuelo mutuos.*

*Su ferviente admirador,*

*Cosmo.*

*La respuesta que recibió con la siguiente visita de Vicky fue bastante brusca.*

*Estimado señor:*

*Por el momento no tengo intención de acceder a un acuerdo tan permanente y exclusivo como el que usted, si le he entendido bien, está planteando. Reprimamos nuestros sentimientos por ahora y permanezcamos simplemente amigos.*

*Otto.*

Este jarro de agua fría vertido sobre sus aspiraciones maritales sumió a Cowperthwait en un oscuro abismo. Pasó los días siguientes encerrado en casa, leyendo y releendo un pasaje del *Criaturas excepcionales* de Blore sobre la Rata Gigante de Sumatra. Al final, no obstante, se dio cuenta de que esa actitud no era la adecuada. Echando a un lado toda consideración de felicidad personal, se sumergió una vez más en la búsqueda de su soberana desaparecida.

Cada hora que pasaba despierto la dedicaba a la búsqueda cada vez más inútil de la Reina esfumada. Acompañado por McGroaty, el joven filósofo naturalista peinó, dibujo en mano y a un ritmo frenético, el laberinto de calles que era la Londres de clase baja, con su cerebro privado de sueño alerta ante cualquier rastro de Victoria.

A la luz del día y a la de las farolas de gas, en la superficie y debajo de ella, en medio de las multitudes de los ruidosos mercados o a solas en una casa de habitaciones con una sospechosa curtida por el trabajo, Cowperthwait perseguía la mirada de Victoria.

Del Billingsgate de olor a pescado a los barcos de prisioneros de Gravesend, donde los convictos yacían enfermos sobre las aguas de pantoque; de los juzgados de Grey's Inn donde los tristes demandantes presentaban sus causas, a los sanatorios inmundos donde ángeles como una mujer llamada Florence Nightingale le acompañaron cama por cama; de las sucias dársenas a los lujosos salones de apuestas; Cowperthwait recorrió de hecho cada estrato del submundo, obsesionado, con los pies doloridos y guiado por McGroaty, cuyo conocimiento de tales lugares parecía enciclopédico.

Y en cada sitio en que buscó parecía encontrar a su antagonista.

Lord Chuting-Payne, el arrogante y malhumorado enemigo del trono.

O bien lord Chuting-Payne estaba allí esperándole, o bien acababa de irse, o justo llegaba cuando Cowperthwait salía. Sin importar qué hora fuera, el cruel y sardónico noble, siempre acompañado del silencioso e imponente Gunputty, aparecía lozano e impecable, tan sereno como un mar en calma. En aquellas ocasiones en las que se encontró cara a cara con él, por lo general no intercambiaron más que uno o dos comentarios ingeniosos en tono frío. Por desgracia, Chuting-Payne podía considerarse el vencedor de aquellos encuentros, su ingenio agudo afilado por toda una vida entre los cínicos ricos.

Cowperthwait llegó a aborrecer la visión del arrogante Lord, con su nariz de metal precioso que le hacía parecer mitad máquina. No tardó en considerarle su

propio *alter ego* maligno, y el único consuelo que podía encontrar en las continuas apariciones de Chuting-Payne era que eso significaba que el Lord no estaba teniendo más suerte que él en su búsqueda de Victoria.

Victoria. El mismo nombre empezaba a sonarle irreal. ¿Quién era este fantasma, esta mujer que nunca había conocido en persona? Ocupaba el centro de la vida de Cowperthwait y el del poder del Imperio. Por un lado, aunque sólo llevaba un año en el trono, ya había la sensación general de que, tras una sucesión de reyes viejos y renqueantes, ella era el mismísimo aliento vital de una nueva era, la personificación del expandido organismo político que extendía sus tentáculos por todo el globo. Por otro lado, sólo era una mujer de entre millones, igual de importante en lo esencial que la pescadera o la frutera que Cowperthwait acababa de entrevistar, no más digna de aprecio o admiración que la estoica Vicky, a quien Cowperthwait continuaba tratando. (Y con cierta medida de éxito...).

¿Y qué pasaba con su propia Victoria? Los despachos de Melbourne habían dejado de llegar y Cowperthwait llevaba días sin saber nada de la salamandra hipertrofiada. La última misiva no había sido tranquilizadora.

*10 de junio*

*Me temo que el fantasma de la melancolía me tiene prisionero. El reino y yo estamos definitivamente perdidos, a no ser que V. haga su aparición. Mientras aguardo sin esperanza, pienso en las ventajas de su criatura: ¡ojalá todas las mujeres fueran tan dóciles!*

*Desde las profundidades estigias,*

*W. L.*

El mismo tipo de abatimiento sacudía a Cowperthwait. Esperaba que el Primer Ministro en su depresión no estuviera desatendiendo las necesidades de Victoria, pero no tenía forma de averiguarlo. No estaría bien acercarse al Palacio de Buckingham y preguntar si la piel de la Reina estaba debidamente humedecida...

Pasaron tres semanas. Quedaban menos de siete días para la coronación y todavía no había habido señales de Victoria.

Esa tarde Cowperthwait se preparaba para embarcarse una vez más en otra ronda de búsqueda infructuosa. Cuando estaba a punto de salir, una ola de hastío le azotó. Sintió como si de repente le hubieran arrancado todos los huesos.

—Nails, me temo que no puedo continuar con esta tarea sisífica. Al menos esta noche.

—No te culpo, Coz. Yo estoy agotado del todo. ¿Qué me dices de irnos al De Mallet's y relajarnos por una noche?

—Una idea excelente, Nails. Aunque me temo que estoy demasiado cansado para aguantar los abrazos de una fulana, el ambiente me resultará agradable.

Saliendo de la casa, se encontraron a Tiptoft dormido en el pórtico delantero.

Pasando despacio y en silencio por encima del muchacho, para no despertarlo y tener que soportar el torbellino de barridos, se encaminaron a la calle Regent.

En la puerta de roble tallada del lujoso establecimiento de De Mallet, tocaron la aldaba que tenía la forma de una pareja copulando y fueron rápidamente admitidos por el mayordomo. Les cogieron los sombreros y les ofrecieron unas copas de champán en una bandeja dorada. En seguida Cowperthwait y McGroaty estaban sentados en el amplio salón de baile, viendo a las parejas que danzaban al majestuoso compás de Mozart de un pianoforte dorado y observando con agradecimiento a las encorsetadas busconas distribuidas en chaise-longues de terciopelo por las cuatro paredes.

El único incidente que hizo tambalear la compostura de Cowperthwait ocurrió cuando creyó haber detectado el centelleo de una vela reflejado en una pieza de plata extrañamente acanalada y suspendida a la altura de la nariz al otro lado de la concurrida sala. Pero si el destello indicaba ciertamente la presencia de lord Chuting-Payne, aquel espectro no se materializó de forma más sólida, y Cowperthwait, haciendo uso de su disciplina mental, en seguida logró borrar ese temor de su mente.

Cowperthwait pasó del champán al madeira y la sala pronto adquirió un resplandor etéreo. Los candelabros parecían parpadear y fulgurar, como el fuego fatuo. McGroaty desapareció en algún momento, seguramente para enseñar sus cicatrices chickasaw a alguna pelandrusca afortunada, y Cowperthwait se encontró dando cabezadas de sueño. Se echó un rato de siesta y se despertó más descansado de lo que lo había estado en siglos. Fue en ese momento cuando *Madame* de Mallet se le acercó.

Alta, lozana y pechugona, inundada de joyas, quizás demasiado maquillada para ciertos gustos y vestida según la moda de una época anterior, De Mallet era una mujer de setenta años muy bien conservada. Corría el rumor de que había sido dama de cámara de María Antonieta (y durante algún tiempo compañera de cama de Luís) y apenas había podido escapar de la Revolución con vida.

—*M'sieu* Cowperthwait, ¿me permite interesarle con una chica esta noche? Tenemos una nueva adquisición en la casa —en ese momento De Mallet se agachó y continuó hablando en susurros—. Es alguien *très special*, *une* joya. No la ofrezco a *tout le monde*, sólo a mis preferidos. Le puedo garantizar que es una oportunidad única en la vida.

Cowperthwait estaba intrigado por un momento, pero, no deseando perturbar su serenidad con los rigores del amor carnal, finalmente declinó la oferta.

*Madame* de Mallet se encogió de hombros y dijo:

—*Très bien*, como desee.

No obstante, sintiendo una presión de diferente tipo emanando de su vejiga, Cowperthwait dijo:

—Sin embargo, me vendría bien un orinal.

*Madame* De Mallet agitó su mano ensortijada de forma airosa.

—Ya conoce la casa. Pero haga pis —le aconsejó— con discreción y un mínimo de ruido, por favor. *La chambre à côté du pissoir*, está ocupada.

Cowperthwait se puso de pie tambaleándose. Subió la gran escalera con unas cuantas copas de más, chocándose con varias parejas a modo de movimiento browniano, lo cual le resultó agradable.

En el pasillo del segundo piso comenzó a contar las puertas, pero en seguida perdió la pista. Cowperthwait abrió la que él pensaba que era la puerta correcta.

No lo era.

Había dos mujeres en la habitación. Una, ataviada con una sencilla combinación, estaba sentada en un secreter chapado de espaldas a Cowperthwait y escribía a toda prisa en un libro pequeño. Al oír abrirse la puerta, rodeó el diario con los brazos contra el pecho, como si quisiera blindar sus contenidos, y bajó la cabeza.

La segunda mujer, una verdadera amazona, llenaba la cama deshecha con su cuerpo de Venus desnuda. Tumbada boca arriba con las piernas abiertas y las manos cogidas por detrás de la cabeza a modo de almohada, tenía en su rostro una expresión que evidenciaba una total satisfacción sexual.

—¡Otto! —exclamó Cowperthwait.

*Lady Cornwall* no estaba avergonzada.

—Sí, Cosmo, soy yo. ¿En qué puedo ayudarle?

Cowperthwait se desplomó sobre una silla cercana y se sujetó la cabeza con las manos.

—Una hija de Lesbos. No me extraña que no tuviera interés en mi proposición. Debería haberlo adivinado, por sus maneras masculinas. Qué apropiado para su perversión, tener a todas esas jovencitas indefensas como pupilas...

*Lady Cornwall* saltó de la cama y le dio una bofetada a Cowperthwait.

—¡Cómo se atreve a cuestionar mis motivos! Mi trato con las chicas es tan casto como el de una monja. ¿Por qué cree que compro el amor en este lugar, si piensa que sacio mis deseos en la escuela?

*Lady Cornwall* se sentó en la cama y se echó a llorar. Cowperthwait no sabía qué decir ni qué hacer excepto mascullar una inútil disculpa e irse.

Encontró el excusado y alivió la vejiga. Menuda farsa era la vida, pensó mientras orinaba. Reinas desaparecidas, salamandras en el trono, misioneras sáficas...

Se abrochó la bragueta apenado y regresó al salón principal.

La pieza de música que sonaba estaba justo terminando. Cowperthwait se sobresaltó al ver a McGroaty de pie junto al piano. Llevaba un violín prestado encajado bajo la barbilla.

—Damas y caballeros, arriba esos pies. Van a disfrutar del auténtico Virginia Reel. ¡Dale Wolfgang!

Inmediatamente, McGroaty empezó a tocar entusiasmado, el pianista logró coger el ritmo y pronto el suelo se llenó de parejas dando vueltas con brío. Cowperthwait se encontró de repente girando con una ramera pelirroja como pareja. Al principio algo



reticente, la música alegre le pareció justo el tónico que su sangre cansada necesitaba, después de la triste revelación del piso de arriba, y empezó a bailar con más ganas que nadie. En cuestión de minutos, las otras parejas se habían apartado formando un círculo en cuyo centro bailaban Cowperthwait y su entusiasta acompañante.

A Cowperthwait le daba vueltas la cabeza. No recordaba haberse sentido nunca tan bien. ¡Al cuerno con sus preocupaciones! ¡Por Dios que le daría a la gente un buen espectáculo! Esperaba que Otto estuviera mirando. Levantó a su pareja de la cintura e inició una maniobra especialmente acrobática.

En ese momento, dos cosas ocurrieron de forma simultánea.

Desde los espectadores, una voz despectiva dijo:

—¡Qué exhibición tan salvaje e ignorante!

En el mismo instante, Cowperthwait perdió el equilibrio y lanzó a su pareja por los aires, con las manos resbaladizas por el sudor.

Tras levantarse del suelo y sacudirse el polvo, Cowperthwait buscó a la chica pelirroja.

Su caída había sido amortiguada de forma inadvertida por el cuerpo de lord Chuting-Payne, quien al hacerlo había perdido la nariz. El tejido muerto y los agujeros abiertos en el centro de la cara quedaron expuestos ante toda la sala. Las mujeres chillaron y algunos hombres fuertes se desmayaron.

Chuting-Payne aceptó con tranquilidad su nariz de manos de Gunputty y se la colocó en la cara. Desgraciadamente, estaba boca abajo.

—Mañana al amanecer en mi hacienda, Cowperthwait. Elija usted las armas.

Mirando cómo se iba arrogante el noble mal ensamblado, Cowperthwait se preguntó por un momento si podría convencer a Chuting-Payne para que aceptara bastones voladores con estoque a cincuenta pasos.

## 6

# TRAICIÓN EN CARKING FADELS

A la luz vacilante de una vela, Cowperthwait se miró en el espejo que había sobre la cómoda del pasillo y se ajustó nervioso la corbata. No estaría bien hallar su predecible muerte sin el aspecto de un caballero elegante. No le daría a Chuting-Payne la satisfacción de mirar su cadáver y soltar algún comentario mordaz sobre las limitaciones de su sastre.

Se oyó el chirrido de una puerta. En el espejo, Cowperthwait vio a McGroaty aparecer por detrás de él, con un paquete envuelto en telas manchadas de aceite. Se dio la vuelta.

—Me ha costado un rato encontrar dónde la había dejado, pero aquí está.

—¿Aquí está el qué?

—La solución para borrar a esa mofeta apestosa de la faz de la tierra. McGroaty empezó a desenvolver con cuidado los trapos grasientos. Poco después reveló una pistola de enormes dimensiones, manufactura de la fábrica de armas Colt, en Connecticut. El arma tenía el cañón tan largo como una barra de pan, con el ánima de un diámetro proporcional. La recámara parecía diseñada para albergar proyectiles del tamaño de los dedos de Cowperthwait.

El naturalista intentó levantar la pistola. Se vio incapaz de sostenerla con una mano y forzosamente tuvo que coger el arma de gigante con las dos. Hizo ademán de encañonar al orangután disecado que había al fondo del recibidor. Le temblaban los brazos del esfuerzo de soportar el peso de la pistola y el cañón oscilaba en un arco de varios centímetros.

McGroaty sonreía sin disimulo viendo practicar a Cowperthwait. (Los dientes que no le faltaban estaban mellados).

—¡Así se hace, Coz! ¡Ya casi lo tienes! Puede que no lo creas, pero tienes en las manos el mejor Peacemaker del mundo. He paseado esta preciosidad por todo el globo y no me ha defraudado ni una sola vez. Demonios, ni siquiera tienes que alcanzar algo vital para matar a esa mofeta. Con sólo darle en la punta del dedo es probable que muera del susto. Esta monada le ha arrancado la cabeza a un búfalo a cien metros de distancia.

Cowperthwait volvió a dejar la monstruosa pistola sobre los trapos. Le temblaban los brazos.

—No, Nails. Me temo que no. La verdad es que no sería deportivo, puesto que no tenemos la compañera para ofrecérsela a Chuting-Payne. Y me temo que estaría criando malvas antes de que pudiera levantar tu Colt para disparar. No, mejor trae el juego de mi padre. Es hora de irnos.

McGroaty envolvió el arma a regañadientes, espiró consternado, como si no alcanzara a comprender la moral meticulosa de Cowperthwait y se fue a por las mencionadas pistolas.

Volvió en seguida con una caja de caoba. Cowperthwait levantó la tapa. En el interior, acunadas en huecos de terciopelo, había un par de pistolas pequeñas con culata de nácar.

Las mismas armas que compró Clive Cowperthwait en previsión de su duelo con Marc Isambard Brunel. Cowperthwait derramó una lágrima al pensar en sus padres y en toda la trágica historia familiar. También pensó en Ikky Brunel, quien acababa de prometerle una visita guiada por el *The Great Western*, el magnífico trasatlántico de vapor que estaba a punto de hacer su viaje inaugural. En ese momento le daba la impresión de que nunca tendría la oportunidad de ser testigo de ese prodigio de su maravillosa era. Ah, la vida... tan dulce y tan amarga...

—Muy bien —dijo Cowperthwait, cerrando la tapa—. Con esto sólo quedan unos pocos cabos por atar. Nails, guarda esto contigo. Es mi testamento. Como verás, eres mi único heredero.

McGroaty se secó las lágrimas.

—Entonces será mejor que haga el mío también, porque me encerrarán en el calabozo hasta que me cuelguen del cuello.

—¿Por qué?

—Porque cuando Chuting-Payne te liquide, yo le liquidaré a él.

—Nails, te agradezco la intención, pero por favor no lo hagas. Mancillaría el honor de la familia.

—No puedes hacer nada para detenerme, Coz, pero te lo prometo de todas maneras.

—Muy bien. Ésta es una carta para *lady Cornwall*, junto con lo último que me queda de factor de crecimiento para su tutelada, Vicky. Por favor, asegúrate de que le llegue.

McGroaty venció su desprecio por la directora del liceo lo suficiente como para acceder.

—Excelente. Por último, sé tan amable de traerme a Tiptoft.

Cuando apareció el barrendero, con pajas en el pelo y restregándose las legañas de los ojos, Cowperthwait le entregó un sobre.

—Tiptoft, aquí tienes un pagaré por valor de cien libras. Con esto te libero de mis servicios.

—¡Viva! —gritó el muchacho—. ¡Me voy a Australia a hacer fortuna!

Cowperthwait le dio unas palmaditas en la cabeza al muchacho y le acompañó hasta la puerta. Se volvió hacia McGroaty y dijo:

—Partamos. No deberíamos hacer esperar al noble bastardo.

En el coche de caballos, traqueteando por las calles vacías de Londres antes del amanecer, Cowperthwait intentó sopesar sus sensaciones. Estaba notablemente

calmado y despejado, en especial teniendo en cuenta que ni él ni McGroaty habían dormido nada desde el escándalo en el De Mallet's, del que tan sólo hacía unas horas. Se sorprendió de que la perspectiva de su inminente muerte no le preocupaba lo más mínimo. Parecía más bien aliviado de saber que todo iba a acabar pronto. El fracaso de sus experimentos con la salamandra llamada Victoria, seguido de la frustrante y agotadora búsqueda de la Victoria humana y la desilusión sufrida con *lady Cornwall*, le habían dejado abatido y exhausto. Parecían quedar pocas cosas en la vida que atrajeran su interés y, a pesar de su juventud fisiológica, se sentía como un auténtico vejstorio. Mejor que todo acabara entonces, que arrastrarse por la vida con ese hastío prematuro.

No tardaron en dejar atrás la extensa metrópolis. En menos de una hora, llegaban a Carking Fardels, la propiedad ancestral de la familia Chuting-Payne, de la que el rival de Cowperthwait era el último descendiente directo. El cielo estaba iluminado en diferentes tonos pastel, los pájaros trinaban y la brisa agitaba la niebla que se retorció entre la maleza. Parecía un buen día en el que hallar la muerte.

McGroaty desvió el coche por un camino que se bifurcaba de la carretera de pago. Rodaron bajo el follaje verde menta, hasta llegar a unas puertas grandes. Allí les esperaba la impresionante figura de Gunputty.

Acercándose a su jefe, el americano dijo:

—Si puedes eliminar al viejo cara de lata con algún ingenio científico, Coz, hazlo sin preocuparte de hacer frente a su ayudante. Tengo un plan para minar la moral del moreno.

Cowperthwait suspiró profundamente.

—Por favor, Nails, nada de artimañas que arruinen mi salida de este embrollo mortal.

—Tú déjame a mí es montaña humana, jefe —terminó McGroaty de forma misteriosa. En esta coyuntura, el moreno en cuestión, se subió en silencio de un salto a uno de los caballos y guió el carruaje hacia la cita mortal.

Atravesaron un campo cubierto de rocío, en el que relucían las huellas que dejaba el coche y llegaron al límite de un bosque de alisos moteados. Gunputty se bajó y les condujo por entre los árboles.

Había un pequeño claro de bosque, lo suficientemente ancho para los pasos requeridos.

Allí de pie tranquilamente estaba lord Chuting-Payne, vestido con chaqué y polainas. Llevaba la nariz correctamente posicionada y pulida hasta la perfección. Cowperthwait podía verse en ella.

—Tenía dudas de que se presentara —dijo Chuting-Payne.

Cowperthwait pasó por alto el insulto. Se encontraba tranquilo y por encima de tales nimiedades.

—Espero que traiga armas apropiadas...

Cowperthwait extendió la mano sin decir nada y McGroaty le dio la caja de las

pistolas. Chuting-Payne se acercó, abrió el receptáculo y cogió un arma.

—Un modelo espléndido, aunque un poco antiguo. Recuerdo que la última vez que usé uno de estos fue en una demostración para el conde de Malmesbury. Lanzó una baraja de cartas al aire y disparé sólo a aquellas que superaban el triunfo que me enseñaba al mismo tiempo.

McGroaty escupió en la hierba. Chuting-Payne se mofó.

—Pronto habrá otro fluido más vital manchando el pasto, amigo, así que no malgaste su preciosa sustancia. Bueno, no hay razón para mayor retraso, ¿no es así?

McGroaty y Gunputty se hicieron a un lado. Cowperthwait vio a su ayudante susurrando al oído agachado del titán del turbante y, al momento, habían desaparecido detrás de los árboles.

Pero no había tiempo para más reflexiones.

Cowperthwait y Chuting-Payne avanzaron hasta el centro del claro y se colocaron espalda con espalda. La niebla se enroscaba en sus tobillos.

—A la de tres, comenzamos a dar veinte pasos, nos giramos —completamente, se lo advierto, pues no tengo más narices de repuesto— y disparamos a discreción. Uno, dos y tres.

La distancia parecía kilométrica. Cowperthwait notó en su interior un pequeño animal salvaje abriéndose camino a zarpazos hacia la libertad, pero lo contuvo. Pronto, pronto...

Veinte pasos. Vuelta.

Chuting-Payne se quedó de pie sin hacer nada, con los brazos cruzados, dejando a Cowperthwait que disparara primero. El inventor levantó la pistola, cerró los ojos y disparó.

Al subir los párpados, vio a un petirrojo caer muerto del árbol que había detrás del Lord.

Chuting-Payne sonrió y alzó la pistola.

—Antes de morir, señor Cowperthwait, quiero que sepa que he encontrado nuestro grial común. Y el escándalo que pienso causar con lo que he sabido derrocará el trono y me recompensará más que adecuadamente por los insultos que he sufrido. Rece sus oraciones, señor Cowperthwait.

Chuting-Payne apuntó con confianza a Cowperthwait, que volvió a cerrar los ojos, por última vez.

Sonó el disparo.

Milagrosamente, Cowperthwait no sintió nada. Qué maravilla... Había hecho bien en no tener miedo... ¡Bienvenido al paraíso!

Cowperthwait abrió los ojos.

Chuting-Payne yacía muerto en la hierba, con la parte trasera de la cabeza destrozada y convertida en una masa sangrienta.

Cowperthwait poco a poco comprendió lo que debía haber pasado.

—¡McGroaty! ¡Maldita sea, McGroaty, me lo prometiste! ¡No ha sido nada

deportivo!

Una figura salió de detrás de los árboles.

Era el vizconde de Melbourne. El Primer Ministro sujetaba una pistola humeante.

—William... no sabía... ¿Cómo? ¿Por qué?

Con calma, el elegante noble sacó el cartucho gastado del arma y lo reemplazó por uno nuevo.

—No podía dejar que Chuting-Payne siguiera con vida, Cosmo. Después de lo que ha dicho de sus planes para enredar a Victoria en un horrible escándalo. Después de todo el esfuerzo que hemos hecho los dos para mantener limpio su nombre. Y además, me cae usted bien y le debo un favor. Considero saldada la deuda.

—Pero pensaba que había dicho que no creía en el asesinato.

—Me refería al de mujeres, hombre. Las reglas son completamente distintas para el otro sexo. No, me temo que las intenciones traidoras de Chuting-Payne le han hecho merecer su muerte. Y además, sin herederos, su patrimonio recae en el trono. Hace años que le tengo el ojo echado.

De repente, Cowperthwait recordó algo.

—¡La Reina! ¡Él sabía dónde estaba! Ahora ese conocimiento se ha ido con él.

Melbourne parecía curiosamente despreocupado.

—Sí, un extraño golpe de suerte, este. Pero ya no podía esperar más para darle caza.

Un malestar repentino se apoderó del joven científico, dejándole sin ganas de seguir ahondando en el asunto. Lo único que quería era irse a casa y meterse en la cama. La idea de aquellas acogedoras colchas trajo a colación un asunto asociado, que expuso entonces al Vizconde.

—Mi creación... ha pasado mucho tiempo desde la última vez que recibí noticias de usted. ¿Está bien de salud? ¿Alguna vez parece... echar de menos su viejo entorno?

Melbourne intentó quitar hierro al asunto.

—Le va bien. Sus necesidades son simples y fáciles de satisfacer. Al menos la mayoría de ellas... ya sabe a lo que me refiero, ¿eh?

Cosmo abrió la boca para rogarle al Ministro que no le exigiera demasiado a la quimérica criatura pero Melbourne le cortó.

—Bueno, debería usted regresar a casa. Ah, no se preocupe, no habrá repercusiones legales. La Corona se encargará de todo.

McGroaty salió del bosque, acompañado de Gunputty. Melbourne levantó su pistola, previendo la respuesta mortífera del sirviente en nombre de su malogrado amo. Cowperthwait también estaba totalmente seguro de que el leal sirviente hindú intentaría vengar la muerte de su amo.

Pero en lugar de eso, ¡el hindú les sonreía de oreja a oreja! Cogió en alto a McGroaty como si fuera un niño y trotó impaciente hacia ellos.

—Nails, ¿qué...?

—No pasa nada, Coz. Acabo de explicarle al viejo Ganpat algo muy conveniente para él. Ése es su verdadero nombre, por cierto, en honor a no sé qué dios pagano. Le he inculcado algunas ideas democráticas, haciéndole ver que si su amo moría, sería un hombre libre, capaz de hacer fortuna con su atractivo y sus maneras exóticas. Estamos planeando conseguirle un trabajo con P. T. Barnum, que viene pronto a la ciudad. Es un encantador de serpientes de primera.

Cowperthwait suspiró. Todos mostraban una falta de remordimiento lamentable.

Pero la vida tiene que seguir adelante, supuso.

¿No es cierto?



## LO QUE TODOS LOS DEMÁS SABÍAN

Cowperthwait durmió durante un día y medio. Sus sueños, si los tuvo, no fueron desagradables y se desvanecieron al despertarse. McGroaty estaba de pie junto a él, con una bandeja llena hasta arriba de pastas untadas con abundante mantequilla, una tetera y un tarro cerrado de cristal repleto de mermelada de fresa.

—He pensado que igual te apetecía algo de comer, Coz.

Cowperthwait se incorporó sentado y ahuecó las almohadas que tenía detrás de la espalda.

—Tienes razón, Nails. Es hora de fortalecer el cuerpo antes de abordar los problemas de la mente que todavía nos hostigan.

—Yo no lo hubiera dicho mejor.

Cowperthwait empezó a devorar el desayuno. Se asombró del hambre que tenía, pues esperaba arrastrar algo de ansiedad y una consecuente falta de apetito por la muerte de Chuting-Payne. Sin embargo, ni siquiera el parecido de la mermelada de fresa con los sesos desparramados de Chuting-Payne le consternaba.

Mientras comía, Cowperthwait reflexionó sobre el problema de Victoria.

Chuting-Payne había afirmado conocer su escondite. Era obvio que ese conocimiento era reciente, puesto que durante un encuentro habido la semana anterior —en el negocio de un prestamista judío del que se decía que a veces acogía a niños fugados— Chuting-Payne se había mostrado tan ignorante como siempre.

Por lo tanto, debió haberlo descubierto justo antes del contratiempo en el De Mallet's...

El De Mallet's. Cowperthwait dejó de masticar. Una imagen de la vieja madama se materializó delante de su cara boquiabierta.

«Alguien *très special*... una oportunidad única en la vida...».

No podía ser... ¿o sí? El establecimiento de De Mallet era el primer sitio donde Melbourne había buscado. La única razón por la que Cowperthwait no se había molestado en hacerlo era esa convicción. Y sin embargo...

Echando atrás las mantas, Cowperthwait mandó el desayuno por los aires.

—¡Nails! ¡Nails!

McGroaty entró tranquilamente mientras Cowperthwait estaba intentando meter las dos piernas en la misma pernera del pantalón.

—Nails, debemos ir al De Mallet's a toda prisa.

McGroaty le guiñó el ojo.

—Cuidando de otras necesidades, por lo que veo.

—Hay que ver, Nails, no tienes remedio. Tú prepara el transporte.

Al poco rato, Cowperthwait entraba en los vacíos salones del local de *Madame de Mallet*, recibido por un mayordomo somnoliento y desgredado. (McGroaty esperaba fuera; si el presentimiento de Cowperthwait resultaba verdad, no estaría bien tener presente al rufián maleducado para abochornar la delicada sensibilidad de la mujer que esperaba encontrar de todo corazón). Los accesorios dorados y la variedad de revestimientos de las paredes tenían un aspecto chabacano a la luz del día que se difuminaba a través de las pesadas cortinas cerradas. Había un hedor nauseabundo a champán derramado y viciadas sudoraciones corporales. El lugar presentaba una imagen muy diferente al *glamour* de por la noche. Cowperthwait se preguntó qué reflejo estaba más próximo a la realidad, si lo estaba alguno.

Con una mano en la barandilla de la escalera, Cowperthwait se detuvo ante la llamada del sirviente.

—Eh, oiga, patrón, no puede molestar a las chicas a estas horas...

—¡Oh, cálese, hombre! No he venido a revolcarme. En nombre de Agassiz, ¿es que nadie piensa en otra cosa?

En el pasillo de arriba, algo atrajo a Cowperthwait de manera infalible hacia la habitación que había ocupado una vez la salamandra Victoria. En la puerta, llamó suavemente. Una voz femenina respondió.

—¿Ya es de noche? Me siento como si no hubiera dormido apenas. Entre, pues, entre, estoy lista...

Cowperthwait giró el pomo de la puerta y entró.

Las cortinas impedían la entrada de la luz del día y una única vela iluminaba la estancia. La cerilla que acababa de prender la candela de sebo se extinguía con el soplido de los labios apretados de la mujer que había en la cama.

Mujer, sí. Claramente, ya no era una niña.

Victoria tenía el pelo largo de color castaño claro, a medio camino entre el rubio blanquecino de su juventud y el moreno que se adivinaba de su madurez. Su cara era redonda y algo inocente todavía, la nariz y la barbilla un poco pronunciadas. Cowperthwait imaginó que nunca estaría más radiante. Sabía que ese físico iba a ser pronto retratado por el pintor de la corte, Franz Winterhalter.

La Reina poseía una mirada autoritaria de la que Cowperthwait no podía desprenderse. Al lograrlo al fin, examinó el deshabillé de Victoria.

Estaba tumbada con las mantas retiradas y llevaba el más vaporoso de los camisones. De pechos y caderas generosos, que indicaban una futura robustez, estaba preparada para engendrar muchos niños. Cowperthwait de pronto estaba seguro de que no tardaría en agraciarse la nación con un nuevo principito o princesita.

Sin embargo, este aspecto maternal de Victoria estaba todavía implícito, sin predominar. En ese momento, parecía de todo menos una madre. Con su cuerpo exquisito todavía sin deslucir por los embarazos, era la mujer más apetecible que Cowperthwait había visto.

Sobre una mesa de juego situada en el rincón había un dibujo diseccionado a

medio completar, un puzle de los que le gustaba hacer a Victoria. Al lado estaba su inseparable diario.

Cowperthwait se arrodilló.

—Majestad...

La voz de Victoria era ronca. Cowperthwait sabía que tenía problemas de anginas.

—Déjate de títulos, tonto. Aquí no soy la Reina. En esta casa, hay otras que saben muchísimo más que yo y se merecen ese título. Pero estoy aprendiendo. Ven, te lo demostraré.

Victoria abrió los brazos en alto con un gesto implorante. Estupefacto, Cowperthwait se acercó y se sentó en el borde de la cama, desde donde podría exponer su caso con mayor convicción.

—Majestad, soy consciente de que las exigencias de vuestro alto oficio os han causado una tristeza inefable, por lo que es natural que hayáis buscado olvidaros de todos vuestros problemas adoptando el papel de mujer pública. Pero debéis comprender que la nación os necesita. La Coronación es inminente. Sin olvidar la angustia personal que le habéis causado a vuestro Primer Ministro. El vizconde de Melbourne está fuera de sí, preguntándose dónde estáis.

—¿De qué estás hablando, estúpido? Fue Melbourne quien me metió aquí.

Cowperthwait sintió como si el cerebro le fuera a reventar.

—¿Melbourne...?

—Sí, Willy me dijo que sería parte de mi educación. Y qué razón tenía. Caray, he conocido a muchas de las figuras más importantes del país, con una intimidad que jamás habría logrado en las altas y estériles esferas del gobierno. Escritores, artistas, miembros del Parlamento, educadores. Tanto hombres como mujeres. Caray, incluso han venido trabajadores corrientes que se habían pasado años ahorrando su dinero. Y su conversación ha sido casi tan estimulante como su amor. Los secretos que he descubierto, las alianzas que he forjado, la confianza en mí misma que he desarrollado, por no mencionar las artes que he aprendido que sin duda agradaran a mi querido Albert cuando nos casemos... esto me servirá durante todo mi reinado. De ahora en adelante no tendré problemas para conseguir lo que quiera. ¡He disfrutado tanto! Es una pena que casi haya terminado.

Cowperthwait intentó recuperar el habla.

—¿Entonces no tenéis intención de abdicar...?

—¡Por supuesto que no! Mañana regreso a Palacio, para el ensayo de la Coronación. Está todo preparado. Venga, olvida toda esta charla de asuntos políticos, querido. Ven con tu pequeña Victoria, deja que ella lo arregle todo.

Victoria rodeó a Cowperthwait con los brazos, le tumbó en la cama y comenzó a desabrocharle la bragueta.

Al principio indeciso, Cowperthwait enseguida empezó a cumplir con entusiasmo.

Después de todo, uno no desobedece a su soberana simplemente porque sí, por

muy exigente que sea la orden...

\* \* \*

No era difícil entrar en el Palacio de Buckingham bajo el manto de la oscuridad. La seguridad era bastante primitiva. Como ejemplo, en diciembre de aquel año de 1838, «el chico algodón» sería finalmente detenido, tras habitar a escondidas en el Palacio durante varios meses. De doce años de edad, estaba perpetuamente cubierto de hollín, pues se ocultaba a menudo en las chimeneas. Tiznaba las camas en las que elegía dormir, abría cartas selladas de la Reina, robaba algunas pequeñas baratijas y comida, y cuando lo cogieron llevaba un par de pantalones de Melbourne.

Aquella noche Cowperthwait no se encontró con «el chico algodón» cuando recorría los pasadizos resonantes hacia el dormitorio privado de la Reina. Siguió las indicaciones que Victoria amablemente le había dado con anterioridad ese mismo día, después de la orgía. Cowperthwait le había explicado su implicación en el subterfugio que rodeaba la ausencia de Victoria. Resultó que la Reina no sabía nada acerca de la falsa Victoria que ocupaba su cama junto a Melbourne, y Cosmo no detectó ni una pizca de celos por parte de ella. No le daban ninguna envidia las explicaciones que Melbourne tendría que dar al día siguiente.

Al mismo tiempo, Cowperthwait estaba bastante enfadado por la forma en que el Primer Ministro le había engañado. Estaba decidido a poner a salvo a su Victoria y dejarle las cosas claras al Vizconde.

Solamente una vez se encontró Cowperthwait con alguien, un alabardero de patrulla a quien evitó escondiéndose en un nicho que albergaba un busto de Etelredo el Indeciso.

Por fin Cowperthwait llegó a las cámaras reales. Entró sin llamar.

Melbourne yacía en cama con la Salamandra. Cuando el tritón vio a Cowperthwait croó de alegría al reconocerle y se deslizó fuera de la cama. Completamente calva, su forma sinuosa combinaba características mamíferas y anfibias en una belleza no terrenal. La peluca que utilizaba para suplantar a la Reina adornaba un perchero al otro lado de la habitación.

Melbourne saltó de la cama desnudo, su cuerpo fornido y peludo en total contraste con el etéreo esplendor de sílfide de la Salamandra.

—Señor —profirió Cowperthwait— ¡lo sé todo! Me ha engañado vilmente. Supongo que velaba por los intereses de la nación, pero creo que en sus acciones también había un componente de lujuria impía. Reclamo ahora a mi tutelada y le dejo a usted con ese cargo de conciencia.

Cowperthwait cogió a Victoria de la mano y se giró para marcharse.

Melbourne la agarró de la otra mano y tiró.

—No, no se la lleve. Tiene razón, estoy cegado por su criatura, lo he estado desde la primera vez que la tuve en el De Mallet's. No podía soportar la idea de que otros la

disfrutaran. La estancia de la Reina lejos de Palacio, planeada hace mucho tiempo, parecía la excusa perfecta para apropiarme del tritón. ¡Ya no puedo vivir sin ella!

—Suéltela, señor —le instó Cowperthwait, tirando de Victoria—. ¡No me haga emplear la fuerza con usted!

Melbourne no escuchaba y en lugar de eso, seguía tirando del tritón. Cowperthwait tiraba en la otra dirección y empezaron una competición de tirones que pronto alcanzó proporciones catastróficas.

Sin previo aviso, de repente Melbourne saltó de espaldas sobre la cama.

Bajando la vista, vio en sus manos el brazo seccionado de Victoria que se retorció y chorreaba un fluido pálido.

—¡Dios mío! —gritó el Primer Ministro—. ¡A dónde me ha llevado mi salvaje lujuria! Soltó el miembro y, con las manos en la cabeza, se echó a llorar.

Cowperthwait miró al Primer Ministro con indignación.

—Ha abusado usted de un animal indefenso y ahora sufre las consecuencias. Que le sirva como lección de que ni siquiera los poderes más elevados del mundo están exentos de la moralidad común. Puede consolarse con el hecho de que Victoria regenerará rápidamente el brazo, ya que conserva esa facultad salamandrina.

Echando una manta por encima de la callada criatura, Cowperthwait dijo:

—Ven, querida, vámonos.

Dejó a Melbourne llorando.

En el cabriolé camino a casa, acunando la alargada cabeza de Victoria contra su pecho, Cowperthwait meditó en voz alta.

—Desearía que estuviera *lady Cornwall* conmigo en este momento, querida Victoria, pero ¿de qué serviría ese anhelo imposible? No, sólo estamos tú y yo, mi pobre criatura. Tú y yo de nuevo.

Cowperthwait le acarició la cabeza y Victoria se acomodó debajo de su barbilla.

—Ay, querida, has padecido muchas atrocidades en tu vida antinatural. Y amándote como todo hombre ama a su creación, sólo puedo esperar que tu existencia no se prolongue por muchos más días. Si al menos supiera tu esperanza de vida...

Y con ese sentimiento resonando en el coche, el vehículo rodó a través de la noche...

... a través de las décadas...

... a través de sesenta y tres años, hasta el 1 de febrero de 1901, cuando la misma vía pública de la ciudad, cubierta con telas blancas y púrpuras (Victoria había pedido en su testamento que se prohibieran las telas negras que aborrecía), estaba abarrotada con muchedumbres que lloraban al ver la cureña tirada por caballos portando el corto féretro de su anciana Reina en su lento recorrido desde la estación Victoria hasta la Paddington, de camino a su mausoleo en Windsor.

Entre los apenados asistentes había una figura encorvada vestida de negro, con la cara cubierta por un velo. Le acompañaba un hombre anciano y calvo de cara redonda, apoyado en un bastón cuya estrecha junta revelaba su naturaleza mortífera.

No tardó en unirse al dúo un viejo de pocos dientes que se metía con disimulo una cartera ajena en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Ha pasado tanto tiempo —dijo Cowperthwait—. Y sin embargo las postales de Navidad nunca dejaron de llegar.

—Las mujeres son como los elefantes —dijo McGroaty—. Nunca olvidan.

Y como asintiendo en silencio, Victoria se retiró el velo y atrapó con la lengua una mosca que pasaba volando.



**PAUL DI FILIPPO**

**LA TRILOGÍA**

**STEAMPUNK II**



**HOTENTOTES**



# 1

## LA CARA DE UN MONO

El enorme pez estaba visiblemente cosido por la mitad. La espiral de puntadas chapuceras de hilo de pescar negro recorría toda la circunferencia como la sonrisa de una muñeca de trapo demencial, uniendo las dos mitades desiguales. De tamaños ligeramente dispares, las dos mitades del híbrido no encajaban a la perfección, sino que dejaban ver la carne interior de color rosa blanquecino de la mitad delantera mayor. Con su alargada cabeza puntiaguda, su mandíbula inferior prominente y sus voraces dientes principales, la parte delantera pertenecía claramente a la familia de los *Sphyraenidae*: una de las barracudas. La porción trasera era menos identificable, aunque una suposición muy bien formada (Lausana, Zurich, Heidelberg, Munich, Viena y París) la situaría dentro de la familia de los *Acipenseridae*: los esturiones. Sin embargo, había un hecho indiscutible: la cola estaba cosida boca abajo, de forma que la aleta ventral estaba en una posición dorsal imposible.

El monstruo mestizo descansaba sobre un trozo de lona húmedo con los bordes deshilachados y una única anilla metálica a modo de ojal. Tenía los ojos vidriosos y un suero lechoso colaba gota a gota de la unión. La lona estaba sobre las piernas de un hombre sentado.

Este hombre era Louis Agassiz.

Científico nacido en Suiza, experto en paleontología, ictiología y zoología, doctor en medicina, conferenciante público, creador y divulgador de la Teoría Glacial y naturalista laureado (en lenguaje periodístico) en su adoptada América, Agassiz acababa de cumplir los cuarenta. Alto y fuerte, aunque con cierto sobrepeso, vestía pantalones de lana, chaleco y americana cruzada, con un pañuelo blanco en el cuello. En su cara dominaban unos ojos marrones agudos y penetrantes como las espinas de un erizo de mar (o equinoideo común) y una mandíbula ancha y cuadrada. Tenía la nariz y los labios muy carnosos. Perfectamente afeitado, salvo por unas largas patillas, su tez era bastante rojiza. Su pelo todavía era negro, pero el nacimiento retrocedía cada vez más, revelando una frente sumamente filosófica. (Samuel George Morton, distinguido colega de Agassiz en Filadelfia, había estimado la capacidad craneal de su compañero en 1884 centímetros cúbicos, muy por encima de la media para un espécimen de raza blanca [y por lo tanto de cualquier raza, siendo la blanca la cúspide de la creación]. Morton, aunque se había abstenido de revelar su deseo, ya había hecho planes para conseguir el cráneo de Agassiz para su inmensa colección, de acontecer la muerte de Agassiz antes de la suya propia...).

En ese momento Agassiz contemplaba la abominación expuesta en su regazo. Apenas sabía qué decir. ¿Se suponía que tenía que tomarse en serio esta cruda farsa?



¿Tan ingenuo pensaban estos americanos que era el europeo medio?

Durante los diez meses de su experiencia americana hasta la fecha, Agassiz se había formado ciertas conclusiones acerca del carácter nacional. El típico ciudadano de los Estados Unidos era descarado, astuto, decidido y dotado de abundante labia y escasa moral. Lo que más le gustaba de ellos era que eran niños mimados, llenos de entusiasmo juvenil. Aunque eran buenos en las distancias cortas, no tenían resistencia. Los mejores, como sus colegas de Harvard (aquellos que habían logrado establecer líneas de reproducción puras dentro de su propia clase) eran intelectual y éticamente iguales a los mejores europeos. Los burgueses, como John Lowell y Samuel Cabot... bueno, los burgueses eran iguales en todo el mundo. Pero las masas de americanos, a diferencia de sus homólogos del Viejo Mundo, eran salvajes e impredecibles.

Por supuesto, esto se debía al cruce de razas. El país era un batiburrillo de razas, todas mezclando sus sangres sin el debido respeto a las antiguas divisiones geográficas que habían prevalecido desde la Creación. Arios, anglosajones, galos, eslavos, íberos, mediterráneos, ibéricos, celtas, mongoles, han, semitas, escandinavos, bálticos, pieles rojas... ¿era de extrañar que la progenie de semejante mestizaje atroz fueran sujetos caprichosos, desorganizados y avariciosos, o que pensaran que sus superiores serían tan fáciles de timar en una transacción comercial como sus propios congéneres de mente simple?

Y el peor componente de la mezcla, la más vil y contaminada de las corrientes que alimentaban el río fangoso que era América, la mancha más ofensiva en la sangre de todo hombre blanco, una contaminación que clamaba al cielo y violaba toda orden moral, era...

El negro.

Agassiz se estremeció, recordando su primer encuentro con negros americanos — de hecho con cualquier miembro de las razas africanas— que había tenido lugar tan sólo un año atrás. Había escrito sobre ello el pasado diciembre, en una carta a su santa madre, Rose, afortunadamente a salvo en su casa de Neufchâtel.

*> Fue en Filadelfia donde por primera vez estuve en contacto prolongado con los negros; todo el personal doméstico de mi hotel eran hombres de color. A duras penas puedo expresarte la dolorosa impresión que recibí, sobretudo porque el sentimiento que inspiraron en mí es contrario a todas nuestras ideas sobre la confraternización del ser humano y el origen único de nuestra especie. Pero ante todo la verdad. Sin embargo, sentí piedad ante la visión de esta raza degenerada y degradada, e inspiraron compasión en mí al pensar que son hombres en realidad. A pesar de todo, me es imposible reprimir la sensación de que su sangre es diferente a la nuestra. Al ver sus caras negras con sus labios gruesos y sus dientes deformados, la lana de sus cabezas, sus rodillas dobladas, sus manos alargadas, sus uñas largas y curvadas, y en*

*especial el color lívido de las palmas de sus manos, no pude apartar los ojos de sus caras a fin de que se mantuvieran alejados. Y cuando acercaban esas horribles manos a mi plato para servirme, deseaba poder salir a comer un trozo de pan en cualquier sitio antes de cenar con semejante servicio. ¡Qué desgracia para la raza blanca, haber ligado su existencia de forma tan estrecha con la de los negros en ciertos países! ¡Qué Dios nos salve de un contacto así!*

Contemplando el horror pisciforme en su regazo, de repente Agassiz vio encarnados en él todos sus temores acerca del cruce de razas. Con un escalofrío, recordó la criatura cosida de manera similar nacida de la imaginación de la señora Shelley. ¿Y si la Naturaleza permitiera algún día semejantes monstruos? Ya sólo la idea era demasiado.

Agassiz apartó la mirada y se dirigió al hombre que aguardaba expectante de pie delante de él.

Pescador zafio de edad indeterminada, con una cara arrugada como el cuero curtido en la que se hallaban unos ojos bizcos, vestido con un jersey de ochos y cuello vuelto manchado de lanolina, gorro de lana de marinero y pantalones bombachos, con una pipa de cerámica de mango largo apagada asomando de la comisura de los labios, el vendedor iluso vio apropiado en ese momento hablar en favor de su mercancía.

—Bueno, joven, ¿qué le parece? Los chicos del muelle dicen que usted busca especímenes raros, y no verá muchos más raros que éste.

Agassiz estaba atónito ante la osadía del hombre. El acento suizo del profesor, que tantas mujeres habían encontrado encantador y que consistía principalmente en afrancesar las vocales, se volvió muy pronunciado en ese momento, en un intento de intimidación.

—¿Espera que me crea que este pez llegó a nadar alguna vez entero y como un todo por los mares de este mundo, señor?

El viejo marinero se rascó bajo el gorro.

—Ah, esa vista de águila suya ha detectado la ligera reparación que tuve que hacerle a este bribón. Un miembro de mi tripulación estaba preparándose para filetear el bicho para nuestra cena a bordo del barco, cuando llegué yo y, reconociendo su valor científico, puse alto a la carnicería. Desgraciadamente, ya había separado la cabeza de la cola. En vista de que está ligeramente dañado, consideraré bajar mi precio. Que es de medio dólar, a tocateja.

Agassiz retiró la lona y su contenido de su regazo y se puso en pie.

—Por favor, márchese ya. Me ha hecho perder el tiempo.

—Espere, hombre, ya veo que es usted más listo de lo que pensaba. Un momento, le diré la verdad. Me lo estaba guardando porque no estaba seguro de si sabría apreciarlo.

—Muy bien, proceda. Soy todo orejas, como dicen ustedes.

Cogiéndose la barbilla y entrecerrando los ojos aún más, de forma que parecía un topo (*Talpa europea*), el pescador dijo:

—Bueno, subimos las redes a bordo, y en ellas había una barracuda y un esturión negro...

—Hasta ahí ya lo había deducido.

—Puede ser. Pero lo que no sabe es que con ellos había también un pez espada. Ni que ese pez espada tenía un instrumento de lo más peculiar. Concretamente, ¡una púa con un agujero en la punta como el ojo de una aguja! Delante de mis ojos atónitos, aquel pez espada procedió a cortar por la mitad a los otros dos peces. Luego saltó a los muelles, hacia donde estábamos remendando las velas. Se metió el cabo de un cordel por el ojal y se puso a coser los peces uniéndolos, así como los ve. Los traigo simplemente como prueba, ya que el pez espada era demasiado grande para cargar con él. ¡Y es ese pez espada el que le propongo comprar!

El pescador concluyó triunfante con una sonrisa de oreja a oreja y esperó la reacción de Agassiz.

Por un momento, Agassiz quedó anonadado. Entonces comenzó a reírse a carcajadas. El mal humor que había arrastrado durante todo el día, debido a muchas causas inevitables, se evaporó en un momento bajo el influjo de la típica milonga americana.

Cuando recuperó la compostura, Agassiz dijo:

—Muy bien. Tráigame a ese pez espada cirujano y le pagaré generosamente.

El pescador extendió una mano callosa y Agassiz la estrechó.

—Eso mismo haré, hombre, como que me llamo capitán Dan'l Stormfield de Marblehead.

Y con esto, el capitán Stormfield se marchó, llevándose el pez viviseccionado y también un agradable olor personal a salmuera que Agassiz sólo notó en su ausencia.

¡Verdaderos niños mimados!

El despacho de Agassiz era un estudio acogedor en el que había pasado muchas horas de lucubraciones desde su llegada a estas costas extranjeras. Varias librerías con puertas de cristal albergaban hileras de volúmenes científicos de gran tamaño, desde Linneo a Lyell; la parte inferior abierta de las librerías estaba dedicada a los volúmenes ilustrados de la edición en gran folio de *Las aves de América*, de Audubon. Los frutos de la composición reciente estaban esparcidos sobre un aparador, perfectamente apilados en monográficos separados. La correspondencia sin contestar estaba desparramada sobre una mesa redonda arrinconada. Un cómodo sofá, que usaba de vez en cuando para las siestas de después de comer, estaba ocupado por unas carpetas de cartón atadas con lazos que contenían diversos bocetos expedicionarios. Unas cuantas sillas acolchadas en cuero y varias alfombrillas estaban repartidas por el suelo de tarima. (No eran precisamente de estilo Biedermeier, pero... ¿qué se podía esperar de tan burda nación?). Una acuarela del

lugar natal de Agassiz, la aldea de Motier rodeada por su lago, obra del que fue durante mucho tiempo su ayudante artístico, Joseph Dinkel, quien desgraciadamente había decidido no acompañar a su maestro a América, adornaba una pared. En otra colgaba un mapa de Norteamérica, salpicado de tachuelas de bandera verde que indicaban los lugares ya visitados (las Cataratas del Niágara, Halifax, New Haven, Albany, Filadelfia) y otras de bandera roja que señalaban las excursiones planeadas (el lago Superior, Charleston, Washington, las Montañas Rocosas...).

Habiéndose refugiado en su lugar de trabajo toda la mañana dando rienda suelta a su melancolía, la cual tan efectivamente había disipado la fábula del capitán Stormfield, Agassiz disfrutó entonces con el regreso de su habitual energía. Se sintió dispuesto una vez más a salir a recorrer el mundo, destapando los secretos de la naturaleza, clasificando y descubriendo, recolectando y teorizando, y hacer sonar su nombre, no por casualidad, en los labios de las masas como sinónimo de la ciencia moderna del siglo XIX.

Salió de su despacho y se dirigió a los talleres situados en sus dependencias del East Boston, muy cerca de la orilla de la bahía, que tan amablemente habían sido donados por uno de sus mecenas, John Amory Lowell, magnate de la industria textil y financiero. El establecimiento era suficiente por el momento y a diario inspiraba en Agassiz sentimientos de satisfacción. Sin embargo, tenía otros planes en mente de mayor envergadura. Un almacén separado para los especímenes, tal vez encabezado por un museo en donde exponer los más selectos; talleres más grandes, equipados con todas las necesidades taxonómicas; una oficina con luz de gas; una sala de conferencias; tal vez incluso tendría su propia imprenta y su propio taller de encuadernación, como había tenido en Neufchâtel, para encargarse del flujo continuo de libros que salían de su prolífica pluma...

Agassiz puso freno a sus fantasías. Todo esto sólo podría realizarse desde una posición de poder y prestigio. La cantidad de dinero que podía invertir personalmente era insignificante comparada con sus sueños. Ciertamente, sus conferencias le habían reportado más de lo que podía soñar —en los últimos cuatro meses, ¡más de seis mil dólares!— pero todo se lo gastaba conforme entraba. Ya sólo los salarios de su equipo de expertos consumían una gran parte de sus ingresos. Añade a eso sus adquisiciones a los pescadores locales, los gastos normales de la casa, los costes de las investigaciones de campo, entretenimientos y así sucesivamente, y pronto aparecen los números rojos.

No, únicamente los recursos de una institución como Harvard serían suficientes para lanzarle a las alturas con las que soñaba. ¡Necesitaba el profesorado en la nueva Facultad de Geología que próximamente iba a otorgar Abbot Lawrence en la universidad! Sus rivales para la plaza, Rogers y Hall, eran talentos mediocres que no merecían un puesto tan prestigioso. ¡Sólo él, Louis Agassiz, Primer Naturalista de su tiempo, tenía derecho al profesorado!

Acercándose a la puerta de los talleres, Agassiz decidió que engatusaría a Lowell

para que celebrara otra cena en la que poder presionar a Lawrence con sutileza para conseguir el trabajo.

El taller era un hervidero de actividad. Al entrar, todos sus leales ayudantes, que le habían acompañado desde Europa, levantaron la vista de sus bancos con dedicación y admiración en la mirada. El conde François Pourtales, quien había recorrido a pie los Alpes enteros con Agassiz, estaba examinando afanoso un coprolito de gran tamaño con una lente de aumento. Charles Girard, experto zoólogo, estaba destripando una perca y llevaba un delantal de gutapercha. El artista Jacques Burckhardt estaba intentando dibujar una langosta viva (*Homarus americanus*), que desgraciadamente estaba empeñada en corretear hacia la libertad por toda la mesa. Auguste Sonrel, experto litógrafo, estaba ocupado con sus lajas. (En un intento de recaudar fondos adicionales para la ciencia, Agassiz había autorizado a Sonrel a proporcionar un conjunto de ilustraciones para una edición privada del libro del señor John Cleland, por encargo de un grupo de empresarios de Boston). Los únicos que faltaban eran Charles «Papa». Christinat, Arnold Guyot, Leo Lesquereux y Jules Marcou, quienes esperaban sus citaciones al otro lado del Atlántico, las cuales mandaría una vez hubiera obtenido el puesto en Harvard.

La escena emocionó a Agassiz. Esto era la ciencia moderna: trabajo en equipo y delegación de responsabilidades, una unión estrecha que funcionaba con un único objetivo, ¡engrandecer aún más el nombre de Agassiz!

Respondiendo a los joviales saludos que utilizaban su apodo —«¡*Bonjour*, Agassiz!», «¡Agass, mira esto!», «¡Agass, la *homard*, cógela!»— el jefe de esta industria científica hizo su ronda entre los trabajadores.

Cuando estaba inspeccionando el coprolito de Pourtales en un intento de discernir vestigios botánicos, Edward Desor apareció desde una habitación interior.

Desor era el segundo de a bordo de Agassiz. Llevaba diez años trabajando para el naturalista, desde 1837. De origen alemán, en un principio estudiante de derecho con facilidad para los idiomas, Agassiz le había instruido en los rudimentos de la ciencia, aunque sus conocimientos nunca superaron los de un aficionado con un interés medio. Su utilidad principal radicaba en su habilidad para conseguir las cosas hechas. Había supervisado las operaciones diarias en Neufchâtel y podía llevar a cabo la expedición más complicada sin ningún contratiempo.

Delgado y elegante, todavía por debajo de los treinta, Desor sentía un orgullo desmedido por un bigote desaliñado al que no le había crecido ni un solo pelo, por lo que Agassiz podía determinar, desde que había venido a trabajar para el suizo. Sus ojos brillaban permanentemente con una luz que a Agassiz le recordaba a la mirada de un armiño (*Mustela erminea*). Tras una década de asociación continua, Agassiz todavía dudaba a veces de los procesos mentales internos de su ayudante.

Por lo general, Agassiz no sabía qué pensar de Desor. Por un lado, era eficiente y trabajador. No necesitaba estar continuamente bajo supervisión. Por otro lado, era algo insensato e imprudente. Como ejemplo estaba aquella conferencia que Desor

había organizado en Inglaterra, justo antes de navegar rumbo a América. Desor había llamado al lugar del evento «Bedlam College», y había resultado ser un sanatorio mental, donde Agassiz tuvo que dar una charla a la plantilla en medio de la cacofonía de los lunáticos enjaulados...

Aun así, Agassiz consideraba que las virtudes de Desor, en conjunto, superaban con creces sus defectos y, reacio a estropear una relación fructífera, le defendía contra todos sus detractores, a la cabeza de los cuales había estado la esposa de Agassiz, Cecile.

Cecile. Había sido sobre todo el pensar en su mujer lo que le había sumido en una depresión aquella mañana. Agassiz todavía se sentía culpable por haberla dejado junto con sus tres hijos en Suiza. ¿Pero qué podía hacer? Había progresado todo lo que pudo en su tierra natal y la beca prusiana concedida por su mentor, Alexander von Humboldt, para viajar a América había llegado justo en el momento oportuno de su carrera. No había tenido otra alternativa que aceptarla. Seguro que Cecile comprendía que aquello era lo más lógico. Agassiz se consolaba con el hecho de que no había llorado demasiado...

¡Qué devoción le había mostrado cuando se encontraron por primera vez! Agassiz había acompañado a su compañero del colegio, Alexander Braun, a su casa en Alemania para las vacaciones, y había conocido a su hermana, Cecile, un espécimen perfecto de la feminidad aria. Enamorada, le había dibujado un retrato que él todavía conservaba. (¿Alguna vez fue así de joven...?). Años más tarde, se habían casado y habían comenzado una vida de felicidad.

Pero cuando Desor vino a vivir con ellos, las cosas empezaron a desmoronarse. Para Cecile, el antiguo alumno de derecho era vanidoso, grosero e irresponsable. Hacía bromas salidas de tono que le avergonzaban. Agassiz había seguido defendiendo a Desor, casi de manera irracional (¿le habría echado algún tipo de conjuro? se preguntaba a veces), y la distancia entre el naturalista y su mujer había crecido cada vez más a partir de aquello.

Irritado, Agassiz dejó a un lado toda abstracción doméstica y se volvió para atender a Desor.

—Sí, Edward, ¿qué ocurre?

Desor se atusó el bigote incipiente.

—Sólo quería recordarte, Louis, que mi primo Maurice llegará pronto. Te acuerdas de que hablamos de contratarle.

Agassiz explotó.

—¿Cómo se te ocurre autorizar la travesía de tu primo, cuando todavía tenemos a otras personas más competentes por traer? Que yo recuerde, habíamos dejado pendiente lo de su contratación. ¿Qué te ha empujado a dar semejante paso?

Desor no consiguió mostrar el disgusto apropiado ante la ira de su jefe.

—Sabía que sería de máxima utilidad para el negocio y me he tomado la libertad de asegurar sus servicios antes de que otro lo hiciera.

—Refréscame la memoria acerca de sus capacidades, si eres tan amable.

Desor entonces sí logró parecer algo temeroso.

—Es joven, enérgico y tiene ganas de ayudar.

—¿Pero qué hay de su experiencia científica?

—Es un experto en anatomía bovina.

—¿En qué sentido?

Desor estaba visiblemente abochornado.

—Una vez trabajó en un matadero durante una semana.

Agassiz se llevó las manos a la cabeza.

—¡Intolerable! Pero supongo que no podemos mandar el barco de vuelta, ahora que ha zarpado. No obstante, si recibo informes de la desaparición de Maurice en alta mar, no languideceré por mucho tiempo. Bueno, ya nos encargaremos de Maurice cuando llegue. ¿Algo más, Edward?

—No —contestó el ayudante hoscamente.

—Muy bien, entonces, puedes marcharte.

Desor se fue de mal humor.

Tras unas consultas más con su personal, Agassiz se adentró en la cocina de la casa. Allí, se encontró con Jane.

Jane Puton era la criada y cocinera de la casa, una chica inglesa pechugona de dieciocho años, con una encantadora cara pecosa. Solía llevar el pelo recogido en una larga trenza rubia. En la entrevista inicial para el puesto, había contestado a la pregunta de Agassiz acerca de la correcta pronunciación de su apellido con el pareado «rímallo con Newton si te agrada, pero no con mutón, si no quieres una patada». Agassiz se había reído y la había contratado de inmediato.

En este momento Agassiz se acercó por detrás y en silencio a la núbil sirvienta, que estaba en la cocina de leña removiendo un potaje de pescado hecho con los especímenes que no eran aptos para su exposición. Cogiéndola por la cintura por debajo del delantal y provocándole un chillido, Agassiz comenzó a acariciarle el cuello con la nariz.

—En mi habitación, después de cenar —susurró.

Jane soltó una risita y perdió la cuchara dentro de la sopa.

Durante el resto de la tarde, Agassiz estuvo recitando mentalmente una especie de acto de contrición. Cecile, perdóname por favor.

Pero el sentimiento de culpa no fue suficiente para arruinar completamente las relaciones sexuales de aquella noche.

Después del acto físico, Agassiz se quedó dormido.

Se despertó en la oscuridad con la sensación de que alguien le tocaba la cara.

—Jane... —murmuró y entonces se quedó quieto.

Las manos de Jane estaban algo ásperas de trabajar, pero sin duda no como éstas...

Agassiz se apartó del tacto de las manos y buscó a tientas una cerilla fosfórica

patentada por Allin en su mesilla de noche. La encendió y miró junto a su cama.

La espantosa cara de un mono le devolvió el gesto de desagrado. Luego el mono sonrió y dijo:

—*Bonjour, Monsieur Agassiz.*



## 2

# SINUS PUDORIS

Agassiz había tenido una pesadilla una vez. En la pesadilla él era un animal, un tipo de venado. Sin embargo, no quedaba claro si era de los *Cervinae* o de los *Rangiferinae*. (Imagínate, el gran Agassiz, espléndida representación del *Homo sapiens*, ¡un animal...!). En aquel sueño había quedado atrapado, con una pezuña apresada en una grieta. Un glaciar avanzaba hacia él amenazante, una de las enormes extensiones de hielo que habían erosionado el hemisferio norte, cuyos rastros geológicos él, Agassiz, había interpretado brillantemente, ganándose así el título de «Descubridor de la Edad de Hielo». (¡Malditos sean esos mentirosos mayúsculos de Charpentier, Schimper y Forbes, por todas sus pretensiones acerca de haber participado en el descubrimiento!). Mientras luchaba por extraer su pezuña, la velocidad del hielo empezó a aumentar. En un momento estaba avanzando deprisa como una locomotora de vapor, toneladas y toneladas de hielo blanquiazul con burbujas de aire descendían hacia él, dispuestas a reducirle a una mancha roja en la grava, engullir sus huesos y depositarlos en alguna futura morrena.

Se había despertado empapado en sudor frío, con Cecile durmiendo plácidamente a su lado, y la había abrazado con alivio.

La sensación que experimentaba Agassiz en estos momentos, al enfrentarse a la visión repulsiva del horrible mono francoparlante, era a todos los efectos idéntica a la que había sentido como animal atrapado a punto de ser triturado. Estaba paralizado por el miedo; las gotas de sudor le salían a borbotones de los poros como la exudación repugnante de un sapo (*Bufo marinus*, por ejemplo), por la frente y por su desnudo pecho peludo. Sólo podía pensar en que iba a ser despedazado.

La cerilla, que seguía ardiendo, alcanzó las yemas de Agassiz. El dolor le arrancó de su parálisis. Cuando la habitación se sumió otra vez en la oscuridad, rodó fuera de la cama y empezó a gatear por el suelo con las manos y las rodillas, en dirección a la puerta.

De repente, la habitación se iluminó de nuevo, esta vez por un quinqué Argand introducido desde la ventana abierta que daba al lado de la casa orientado al mar.

—¡Hallo! —gritó el portador de la lámpara—. ¿No es ésta la casa del *Doctog Agassis*?

Mejor iluminado por la lámpara, Agassiz miró otra vez al mono que, después de haberle tocado la mejilla, se había dirigido a él de forma tan sorprendente. Tras un momento de gran asombro, se dio cuenta de la verdadera naturaleza del visitante.

¡No era un mono, sino un negro!

¡Y no un esclavo occidentalizado, sino un africano salvaje!

El negro, menudo de estatura, vestía de la siguiente manera: una zamarra de piel de oveja sobre los hombros, atada por delante mediante unos broches de hueso pasados por unas presillas de cuero, y una falda de rafia de varias capas con coloridas bolas de cristal ensartadas. Llevaba los brazos y las piernas engalanados con aros de hierro y de cobre, además de unas pulseras de cuero con conchas engarzadas. La piel que quedaba desnuda estaba cubierta con lo que parecía una mezcla de grasa animal rancia y hollín.

Mientras Agassiz, petrificado a cuatro patas, contemplaba con horror la cara de mono lascivo del intruso africano, una pierna corpulenta ataviada con pantalón y bota entró por la ventana detrás del brazo portador de la lámpara. Una segunda mano se agarró al marco de la ventana. Después vino un periodo de intenso forcejeo, seguido de una exclamación:

—¡Maldita sea, me he quedado atascado *pog gogdo!* ¡Dottie, *fen a ayudagme!*

El moreno salvaje se volvió entonces y fue hacia la ventana. Agassiz se quedó pasmado al ver que la falda de la criatura se amontonaba por detrás tapando unos enormes glúteos tan gordos y desproporcionados que dejaban el término «obscenos» como mero ejemplo de litotes.

—Un momento, Jacob —dijo el negro, y el timbre de su voz, en conjunción con el nombre usado para llamarle, hicieron comprender a Agassiz que ¡el etíope salvaje era una mujer!

En la ventana, la negra agarró a su compañero de las muñecas y tiró. La bota que ya estaba dentro cogió agarre en la tarima del suelo y a continuación le siguió el resto del hombre.

Grande como un oso (tal vez *Ursus horribilis*) de los cuadernos de Lewis y Clark, claramente de origen europeo, el hombre llevaba una camisa blanca sucia y un sombrero cónico hecho de lo que Agassiz reconoció como el estómago de un animal. Su cara jocunda y curtida por el sol estaba adornada con un bigote y una perilla muy al estilo del cuentacuentos británico Dickens.

El hombre soltó la lámpara y fue corriendo hasta Agassiz, le cogió por debajo de los sobacos y le levantó en el aire para ponerlo de pie, mientras decía con un fuerte acento holandés:

—*Doctog Agassis*, mis más *sinsegas* disculpas *pog despegtagle* de sus sueños de esta *fogma* tan *fiolenta*; *ja, clago*, como *gganujas* en medio de la noche; *pego* acabamos de *llegag* —mi *bagco*, el *Sie Koe*, está anclado junto a su *ventana*— y ¡no hay un instante que *pegdeg*, si hemos de *encontgag* el fetiche *gobado!*

Agassiz se quedó estupefacto mirando al lunático. Hizo un breve barrido con su mirada, lo suficiente para asegurarse de que la mujer negra (ese abominable espécimen antropológico cuyo tacto le había profanado la cara) esperaba junto a la ventana a una distancia conveniente, aunque no del todo reconfortante. Luego, encontrándose la lengua, dijo:

—¿Quién... quién es usted? ¿Y qué quiere?

El visitante inesperado se dio una palmada en la frente y exclamó:

—¡*Segé* tonto! ¡Mil disculpas, *pgofesog*! Sin duda es un fallo *impegdonable*. Su *nombge* es tan famoso, y *conosco* sus *sigcunstansias* tan bien, que pensé que usted me *conosegía* a mí también. Bueno, *pegmítame*. Me llamo Jacob *Sesag*. Y ella es Dottie *Baagtman*.

El hombre se acercó a Agassiz con confianza y dijo:

—*Pog* supuesto, su *fegdadedgo nombge* es Ng'datu, *pego* yo la llamo Dottie.

La negra, en respuesta a su nombre pronunciado con chasquidos, sonrió de nuevo a Agassiz, arrugando su espantosa nariz chata de forma horrible.

Agassiz tembló sin control, y no por los efectos del aire cálido de junio. Agarró de un tirón las ropas de la cama y se las enrolló en torno a la cintura. Luego se dirigió a Jacob Cezar de nuevo.

Se sentía algo más benévolo hacia el intruso, quien había exhibido al fin la suficiente educación como para pedir disculpas y alabar la fama de Agassiz a la vez.

—Su nombre, señor, no me dice nada. Y sigo sin saber en qué puedo ayudarle...

—Sentémonos y se lo *explicagé* todo. Tal *fes* ese *decantadog* de *jegés* que *feo* allí *ayudagía alubgicag* mi *discugso*.

Accediendo a la petición de su invitado, y sin quitar ojo a Dottie Baartman que estaba en cuclillas junto a la pared, con la falda de rafia cayéndole entre las piernas y revelando todavía más sus horribles nalgas negras, Agassiz trató de recuperar la compostura para escuchar la historia del hombre.

Sin embargo, no estaba preparado para su reacción ante las primeras palabras de Cezar.

—Yo soy el hijo de *Hendgik Sesag* y Dottie es la hija de...

De repente, la reconoció.

—¡La Venus Hotentote! —exclamó Agassiz.

Jacob Cezar sonrió.

—Ah, *feo* que *Eugopa todafía* la *gecueda*.

Y sin duda Europa, en la persona de Louis Agassiz, todavía la recordaba, aunque la mujer en cuestión había muerto cuando Agassiz tenía sólo ocho años, en 1815.

En el año 1810, un hombre llamado Hendrick Cezar llegó a Londres y montó un puesto de feria en Piccadilly. La exhibición consistía sencillamente en una jaula grande sobre una plataforma elevada unos palmos por encima de los ansiosos espectadores.

Dentro había una mujer negra.

Anunciada como la «Venus Hotentote», antes de su carrera en el escenario, Saartjie Baartman había sido simplemente una sirvienta sudafricana.

Al igual que sus congéneres bosquimanos, representaba un híbrido curioso de cualidades humanas y animales, y pronto atrajo a los espectadores por centenares, deseosos de ser testigos de esta manifestación degradada de los peldaños más bajos de la humanidad.

Su esteatopigia, esos enormes depósitos adiposos en los glúteos que Agassiz había notado en su hija, provocaba las carcajadas de los hombres y las risas ahogadas de las mujeres. Esta característica era exhibida al desnudo ante la audiencia, que era libre de palparla, aunque, en un gesto de recato, Saartjie mantenía sus partes pudendas cubiertas con un taparrabos.

(Sin embargo, había unos cuantos miembros de la audiencia que proclamaban en términos poco precisos que el verdadero motivo de asombro de la atracción estaba tras esa cubierta pélvica...).

Después de una gira tremendamente exitosa por las provincias británicas, Cezar y su tutelada partieron para Francia, donde encontraron una aclamación similar tanto por parte del pueblo llano como por parte de los científicos.

Pero la prisionera de Cezar —quien interrogada una vez por una sociedad benéfica, afirmó en perfecto holandés que cooperaba por voluntad propia a cambio de una parte de los beneficios— contrajo una dolencia inflamatoria y murió en París, el 28 de diciembre de 1815.

Dejando la copa de jerez, Jacob Cezar procedió a revelar a Agassiz aquella porción del destino de la Venus Hotentote que era desconocida para el público en general.

—*Tgas la muegte de Saagtjie, mi padge estaba muy tgiste y sólo pensaba en folfeg a Siudad del Cabo; entgegó el cuegpo de su compatgiota a una fundasi3n sientífica fgansesa, que lo solisitó pagaesclageseg una fieja cuesti3n de la histogia natugal. Concgetamente, la existensia del sinus pudogis femenino o cogtina de la feggüensa.*

Agassiz se quedó blanco. La sola idea de la cortina de la vergüenza, que durante décadas había considerado como parte del folclore naturalista picantón difundido por los científicos, le resultaba absolutamente repugnante. Sin embargo, se recomendó a sí mismo, como hombre de razón debía afrontar con ecuanimidad todas las rarezas del Creador.

Durante mucho tiempo había corrido el rumor entre los exploradores y otros grupos desagradables de que las mujeres de los pueblos khoisan de Sudáfrica poseían un apéndice genital no compartido por sus primas más evolucionadas de las porciones civilizadas del globo. Llamado «la cortina de la vergüenza», se decía que era un colgajo de piel unido bien a la parte superior de los genitales o bien al bajo abdomen, que caía como un delantal de piel para ocultar el órgano sexual.

Armándose de valor para escuchar el relato de Cezar sobre tal aberración fisiológica, Agassiz se sorprendió otra vez del giro que tomó la narración.

—El *encaggado* de *gealisag* la *disecsi3n* de la *madge* de Dottie fue el *bag3n Cufieg*.

Georges. ¡Dios, cómo echaba de menos a ese hombre tan influyente! Muerto desde hacía quince años, el bar3n Cuvier todavía ocupaba un altar sagrado en el coraz3n de Agassiz.

Con tremenda nostalgia, Agassiz recordó cómo, siendo un joven ambicioso de veintidós años, había dedicado su primer libro, *Peces brasileños*, al ilustre Cuvier, a quien todavía no había conocido en aquel momento. Esta maniobra inspirada le había llevado a establecer un contacto estrecho entre los dos, y al posterior aprendizaje y colaboración con el naturalista de avanzada edad, colocando a Agassiz en una posición firme en la carrera hacia la fama y la fortuna. Tras la prematura muerte de Cuvier a causa del cólera, Agassiz había tenido la suerte de encontrar en el genio prusiano Alexander von Humboldt un mentor sustituto cuyo patrocinio continuaba hasta el presente.

—No sabía —dijo Agassiz— que Georges había tenido algo que ver con la Venus Hotentote, menos aún que había diseccionado su cadáver. ¿Por qué no me lo mencionó nunca?

—Ah, hay una buena *gasón pog* la que nunca le dijo nada. *Pgimego, pogque ega* un asunto ya pasado, habían *tganscugido* casi *quinse* años cuando usted le *conosió*. Y segundo, *gepgesentaba* una *ggan desepsión paga* él. *Pego pegmítame seguig* con la *histogia* que muy pocos *conosen*, antes de *gefelag la pagte secgeta*.

—Su *bagón* fue como un *peggo* sabueso *tgas* las *pagtes pgifadas* de *Saagtjie*. *Descubgió* que el «*tablieg*», como llamaban los *fganseses* a su *cogtina*, *ega* nada más y nada menos que los *conosidos* labios *menoges* aumentados unos *dies sentímetgos* más que la *nogma eugopea*.

Un gruñido de asco se escapó involuntariamente de los labios de Agassiz al pensar en toda una raza de mujeres marcadas por una deformidad tan repugnante. Miró a la hotentote que tenía a escasos metros de él y se vio sacudido por un impulso casi irrefrenable de escapar. Gracias a un ejercicio de voluntad sobrehumano consiguió permanecer sentado.

—Después el *bagón encugtió* el *óggano* de *Saagtjie*, *escgibió* un ensayo *sobge* él y continuó con *otgas infestigaciones*.

Agassiz estaba horrorizado.

—¿Sostiene usted que conservó el *tablier* en formaldehído?

Cezar asintió.

—Ja. E *hiso* algo más que eso. Lo *configtió* en un fetiche.

—¿Qué?

—Ya ha oído lo que he dicho. Su *hégoe*, el *bagón Geogges Cufieg*, *ega* un *bgujo neggo*.

—Eso es ridículo...

—No, es la *fegdad*. ¡Tengo *pguebas* de que *Cufieg ega* un *magtinista*! ¡*Coggespondensia* de su *pgopio* puño y *letga*!

Agassiz había oído rumores sobre los martinistas durante su estancia en París. En el siglo XVIII, un tal Martines de Pasqually, residente en Burdeos, había fundado una organización de ideología masona llamada La Orden de los Elegidos Cohens. Sus rituales y metas, aunque nunca fueron revelados con precisión, eran una mezcla entre

los del Rosicrucianismo y los del infame Abbé Guibourg, satanista de la corte de Luís XIV.

—*Cufieg* —continuó Cezar—, *quegía confegtig* el «*tablieg*» de *Saagtjie* en un talismán de inmenso *podeg*, muy *pagesido* a la Mano de la *Glogia*. *Pego* no *tufó* éxito. O eso *cgeía* él. Puso el *espesímen* en el «Musée de l'Homme» y se *olfidó* de él.

—Lo que no sabía *Cufieg ega* que *estufó* a sólo un paso de *loggag* su *objetifo*. Sólo le faltó un *inggediente fital*, una *hiegba secgeta* que se *encuentga* en mi país.

—Cuando mi *padge folfió* a *Siudad del Cabo*, no le dijo a nadie lo que había pasado con los *gestosmogtales* de *Saagtjie*. Y eso me incluyó a mí, su hijo, y a la hija de *Saagtjie*, *Dottie*, quien *pegmanesió* ligada a *nuestga* familia.

—*Hase* sólo seis meses, mi *padge* estaba en su lecho de *muegte*. *Entonses*, después de todo este tiempo, *desidió libegag* su *consiensia* y *descubgig* el pastel. Le di la *notisia* a *Dottie* inmediatamente. *Desggasiadamente*, alguien más se *entegó*.

—Ese alguien fue *T'gusegi*, un *hechisego* de la *tgibu* de *Dottie*.

—*T'gusegi desidió* de inmediato que *gecupegagía* el «*tablieg*» de *Saagtjie*, *completagía* su *actifasió*n y lo *usagía paga* sus *pgopios* fines.

—En aquel momento no me *pgeocupé*. ¿Cómo iba un bosquimano a *llegag* a *Pagís* y *gobag* nada de un museo? *Pego* luego, *hase* un mes, me *entegé ggacias* a un amigo, un *comegsiante* holandés llamado *Nicholas fan Gijn* que *fiaja pog* todo el mundo, de que los *gestos* de *Saagtjie* habían sido *gobados*. Su *infogmadog* también le dijo que el culpable había huido a *Amégica*. *Entonses compgendí* que debía *deteneg* al tal *T'gusegi*. Así que subí a mi *bagco*, el *Sie Koe*, y *nafegué hasia* su costa lo más *gápido* posible.

*Agassiz* tenía la mandíbula desencajada. Nunca antes había oído semejante sarta inverosímil de chorradas esotéricas. Siendo consciente de que un personaje tan inestable podría resultar muy peligroso si se le provocaba, decidió seguirle la corriente mientras rezaba para que alguno de sus camaradas viniera pronto a rescatarle.

—¿Por qué —dijo *Agassiz* gritando, esperando despertar a alguien— iba el tal *T'guzeri* a venir a América?

—Ah, buena *pgegunta*. *Dottie* me ha *infogmado* de que hay *siegtos lugages* en este mundo con un *podeg espesial* y sólo aquí pueden *consumagse siegtos gituales*. Esa fue *otga gasón pog* la que *Cufiefgacasó*. Y uno de estos *lugages* está aquí, en este mismo estado.

*Agassiz* miró hacia la puerta. ¿Dónde estaba *Desor* cuando le necesitaba? Se suponía que estaba siempre atento...

—De ser cierto todo esto, ¿por qué ha acudido a mí?

—Usted es el *hegedego sientífico* de *Cufieg* y ha de *caggag* con la *gesponsabilidad* de sus *fehogías*. Es su *obligasió mogal ayudag* a *poneg* fin a lo que él *empesó*. Además es usted un *hombge* con *influensias* aquí y puede *aselegag* la búsqueda.

Intentando ganar tiempo desesperadamente, Agassiz dijo:

—Supongo que ha traído a esa criatura con usted por alguna buena razón. ¿Tal vez sus habilidades animales le ayudarán a seguir el rastro del salvaje? ¿Pueden olerse a distancia?

Cezar se volvió hacia la hotentote y le sonrió abiertamente. Ella le devolvió la expresión de cariño.

—Sí, *clago*, en *pagte* es *pog* eso. *Pego* también *pogque* no *sopogtagía* *dejagla* *pog* tanto tiempo.

—*Fegá*, Dottie es mi *mujeg*.

### 3

## HUESOS DE BALLENA

Cuando un pez globo (*Canthigaster valentini*, por ejemplo) es extraído del agua, su reacción inmediata e instintiva es tragar el aire suficiente para adoptar una sorprendente forma de balón, con el fin de disuadir al posible depredador. Si este alarde no convence al depredador y éste intenta dar un bocado a su presa, el pez globo morirá —si no feliz, al menos contento— sabiendo perfectamente que la tetraodontoxina de sus células conseguirá una justa venganza.

El doctor Louis Agassiz, extraído de las aguas tranquilas de sus presunciones acerca de la relación amo-esclava entre el sudafricano y la hotentote, se hinchó y comenzó a arrojar su veneno triunfal a la execrable pareja.

Se puso de pie de un salto, sin darse cuenta de que se le caían las ropas de cama que habían protegido su desnudez —tanto mejor para poder gesticular como un loco—, su tez normalmente rosácea se enrojeció en un tono definitivamente psitácido, las venas de la frente le latían como tambores tribales y Agassiz escupió su condena justificada.

—¡Por todos los santos, señor, como cristiano que nací y me crié, educado en un hogar de virtudes, le tacho de despreciable traidor a su raza! ¡Cómo ha podido! ¡Cómo ha podido contaminarse así, y rebajar la categoría de la raza blanca ante los ojos de esta criatura y de sus sin duda insolentes e insurrectos congéneres! ¡Con este mestizaje brutal, alimentando sus lujurias más viles de esta manera, ha puesto en peligro no sólo a su propio país, sino también a los cuatro mil años de civilización, de la lucha del hombre en su ascenso a partir del limo! ¡Márchese! ¡Salga de esta casa por donde ha venido, con la oscuridad tapando su vergüenza repugnante y pecaminosa!

Cuando Agassiz terminó su ferviente perorata, el sonido de pasos apresurados se manifestó al otro lado de la puerta de su habitación.

—¡Por fin salvado! ¡*Citoyens, aux armes!*

La puerta se abrió de golpe, revelando a los otros miembros del establecimiento científico, todos armados y preparados para defender a su líder. Pourtales blandía su fiel piolet, mientras que Girard empuñaba un temible micrótopo. Burckhardt agitaba una espátula agresiva y Sonrel ondeaba un impresionante cincel. Apenas visible detrás del cuarteto se agazapaba Desor, asomándose por debajo de los brazos alzados de las tropas al frente.

Cezar no se amedrentó con los refuerzos, ni tampoco la hotentote Dottie, que permanecía en cuclillas junto a la ventana. El bigardo de Ciudad del Cabo contempló con calma a los dispuestos rescatadores, luego volvió la mirada a Agassiz.



—Menuda banda de *bágbagos intolegantes...*

Agassiz tragó más aire.

—¡Bellaco! ¡O se va por su propio pie o le digo a mis hombres que le echen a la fuerza!

—*Pgofesog Agassis*, ya no me gusta usted, y eso que antes no tenía *pgejuisios* en su *contga*. Aun así *nesesito* su ayuda *paga gecupegar* los *gestos* de mi *suegga*, antes de que los usen *paga haseg* el mal. Si no me ayuda *foluntagiamente*, *tendgé* que *coacsionagle*. Sé que se ha *conggsiado* con los *sientíficos* y el público *amegicano*, que le *considegan* tan *pegfecto*. Bueno, ¿qué *digían* si *supiegan* que el *hombge* que le enseñó todo lo que sabe y que fue su *pginsipal mentog ega* un ocultista? Imagino que los *pegiódicos disfgutagán* de lo lindo con la *notisia*. ¿Tal *fes* el *Cambgidge Chgonicle* o el *ChgistianExamineg*, *pog* ejemplo? Y la comunidad académica...

En términos generales, el pez globo tarda unos cinco minutos en desinflarse una vez cesado el ataque. Agassiz se desplomó en treinta segundos.

El naturalista desnudo se sentó otra vez en la silla e hizo una seña a sus camaradas para que abandonaran sus actitudes agresivas. Obedecieron, mirando de manera especulativa la escena improbable.

Al oír la amenaza de Cezar, Agassiz había sido azotado por la visión de todos sus planes esmerados, sus sueños de gloria y progreso en el Nuevo Mundo, reducidos a la nada, minados por los cargos demenciales y sin embargo letales que el hombre parecía dispuesto a presentar contra él. La opinión pública, esa tirana, no era algo con lo que se pudiera jugar. Agassiz comprendió de inmediato que no tenía más opción que colaborar con el sudafricano, por muy repugnantes y desleales a la raza blanca que fueran sus hábitos de apareamiento, y esperar que se fuera pronto de su vida.

—Muy bien —dijo Agassiz sin fuerzas—. Me ha impresionado con la justicia de su causa y haré lo que pueda para ayudarle. Pero por el amor de Dios, dejemos el asunto para mañana. Edward...

Obviamente pasado el peligro, Desor corrió a colocarse a la vanguardia de los espectadores.

—Aloja al señor Cezar y a su compañera aborígen en la habitación de invitados.

—Muy bien, profesor.

Agassiz se quedó solo en un momento. Consiguió reunir una sombra de su firmeza tradicional.

De una forma u otra, acabaría con todo este asunto lo más pronto posible. Y cuando el extranjero y su novia-mono se hubieran ido, quemaría todas las sábanas, toallas y alfombras que hubieran tocado, y posiblemente también algunos muebles, dependiendo de qué clase de hábitos de marcación de territorio revelara la negra.

Por la mañana, después de un periodo agitado de semiinconsciencia plagado de fantasmas, que aunque no los recordaba sabía con seguridad que habían sido de lo más desagradables, Agassiz se unió a su equipo en la mesa de desayuno comunal. El carácter tranquilo de Jane le había permitido dormir a pierna suelta durante todo el

incidente, después de haberse retirado a su propia habitación tras la fornicación, y esa mañana se movía por la cocina ligera como un gorrión (*Spizella pusilla*), sirviendo fuentes de buñuelos, huevos revueltos y cangrejos de río (*Orconectes limosus*) a los agradecidos científicos. Al principio algo desconcertada por el aspecto tosco de la hotentote, Jane se había adaptado rápidamente a su presencia, comentando que «tenía mejores modales en la mesa que ese bárbaro del señor Alcott».

Agassiz habló poco durante el desayuno, pues estuvo todo el rato analizando sus limitadas opciones con respecto al sudafricano. Cezar, mientras tanto, entretuvo a los demás con la historia conmovedora de su travesía azotada por las tormentas a bordo del *Sie Koe*, desde el Cabo de Buena Esperanza hasta Boston, con la incansable hotentote como única tripulación. Para cuando terminó el almuerzo, había conquistado a todos.

Cuando se marcharon sus subordinados para emprender el trabajo del día, Agassiz se quedó a solas con el sudafricano y su compañera infrahumana. La negra sonrió a Agassiz y dijo:

—Un buen almuerzo.

Entonces sacó de debajo de la falda un cuchillo pequeño con mango de hueso y empezó a limpiarse los dientes.

Agassiz estuvo a punto de vomitar. Se levantó a toda prisa y llevó una silla junto a la chimenea, haciéndole un gesto a Cezar para que le siguiera.

—Tenemos que trazar un plan —empezó Agassiz.

—Ja, sin duda. *Pego* antes debo *hablagle* de dos *hombges* que también están metidos en este asunto. Anoche no *tufe opogtunidad*, *pog* culpa de su *aggebato despgopogtionado*.

Agassiz hizo un gesto desdeñoso.

—Pues adelante.

—¿*Pog* casualidad ha oído *hablag* de Tadeo *Kossiusko*?

—Por supuesto. El patriota polaco que luchó en el bando americano en la Guerra de la Independencia. ¿Qué pasa con él?

—¿Sabía que *tufu* un hijo?

—No.

—Bueno, pues lo *tufu*. *Tgas seg* exiliado de Polonia, al *fgacasag* su *lefantamiento* de 1794, Tadeo *gecoggió* el mundo *fisitando* a *numegosos ggupos nasionalistas* y *gefolusionagios*. *Estufu* con los *owenistas* en *Escosia* y en *Amégica*, con los *cagbonagios* en Italia, con los *fougiegistas* en *Fgansia* y con la *Philike Hetaigia* en *Ggesia*. *Pego encontgó* su *hogag* junto a los *patgiotas iglandeses* en Dublín. Fue *entge* estos últimos donde *tufu* un hijo, un chico llamado *Feaggu*.

—¿*Feargus Kosziusko*?

—Ja. ¿*Segugo* que no ha oído *hablag* de él? ¿No? Bueno, en *cualquie* caso, el hijo tiene *ahogatgeinta* años y *sigfe* tanto a *Iglanda* como a Polonia. Luchó en los *lefantamientos* polacos de 1830 y del año pasado, y últimamente ha estado intentando

socoggeg a los hambgientos iglandeses que sufgen la plaga de la patata. Pego todo esto es secundagio. Lo que de fegdad impogta es que el jofen Kossiusko es un cgeyente del mesianismo polaco.

Agassiz admitió con reticencia su ignorancia acerca de este movimiento.

—Bueno, el mesianismo polaco fue pgopagado pginsipalmente pog Andgei Towianski, quien fifió en el exilio en Pagís hasta que en 1842 el agsobispo fgansés le expulsó pog albogotadog, y pog el poeta Adam Mickiewicz. Cgeagon una ogganisación llamada La Obga de Dios, que mantenía que Polonia ega «el Cgisto de las nasiones», cuyos sufjimientos estaban destinados a gedimig a toda la humanidad. Elabogagon esta cgeensia con múltiples símbolos supegnatugales. De hecho, Towianski estudió con uno de los magtinistas, el pintog Josef Olessiewicz.

—No logro entender qué tiene que ver toda esta patraña polaca con su fetiche robado.

—Ah, es muy simple. Kossiusko se entegó de lo del fetiche y, compgendiendo su podeg, ha desidido intentag obteneglo con la espegansa de utilisaglo paga libegag a su pueblo. Mis fuentes me han dicho que ya se encuentga en Massachusetts.

—De acuerdo. Parece increíble, pero asumiré que usted conoce a los participantes en este asunto. ¿Quién es la otra persona?

—¡Huy, el otgo es Hans Bopp!

—¿El filólogo alemán de la Universidad de Berlín que colabora con los hermanos Grimm? Eso es ridículo. Yo he conocido a ese hombre y es un intelectual apacible...

—No, ése es Fgans Bopp. Hans es su hegmano, ¡y es hagina de otgo costal! Hans es el jefe despiadado de la polisía secgeta de su patgón pgusiano Fgedegick, ¡y es culpable de la muegte de más inosentes que la fiebge tifoidea y amagilla juntas! ¡Y lo que es más, el último supegficiente de los Caballegos Teutónicos!

—¡Venga ya! De ellos sí que he oído hablar. Y sé a ciencia cierta que los Caballeros Teutónicos ya no existen. A todos los efectos prácticos se extinguieron en 1525, cuando Alberto de Brandenburgo aceptó la Reforma. Aunque creo que algo llamado la Orden Teutónica existió hasta hace sólo unas décadas.

—¡Ya, eso cgee todo el mundo! Pego la vegdad es que no todos los Caballegos aseptagon la desisión de Albegto. Tachándole de tgaidog, algunos mantufiegon sus fiejos fotos hechos pog pgimegafes en la época de las Cgusadas y fogmagon un núcleo secgeto dentgo de la ogganisación. Nunca abandonagon la idea de geconquistag Pgusia, que una fes fue suya. La muegte y la disconfogmidad les fuegon megmando hasta quedag sólo uno, Hans Bopp. Y ahoga piensa que tiene al alcanse la clafepaga haser gealidad su antiguo sueño, en la fogma del conejo encugtido de Saagtjie.

Agassiz miró nervioso alrededor, pero Jane no estaba presente.

—¡Oiga, por favor, hable bien! Ya sé que su mujer es una salvaje, pero hay otra mujer en la casa, aunque sea una sirvienta.

Cezar le guiñó el ojo.

—Las *mujeges* son *peoges* que los *hombges* paga estas cosas, la *vegdad* sea dicha. *Pego* nos estamos *apagtando* del tema. Bopp también ha llegado ya a *Amégica*. Ha *confensido* a su *gey* de que le sigue la pista a *Kossiusko* —y en *fegdad*, siente odio *pog* todos los polacos, *pog* la *deggota* que *infligiegon* a los *Caballegos* en *Tannenbegg* en 1410— *pego* en *gealidad*, su *intensión* es *apgopiagse* del talismán.

A Agassiz le daba vueltas la cabeza.

—Permítame recapitular. Un hechicero hotentote, en posesión de una reliquia mágica que ha de activarse en algún lugar de mi estado de adopción, está siendo perseguido por un polaco-irlandés y un cruzado medieval, a los cuales hemos de sortear con el fin de recuperar la reliquia antes que ellos.

—¡Exactamente!

Agassiz miró al bigardo entrecerrando los ojos.

—¿Cómo es posible que sepa todo esto, viviendo en los confines del mundo?

—*Pgofesog* Agassiz, no soy estúpido, y cuando los *acontesimientos* me afectan a mí o a mi país, intento *apgendeg* todo lo que puedo. Sólo *pogque* *fifa* en la *fgontega* de *Kaffgagia*, no piense que estoy aislado de la *infogmasión*. Este mundo ya no es tan *ggande* como lo *ega* antes. Cuando un *bagco* de *fapog* puede *atgafesar* el Atlántico en *diesinuefe* días, cuando miles de *kilómetgos* de *fias* *féggeascgusan* el globo, cuando los *gincones* más *oscuogos* del mundo *comiensan* a *iluminagse* con las *luses* de la *siensia*, *lidegadas* *pog* *hombges* tan *bgillantes* como usted... bueno, *entonses* incluso un simple *gganjego* como el viejo Jacob *Sesag* puede *apgendeg* lo *nesesagio*.

Agassiz se hinchó como una paloma (*Columba fasciata*).

—Es cierto, la gente como yo tenemos un valor inestimable en la tarea de sacar al mundo de su ignorancia. ¿Sabe una cosa? Parece usted un hombre razonable, Jacob. ¿No podríamos discutir la ética de la pureza racial...? Ya veo que no. Bueno, tal vez ceda algún día. Mientras tanto, supongo que deberíamos ponernos manos a la obra.

Agassiz convocó a Jane en la cocina con un grito imperioso, su tono de mando habitual. Ella entró con la cara sonrojada.

—¡Señor, me gustaría que hablara con Desor acerca de su lengua endiablada! ¡Vaya historias me cuenta! Ya sé que son verídicas, pero no creo que sea muy decente que las oiga una mujer. Por ejemplo, ¿sabía que, por término medio, sus ballenas tienen un miembro viril de tres metros de largo?

Cezar le guiñó un ojo a Agassiz, como diciendo «¿*Fe*? Lo que yo le *desía*». Agassiz se enfadó.

—¡Por favor, basta de tonterías! Jane, deja a un lado tus faenas de la mañana, tenemos una tremenda tarea para ti. Observa a esta... esta criatura tribal. Necesito que la bañes y la vistas de forma apropiada para que la vean en las calles de Boston.

—Muy bien, señor. ¿Tiene nombre?

Agassiz despreció la pregunta.

—¡Bah! Eso no importa.

Cezar contestó.

—*Pog* supuesto que la dama tiene un *nombge*. Se llama Dottie.

—¡Hala, qué bonito! Yo tengo una prima que se llama Dottie, allá en Letchworth. Bueno, ayúdame a poner el agua a hervir, Dottie, y sacaremos la bañera de estaño vieja.

—Retirémonos a mi despacho, Jacob, y dejemos a Jane con su encomiable tarea. Tenemos que hablar de nuestros planes y métodos.

En el estudio, Agassiz se disponía a demarcar los límites de su cooperación, cuando Cezar se le adelantó.

—¿*Pog* qué ha de *seg* tan *cguel* con mi *mujeg*, Louis? ¿No fe que Dottie es tan *pegspicás* y sensible como usted o como yo? Entiende bastante bien el idioma e incluso aunque no le siga *palabga pogpalabga*, *pegcibe* sus *emosiones* y le *hasen* daño. Tal *fes* si *supiega* usted toda su *histogia*...

—Dottie *nasió* un año antes de que su *madge pagtiega paga Eugopa* y quedó bajo el cuidado de una tía suya. Aquella *mujeg* había sido mi *nodgisa*.

Agassiz contuvo un repelús. Tuvo que emplear cada ápice del autocontrol que le había permitido estudiar durante toda la noche mientras sus compañeros recorrían las cervecerías de Munich...

—Yo tenía *sinco* años *entonses* y, con mi *padge* en el *extganjego* y mi *madge muegta pog* la *picaduga* de una *fiboga cognuda*, quedé *otga fes* al cuidado de mi antigua *niñega*. Eso supuso que Dottie y yo nos *cgia*gamos juntos como *hegmanos*.

—Un día, cuando yo tenía *dies* años y Dottie *sinco*, estábamos jugando al lado del *gío Bgeede* y me *gesbalé* *pog* el *teggaplén embaggado* de la *ogilla* y caí al *gío*, justo en medio de una manada de «*sie koes*», ésos que ustedes llaman hipopótamos. Las *madges*, pensando que estaba atacando a sus *cgías*, *empesagon* a *godeagme*, hundiéndome bajo el agua.

—Justo cuando me hundía *pog tegsega fes*, algo me golpeó en la *cabesa*. Yo lo *agaggéinstintifamente*.

—*Ega* una *gama* que Dottie me *alcansaba*. Pude *salig* del *gío ggasias* a eso.

—Desde aquel momento en que me *salfó* la *fida*, supe que algún día me *casagía* con ella. Y así fue.

—Le he dado la *mejog educasió*n posible. Habla, lee y *escgibe* holandés, *fgansés* y su lengua *natifa*. Ha estado estudiando inglés dugante este *fiaje* y ha *alcansado* el *nifel suficiente paga leeg* el *pgimeglibgo* de *lectuga* ecléctica de McGuffey. En *gesumen*, a *pesag* de esos *gasgos extegnos* que usted pueda *considegag ofensifos*, es una *mujeg* inteligente y *afispada* tan *megesedoga* de su *gespeto* como su *pgopia* esposa.

La alusión a Cecile, como un puñetazo en el estómago, fue la gota que colmó el vaso. Con los dientes apretados, Agassiz le dio réplica.

—*Herr* Cezar, le aconsejo que no vuelva a nombrar nunca a mi cónyuge a la ligera, sobre todo si lo hace como uno de los términos de tan odiosa ecuación. Ya hago bastante con tolerar la presencia de su salvaje consorte en mi hogar. No me pida

que le conceda la misma categoría que aquellos que el Creador hizo a su imagen y semejanza.

Cezar agitó los brazos.

—¡Demonios! ¡Es usted más *cabesón* que un elefante y tiene el *cogasón* más *dugo* que los diamantes de mi país! No *foy* a *discutig* más con usted, *pgofesog Agassis*. *Pego acuégdese* de lo que le digo: algún día *tendgá motivos paga lamentag* sus *pgejuisios*.

Agassiz se estiró el chaleco hacia abajo, como si se atusara las plumas.

—Sea como sea, actuaremos con mis condiciones o no lo haremos en absoluto.

—Como usted *quiega*.

—Muy bien. Para empezar, debe tener en cuenta que estoy muy ocupado con mis investigaciones científicas, las cuales no puedo sencillamente abandonar por esa búsqueda quimérica suya. Haré indagaciones discretas entre mis conocidos y mis contactos mercantiles sobre el paradero de ese rufián T'guzeri, y tal vez incluso me aventure a seguir alguna pista, si coincide con alguna de mis diversas incursiones para recolectar especímenes. Sin embargo, la mayor parte del tiempo actuará usted por su cuenta, aunque le autorizaré a usar mi afamado nombre como referencia.

—Oh, *pgofesog*, *faya* un *pgifilegio*.

—No es nada. Bien, usted habló de un lugar en esta región que posee ciertas cualidades únicas que según su hechicero facilitará sus rituales. ¿Dónde está este lugar? Es obvio que si lo vigilamos, pronto tendremos al ladrón en nuestras manos.

—Bueno, no lo sé con exactitud. *Espegaba* que usted me *ayudaga* con eso. *Quisá* pueda si se lo *descgibo*. Es uno de los sitios donde la *fida* se *cgea* de *fogma* espontánea...

Agassiz se levantó de un salto.

—¿Qué dice, hombre? ¿Está seguro de eso?

—Ja, tan *segugo* como de *cualquieg otga* cosa.

Los colegas de Agassiz se dividían en dos campos acerca del origen de la vida en la Tierra. Un grupo creía que la vida se había originado de forma misteriosa en un momento concreto, en alguna cuna desconocida, y desde allí se había difundido hasta cubrir el globo. Estos crédulos, entre cuyas filas se encontraban Asa Gray, Joseph Hooker y Charles Lyell, también creían en cierta teoría imprecisa llamada «evolución» (mejor explicada en las obras excepcionales *Zoonomia*, de Erasmus Darwin y *Système des animaux sans vertèbres*, de Jean Lamarck), que sostenía que una clase de criatura podía de alguna forma con el transcurso del tiempo ¡transformarse en otra!

Agassiz, sin embargo, pertenecía a esos sensatos que mantenían que el Creador había concebido las diferentes especies y razas por separado y totalmente desarrolladas, cada una en su propio país. Y en cuanto a la «evolución», bueno, el registro fósil reveló de forma contundente que un tipo de criatura no se transformó en otro, sino que todas las especies desaparecidas habían muerto en diferentes

catástrofes, tras las cuales habían surgido otras nuevas de los mismos pozos de creación.

¡Y al parecer Cezar estaba afirmando que uno de estos primitivos manantiales sagrados —tal vez el mismo del que habían surgido los pieles rojas, las zarigüeyas (*Didelphys virginiana*) y el maíz (*Zea mays*)— existía en Massachusetts!

Dando pasos de un lado a otro con excitación, Agassiz dijo:

—Su búsqueda se ha vuelto más imperativa que nunca para mí, ahora que comprendo su magnitud total. ¡Caray, si pudiera identificar con certeza este Omphalos americano, mi nombre resonaría a través de los siglos!

Cezar parecía indignado y Agassiz se apresuró a añadir:

—Ah, y por supuesto, el regreso del fetiche al *Musée de l'Homme* también me alegraría mucho. Tal vez me haya apresurado al limitar mi implicación en su búsqueda, Jacob. De hecho, estoy seguro de ello. Puede contar con toda mi ayuda y colaboración. ¡Qué caray! Juntos atraparemos a ese curandero en un abrir y cerrar de ojos.

—Ese *exceso* de *confiansa* no nos *benefisagá, profesog*. No *olfide* que tenemos *competensia* en esta *casegía*.

—¿Un *sans-culotte* idealista y un rigorista embobado por las leyendas? ¡No me haga reír! ¿Qué posibilidades tienen contra un genio científico suizo?

—Ja, eso es lo que dijo Napoleón antes de *Wategloo*...

—Venga conmigo, vamos a ver cómo prepara Jane a su hotentote para los ojos civilizados. Deberíamos mantener en secreto su verdadera nacionalidad, para no alertar a T'guzeri de que un compatriota suyo le pisa los talones. Diremos que es usted un terrateniente de la Guayana Holandesa y que Dottie es una esclava liberada. Esta ciudad es un foco del sentimiento abolicionista y una historia así seguro que alentará la compasión.

Al entrar en la cocina, Agassiz y Cezar se encontraron con una visión sorprendente.

Dottie había cambiado sus prendas nativas por un vestido a la última moda americana. En la cabeza llevaba una pabela ceñida bajo la barbilla que rodeaba convenientemente su rostro color carbón, enmarcándolo con la forma de un cubo de carbón. Vestía un mantón de tul bordado y una falda marrón de tafetán satinado, sobre un miriñaque de crinolina cuyas dimensiones extravagantes ocultaban completamente sus atributos traseros naturales. Unas botas de cuero altas y con cordones completaban su conjunto.

Jane y Dottie estaban ultimando los detalles, hablando y riéndose en voz baja. Al ver a los hombres, las dos rompieron a reír a carcajadas, las de Dottie acentuadas con extraños chasquidos.

—Ya está bien, Jane —dijo Agassiz en tono severo—. ¿Qué bicho te ha picado?

La reprimenda sólo consiguió provocar más carcajadas. Al final, sin embargo, las mujeres se calmaron lo suficiente para que Jane pudiera decir:

—No, profesor, ¡es que esta crinolina está reforzada con huesos de ballena!

—¿Y me quieres decir qué gracia tienen los huesos de ballena? ¡Y ten cuidado, nada de tu labia habitual!

Pero este final de frase desafortunado provocó a las mujeres tal ataque lagrimoso de hilaridad que nunca llegó una respuesta.



## 4

# LO QUE TRAJÓ EL CARTERO

Desde que a la edad de quince años escribiera en su diario una planificación de toda su futura carrera, Agassiz nunca había conocido el fracaso —o nunca lo había admitido—. Ciertamente, algunos acontecimientos se habían desarrollado de una manera no del todo satisfactoria. Su matrimonio, por ejemplo. Pero siempre había habido un ángulo desde el que podía considerarlos como éxitos parciales, una perspectiva que le permitía recuperar la brillante victoria de la amarga derrota. Nunca había tenido que reconocer su incompetencia, ni pronunciar las palabras «he fracasado».

Pero en este momento, tal vez, esa triste ocasión había llegado.

Por mucho que odiara confesarlo, había encontrado un área de dedicación en la que no era nada hábil. Ese campo era la investigación criminal.

Había estado completamente convencido de que una vez aplicara su enorme inteligencia al problema del fetiche robado, podría llevar a Cezar directamente hasta el malvado hechicero hotentote, T'guzeri. Después de todo, ¿qué era la investigación criminal sino una prima de la ciencia? En ambas, había que enfrentarse a una colección variopinta de hechos aparentemente sin relación, sobre los que había que construir una explicación que abarcara a todos, lo que llevaba a poder predecir o extrapolar la forma de actuar de la presa, ya fuera hombre o átomo. Sin ninguna duda, el sabio que había leído en las rocas erosionadas del valle del Ródano la antigua presencia de glaciares, sería capaz de seguir las huellas torpes de un moreno primitivo.

Y sin embargo, ese no había sido el caso.

Agassiz había argumentado que, antes de echar la red más lejos, debían asegurarse de que T'guzeri no se refugiaba en la ciudad. Como centro neurálgico de la Commonwealth, Agassiz pensaba que la ciudad atraería al hechicero, incluso aunque no fuera el Locus Cosmogónico que necesitaba para sus rituales necrománticos.

Así que durante dos días, el naturalista y Cezar habían peinado las calles tortuosas de Boston, que más bien eran caminos de vacas. Les acompañaba en la búsqueda la silenciosa pero vigilante y curiosa Dottie, con sus facciones de simio negras como el tizón destacando de modo incongruente con los atuendos occidentales y atrayendo las miradas y silbidos de los peatones de clase baja.

El trío había hecho indagaciones en diferentes estratos de la sociedad, en busca de cualquier información acerca de un bosquimano semidesnudo con una porción encurtida de anatomía femenina.

Primero habían probado con los contactos de Agassiz en los muelles de la ciudad,

suponiendo que T'guzeri debía haber venido desde París en barco, bien mercante o de otro tipo. Por si acaso, incluso visitaron los astilleros McKay cerca de las dependencias de Agassiz en el East Boston, en donde Donald McKay construía magníficos buques clíper como el *Flying Cloud* y el *Sovereign of the Seas*, que dominaban la ruta comercial China-California. Pero no encontraron a nadie que hubiera visto al bosquimano.

Cruzando en transbordador desde el East Boston a la península de Shawmut, llegaron a Long Wharf, con su magnífico almacén de ladrillo de cuatro pisos y 600 metros de largo. Pero allí, entre las redes de los pescadores puestas a secar y las goletas, los bergantines y las balandras amarradas, además del excepcional navío de Newport, que se balanceaba orgulloso como un pavo real (*Pavo cristatus*) entre gallinas (*Gallus galus*), no averiguaron nada.

Obligados a asumir que el astuto brujo había desembarcado en otro lugar de la Costa Este, comprobaron todas las estaciones de trenes y de diligencias, interrogando a mozos de maletas, taquilleros, tenderos, pillos y mendigos. Deambularon desde la cochera de Fitchburg en la calle Causeway, hasta la estación terminal de Providence y Worcester en el South Cove. No hubo suerte.

—¿Y si T'gusegi fino en uno de esos botes *tigados pog* caballos?

—¿Una barcaza de canal? Vamos a investigar.

Pero ninguno de los brutos sudorosos que guiaban los caballos que arrastraban las barcazas de veinticinco metros y fondo plano a lo largo del canal de Middlesex desde el río Merrimack hasta el puerto de Boston pudo darles información sobre el hechicero.

El trío de sabuesos inspeccionó las filas de casas de madera del South End, abarrotadas de inmigrantes, sin obtener resultado. Siguiendo la hipótesis de que tal vez T'guzeri estuviera aprovechando su baja estatura para hacerse pasar por un niño, visitaron el Hogar para Chicos Vagabundos y las numerosas Escuelas Públicas. No había ningún huérfano ni estudiante hotentote.

Preguntaron en las treinta «asociaciones benéficas y caritativas de utilidad», pero no tuvieron éxito.

Perdiendo las esperanzas, viajaron al Hospital Mental de Boston, en City Point, pensando que quizá habían capturado a T'guzeri y le habían enviado allí. En medio de las carcajadas de los internos, Agassiz recordó con claridad el fiasco que Desor había provocado en «Bedlam College». Desgraciadamente, ninguno de los lunáticos era bosquimano.

Llegados a ese punto, estaban en un callejón sin salida.

—Mi razonamiento era impecable. Estaba seguro de que el granuja se escondería en la ciudad, donde su presencia podría pasar desapercibida con mayor probabilidad...

—*Faya, debegía habeg* acudido a alguien con más *expegiensia* en estos temas. Como *pog* ejemplo el *escgitog Edgag Poe*. Un *hombge capás* de *cgear* un *pegsonaje*

como Auguste Dupin *podría resolver este sencillo misterio*.

—¡No me haga reír! Ese periodista no es más que un borracho soñador, con sus historias de una Tierra hueca y demás patrañas. Y su moralidad es indecente. Caray, prácticamente lo echaron de esta ciudad a patadas.

—Es igual...

Así de frustrado, Agassiz recurrió a su red de corresponsales de campo; hombres y mujeres, tanto aficionados como profesionales, que motivados por sus conferencias se habían alistado en el grande y glorioso Ejército de la Ciencia. De ellos, recibía diariamente paquetes con rarezas naturales interesantes, los cuales, a veces pegajosos y apestosos y en ocasiones todavía moviéndose, zumbando o gruñendo, eran motivo de enorme ansiedad para Jane, que tenía la tarea de recoger el correo.

Avanzada la tarde del segundo día infructuoso, Agassiz había escrito la misma carta a cada uno de sus representantes.

*Estimado Amigo de la Filosofía Natural:*

*Su humilde profesor le pide por la presente que se mantenga en alerta ante una auténtica rara avis. He sido informado del avistamiento de nativos africanos vivos de la especie hotentote por estos lares, posiblemente desviados de su ruta natural de migración oceánica y arrastrados por el viento hasta estas costas septentrionales. Le pagaré el doble de la prima de costumbre si es usted tan amable de remitir información fidedigna sobre dichos especímenes. Por supuesto, si le fuera posible atraparlos, mucho mejor; y puede estar seguro de que me haré cargo de todos los gastos del transporte para su pronta entrega, además de recompensarle por el forraje que consuman.*

*En nombre de la solidaridad taxonómica,*

*Louis Agassiz*

Entonces sonaron unos golpes torpes en la puerta del despacho de Agassiz. Ah, esa debía ser Jane con el correo de la tarde. A lo mejor había ya una o dos contestaciones de los corresponsales más cercanos...

—Pasa.

El pomo giró y entonces se abrió la puerta de golpe, impulsada de una patada, pegando contra la pared con un ruido fuerte.

Jane entró tambaleándose, con los brazos extendidos tan cargados de paquetes que le tapaban la cara. Intentó llegar a un aparador, pero, a mitad de camino, soltó un chillido agudo y dejó caer todos los bultos.

—¡Me ha picado algo!

Jane cayó desfallecida sobre el sofá y se echó a llorar.

Agassiz cerró la puerta de prisa y se sentó junto a Jane.

—Ya, ya, querida, ¿dónde te duele? Enséñaselo a Papá Agassiz.

Jane se desabrochó el cuello alto del redingote hasta bien por debajo de la

clavícula.

—Aquí. Mira, ¡está todo rojo!

—No tienes herida, Jane. Probablemente no fue más que la esquina de una caja. Estás demasiado impresionable, querida. Se te mejorará con unos besos...

Cuando Agassiz inclinó la cabeza hacia la parte alta del pecho de Jane, la puerta se abrió sin previo aviso. Agassiz se levantó de un salto y Jane empezó a abrocharse el vestido a toda prisa.

Era Desor. El alemán de modales fingidos sonrió a su jefe con complicidad e intentó retorcerse un extremo de su insignificante bigote. En lugar de eso, sólo consiguió arrancarse varios pelos de raíz suelta que mal podía permitirse perder.

Agassiz se obligó a contener la rabia. Exagerar la interrupción de forma desproporcionada no sería lo adecuado.

—Edward, en el futuro preferiría que te anunciaras. ¿Y si hubiera estado comprometido en asuntos privados?

—Creí que lo estabas.

—¡Nada de eso! Jane sólo venía a traer el correo y decidió descansar los pies. Bueno, ¿qué quieres?

—Ha llegado mi primo Maurice y desea conocerte.

—¿Ya ha llegado? Sólo hace tres días que me dijiste que había zarpado. ¿Ha habido algún avance náutico que yo no conozca, por improbable que esto sea?

—No quería que te preocuparas demasiado por su seguridad, así que retrasé mencionarte la travesía hasta que estuviera casi hecha.

—¡Qué diantres! Lo que querías era decírmelo cuando ya casi fuera un *fait accompli*. Bueno, dile a Maurice que su entrevista personal tendrá que esperar a que disponga de más tiempo. Mientras tanto, puedes ponerlo a trabajar para que se gane el sueldo. Teniendo en cuenta sus habilidades, puede que limpiar los establos sea la tarea más indicada.

—¡Qué tontería! Maurice es un señor. Le pondré a montar las mariposas.

Antes de que le desautorizara, Desor se fue.

Agassiz se acercó en silencio a Jane, que estaba de pie dispuesta a marcharse. Le acarició el pelo con la nariz.

—Eso de montar me recuerda a algo...

Jane soltó una risita.

—¡Santo cielo, no me saque los colores, señor! Al menos hasta esta noche...

Cuando Jane se hubo marchado, Agassiz recogió el correo del suelo y empezó a leerlo. Una misiva de su leal corresponsal inglés, una tal C. Cowperthwait, que normalmente habría recibido prioridad, pasó deprisa a un segundo plano.

Sólo uno de los paquetes concernía a su búsqueda. Agassiz no reconoció el nombre del remitente, pues no pertenecía a ninguno de sus afiliados regulares.

Señores:

*Me enterao de que están buscando a un negro suyo que sa escapao. Tengo aquí a uno que estaba uyendo a Canadá. A lo mejor es el suyo. Les mando una señal pa que lo identifiquen. Si lo es, tendrán que venir a recogerlo, porque no está en condiciones de biajar. Sólo oro, nada de billetes.*

*Un saludo,  
Hosea Clay*

Agassiz abrió el pequeño envoltorio que venía con la carta llena de faltas.

Dentro había una oreja de hombre negro mutilada, con una costra de sangre reseca y uno o dos pelos rizados adheridos.

Agassiz soltó la caja del susto; la oreja salió rodando por la alfombra como una acusación.

¡Dios mío! ¡Esta es la contagiosa brutalidad en la que llega a caer el hombre blanco cuando se ve forzado a convivir con los negros! ¡Menuda tragedia épica era esta mezcla de razas! El país entero estaba contaminado y lo estaría ya durante toda su existencia. Gracias a Dios que él, Agassiz, era inocente de toda culpabilidad en el lamentable incidente, en virtud de su perspectiva científica y de haber nacido en Suiza...

Con unas pinzas, Agassiz recogió la oreja y la metió, junto con la carta y la caja, en el interior de la estufa Franklin de la habitación. Incluso en esta época del año, por las noches podía refrescar, por lo que un poco de fuego no le extrañaría a nadie.

La última carta era de la madre de Agassiz.

*Querido hijo:*

*Ya sabes que Cecile ha estado muy angustiada últimamente, en buen parte por causa de tu inevitable ausencia. Cuando empezó a quedarse en cama durante casi todo el día, nos temimos lo peor. El doctor Leuckhardt nos ha comunicado su diagnóstico y me duele informarte de que tiene tuberculosis.*

*Cecile se traslada a Friburgo con los niños, pues el doctor Leuckhardt cree que el cambio de ambiente será beneficioso para ella, ya que echa de menos su hogar.*

*Cecile y los niños te mandan besos. Tu mujer dice que no te preocupes, pues a ella no le serviría de nada y únicamente entorpecería tu trabajo.*

*Con todo mi cariño,  
Mamá.*

La carta se resbaló de la mano lacia de Agassiz y cayó a la alfombra. Los pensamientos, los recuerdos, las recriminaciones y las justificaciones a medio formular enjambraban su cerebro atormentado como *Apis melliferas* en un campo de tréboles.

Tras un momento de ensueño confuso que pareció una eternidad, la puerta volvió

a abrirse.

Como viento del noreste, el conocido capitán Dan'l Stormfield irrumpió en el despacho con su perfume marítimo.

Al principio, Agassiz apenas pudo centrarse en lo que le decía. Pero el alegre discurso del pescador consiguió cautivarle una vez más y sacarle de su depresión.

—¡Qué tal, profesor! Bueno, puede acusarme de calzonazos si quiere, pero no le he traído ese pez espada milagroso como le prometí. Esto es lo que ha pasado. Mi mujer se ha enterado de lo de la criatura y se la ha apropiado. Verá, llevaba un año detrás de mí para que le consiguiera una de esas modernas máquinas de coser Howe, pero yo me resistía, por el precio. Así que cuando se enteró de lo que ese pez espada sabía hacer, se lo quedó sin más, ¿y qué iba yo a decirle? Ahora lo tiene en una pecera en el recibidor y lo pone a trabajar día y noche, confeccionando las últimas modas del alegre París para ella y para todas sus amigas. Al pobre pez le cuesta mucho mantenerse al día con la demanda y me atrevería a decir que fallecerá pronto. Intentaré conseguírselo para entonces, pues supongo que mejor un pez muerto que ningún pez. De todas maneras, le traigo algo nuevo mientras tanto.

Stormfield metió la mano por debajo de su jersey grasiento y sacó el cadáver de un pájaro.

—Eso es un petirrojo común, *Turdus migratorious*. ¿Para qué iba yo a quererlo?

Mordiéndolo por la boquilla de la pipa con satisfacción, Stormfield le aconsejó:

—Mírelo de cerca, hombre.

Agassiz cogió el pájaro. Las plumas tenían un tacto extraño, como áspero y escamoso. Tenía las patas palmeadas y algo parecido a unas agallas detrás de los oídos.

—¡Sí señor, un auténtico petirrojo de mar! Lo capturé en el mismo puerto de Marblehead. No sé por qué siempre aparecen estas cosas raras en esas aguas. Es como si surgieran de la nada.

Agassiz encontró unas monedas sueltas.

—Muy bien, le compraré el «petirrojo de mar» para diseccionarlo. Pero si resulta ser otro artefacto, le espera una buena reprimenda.

—Tan seguro como que Santa Ana tiene una pata de palo, que ese pájaro es un verdadero pez. ¿O es al revés?

Después de morder las monedas, Stormfield, a punto de marcharse, se detuvo a mirar por la ventana del despacho, visiblemente alarmado por algo que pasaba fuera.

—Profesor, me parece que esa chalana extranjera que tiene usted amarrada en el muelle se está quemando.

—¡¿Qué?!

Agassiz echó un vistazo. Era verdad, unas nubes de humo azulado salían de la cabina del *Sie Koe*, donde Cezar y Dottie se habían retirado a descansar un rato y a «chasquear» de sus cosas.

Corriendo desde el despacho, seguido de Stormfield, Agassiz tuvo la sensatez de

coger un cubo de lona para incendios que estaba colgado junto a la puerta trasera.

Ya en el embarcadero, llenó el cubo con agua salada y subió corriendo por la rampa del barco sudafricano.

—¡Aguanten, valientes marineros, ya llega la ayuda! —gritó Stormfield. El pescador adelantó a Agassiz y abrió de un golpe con el hombro la puerta de la cabina.

Agassiz vació de modo indiscriminado el cubo de agua salada en la cabina llena de humo.

Un grito de cólera estalló dentro de la cabina.

—¡Dios mío, pero qué insulto es este!

Con la fuente del humo acre aparentemente sofocada y la puerta abierta, la cabina empezó a despejarse. Al cabo de un rato, Agassiz pudo ver la inocente escena.

Jacob Cezar estaba sentado en una mecedora, la fiel Dottie acurrucada a sus pies como un animal. Ambos sostenían unas pipas largas, ya extinguidas.

—¿Es que no puede uno *fumag tganquilo* con su *mujeg* sin que le caiga el segundo *Dilufio ensima*?

—Pensábamos que había un incendio... —dijo Agassiz titubeando.

—No sea *gidículo*. Sólo estábamos fumando unas pipas de kifi, *paga calmag* los *nefios yestimulag* el *segebgo*.

—¿Kivi?

—No, ¡kifi! ¿Se *acuegda* que le dije aquella *pgimega* noche que el tal *T'gusegi* iba a *aplicag* una *hiegba* al fetiche *paga actifaglo*? Pues esa *hiegba* es el kifi que *cgese* en mi país. *T'gusegi* tiene que *poneg* a *masegag* el fetiche en agua de kifi antes de *podeg haseg* el *conjugo*. *Pog* eso sé que no lo ha usado *todavía*. *Pego* el tiempo *cogge gápido* en  *nuestga contga*. Calculo que quedan una o dos semanas.

—¿Qué es exactamente ese «kifi»? ¿Tiene una muestra?

—*Clago*, me queda un montón. Tenga.

Agassiz examinó la hierba ofrecida y en seguida la reconoció.

—¡Caray, pero si es simple hoja de cáñamo, *cannabis sativa*! ¿Qué tiene de especial?

—Ah, el kifi es *difegente* en cada *tiegga*, dependiendo del suelo, la *llufia*, el sol y *otgos factoges*. *Pog* ejemplo, de camino aquí, *hise* una *pagada* en Jamaica; allí lo llaman «ganja» y me *pagesió* de una calidad *exsepsional*. Sin *embaggo*, sólo el kifi *sudafgicano* puede *actifag* el fetiche.

El capitán Stormfield intervino.

—¿Dice usted que esta hierba de aquí es como una pócima, que alivia las penas?

—¡Ya lo *cgeo*! ¿*Quiege pgobagla*?

—Si a usted no le importa —Stormfield comenzó a llenarse la pipa.

—¿Y usted, Louis? Tengo una pipa de *sobga pog* aquí en alguna *pagte*.

Agassiz rechazó la oferta impaciente.

—Tengo cosas más importantes que hacer esta tarde que sentarme como un piel roja a pasarme la pipa de la paz. He de hacer una visita a mi mecenas, Lowell, por un

asunto personal. Espero verle a usted en la cena, allí hablaremos de nuestro siguiente paso.

—Ja, se me estaba *ocuggiendo* algo en *gelasi3n* al *pagadego* de *T'gusegi* cuando usted me empap3. *Foy a intentag geconstguiglo*.

El capit3n Stormfield, que hab3a aspirado varias caladas intensas, parec3a todav3a m3s locuaz y animado que de costumbre.

—D3game, amigo, ¿de d3nde proceden usted y el cuervo negro de su mujer?

—Del Cabo de Buena *Espigansa*.

—¿Y ha venido navegando en este bergant3n todo el camino?

—Ya lo *cgeo*.

—Vaya, vaya. Es usted un marinero excelente. D3game, ¿qu3 tipo de sextante prefiere?

—Bueno, uso un antiguo Hadley ingl3s que mi *padge* me dej3.

Agassiz dej3 a los dos marineros inmersos en la conversaci3n. Despu3s de ponerse su mejor levita y una magn3fica chistera, parti3 hacia la casa de John Amory Lowell.

John Amory Lowell era miembro de la aristocracia americana y, aunque el grupo no estaba precisamente a la altura de los Rothschild, sus miembros estaban bastante bien acomodados. Lowell ten3a toda una ciudad industrial nombrada en honor a su familia. Junto a otros catorce clanes, su familia formaba parte de «Los Socios», que dirig3an Boston en secreto y habitaban en el moderno Tontine Crescent. Los Socios controlaban un veinte por ciento del hilado de algod3n en los Estados Unidos, un treinta y nueve por ciento del capital asegurador de Massachusetts y un cuarenta por ciento de los recursos financieros del estado.

Como todos los nuevos ricos, les gustaba alardear de su distinc3n intelectual y su buen gusto. Eran estas ansias de cultura las que Agassiz hab3a sabido aprovechar tan h3bilmente.

Lowell viv3a en Beacon Hill, cerca del State House: concretamente en una elegante casa adosada de Park Street dise3ada por el famoso arquitecto Charles Bullfinch.

Agassiz se encaminaba entonces hacia este lujoso domicilio.

Pas3 caminando por delante de la variada arquitectura de la ciudad, por los edificios nuevos de la calle Tremont con sus l3neas de frontales arqueados, por las viejas construcciones de ladrillo, coloreadas en un espectro de rojos y naranjas, salm3n p3lido e incluso negro p3rpura, y por muchos edificios del tosco «estilo granito bostoniano». Pas3 junto al edificio g3tico de madera que albergaba la tienda de ropa de Oak Hall, el gran almac3n de comestibles de la compa3a «Batchelder y Snyder», y el mercado de Boylston.

Unos cuantos hombres, evidentemente ganaderos, atra3dos por la feria en el mercado de Brighton, estaban sentados frente al caf3 Exchange, discutiendo las ventajas de los bueyes. Los carruajes traqueteaban por todos lados y el comercio



general de la próspera ciudad, nexo de media docena de líneas férreas y otras tantas carreteras de pago, se gestionaba con un gran fervor, como si el mundo entero dependiera de ello.

Los carteles solicitando soldados voluntarios para luchar en la Guerra de México, que entonces alcanzaba su segundo año, estaban por todas partes. (Las deserciones, salió publicado en el Evening Traveler, eran muy abundantes; algunos soldados, inmigrantes recientes, ¡hasta se pasaban al otro bando!).

*¡¡Hombres de Boston!!!  
¡El Presidente Polk llama a las armas!  
¡Uníos al bravo y gallardo General Taylor!  
¡Él os llevará a la victoria contra los infames hispanos!  
¡Ayudad a la conquista de Texas en nombre de La Unión!  
¡Paga de 7 \$ al mes!  
¡Más una prima al licenciarse!  
¡24 \$ y 160 acres de tierra en la frontera!  
(Se requiere una constitución fuerte y estar en posesión de todas las extremidades).  
(La tierra puede contener indios).*

Agassiz llegó a la residencia de Park Street y un sirviente le dejó entrar. Mientras esperaba en el salón ornamentado, escasamente tuvo tiempo de admirar los adornos colocados en el aparador de caoba estilo italiano y de hojear un par de páginas del último número del Gleasons Pictorial, antes de que Lowell, de aspecto fornido y confiado, atuendo sencillo y mediana edad, entrara.

—Profesor Agassiz, ¡qué agradable sorpresa! Tendrá que perdonar mi tardanza, pero estaba hablando de negocios con el alcalde Quincy. Quin y yo estamos de acuerdo, ¡esta maldita ciudad necesita más tierras! Se desperdicia demasiado suelo en las ciénagas y en las marismas. ¡Maldita sea, allí no hay más que pájaros, peces y plantas! No puedo permitirlo. Cuando esté terminado el sistema de abastecimiento de agua del lago Cochituate, ¡nos proponemos doblar la población de la ciudad! ¡Ni siquiera la tierra de relleno que extrajimos de Beacon Hill y de Pemberton Hill creó una extensión suficiente para eso! Creo que lo siguiente será dismantelar Fort Hill y rellenar el Town Cove. ¡Hay montones de peones irlandeses para hacerlo! Pero los especuladores no pueden enterarse del plan todavía, o se dispararán los precios, ¡así que ni una maldita palabra! Bueno, ¿qué puedo hacer por usted?

Agassiz exageró su encantador acento.

—Señor Lowell, ¿está usted informado de la nueva cátedra que su compañero, el señor Lawrence, va a otorgar en Harvard?

—Por supuesto, por supuesto. ¿Qué pasa con la cátedra?

—Bueno, imagino que usted, como mi mecenas, tendrá un interés especial en ayudarme a conseguir el puesto. De llevárselo uno de esos ignorantes de Rogers o

Hall, eso no diría mucho de su buen criterio al patrocinarme a mí, el modelo de la ciencia europea. ¿Está de acuerdo?

—¡Dios santo, sí! Ese trabajo tiene que ser suyo. ¿Pero qué demonios hace Lawrence considerando siquiera a alguien más? Le voy a retorcer el maldito pescuezo...

—Por favor, señor Lowell. No sea tan drástico. No puede haber el mínimo indicio de comportamiento indecoroso relacionado con este nombramiento. Lo único que le pido es que dé usted una recepción en la que pueda hablar en mi favor con el señor Lawrence. Estése tranquilo, le convenceré de que soy el único adecuado para el puesto.

—Eso está hecho. ¿Qué me dice de este viernes? Enviaré las invitaciones mañana a primera hora. Invitaremos a todo el que es alguien en esta maldita ciudad. A lo mejor podría usted dar una breve conferencia. Pero que sea entretenida. Algo sobre eso del «instinto genético». Los hábitos de apareamiento de los malditos salvajes, tal vez. ¿Ve por dónde voy?

Agassiz se puso tenso. El tema le tocaba muy de cerca.

—Procuraré entretener a la vez que educar, señor.

—¡Caramba, bien dicho! ¡Echemos un maldito trago para sellar el asunto!

Varios «malditos tragos» más tarde, Agassiz se fue a su casa dando tumbos.

Vomitarse por la borda del transbordador de East Boston no hizo mucho por abrirle el apetito para la cena.

A pesar de todo, se obligó a sentarse en la cabecera de la mesa. No estaría bien que el jefe de la familia científica eludiera sus responsabilidades. Además, siempre tenía el temor de que Desor se amotinara en cuanto soltara un poco las riendas del establecimiento.

Así de digno entró en el comedor, una vez que el resto del equipo estaba ya sentado, incluido Cezar. (Agassiz no podía tolerar que Dottie comiera con los demás, y la había desterrado a la cocina con Jane). Con Desor estaba su primo, Maurice.

Maurice Desor resultó ser una miniatura de hombre rollizo vestido como un Beau Brummell. Su primo hizo la ronda de presentaciones. Maurice tomó una silla, se dejó caer en ella y se lanzó a por un cuenco de patatas hervidas con perejil.

Durante el transcurso de la cena, la única vez que Maurice dejó de comer fue cuando se puso a declamar con pompa acerca de las últimas corrientes intelectuales de París.

—¿No ha leído a Marx, profesor? ¿Cómo puede considerarse una persona culta? Ese hombre es un genio, posiblemente el intelectual más revolucionario de nuestro tiempo. Yo he devorado su *Misère de la philosophie*. Ahora está trabajando en algo más espectacular todavía, con su colaborador, Friederich Engels. ¿Tampoco ha oído hablar de él? Lo imaginaba. Lo llaman su «Manifiesto Comunista». Cuando se publique, significará el fin del reino de la riqueza y el privilegio, de toda la aristocracia, la vieja y la nueva, y de los perros falderos como usted.

Agassiz golpeó la mesa con el puño, poniendo a toda la cubertería de plata a bailar la tarantela.

—¡Ya es suficiente, señor Desor! No soy un adulator de los ricos, soy un hombre de ciencia, una profesión más noble de lo que usted pueda llegar a imaginar. Si tantos reparos tiene a cómo me gano la vida, no entiendo por qué toma parte tan generosamente de mi comida y de mi bebida.

—La propiedad es el robo, por lo tanto coger de los ricos no es un delito.

—¡Bah! Ya puede aplicar la lógica como Tomás de Aquino, pero le advierto, y a ti también, Edward, que si quiere seguir aquí, procure hablar con educación y mostrar algo de respeto hacia su jefe.

Maurice dijo algo entre dientes que sonó sospechosamente a «*Après moi, le déluge*», pero Agassiz lo dejó pasar. El científico suizo se levantó y dijo:

—He tenido un día duro, con noticias personales angustiosas. Perdonen que me retire temprano.

Sus cuatro comprensivos ayudantes le desearon una noche de descanso y Agassiz abandonó la mesa.

Cezar le alcanzó en el pasillo.

—Louis, *cgeo* que tengo una pista *nuefa sobge* el *pagadego* de *T'gusegi*.

—Por favor, Jacob, déjelo para mañana.

—Muy bien. Buenas noches y que *duegma* a *tgompa* suelta.

—Gracias.

En mitad de la noche, Agassiz se despertó con una sensación extraña aunque placentera. Tras un momento de deliberación, determinó que tenía que ver con la aplicación del sistema bucal de alguien contra su miembro generativo.

Bajando la mano con timidez, halló la familiar trenza de Jane y se relajó.

El clímax fue altamente satisfactorio, a pesar de una breve aparición de la imagen de Cecile en su cabeza.

Cuando Jane estuvo acurrucada junto a él, Agassiz se atrevió a preguntar:

—Nunca me habías hecho eso, muchacha. ¿Se puede saber dónde has aprendido...?

Se calló.

Sospechaba la respuesta.

Y no quería que se lo confirmara.

## 5

# UNA SITUACIÓN PRINGOSA

El correo de la mañana sólo contenía una carta relacionada con la búsqueda del hechicero. Desgraciadamente, era de Hosea Clay.

*Señores:*

*No he tenido noticias tuyas en las últimas veinticuatro horas, así que me veo obligado a pensar que necesitan más pruebas de que este esclavo es el suyo. Por la presente le envío adjunto en respuesta a su última carta, que no he recibido todavía, etc, etc, otra muestra de identidad. Espero que sea suficiente para cerrar el trato, antes de que desmiembre a la criatura. Asimismo, deberán pagar por las sobras de la mesa que le he echao de comer.*

*Un saludo,*

*H. C.*

Al ver el paquete sin abrir que había venido con la carta, Agassiz sintió un escalofrío. Carta y paquete fueron a parar con la correspondencia precedente al interior de la estufa. Le daría instrucciones a Jane para que pusiera al rojo vivo al Moloch de hierro fundido esa noche.

Todavía en batín, bebiendo café en una taza de porcelana decorada con imágenes celestiales de carpas (*Cyprinus carpio*), Agassiz esperaba la llegada de Jacob Cezar. El hombre y su novia simia estaban todavía en la cama cuando Agassiz se había levantado y el científico había sentido aversión ante la idea de molestarles.

La abominación que representaban seguía causando dolor a Agassiz. Tenía que recordarse a cada minuto que Cezar era un elemento necesario para alcanzar la enorme fama que le esperaba como descubridor del Locus Cosmogónico, el pozo de la creación. Cuando capturaran a T'guzeri, Agassiz necesitaría a Cezar para interrogar al hechicero en su lengua nativa khoisan. Pero en cuanto le hubieran sonsacado la información al bosquimano, expulsaría al sudafricano y a su compañera animal con unos cuantos vituperios, por no mencionar un merecido castigo corporal, tal vez administrado por Pourtales, que era un tipo fornido.

Con la esperanza de trabajar un poco en alguno de sus monográficos en progreso, Agassiz se acercó al aparador cubierto de papeles.

Allí, sobre uno de los montones, donde sin duda Jane la había puesto después de alisarla, estaba la carta de su madre acerca de Cecile.

¿Qué se suponía que tenía que hacer con su recientemente inválida esposa? ¿Exactamente, qué le debía? Pobre Cecile, tan sencilla y cariñosa...

Nunca había sido el complemento a su carrera que él había imaginado. Por supuesto, regresar a Europa para socorrerla era algo impensable. Europa estaba llena de doctores competentes. Enviaría más dinero. Sí, eso haría. Un pagaré por unos cuantos cientos de dólares extras aliviaría su reclusión y le haría la vida doméstica más fácil. Aunque le dolía desviar dinero de sus empresas científicas, contactaría con su banquero de inmediato.

Llamaron a la puerta.

—Pase, por favor.

Jacob Cezar, vestido con un traje nuevo que Pourtales le había dejado (la ropa manchada del viaje que había llevado para cruzar el Atlántico le había parecido del todo indecorosa), entró en el despacho. Agassiz se alegró de ver que la hotentote no le acompañaba. A lo mejor el sudafricano había aprendido modales por fin...

—¿Ya está dispuesto a oír mi *explicación asega* de dónde pensamos Dottie y yo que puede *estagT'gusegi*?

—Sí, esta mañana tengo la mente más sosegada. Ayer fue un día horrible. Casi ni me imagino que hoy pueda ser tan malo. Por favor, ¿qué ha deducido?

Cezar se acarició con orgullo el mechón de barba y anunció:

—¡T'gusegi se esconde con los del *Feggocaggil Subteggáneo*!

Agassiz se puso en pie de un salto.

—¡Por supuesto! ¿Quién si no iba a esconder a un negro? Sin duda nuestra presa ha convencido a esos idiotas abolicionistas para que le oculten. No es difícil tomarle el pelo a una cabeza llena de pájaros, como siempre digo. Bueno, bueno, esto es magnífico. Ya está prácticamente en nuestras manos. Sólo nos queda ir a la estación del Ferrocarril Subterráneo más cercana, destapar la impostura de T'guzeri y pedir que nos lo entreguen. Así de simple.

Cezar esperó a que Agassiz terminara. Entonces le preguntó:

—¿Sabe dónde está la *estación más cegcana*?

—Bueno, no, no exactamente.

—Me lo imaginaba. ¿Qué *hasemos entonses*?

—Creo que los cuáqueros son antiesclavistas. ¿A lo mejor podíamos buscar a un miembro de esta secta y preguntarle?

—¡Eso es como *pedigle* a un londinense al *asag* que le *pgesente* a la *geina Fictogia*! No, Dottie y yo hemos pensado en alguien.

—¿Y quién es?

—William Lloyd *Gaggison*, el *editog* del *Libegatog*.

—He oído hablar de él. No es más que un agitador de masas. Tengo entendido que hace unos años fue literalmente atacado por una multitud que no estaba de acuerdo con su retórica acalorada sobre la emancipación. Preferiría tratar con alguien más razonable, pero supongo que cualquiera que tenga relación con el Ferrocarril Subterráneo está descartado automáticamente. Bueno, ¿vamos a buscarle?

—Ja, *foy* a *llamag* a Dottie.

—Oh, venga, Jacob, ¿realmente es necesaria su presencia? El hecho de que Garrison sea un abolicionista ferviente no significa que haya olvidado que sigue siendo un hombre blanco. Dudo bastante que quiera relacionarse con negros socialmente. Un hombre puede mantener su vida privada separada de sus ideas políticas, ya lo sabe.

—No, *nesesitamos* a Dottie.

Agassiz levantó los brazos hacia el techo.

—No quiero discutirlo. Pero si insiste en traerla, al menos que espere fuera del despacho de Garrison hasta que calibremos su actitud.

—Cómo no.

Pronto, el trío hizo la travesía en transbordador hacia los muelles de Broad Street. El puerto, como de costumbre, estaba extremadamente concurrido, un bosque de mástiles en movimiento. A medio camino estuvieron a punto de hundirse por culpa de un barco de vapor con ruedas de paletas llamado *Jenny Lind*.

—Dottie y yo oímos *cantag* al *Güiseñog* de *Suesia* una noche en la *ópega* de *Johannesbuggo*. ¡Qué *bellesa*!

—¿Se llevó a esa salvaje a la ópera? ¡Menudo desperdicio! ¿Cómo iba a saber apreciar tan sublime experiencia?

—Oh, subestima usted a mi esposa. Además, ¿no es la música el lenguaje *unifegsal*?

—No para las bestias.

Cezar guardó silencio durante un momento. Luego dijo con sincera lástima:

—Algún día esas opiniones tuyas le *causagán* mucho *sufgimientu*, Louis. Lo *feo clagamente*.

Agassiz no dijo nada en respuesta.

Desde Broad Street, bajaron por Congress, doblaron a la izquierda en Channing y en seguida llegaron a la calle Devonshire. En la siguiente manzana, encontraron el edificio que albergaba la sede del incendiario periódico, el *Liberator*.

En la tercera planta se detuvieron frente a la puerta correcta, que estaba rotulada con el nombre del diario.

—Bueno, recuerde lo que le he dicho. Dottie debe esperar fuera, preferiblemente durante toda la entrevista, para no arriesgarnos a ofender a Garrison.

—Está bien, *famos*, *entge* ya.

Como era la oficina de una empresa pública, Agassiz prescindió de llamar y entró directamente.

Las instalaciones al completo del *Liberator* consistían en una sola habitación estrecha desbordada de libros y de papeles. Una mesa cubierta de invectivas y panfletos ocupaba un rincón. Detrás de la mesa estaba sentado un hombre blanco que tenía que ser Garrison. Sentado en su regazo, rodeándole el cuello con los brazos, había un hombre negro.

Si la escena hubiera consistido de Medusa y su hermana, Agassiz no habría

quedado más petrificado. Su cerebro suspendió todas las operaciones, como las hilanderas huelguistas de la Asociación para la Reforma Laboral Femenina de Lowell.

Garrison y su compañero no parecían avergonzados de haber sido sorprendidos en posición tan comprometedor.

—Bienvenidos a la sede de un nuevo mundo, caballeros —dijo Garrison—. Una hermandad de toda la humanidad. ¿En qué puedo ayudarles?

—Me llamo Jacob *Sesag* y éste es el *pgofesog* Louis *Agassis*.

—Encantado de conocerles. Permítanme presentarles a mi mejor escritor y excelente amigo, el señor Frederick Douglass.

El negro se levantó del regazo de su compañero con dignidad y se acercó con la mano extendida.

La inmovilidad de Agassiz se hizo añicos. Con la mirada atónita, empezó a retroceder sin pensar, hasta que chocó contra la pared. Siguió empujando arrastrando los pies inútilmente.

Cezar desvió la atención de Douglass, estrechándole la mano.

—Tiene que *pegdonag* a mi amigo. Ha tenido mucho *pgoblemas* últimamente y está un poco *altegado* de los *negfios*. *Pegmítame hablag* en *nombge* de los dos. *Quegemos entgag* en contacto con el *Feggocaggil Subteggáneo*.

Garrison endureció su actitud al instante.

—¿Por qué?

Cezar le dio una explicación abreviada de su búsqueda. Tras haberla escuchado, Garrison giró la silla hacia Douglass y dijo:

—¿Qué opinas, Frederick?

—Suena de lo más improbable. Me inclino a pensar que estos dos son cazadores de esclavos, que han venido a llevarse a rastras a nuestros hermanos y hermanas de vuelta al sur de la línea Mason-Dixon.

—Yo también lo pienso. Caballero, su transparente subterfugio es un insulto a nuestra inteligencia. Por favor váyanse, par de judas, y díganles a sus jefes que han fracasado y que no disfrutarán de su reino execrable de sangre, sudor y lágrimas por mucho tiempo. ¡Pronto, para variar, serán ellos los que sientan el azote del látigo!

—No, de *feddad*, no somos...

—Tal vez yo pueda aclarar algo.

Dottie había aparecido en la entrada. La incorporación de un personaje nuevo despertó el interés de Garrison.

—¿Y quién es usted, señorita?

—Ng'datu Baartman, señor.

Garrison se levantó de un salto.

—¡No será usted la Ng'datu Baartman de Ciudad del Cabo, cuyas cartas de una perspicacia sorprendente he estado imprimiendo durante tantos años!

Dottie bajó la vista con modestia mirándose los zapatos.

—La misma.

—Bueno, es un honor. ¿Por qué no me han dicho que tenían relación con la señorita Baartman? Esto lo cambia todo. Por supuesto, si la señorita Baartman dice que necesitan ustedes contactar con el Ferrocarril, entonces no tengo ningún reparo en darles la información.

—Necesitamos hacerlo, señor.

—No me hace falta oír nada más. Josephine Saint Pierre Ruffin dirige la estación de Boston, con los fondos de la empresa de su familia, la industria de melaza Ruffin en el North End. ¿La conocen?

—Podemos *encontgagla*.

—¡Excelente! Les deseo buena suerte para localizar a ese malvado nigromante. Adiós. Y señorita Baartman, siga mandando esas cartas. Es usted una inspiración para todos nosotros.

—Un modelo para nuestra raza —añadió Douglass.

—La causa no llegaría a ninguna parte sin su esfuerzo, señor.

Cezar cogió al todavía anonadado Agassiz y bajaron las escaleras. El aire de la calle pareció reanimarle parcialmente.

—Le dije que *nesesitábamos* a Dottie, Louis.

—¡Nunca, nunca pensé que viviría para ver semejante escena! ¡Caray, hace que la relación de usted parezca absolutamente normal!

—Todo es *gelatifo*, Louis. Ésa es una de las *lecciones* que *enseña* la *fida*.

—Puede ser. Pero yo también soy profesor y nunca he utilizado unos métodos tan bruscos.

—*Quisá* usted nunca *tufo* un alumno tan tonto.

—¡Diantres!

Atravesando la ciudad, Agassiz y sus compañeros en seguida llegaron al North End: un mosaico asombroso de calles abarrotadas, en otro tiempo lujosas, repletas de inmigrantes mediterráneos, semitas e ibéricos.

—Es una pena —dijo Agassiz— que las ancestrales calles de Revere y Franklin hayan sido abandonadas a estas razas inferiores.

—Todo el mundo *nesesita* un sitio *paga fifig*. Y ellos son los que están *constguyendo* esta *siudad*.

—Al menos podían tener algo de decencia y vivir como seres civilizados. Mire esa maraña de ropa tendida, por ejemplo. Indignante.

Agassiz levantó un brazo para indicar las numerosas cuerdas de ropa tendida que cruzaban las calles estrechas escasamente por encima de la altura del tráfico.

—Cada uno ha de *apañagse* con lo que tiene.

—Si siguiéramos esa filosofía, iríamos todos con hollín y grasa animal todavía —dijo Agassiz, dirigiendo una mirada a Dottie.

—Su modo de *festig eugopeo*, *pgofesog* Agassiz, no *dugagía* ni un solo día en los *págamos*.



—No tengo ninguna intención de habitar en su tierra desértica. Cuanto antes se engloben en la civilización occidental esos lugares, mejor le iré al mundo.

Subiendo por la sucia calle Salem, dominada desde lo alto por la iglesia de Old North, los tres guardaron un silencio punzante.

La calle Hull hacía esquina al final de Salem, para continuar el ascenso.

En la cima, se pararon para que Agassiz recuperara el aliento y descansaron a las puertas del cementerio de Copps Hill. El montañero suizo se recriminó a sí mismo. Se estaba engordando demasiado. ¿Dónde estaba la cabra montesa que había saltado por encima de las grietas glaciares?

Llegaron al punto más alto del North End. Desde allí podían ver Charlestown, que se comunicaba con el North End mediante el puente más largo de América. En aquel distrito se alzaba el monumento de Bunker Hill, 6.600 toneladas de piedra en forma de lanza erecta y orgullosa indicando la potencia de la nación.

Dottie fue la primera en hablar.

—Me alegro de ver este cementerio. Aquí está enterrado Prince Hall, un soldado negro de la Revolución.

Agassiz refunfuñó.

—Prefiero fijarme en el cenotafio de Cotton Mather, un magnífico intelectual.

—Mire —dijo Cezar— allí está la compañía Ruffin.

Al otro lado de la calle se levantaba una construcción de madera de una anchura impresionante, con un rótulo de letras color oro melaza que anunciaba la INDUSTRIA DE MELAZA RUFFIN.

—Presentémonos usando el nombre de Garrison como referencia y reclamemos al rufián que están cobijando por equivocación. En caso de que se nieguen, bastará con amenazarles con denunciar su tinglado ilegal a las autoridades.

La enorme puerta del almacén tenía insertada otra más pequeña. Agassiz probó el picaporte, pero estaba bloqueado. Aporreó la puerta.

Un estrecho panel corredero se disparó hacia atrás con violencia. Encuadrados en la abertura había un par de ojos azules fanáticos y una porción de piel clara y pecosa.

—¡Váyanse! ¡Está cerrado!

El panel se cerró de golpe.

Agassiz se acarició una patilla con gesto pensativo.

—Algo va mal. Dudo que esa voz ronca pertenezca a Josephine Ruffin. Tenemos que buscar una entrada.

—Dottie y yo *igemos pog* este lado, usted *faya pog* el *otgo*.

Agassiz se adentró por un callejón estrecho lleno de basura desparramada. En las sombras acechadoras, creyó ver los rabiosos ojos rojos de unas ratas pestilentes (*Ratti norvegici*). Deseó haber pensado en servirse del piolet de Pourtales, con ese pico afilado.

¿Eso de ahí arriba era una ventana? Lo era. Bien, si pudiera usar esas cajas desechadas como plataforma...

La ventana no estaba cerrada con seguro. Agassiz la levantó y metió la cabeza con cuidado. El interior estaba oscuro, y no podía ver muy bien, pero parecía vacío. Se elevó hasta la cintura y, por un momento, se quedó colgando mitad por dentro y mitad por fuera. Entonces, con un esfuerzo, se impulsó metiendo todo el cuerpo y se precipitó al suelo de manera ruidosa y nada solemne.

Al ponerse de rodillas, Agassiz levantó la cabeza.

El diámetro del cañón del revólver que estaba apuntándole se aproximaba al de la trompa de un elefante indio (*Elephas maximus*). O eso parecía.

—Póngase en pie —dijo la figura misteriosa que sujetaba el arma— y camine de frente.

Agassiz hizo lo que le ordenó.

Seguido de su captor, Agassiz salió del almacén en donde había caído y fue a parar a un espacio inmenso iluminado con ventanas en la parte alta y dominado por tres o cuatro cubas dignas del reino de Brobdingnag, a cuyos topes se accedía por unas pasarelas que las rodeaban. En una pared estaba la puerta a la que había llamado hacía poco.

Despacio, Agassiz se dio la vuelta.

El hombre que le apuntaba con el revólver iba completamente vestido de negro, desde el sombrero bajo de ala ancha negro, hasta la capa negra, los pantalones negros y las botas negras. En fuerte contraste, destacaba su cara pálida enmarcada por cabellos largos y rojizos. Su feroz bigote candente ocultaba a medias unos delgados labios.

—¿Quién es usted, señor? —preguntó Agassiz.

El hombre levantó la cabeza y se rió de forma escandalosa y no poco irracional.

—¡Me llamo Anarchos! Pero el mundo me conoce como Feargus Kosziusko.

Agassiz se quedó boquiabierto. Así que ahí estaba el célebre revolucionario polaco-irlandés del que Cezar le había advertido. Y tenía a Agassiz a su merced. El científico enderezó la columna. Le enseñaría a este bakuninista byroniano que la educación siempre tiene ventaja sobre la vida bohemia.

—¿Qué ha hecho con los dueños de este negocio?

—Tan sólo lo que habría que hacer con todos los cerdos capitalistas. Les he atado, les he dado una paliza y les he encerrado en la oficina que tienen arriba. ¿Tiene alguna objeción?

—No sea ridículo. Por supuesto que tengo objeción a semejante trato inhumano, aunque sean abolicionistas.

Kosziusko saltó.

—¡Abolicionistas! ¿Cómo sabe que son de esa convicción?

—Bueno, yo... es decir...

—¡Usted va tras el fetiche! ¡Admítalo!

Agassiz no vio ningún sentido a seguir fingiendo ignorancia.

—Sí, así es. Pero por el bien de la ciencia, no para beneficio personal.

—Ah, entonces tenemos espíritus semejantes. Verá, yo tampoco estoy interesado en el beneficio personal. ¡Quiero el fetiche para la causa del caos!

—No le entiendo...

—Vaya, tampoco me entendieron los Ruffin. Apelé a ellos primero como camarada en la guerra contra la injusticia. Pero su devoción al movimiento había sido contaminada por su posición en la sociedad. Cuando les expliqué cuáles eran mis intenciones, se negaron a decirme a dónde había huido el hotentote. Sí, no se sorprenda tanto, se ha ido. He registrado el establecimiento minuciosamente y se lo puedo asegurar. Pero no tema, le alcanzaré y le arrebataré el fetiche, es sólo cuestión de tiempo. Entonces tendré el poder para hacer lo que he soñado desde hace mucho tiempo: ¡destruir toda autoridad en el mundo entero y liberar a la humanidad de sus cadenas!

—¡Usted está loco! —soltó Agassiz.

Kosziusko no pareció ofenderse.

—Puede ser. Pero la pureza de mi locura me da mi fuerza. Y usted también estaría loco, si hubiera visto todo lo que yo he visto.

—No lo creo.

Kosziusko entrecerró los ojos.

—¿Sabe cómo llegué a este hemisferio, señor? ¿No? Pues permítame que se lo cuente.

—El «buque ataúd» —pues así llaman los entendidos a tales navíos— de nombre *Urania* zarpó de Cork en marzo. Estaba abarrotado con cientos de mis compatriotas que huían de la Hambruna Irlandesa. Iban hacinados en las bodegas hediondas, hombres, mujeres y niños, sin lugar para la decencia común. Y con ellos había un pasajero adicional.

—¡El tifus!

»No fue un viaje rápido. Costó siete semanas. Y para cuando llegamos a aguas canadienses, la mitad de los pasajeros estaban o muertos o muriéndose. Nunca olvidaré las cosas que vi y que oí. ¡La respiración ahogada de los enfermos, los lamentos de los niños, los desvaríos de los delirantes, los gritos y gemidos de aquellos en agonía mortal!

»Nos enviaron a la isla de Grosse, para tenernos en cuarentena. La despiadada tripulación estaba desesperada por librarse de nosotros. Nos tiraron en la playa literalmente, dejando a muchos incapaces de salir del fango en el que cayeron, en donde acabaron dando su último suspiro, ¡Dios se apiade de sus almas!

»No había más que unos cobertizos sin calefacción donde alojarnos y muy poca comida. Naturalmente, ningún médico venía a visitarnos. Cada día nos decían que iban a levantar la cuarentena. ¡Cada día enterrábamos más cuerpos en las fosas comunes! ¡Cada día llegaban más barcos de Europa, trayendo a los aspirantes a la Tierra de las Oportunidades!

»Cuando por fin me escapé, más de quinientos habían fallecido.

»¡Así fue mi entrada al magnífico Mundo Feliz! ¡Cual esclavo negro llegué, desposeído de todo rastro de inocencia, mi fe en la resistencia armada mil veces más fuerte!

»Pero era de esperar. Por todos los sitios que he viajado he visto al pueblo tiranizado, ¡aplastado bajo las botas de los dirigentes como si no fueran más que hormigas! Fíjese en la tierra natal de mi padre, Polonia. Dividida entre prusianos, rusos y austriacos, ¡sus hijos e hijas más brillantes esparcidos por todo el globo, sus campesinos libres reducidos a siervos! Ay, cómo ha sufrido mi país. ¡Pero sus sufrimientos redimirán al mundo!

»Sin embargo, no crea que en mi corazón sólo hay sitio para la nación de mi madre y la de mi padre. ¡Lejos de eso! Estoy con todos los pueblos que luchan.

»¡Cuando Luís fue a la guillotina, yo estaba allí en espíritu, celebrándolo, junto a Marat y Robespierre! ¡Luché al lado de Touissaint L'Ouverture cuando liberó Haití! ¡Estuve con los conspiradores de Cato Street cuando la policía de Londres entró y los masacró! ¡Libré batallas codo con codo con Simón Bolívar y Bernardo O'Higgins en Sudamérica!

»¡Y aunque nunca antes había puesto pie en estas costas americanas, mi alma ferviente estaba aquí!

»¡Yo animé a los esclavos Denmark Vesey y Nat Turner a sublevarse! ¡Caí con los Redsticks en Horseshoe Bend! ¡Recorrí el valle del Hudson con los antiarrendadores, colgando terratenientes! ¡Levanté mi rifle con Thomas Dorr en Rhode Island contra las tropas enviadas a despojarnos del derecho al voto! ¡Apoyé en las barricadas de la huelga general de Filadelfia y en los disturbios de Baltimore contra el sistema bancario! ¡Incité a los oficiales de sastre de Nueva York con mis octavillas! Escucha lo que escribí: «¡Los ricos contra los pobres! ¡Operarios y obreros! ¿Por qué permitís a los ricos decidir cuáles son vuestras necesidades?».

»Y no sólo defiendiendo la rebelión política, sino también el delito individual, pues cuando la ley está del lado de los ricos, delinquir es el único recurso del pobre. Los salteadores y los asesinos son mis hermanos, las putas y los carteristas mis primos. Canté junto a los forajidos en California. «¿Cómo te llamabas antes?/¿Era Taylor o Jonson o Bates?/¿Mataste a tu mujer/y echaste a correr?/Oh, ¿cómo te llamabas antes?».

Kosziusko acompañó esta canción con un baile de polca.

—Todo esto y más he alentado. ¡Y ahora que estoy aquí en carne y hueso, haré más todavía! Un hombre llamado John Brown tiene planes, pero no quiero arruinarle a usted las sorpresas que le aguardan. Pronto el mundo entero reconocerá mi obra. Una vez tenga el fetiche, ¡los tiranos caerán a punta pala! Pero por el momento, tengo que contentarme con actos de rebelión más pequeños.

Kosziusko sacó una cuerda de debajo de su capa y se aproximó a Agassiz. Con la habilidad de un experto, le ató las muñecas y los tobillos y le obligó a sentarse en el centro del suelo. El agitador demente se guardó el revólver en el bolsillo y se fue

hasta la base de las cubas. Allí cogió un hacha de mango largo.

Agassiz miraba estupefacto.

—¿No pretenderá...?

—Así es. Digamos que es una ilustración de cómo pronto todo el sistema se obturará con la sangre de los dictadores...

Kosziusko subió a las pasarelas y comenzó a golpear con el hacha los aros metálicos que unían los listones de una cuba. Trabajó como un poseso. Mientras Agassiz miraba horrorizado, un aro se partió y los listones de la cuba empezaron a combarse hacia fuera, abriendo un espacio entre ellos por donde rezumaban hilos de fluido marrón. Kosziusko pasó deprisa a la siguiente cuba.

Al poco rato, todas las cubas se estaban combando hacia fuera.

Desde arriba, Kosziusko paró para supervisar el trabajo. Después se dirigió a Agassiz.

—Un millón de galones de melaza, señor. ¿Se arrepiente ahora del Comercio Triangular?

—¡No tengo nada que ver con eso! —gimió Agassiz. Pero era demasiado tarde, porque, sacudiendo su capa, Kosziusko había huido por la puerta de arriba.

Bajo la insoportable presión de la melaza, los listones se iban doblando cada vez más y más y más...

¡Y se partieron!

El aluvión de melaza bañó a Agassiz como una ola de marea. Sintió cómo le levantaba y le arrastraba. Lidiando atado de pies y manos para mantener la cabeza por encima de la superficie, giraba dando volteretas. La melaza se le metía por los ojos y por la nariz, por los oídos y por la boca.

Emergió en la superficie por un momento. Sin haber sido testigo, había salido al exterior. La melaza había echado abajo las puertas del almacén como si no existieran y anegaba el estrecho canal que era la calle Hull, una resplandeciente inundación marrón que alcanzaba los dinteles de las ventanas de las primeras plantas, corriendo colina abajo con la velocidad de... bueno, la melaza.

Dando vueltas y más vueltas, Agassiz luchaba en vano por liberar los brazos. Sacó su pegajosa cabeza a la superficie una vez, otra; cogió aire, intentó patlear.

Justo cuando se hundía por tercera vez, unas manos fuertes le agarraron por la camisa. Le alzaron medio cuerpo fuera del torrente, que seguía tirándole de las extremidades inferiores con sus fuertes garras viscosas.

No tenía ni idea de quién le había agarrado. Tenía los párpados pegados. Intentó dar las gracias, pero no pudo abrir la boca.

Agassiz colgó suspendido durante no supo cuánto tiempo. Sentía cómo el nivel del torrente de melaza iba descendiendo poco a poco. Al final, le soltaron, dejándole caer un par de metros hasta el suelo.

Alguien venía hacia él, anunciado por el chapoteo de unos pasos. Agassiz notó en seguida que le deshacían las ataduras.

Tras liberarle las manos, su rescatador comenzó a limpiarle los ojos con un paño. Agassiz comprobó que podía abrirlos de nuevo.

Semejante escena de devastación nunca se la hubiera imaginado.

Carros y carretas aplastados contra edificios embadurnados de melaza. Caballos muertos por todas partes, y también no pocos cadáveres humanos, de los cuales él podría haber sido uno perfectamente. La gente miraba las ruinas salpicadas de charcos marrones con incredulidad desde las ventanas de las primeras plantas.

Cezar estaba a su lado, con un pañuelo pringoso en la mano. Agassiz expresó en seguida un sincero agradecimiento.

—Le debo la vida, Jacob...

—A mí no. Ha sido Dottie quien le ha salvado. ¡Mire!

Cezar señaló hacia arriba. Agassiz miró.

La hotentote colgaba por las rodillas en una cuerda de tender, enseñando las enaguas indecorosamente al tener la falda boca abajo. Era ella quien le había agarrado con fuerza y le había sacado de la riada de melaza, como atestiguaban sus manos mojadas.

Agassiz abrió la boca, pero no pudo repetir las palabras que había regalado a Cezar de buen grado.

Cezar no parecía dispuesto a escarmentarle después de lo que le había pasado. El sudafricano grandullón sólo dijo:

—¡Si al menos *tufiégame togta!*

## 6

### ¿Uno o cien?

Por mucho que frotó, el olor a melaza que emanaba de la persona de Agassiz tardó tres días en ceder parcialmente. El aroma dulcemente empalagoso le quitó todos sus apetitos, tanto de comida como sexuales, y pasó la mayor parte de esas horas solo en su despacho, intentando desviar la atención de sus problemas esbozando algunas de sus ideas en estado embrionario. Una de las más prometedoras, decidió, era la de crear una organización bajo el nombre de Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia. Un gremio de científicos era algo que se necesitaba desde hacía ya mucho tiempo. La influencia conjunta de muchos eruditos no sólo serviría para consolidar definitivamente la ciencia en el seno de las donaciones públicas y privadas, apartando a codazos a gorriones inútiles como poetas y pintores, sino que también un grupo así facilitaría a Agassiz muchos contactos valiosos que le ayudarían a hacer avanzar su propia carrera...

Durante su reclusión, Agassiz dejó que la casa se gobernara sola. Sospechaba que acabaría lamentando haber complacido la disposición natural de Desor a tomar el mando, pero no tenía ni la energía ni el interés para hacer otra cosa.

Tampoco se preocupó durante este periodo por el sudafricano, su compañera hotentote ni su presa. Estaba completamente harto de todo el asunto y de la carga que había supuesto para él. ¡Caray, casi había perdido la vida por culpa de esa búsqueda demencial! Y cómo le atormentaba pensar que debía la continuación de su existencia terrenal a la agilidad de mono de la aborígen... ¡Qué ironía tan mordaz! Todavía se estremecía al recordar las sucias manos de ella sobre su ropa.

Como si percibieran esa actitud, Cezar y Dottie dejaron tranquilo al enclaustrado sabio suizo. En qué ocupaban el tiempo no le importaba y se esforzaba por fingir que nunca habían irrumpido en su práctica y organizada vida.

Pero por mucho que lo intentaba, Agassiz no era capaz de borrar completamente el asunto de su cabeza. Había un aspecto que todavía le seducía: el Locus Cosmogónico.

Poder demostrar —tal vez incluso ser testigo directo del hecho— que todas las especies son creadas totalmente formadas, dotadas de su apariencia definitiva; refutar categóricamente al pusilánime autor anónimo de *Vestigios de la Historia Natural de la Creación* y a sus seguidores, con su teoría herética de que las formas superiores descendían de otras inferiores... Tal logro sería la victoria culminante de la Teología Natural, y aseguraría que el nombre de Louis Agassiz permanecería vivo mientras los hombres veneraran sus almas inmortales.

Pero en la mañana del cuarto día, cuando el halo de fragancia de melaza que le

rodeaba era poco más fuerte que el que uno puede experimentar si se hubiera vertido una botella de extracto de caña de azúcar en una habitación adyacente, Agassiz se sentía algo más apacible hacia la humanidad en general y hacia su comitiva personal en particular. Estaba a punto de salir de su *sancta sanctorum* por primera vez en días cuando llamaron a la puerta tímidamente. Jane asomó la cabeza al interior con sumisión.

—Señor, tiene visita. Dos franceses.

—Muy bien, que pasen. Y Jane...

—¿Sí, señor?

—Hoy estás extremadamente encantadora. ¿Te han comentado alguna vez tu parecido a una lechera de Constable? ¿No? Ah, ¡qué risa tan coqueta tienes! ¿Quizás un poco más tarde...?

—¡Santo cielo, señor, es usted sorprendente! Ya veremos.

Jane se fue en un remolino de volantes y entró la visita.

Uno de los hombres era un petimetre de unos sesenta y tantos años, barriga redonda y patas de alambre, cuello y mangas de encaje y un bastón con empuñadura de oro en la mano. Su compañero era un hombre más joven, de ropas más sencillas y cabello de paja. De sus relativas posturas y comportamientos podía deducirse que la relación que les unía era de maestro y alumno, o mentor y aprendiz. Ambos irradiaban un aura bastante desconcertante de fanatismo de otro mundo, el cual era quizás más intenso —o simplemente peor disimulado— en el más joven.

Entonces habló el mayor de los dos.

—*Monsieur* Agassiz, permítame. Me llamo Josef Maria Hoene-Wronski y éste es Alphonse Louis Constant.

—Levi —interrumpió el más joven con tono sepulcral—. Mi nombre es Eliphaz Levi, mago de Sarnath, adivino de la Desconocida Kadath.

Hoene-Wronski parecía algo avergonzado.

—Ja, ja, sí, muy bien, Levi el de los muchos títulos, pues. Perdone mi descuido, su eminencia. Ejem. En cualquier caso, hemos venido, *m'sieur* Agassiz, como delegación de una orden de la que tal vez haya oído hablar. ¿Le es familiar el nombre de Martines de Pasqually?

Agassiz recordó la acusación que hizo Cezar la noche de su llegada, de que el barón George Cuvier, el primer mecenas de Agassiz, había estado relacionado con una sociedad secreta conocida como los Martinistas. ¿A ellos hacía alusión Hoene-Wronski?

Agassiz fingió ignorancia.

—No, creo que no. Espere, ¿no era él el erudito imaginario de Voltaire?

Hoene-Wronski exhumó una risa escalofriante.

—Ja, ja, muy ingenioso, se refiere al doctor Pangloss. Aprecio el sentido del humor en un adversario. Pero uno debe saber dónde está el límite entre lo que es motivo de escarnio y lo que es tremendamente serio. Y la cuestión del fetiche de la



Venus Hotentote está sin duda alguna en el segundo campo.

Agassiz abrió la boca para negar toda implicación, pero Hoene-Wronski se le anticipó.

—Por favor no insulte mi inteligencia manifestando su inocencia. Sé que ya se ha reunido con mi compatriota, Kosziusko. Ése es una granuja de poco fiar, se lo digo yo. Si bien comparto hasta cierto punto sus creencias en el inevitable destino glorioso de Polonia, no puedo aprobar su anarquismo. Ese hombre es la noche oscura del caos en persona, un Armagedón andante, y le aconsejo que reconsidere seriamente cualquier trato que haya hecho con él.

—¿Trato? No he hecho ninguno. Caray, si ha intentado matarme...

Hoene-Wronski extendió las manos.

—¿Lo ve? Intentando matar a su socio. Totalmente indigno de confianza, como he declarado.

—Espere un momento, ¡nunca fuimos socios!

—Bah, las viejas relaciones son agua pasada, no merecen la sangre con la que se escribieron. ¿Doy por hecho entonces que puedo contar con su cooperación y que nos cederá el fetiche si lo encuentra antes que nosotros? Después de todo, representamos a los viejos socios de su amigo el barón Cuvier.

—Todavía no me resigno a la implicación del barón en su secta. Seguro que no fue más que un devaneo momentáneo... No, sus esperanzas son inútiles. Nunca entregaré el fetiche a unos ocultistas como ustedes. Si lo encuentro, tengo intención de usarlo con propósitos científicos, para mejora de toda la humanidad.

—¡No intente venderme el mismo discurso de bondades de pacotilla que propaga entre sus audiencias de físicos y clérigos, *m'sieur!* Sé que sólo persigue el poder en estado puro, como hacemos todos. Pero se lo advierto, el poder que contiene el fetiche es más potente de lo que usted cree y seguramente le consumirá.

Constant —o Levi— había estado mirando a Agassiz de una forma decididamente desconcertante durante todo este rato. Entonces, de repente, los ojos se le pusieron en blanco y aulló una serie de sílabas guturales sin sentido. Para Agassiz, sonaron algo así como:

—¡Ya-ya, Shub Niggrata!

Alarmado, Hoene-Wronski propinó varias bofetadas al joven.

—¡Alfie, Alfie, vuelve! ¡Recupera tu alma, por Hermes! ¡No cruces la Séptima Puerta!

En un par de segundos, Constant regresó a la realidad, temblando y aparentemente agotado.

Agassiz no estaba impresionado.

—Un espectáculo magnífico, caballeros. ¿Puedo sumarme? «¡Yupi, la venganza del Negro!». Bueno, esto ha sido muy divertido. Si alguna vez necesito entretenimiento para una fiesta infantil de cumpleaños, les llamaré. Mientras tanto, creo que hemos concluido.

—Se lo he advertido —dijo Hoene-Wronski al salir, cargando a Constant—. Si entra en razón, puede localizarnos en el Hotel Tremont.

Una vez Agassiz se hubo asegurado de que el excéntrico dúo había dejado el lugar, se encaminó hacia el taller, impaciente por ver qué progreso habían hecho en los diferentes proyectos puestos en marcha.

Al abrir la puerta del laboratorio, se encontró con una escena a la que no pudo dar crédito en principio.

Maurice Desor estaba de pie sobre una pila de cajas que contenían un cargamento de fósiles de Gideon Algernon Mantell, el respetado autor de *Fósiles de South Downs*. Sentados alrededor ensimismados estaban los cuatro ayudantes de Agassiz. Edward Desor estaba de pie a un lado, orgulloso como si Maurice fuera Junius Brutus Booth recitando a Shakespeare, y Edward fuera su representante.

Maurice estaba llegando al clímax de su discurso.

—¡De cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades! ¡Trabajadores del mundo, uníos! No tenéis nada...

—¡Qué ocurre aquí! —bramó Agassiz.

Maurice hizo una pausa.

—Sólo intentaba entablar una dialéctica con sus esclavos asalariados.

—¡Esclavos asalariados! ¡Por todos los santos! ¿Quién le pagó el pasaje hasta aquí, ingrato insolente? ¡Pienso cobrármelo de su pellejo! ¡Baje de esa caja!

—La Primera Enmienda...

Agassiz rugió y se lanzó contra Maurice.

El marxista recordete frustró su captura corriendo a toda prisa hacia la puerta. Agassiz abandonó la persecución y se volvió hacia la audiencia.

—Bueno, ¿y vosotros que hacéis con la boca abierta? ¿Acaso sois un banco de incubadores bucales? ¡Venga, rápido, volved al trabajo!

Pourtales, Girard, Burckhardt y Sonrel regresaron a sus labores avergonzados. Agassiz se giró hacia Desor.

—Y en cuanto a ti...

—Por favor, yo no tengo la culpa. Maurice me prometió que sólo quería inspirar al equipo para que se esforzaran más.

—¿Inspirarlos? ¡Un poco más de inspiración y me linchan como a un esclavo desobediente! No, se acabó esa retórica blanquista en esta casa. ¿Entendido?

—Como deseas —dijo Desor con tono indiferente.

Agassiz decidió no presionarle para obtener una promesa más firme.

—Bueno, ¿dónde está Cezar?

—Yo qué sé. En su barco, supongo. ¿Tengo que encargarme yo de todo, hasta del itinerario de los salvajes que nos visitan?

—Ése es precisamente tu trabajo.

Desor hizo un gesto de menosprecio, como si su trabajo fuera una mosca (*Musca domestica*) a la que espantar, y se fue.

Agassiz se marchó por el jardín trasero, que descendía hasta su embarcadero privado. Una nube de humo azulado se cernía sobre el *Sie Koe*. Agassiz advirtió que los mosquitos (probablemente *Anophelini maculipennis*) que se arriesgaban a atravesar la neblina caían fulminados sobre la cubierta. Junto al barco sudafricano había anclado otro que llevaba el nombre de *Dolly Peach*. Aunque no había visto nunca la embarcación del capitán Stormfield, estaba convencido de que era el *Dolly Peach*. Puede que el dato revelador fuera el esqueleto de una serpiente de mar (una *Hydrophiidae* anónima) encima de la bitácora: la espina dorsal se bifurcaba y terminaba en dos calaveras.

Una vez a bordo del *Sie Koe*, Agassiz asomó con cautela la cabeza al interior de la cabina.

Cezar y Stormfield estaban sentados en lados opuestos de una mesita, ambos fumando con satisfacción. En la mesa, una partida de damas en progreso. Cada jugador tenía media docena de «damas» en el tablero, algunas de ellas triples. Mientras Agassiz miraba, Stormfield ejecutó un movimiento parecido al recorrido de una rana borracha (*Rana esculenta*), todo para capturar una sola ficha y terminar donde había empezado.

Los ojos de Agassiz recorrieron toda la cabina en busca de la repelente hotentote. Para su tranquilidad, la primitiva forma estaba ausente.

Cezar se percató de la visita.

—¡Ah, Louis, *bienfenido!* ¿Le gustagía unigse a una *pagtida* de damas? *Siempge* hay sitio *paga* un *tegsego*.

—No, no tengo tiempo para juegos. ¿Se ha olvidado de la presa que perseguimos?

—*Clago* que no. *Pego* hasta que *encontgemos otga* pista, ¡estoy *fgancamente pegdido!* De nada *sigfe andag* dando *fueftas* sólo *pog andag*.

—Entiendo entonces que no ha habido nuevos acontecimientos en los últimos días.

—Ninguno.

Desesperanzado por la noticia, Agassiz hizo una alusión forzada al tercer miembro de la patrulla de búsqueda.

—¿A lo mejor su esposa ausente está siguiendo algún rastro en este momento...?

—*Desggasiadamente*, Dottie está tan *pegdida* como yo. No, se ha ido a una *confegensia*. Esa antigua *esclafa* que *pgedica* la *emansipación* de la *mujeg*... ¿cómo se llama...? Ah, *Sojouneg Tguth*, da un *discugso* en el *Howagd* Athenaeum.

—¿Le permite a su mujer asistir a una conferencia de esa criatura antinatural y de lo menos femenina? ¿Está usted loco, hombre? ¿Ha leído las actas de esa Convención de Mujeres que celebraron en Seneca Falls hace unos pocos años? ¡Stanton, Mott, Truth... son todas unas brujas desalmadas! ¿Sabe lo que propugnan? ¡Quieren que las mujeres puedan votar, tener propiedades e incluso ir a la universidad! ¿Cómo puede permitir que su mujer oiga semejantes ideas? Caray, tendrá suerte si no le asesina una noche en la cama.

Cezar sonrió con nostalgia.

—Cuando *famos* a la cama, estamos pensando en *otga* cosa.

Agassiz sintió repugnancia y apartó la vista.

—¡Pues guárdese para usted!

El capitán Stormfield quiso intervenir con diplomacia.

—No sea borrico, profesor. Si Jake quiere dejar a su gallina que le ayude a mandar el gallinero, ¿quién va a decirle que no? Los tiempos cambian y hay que cambiar con ellos. Caray, fíjese en mí. No soy ningún blandengue, he saboreado unos cuantos huracanes, humanos y de los otros, pero mi señora Dolly hace lo que le da la gana. Acuérdesse de aquel pez espada que me quitó para sus propios propósitos. Ah, por cierto, como predije, la pobre criatura expiró de agotamiento. Dolly la tenía más explotada que una de esas chicas de la fábrica de zapatos de Lynn. Pero antes de que pudiera recuperar los restos, ella los había mandado al taxidermista del pueblo, por una especie de impulso sentimental. El resultado está colgado en mi cabina. ¿Le gustaría ver al difunto de todas maneras?

Agassiz habló en un tono perturbado.

—Capitán Stormfield...

—Por favor, Louie, llevamos ya un tiempo considerable siendo amigos. Llámeme Dan'l.

—Muy bien. Daniel...

—«Daniel» no, «Dan'l». Verá, mis padres era tan pobres que no pudieron permitirse las vocales de más cuando llegó el momento de bautizarme.

Agassiz estaba sumamente exasperado.

—¡Su estúpida historia personal no me interesa! Por favor, deje de liarme. Simplemente quiero decirle que no tengo más deseos de adquirir ninguno de sus ejemplares marinos, falsos o no. Caray, cuando fui a examinar aquel petirrojo de mar al día siguiente de que me lo vendiera, sólo encontré un mísero charco viscoso, a pesar de que lo había puesto en hielo.

—Ah, ése es el problema que hay con muchas de las criaturas de Marblehead. No son estables fuera de la región más que unas pocas horas. Raro, ¿verdad?

—Es más que raro, va totalmente en contra de la ciencia.

—Como la vida misma, Louie. Ponga por caso ese chocho cocido que van buscando usted y Jake...

Agassiz se llevó las manos a la cabeza.

—¡Por Dios, Cezar! ¿Le ha contado lo del fetiche? ¿Y nuestra estratagema? Se suponía que era usted un latifundista guayanés, ¿recuerda?

—*Faya*, me había *olfidado* completamente, con la *camagadegía* de la *hiegba felís* y todo eso. Además, pensé que a lo *mejog* Danny *podgía ayudagnos*.

El capitán Stormfield le guiñó un ojo casi cerrado de por sí en señal de discreción.

—Sí, tu fe está bien depositada, Jake. Me llevaré el secreto al armario de Davey Jones antes de dejar que ese sucio alemán o ese polaco pongan las manos en la raja de

tu suegra. Y, mientras eso ocurre, tengo una corazonada acerca de hacia dónde puede estar dirigiéndose T'guzeri.

Agassiz estaba fuera de sí.

—Guárdese sus malditas corazonadas para usted, capitán. No necesitamos su lamentable intuición yanki. Jacob y yo vamos a solucionar este asunto usando nuestra inteligencia europea superior.

Ofendido, el capitán Stormfield se levantó.

—Eso es casi un insulto, Louie. Nosotros, yankis de pelo en pecho, echamos a patadas al viejo rey Jorge por poco más que eso. Yo luché contra ese cabezón, que lo sepa, y no siento más aprecio por los tiranos ahora que el que sentía entonces. Hasta que no reciba una humilde disculpa de su parte, me reservaré mi valiosa información.

—Me es indiferente.

—Eso ya lo veremos. Venga, minino, vámonos. Que nunca digan que no supimos ver cuándo no se nos quería.

El capitán Stormfield se agachó y cogió una correa que se alargaba hasta un rincón en sombras. Tiró de ella.

Del rincón emergió un pez enorme que llevaba un collar y andaba sobre fuertes aletas. Por sus barbillas características, Agassiz lo reconoció como un *Ictalurus nebulosus*, el pez gato americano.

Cuando el pez gato pasó por los tobillos de Agassiz, le silbó con toda claridad.

Agassiz se sentía sin fuerzas. El humo, la conversación, la inutilidad de su búsqueda... todo esto era demasiado para él. Experimentó la necesidad de relajarse en un entorno agradable, preferiblemente con una copa...

—Jacob, si alguien pregunta por mí, estaré en la ostería Culling House. Pero por favor, no mande a nadie a no ser que sea de vital importancia.

—Ja, descuide. Tómese un descanso y *gelájese*.

El Culling House estaba a menos de cuatrocientos metros de la residencia de Agassiz. Junto al extenso edificio castigado por la meteorología se alzaba una pila de conchas bivalvas tan alta como los mástiles de un barco clíper, la acumulación de décadas.

En el interior del rudimentario local, tan diferente a los elegantes mesones de Neufchâtel, Agassiz se sentó entre la bulliciosa multitud de mariscadores de almejas, berberechos y langostas que acudían a la hora de comer y pidió varias docenas de ostras y una pinta de cerveza negra.

Tras otra ronda de lo mismo, empezó a sentirse un poco mejor.

Fue entonces cuando entró Edward Desor.

—Disculpa mi impertinencia, Agass, pero acaba de llegar una carta de ese arrogante amigo tuyo, Lowell. Me he tomado la libertad de abrirla, pues ponía «urgente». Necesita saber qué clase de preparativos tiene que hacer para tu charla en la cena del viernes. Mejor que no sea nada demasiado elaborado, ya que sólo quedan dos días.

—Mmmm, ni siquiera he elegido el tema todavía... Ese pesetero salaz me pidió algo sobre los hábitos de apareamiento de los salvajes, como si yo fuera un reportero por encargo. ¡Pues no lo tendrá! Me ceñiré a la filosofía natural. Veamos, ¿qué organismo no he tocado todavía en mis conferencias...?

La mirada de Agassiz se detuvo en un caparazón que colgaba encima de la barra.

—¡Por supuesto, el noble cangrejo cacerola! Sacaré un excelente partido del hecho de que el *Xiphosura* es autóctono de América. Sin duda eso me congraciara con Lawrence. Muy bien. Necesitaré un caballete para mis diagramas y un atril, claro. ¿Y por qué no traer un espécimen vivo? ¡Las señoras chillarán con gracia, como si cien ratones anduvieran sueltos! Eso valdrá. ¡Desor! ¿Me estas escuchando?

Desor centraba su atención en una camarera pelirroja con un vestido escotado de muselina quien, inclinándose para limpiar una bebida derramada, parecía en peligro inminente de derramar sus propios senos pecosos.

Recobrando el juicio, el ayudante dijo:

—Sí, por supuesto. Cien, ¿verdad?

Sin escuchar mucho tampoco, Agassiz dijo:

—Sí, correcto. Vaya tet... digo... vete ya.

Durante los dos días siguientes, Agassiz preparó la conferencia. Tenía que ser perfecta. Esta fiesta era de suprema importancia para su futuro. No debía dejar nada al azar. En el tiempo que le quedaba libre, añadía una o dos líneas al libro de texto en el que estaba trabajando junto a Augustus A. Gould, *Principios de Zoología*. Iba a ser su primera publicación americana y tenía que causar una buena impresión.

Al amanecer del viernes, no había recibido ninguna información sobre el posible paradero del hechicero, y Agassiz decidió que, al día siguiente, emplearía todo su intelecto para zanjar rápidamente este asunto tedioso.

Cuando el correo de la tarde llegó, trajo una carta de la madre de Agassiz.

*Querido hijo:*

*Me temo que esta misiva no porta buenas noticias. La enfermedad de Cecile se mantiene, en el mejor de los casos, estable. Pasa la mayor parte del día dibujando, lo cual, como bien sabes, siempre le ha distraído y relajado. Te adjunto un retrato familiar que ha terminado recientemente.*

*Los niños están bien. Alex se está convirtiendo deprisa en un verdadero dechado de madurez y a menudo habla, eso me han dicho, del padre que hace tiempo que no ve. ¿Crees posible permitirle algún día, ya que es el mayor, que vaya contigo a América?*

*Con todo mi afecto,*

*Mamá.*

Su hijo. Agassiz casi había olvidado que tenía descendencia... ¿Qué supondría tener a Alex con él? ¿Era el establecimiento de East Boston un buen sitio para criar a

un niño? Desde luego no bajo las maníacas circunstancias actuales. Pero si, como sin duda haría, se trasladaba a Cambridge en relación con su nuevo puesto, entonces reinaría un ambiente más refinado.

Sin embargo, no se puede criar a un niño como es debido en una casa que carece de influencia femenina. Puesto que Cecile no estaba para viajar, iba a tener que buscarse una sustituta adecuada. Una niñera, una institutriz...

Una esposa.

Agassiz se reprendió al instante. ¿En qué estaba pensando? ¿Su mujer ni siquiera estaba muerta todavía y su mente ya estaba especulando con reemplazarla...? ¿Acaso era un monstruo sin sentimientos?

A pesar de eso, no estaba de más prepararse para cualquier posible eventualidad.

En su habitación, Agassiz comenzó a extender su vestuario de etiqueta. Se disponía a cepillar la pelusa de su levita cuando le sobresaltó la aparición de Cezar en la ventana infame en la que se materializó por primera vez, en aquella noche que parecía haber tenido lugar eras geológicas atrás.

—¿Tiene que hacer una costumbre de semejantes entradas tan poco convencionales?

—Ah, disculpe mis toscos modales, *pego* los colonos *fifimos* de *fogma difegente* a ustedes, la *gefinada* alta *bugguesía*. *Cagay*, en las fincas a las *afuegas* de *Siudad* del Cabo se *considega* un gesto *gemilgado* si te detienes en la *puegta* a *sacudigte* la *miegda* de *jigafa* de las botas.

—Estoy seguro de que es muy divertido emular a los salvajes entre los que habita tan alegremente, si no tiene mayores aspiraciones. Bueno, ¿en qué puedo ayudarle?

—Acabo de *oíg* que esta noche *fa* usted a una *juegga pog* todo lo alto. ¿Qué posibilidades tengo *deig* con usted?

—¿Por qué?

—Bueno, *pgimego*, *pogque* puede que igual oiga algo que sea *gelefante paga nuestga* búsqueda. Y segundo, *pogque* estoy de *fisita* en este país y hasta *ahoga* no he *fisto* nada. Pensé que *segía difegtidoaltegnag* con la *flog* y nata *amegicana*.

—Mmmm... Supongo que podría resultar de interés para alguna de las grandes damas más aburridas, tanto como lo haría una raza nueva de perrito faldero. Y el resto del equipo viene, así que es del todo justo. Puesto que es usted mi invitado, tengo cierta reponsabilidad...

De repente, Agassiz recordó algo.

—¿No tendrá intención de traer a su compañera de ébano, verdad?

—Oh, no. A Dottie no se le dan bien estas *fogmalidades*.

—De acuerdo entonces. Pero tendrá usted que comportarse lo mejor que sepa. No puede fallar nada. Y por favor, intente no olvidar la estratagema que acordamos.

—Ja, *cgío capibagas* en las *ogillas* del *Oginoco*.

Agassiz resopló.

—Las personas que va a conocer no son famosas por su apreciación de la ironía.

¿Y puedo sugerirle también que se ponga un traje apropiado? Hable con Pourtales.

—Cómo no.

Tras la marcha de Cezar, alguien llamó a la puerta educadamente. Agassiz dio permiso para entrar con un grito.

La puerta se abrió para mostrar una visión sorprendente.

De pie en el umbral había un indio americano vestido con el atuendo nativo al completo, incluida el hacha sujeta bajo el cinturón de conchas. Su imperturbable rostro de nariz aguileña parecía estar esculpido en mármol rojo.

Agassiz se llevó las manos al pelo instintivamente. Sabía con absoluta certeza que iba a cortarle la cabellera. Trescientos años de venganza frustrada resplandecían en los ojos del Noble Salvaje Rousseauiano. Siempre había sabido que América no era un sitio seguro. Pensar que su propio pellejo pronto estaría colgado como un trofeo en alguna choza humeante...

El indio avanzó con mocasines en los pies. Agassiz intentó retroceder, pero se lo impidió la cama.

Edward Desor emergió por detrás del guerrero indio engamuzado. Bajo su minúsculo bigote, tenía una sonrisa cruel y vengativa.

—Agass, ¿qué te ocurre? No estarás asustado, ¿verdad?

Tratando de recuperar la compostura y el mando de la situación. Agassiz preguntó:

—¿Qué significa esta invasión, Edward?

—Sólo he seguido tus órdenes, Agass. ¿Recuerdas que me mandaste conseguir un guía nativo para nuestra expedición al lago Superior...? Bien, permíteme presentarte al jefe Tortuga Mordedora de la tribu ojibwa. Ha llegado hoy y lo envía un representante de la Compañía de la Bahía de Hudson en Michigan.

El jefe Tortuga Mordedora levantó la mano en silencio, con la palma hacia delante. Agassiz hizo lo mismo algo indeciso.

—¿Habla alguna lengua civilizada?

—No que yo haya podido determinar. Estoy intentando conseguir un intérprete...

—Bien, muy encomiable, Edward. Y ahora que ya nos has presentado, os podéis marchar.

—Hay un pequeño problema. El jefe no tiene dónde quedarse.

—Puede quedarse aquí, por supuesto. Informe a Jane de que ponga un cubierto más en el desayuno.

—¿Y qué hacemos con él mientras estamos todos en la fiesta de esta noche?

—Dios mío, es verdad. No podemos dejarle aquí solo con Jane. Ya conoce la propensión de los indios a violar mujeres blancas... Supongo que tendremos que llevarlo con nosotros.

Y así fue que una insólita cuadrilla de nueve hombres embarcó en el transbordador que partía de la orilla del East Boston a las siete en punto. Agassiz y Cezar encabezaban el séquito, seguidos del murmurador par de primos, Maurice y



Edward Desor. Pourtales, Girard, Burckhardt y Sorel, que habían adoptado al jefe Tortuga Mordedora como uno más de ellos, conformaban la cola.

Una vez en la parte continental, buscaron transporte para ir a casa de Lowell. Desgraciadamente, lo único que había disponible para alquilar era una carreta sin toldo.

Sentado al lado del conductor, con los demás agachados o de pie en la parte de atrás, Agassiz tuvo que soportar los gritos y abucheos de todos los jóvenes pillastres —y unos cuantos adultos— a lo largo del camino.

«¡Es el circo!». «¡Hola, señor Barnum!». «¿Dónde está la mujer barbuda?». «¡Papá, no veo ningún payaso!».

Para cuando llegaron a la residencia de su mecenas en Beacon Hill, Agassiz estaba completamente humillado. Entró a toda prisa para escapar de la muchedumbre que había venido detrás de ellos insultándoles y anunció al mayordomo su nombre y el de los demás. En breve, los nueve fueron conducidos por la mansión hasta que llegaron a la ancha puerta de doble hoja —entonces replegada en los huecos de las paredes— que daba entrada a un espléndido salón de baile.

La enorme estancia de techo alto estaba iluminada con arañas de velas encendidas y apliques de gas ultramodernos. A lo largo de una pared se extendían unas mesas de manteles blancos cargadas de fuentes con toda clase de manjares: cochinillos enteros, redondos de ternera, aves de corral, chuletones de búfalo. Los cucharones de plata sobresalían de los cuencos de cristal rebosantes con ponche de champán. Al fondo de la sala había un escenario provisional que se alzaba alrededor de un palmo sobre el suelo de parqué reluciente. Cerca de un centenar de personas, sin contar a los sirvientes, llenaban la sala, charlando alegremente y riendo, comiendo y bebiendo. Todos los hombres tenían un aspecto fornido y corpulento con sus trajes; las mujeres con sus vestidos, representando todos los colores del arco iris, eran delicadas sílfides.

Agassiz miró a Cezar.

—Bueno, amigo mío, ya ve cómo hacemos las cosas aquí en mi país de adopción. ¡Caray, esta residencia tiene hasta retretes de interior! ¿No está mal, eh?

Cezar no parecía impresionado.

—*Segugo* que también estaban muy contentos en la *cogte* de *Negón*, o en la de *Luís XIV*. *Pego* qué *foy* a *sabeg* yo, sólo soy un paleta de una aldea de *Kaffgagia*.

—Bueno, intente mostrar algo de educación esta noche. Ah, aquí está el anfitrión.

John Amory Lowell venía hacia ellos dando zancadas con decisión. Sus cuellos almidonados se erguían casi hasta las orejas, el nudo de su corbata negra era tan grande como un pomelo y una cadena de oro gorda como una ristra de salchichas trazaba una catenaria sobre su chaleco.

—Ya era hora de que llegara, profesor. Maldita sea, pensaba que le había asaltado una banda de matones irlandeses o algo así. ¿Quiénes son todos estos brutos? No importa, no hace falta que lo sepa. ¿Y un indio? Eso es lo que me gusta de usted, Agassiz, siempre tiene una sorpresa guardada en la maldita manga. Bueno, déjelos

que alternen y se diviertan. Adelante, señores, despliéguense y prueben el papeo. Usted venga conmigo, Louie. Voy a presentarle a alguien.

Lowell cogió a Agassiz del codo y se lo llevó. Se fueron directos hacia un corro de personas apiñadas en torno a lo que aparentaba ser un enano.

Al inspeccionar de más cerca, el enano resultó ser un hombre extremadamente viejo que parecía haber encogido con la edad. Unas pocas hebras de cabellos blancos y finos cruzaban sobre su calva. Se asemejaba a un fardo de ramas envuelto en demasiados trapos negros, como un tipi indio plegado para viajar.

—Abbot —le llamó Lowell—, aquí está Agassiz. El tipo más condenadamente listo que haya conocido, y el hombre al que debe dar ese puesto de Harvard. Louie, éste es Abbot Lawrence.

Agassiz extendió la mano.

—Es un honor conocerle, señor Lawrence. Permítame que le diga que considero que usted y el señor Lowell han hecho más por el progreso de la civilización gracias a sus molinos que ningún otro ente no científico.

La voz de Lawrence era aflautada.

—Gracias, señor. No prescindir del látigo, ése es mi lema. Je, je, je...

Lawrence parecía haber perdido tanto el hilo de sus pensamientos como el interés por Agassiz. Se volvió hacia una atractiva mujer que estaba a su lado y empezó a acariciar el ribete de piel de armiño de sus puños.

—Muy bien, Abbot, que se divierta. Vamos, Louie.

Agassiz no estaba seguro del todo.

—¿Cree que le habré impresionado lo suficiente?

—Es difícil de saber con el viejo Abbot. Esperemos que todo vaya bien. Quizá su conferencia termine de convencerle. Más vale que sea buena.

Lowell le condujo por un remolino de rondas de presentaciones.

—Aquí tiene a una pareja de pensadores trascendentales, Louie. Le presento a Ralph Emerson.

—He disfrutado con sus conferencias, señor Agassiz. ¿Puedo preguntarle a cuánto se cotiza? No deberíamos recortarnos los precios unos a otros...

—Y éste es su amigo, Hank Thoreau.

—¿Aprueba usted el impuesto municipal, señor?

—Vale, muchachos, no le deis la lata a Louie. Dejadle circular.

En una rápida sucesión, Agassiz conoció, entre otros, a Frederic Tudor, el «Rey del Hielo», que quería saber quién le estaba suministrando en su casa; los editores Georges Ticknor y James Field; y el famoso orador y político Daniel Webster.

—¿Qué opina del sitio de Veracruz? —preguntó Webster—. Trescientos proyectiles lanzados contra la ciudad en dos días. Así es la guerra moderna, señor. ¡Los canallas vuelven al paleolítico a cañonazos! ¡Es nuestro destino manifiesto poseer este hemisferio!

Con la cabeza dándole vueltas, Agassiz fue finalmente depositado por su anfitrión

entre un grupo de profesores de Harvard.

—Le dejo que cotorree con sus futuros compañeros de trabajo, Louie. Tengo que seguir con la maldita fiesta. Recuérdeme que le hable después del nuevo sistema de timbres que he ideado para mis fábricas. Los tengo sonando cada quince minutos.

Agassiz ya conocía de antes a la mayoría de los hombres de Harvard y a sus esposas. De su propio campo, vio a Humphreys Storer, Amos Binney y Augustus Gould.

Después de saludar, Agassiz fue requisado por un hombre, Cornelius Conway Felton, el clasicista.

Felton era un hombre grande y seboso, jovial y gritón, de pelo rebelde y anteojos pequeños. Era dado a llevar chalecos de cuadros, pajaritas y chaquetas con ribetes de terciopelo.

—¡Agass! Venga conmigo. Quiero que conozca a alguien.

Hastiado ante la idea de ver otra cara nueva, Agassiz accedió de mala gana.

Sentada en una silla en un rincón estaba la joven más encantadora que Agassiz había visto desde que llegó a América. Su cabello castaño caía en tirabuzones rodeando su rostro con forma de corazón. Sus ojos eran como arroyos espumosos.

—Agass, ésta es la hermana de mi mujer, la señorita Lizzie Cary. Lizzie, el profesor Louis Agassiz.

—Reconocería al estimado Agassiz en cualquier parte, pues he tenido el inmenso placer de atender a todas sus conferencias en Boston.

El acento de Agassiz era muy pronunciado de pronto.

—Ah, si hubiera sabido que una muestra tan preciosa de la obra de Dios estaba entre mi audiencia, habría sido incapaz de decir una sola palabra.

Lizzie dejó escapar una risita nerviosa.

—Oh, señor Agassiz, espero no tener ese efecto en usted esta noche.

—Bueno, tal vez si me fortaleciera con un poco de ponche, podría tartamudear una o dos frases. ¡Por favor, señor! ¡Dos vasos de ponche, vite!

Felton dijo:

—Os dejo solos. Tengo que seguir conversando con Jack Whittier sobre Catulo.

Las siguientes dos horas pasaron como dos minutos para Agassiz. Se quedó embelesado escuchando cada palabra que caía cual rocío de los labios carnosos de Lizzie Cary. ¡Qué chica tan lista y encantadora! Era evidente que sentía gran admiración por él...

Agassiz prestó escasa atención al espectáculo, que consistía en la representación de una obra titulada «Campamento de mineros o lo que una chica hizo por el oro», a cargo de una compañía de actores, seguida de una serie de escenas vivientes *amateurs* interpretadas por los invitados: *Los amantes sorprendidos*, *La hipoteca atrasada*, etc.

—Dígame, querida —seguía Agassiz—, ¿puede una joven de su tierna edad sentirse atraída por un viejo como yo? —cuando le sorprendió la mano de Lowell en

su hombro.

—Hora de ganarse el pan, Louie. Ya tiene el escenario preparado. Aunque no sé para qué necesita tantos malditos cangrejos.

Agassiz no estuvo muy atento a las palabras de Lowell.

—Adiós por el momento, señorita Cary. Espero verla después.

—Descuide, estaré esperándole impaciente.

Lowell acompañó a Agassiz hacia el escenario. Con la mente algo turbada por varios vasos de ponche, Agassiz de pronto detectó el ya familiar olor dulce del kifi flotando en la sala. ¿Qué estaba tramando Cezar?

Al subir solo al escenario, Agassiz fue recibido con una ovación creciente de aplausos. Hizo una reverencia galante al público y se volvió hacia el atril.

Agassiz se quedó paralizado por lo que vio.

Había un recinto desvencijado hecho con malla de gallinero. Dentro, como una escena del Infierno de Dante, se arremolinaban cien cangrejos cacerolas (*Limulus polyphemus*) subiéndose unos encima de otros con movimientos lentos, una masa continua agitándose como un único organismo pululante. La imagen era tan inquietante que Agassiz a punto estuvo de perder el habla.

¡Maldito sea Desor! ¿Había montado esto a propósito, para sabotear la conferencia, o era resultado de su mera incompetencia? Fuera lo que fuera, ¡pagaría por esto con su pellejo!

Ya no había marcha atrás, claro. Mejor fingir que todo iba según lo planeado...

Tomando posición detrás del atril, Agassiz barajó sus apuntes y comenzó a hablar. Sin embargo, antes añadió algo a su texto de manera improvisada.

—Me gustaría dedicar esta conferencia a la encantadora señorita Elizabeth Cary. Y ahora, ¡al tema que nos ocupa!

—Consideren la curiosa criatura comúnmente conocida como cangrejo cacerola, uno de los pequeños milagros de Dios. Inalterado durante incontables milenios, el alegre artrópodo camina feliz a trompicones por toda nuestra costa norteamericana, meneando su graciosa espina.

Agassiz señaló hacia el corral de cangrejos. Alarmado, se dio cuenta de que las juntas de la chapucera jaula estaban cediendo. Parecían las puertas del averno a punto de arrojar a todos sus demonios.

Continuando osadamente, aunque con la voz algo temblorosa, con su discurso, Agassiz percibió un curioso cambio de actitud en su audiencia. Cada vez eran más los que se volvían hacia el final de la sala, como si les atrajera hacia allí algún tipo de espectáculo. El aroma a cáñamo quemado se incrementaba.

Perseverando, Agassiz trató de ignorar las deserciones.

—Ahora usado principalmente como fertilizante, el *Xiphosura* en un tiempo dominó...

De repente, un escalofriante grito de guerra rasgó el aire. Agassiz ya no pudo seguir disimulando.

—He de parar ahora, mientras nos cercioramos de qué está causando este alboroto.

No había nadie prestando atención a Agassiz. Todo el mundo corría hacia el fondo del salón. Agassiz bajó del escenario y avanzó a empujones hacia el frente de la multitud.

El jefe Tortuga Mordedora estaba interpretando una danza espiritual, acompañado por el ritmo de tambor que Cezar tocaba con una tetera prestada. Las pipas de kifi pasaban de mano en mano por todas partes.

Ante la mirada de horror de Agassiz, miembros de la alta sociedad bostoniana, desinhibidos por el potente kifi, se abalanzaron al interior del círculo, uniéndose al baile y al griterío.

Agassiz trató de restaurar el orden en vano.

—Oigan, por favor, somos gente civilizada...

En otra parte, había estallado una disputa. Agassiz se dio la vuelta para mirar.

—¿Que yo le estoy sableando? —gritó Thoreau.

—¡Eso mismo! —respondió Emerson.

—¡Por el amor de Dios, saldemos esto como lo harían los antiguos griegos!

—¡Hecho!

Al momento Emerson y Thoreau se habían desnudado hasta quedarse en paños menores y estaban enzarzados en el abrazo intrincado de la lucha libre. La gente adoptó bandos y empezó a jalear. «¡A por él, Ralph!». «¡Bien hecho, Hank!».

Algo rozó el pie de Agassiz. Miró hacia abajo.

Era un cangrejo. Entonces los vio, esparcidos por toda la sala, como si estuvieran en el suelo del océano. De repente, estaba convencido de que estaba bajo el agua. No podía respirar...

La media hora siguiente pareció una eternidad. Agassiz nunca olvidaría durante el resto de sus días las asombrosas escenas que tuvo que presenciar. La sola imagen de Abbot Lawrence cabalgando a lomos de su acompañante femenina habría sido suficiente para quitarle el sueño. Pero había más. Mucho más.

Buscó en vano a Lizzie Cary, con la esperanza de que ella le sirviera como refugio de cordura. Pero había desaparecido, aunque Agassiz no podía culparla.

Al fin, las perspectivas de orden llegaron de la mano de un escuadrón de la policía de Boston.

Agassiz se acercó corriendo al policía que iba en cabeza.

—Gracias a Dios que han venido...

—¿Y usted quién es? —preguntó el hombre.

—El profesor Agassiz, ¿por qué?

Unas cuantas manos férreas agarraron de pronto a Agassiz.

—Tengo que darle las gracias por haberme ahorrado el tiempo, profesor. Verá, tengo una orden de arresto contra usted.

## COSIENDO UN BOTÓN

Josiah Dogberry roncaba. Como un aserradero de Maine, como un ornitorrinco (*Ornithorhynchus anatinus*) asmático, como un castor de Michigan (*Castor fiber michiganiensis*) soñando en su hibernación con cazadores ojibwas al mando de un enloquecido jefe Tortuga Mordedora, el señor Dogberry carraspeaba y roncaba con violencia, resultando cerca de imposible para Agassiz pegar ojo en toda la noche.

Tampoco su estado mental ni el ambiente físico eran los propicios para el sueño, de todas maneras.

Agassiz se sentó en un rudimentario catre acolchonado con un jergón de hojas de mazorca y cubierto con una tela áspera de rayas. Una manta pestilente —cuyo olor sólo era equiparable al del orinal sin tapa que había en un rincón— estaba arrugada en los pies de la cama. El catre y el colchón ocupaban una mitad de la lúgubre celda sin ventanas. La celda estaba en las profundas entrañas de la Prisión Estatal de Charlestown.

Le habían llevado a la cárcel en un carromato de la policía. Mientras le metían a empujones en la parte de atrás sin ninguna consideración aparente por su estatus, Agassiz había forcejeado y protestado en vano en contra de su arresto.

—¡Amigo mío, debe haber algún error! Yo soy Louis Agassiz, científico y ciudadano suizo...

El oficial que había hecho la detención, al que Agassiz había oído nombrar como sargento Rufus, dijo:

—Ya le he dado las gracias por no ocultar quién era y entregarse de buena gana. ¿Qué más quiere? ¿Un dichoso diploma?

—Pero obviamente usted no comprende...

—Espere un momento, figura. Usted es el que no comprende los hechos. Traigo un mandato judicial firmado por el propio gobernador para arrestarle, y su palabra es la ley en este estado. Ahora no está usted en su preciosa tierra de Guillermo Tell, así que métase en el furgón.

—Pero la inmunidad diplomática...

El sargento Rufus extendió la palma de la mano hacia uno de sus ayudantes.

—Griswold, pásame los grilletes...

Para evitarse mayores humillaciones, Agassiz trepó al carromato, seguido del sargento Rufus, que portaba un farolillo. Luego las puertas se cerraron de golpe y las atrancaron por fuera.

Cuando dejaban la mansión de Lowell, Agassiz pudo oír levemente los sonidos estridentes de la fiesta disparatada, que parecía estar alcanzando una especie de

*crescendo* del que sólo podía hacerse una idea. Se enfadó porque ninguno de sus compañeros había acudido en su ayuda. Cierto era que el arresto había ocurrido cuando estaba al borde del fracaso, y era posible que nadie se hubiera dado cuenta, pues los otros espectáculos reclamaban mayor atención. Aun así, su deslealtad era imperdonable.

Mientras el carromato seguía rodando, Agassiz preguntó al sargento Rufus:

—¿Por qué no cumplió su deber como defensor de la moral pública arrestando a todo el que estaba en esa velada libertina? Sin duda eran culpables de perturbar la paz, por no mencionar diversos tipos de depravaciones extremadamente vulgares.

El sargento Rufus se rascó la cabeza.

—He de confesarlo, nunca había visto una juerga parecida, y eso que me han llamado para echar una mano en un número considerable de líos por todo el Tontine Crescent. De cualquier modo, ¿por qué estaba todo lleno de cangrejos? ¿Es que había una carrera?

—Esos cangrejos eran parte de mi conferencia.

El sargento Rufus no pareció oírlo, pues estaba perplejo por los recuerdos del *Xiphosura* rampante.

—No es que no haya visto animales en otras fiestas. Lo de aquel burro con la actriz... pero eso no viene al caso. Aun así los cangrejos no parecen ofrecer muchas perspectivas de diversión...

—¡Olvídese de los cangrejos! ¿Por qué no arrestó a Lowell y a Lawrence?

El sargento Rufus miró a Agassiz como si estuviera loco.

—¿Arrestar a dos de los hombres más ricos del estado, sólo por desahogarse un poco en privado? ¿Acaso me toma por un puñetero chiflado? ¡Sería como poner la cabeza en las vías delante del expreso de Nueva York! No, yo no me meto con los Socios, y le aconsejo que usted tampoco lo haga.

Y con ese sabio consejo, el sargento Rufus se acomodó en su asiento en silencio para el resto del viaje.

Cuando pararon por fin y Agassiz salió del carromato, comprendió la gravedad de su situación.

Frente a él emergían en la noche los muros de granito de la Prisión Estatal de Charlestown.

La parte central octogonal estaba flanqueada por varias alas rectangulares, cuyas ventanas de rejas recordaban a los ojos vacíos del gigantesco casco flotante de *El castillo de Otranto* de Walpole. Una verja de hierro forjado de dos metros de altura rodeaba el complejo diseñado por Bullfinch. (Qué ironía, pasar tan precipitadamente de la residencia de Lowell obra de Bullfinch, a esta creación en el extremo opuesto de la paleta del arquitecto). Los campos cultivados por los prisioneros se extendían a tres lados.

Temblando en la noche de junio, Agassiz sabía que si entraba en la prisión no saldría nunca. Ni siquiera estaba seguro de que alguien supiera que estaba allí. Y

fuera cual fuera el error burocrático que había causado su arresto, permanecería en vigencia durante décadas, mientras él se marchitaba en una vejez prematura. ¡Sólo tenía cuarenta años, por el amor de Dios! Era demasiado joven para que le emparedaran de esta manera, tenía tanto por hacer todavía, tantos honores por cosechar...

Agassiz echó a correr hacia la libertad. Se fue al suelo con el placaje aéreo del sargento Rufus y acabó con la boca llena de tierra.

—Vamos, profesor, es inútil.

Dentro, Agassiz fue puesto bajo la custodia de un carcelero que guardaba una semejanza asombrosa con alguna especie de los grandes antropoideos, tal vez el *Gorilla gorilla*. El verdugo de porra en mano condujo a Agassiz a través de un laberinto de pasillos y antorchas hasta que por fin llegaron a una celda de oscuridad estigia. El guardia abrió la puerta, metió a Agassiz a empujones y cerró con un portazo.

La luz que se filtraba por la mirilla dejó ver a Agassiz una forma recostada. El cuerpo se movió, y se presentó.

—Josiah Dogberry, señor. ¿Y usted?

Agassiz estaba estupefacto y no contestaba, Dogberry dijo:

—¿Cuesta un poco acostumbrarse, verdad? Bueno, buenas noches, hasta mañana. Acto seguido volvió a dormirse, con el mencionado acompañamiento nasofaríngeo.

Incontables horas después, Agassiz seguía paralizado. Las húmedas y viscosas paredes de piedra de la celda parecían estrecharse sobre él. Intentó reaccionar. ¿Cuál era esa novela barata que había leído en el barco a América? Ah, sí, *El conde de Montecristo*... ¿Cómo había escapado el protagonista de aquel romance? ¿Cavó un túnel con una cuchara, no? Agassiz hizo inventario de sus efectos personales: un lápiz (de la fábrica de la familia Thoreau), los apuntes de la conferencia que había agarrado al vuelo, unas monedas, un reloj de bolsillo y un pañuelo con olor a melaza.

El plan estaba claro: escribiría una nota de despedida, sobornaría al carcelero para que la entregara, esperaría a las campanadas de medianoche y se daría garrote con el pañuelo.

La celda se quedó en silencio de repente. Dogberry había dejado de roncar. Agassiz se preparó para conocer y tratar al delincuente habitual que compartía su encarcelación.

Dogberry se desperezó y bostezó. Incorporándose, levantó la cara hacia la luz. Era una cara visiblemente afable y juvenil, todo lo contrario de lo que se esperaba Agassiz.

—Ah, qué bien he dormido. ¡Nada como un buen descanso para arreglarte con el mundo! ¿Y usted, ha dormido bien?

Algo más tranquilo por la conducta civilizada de Dogberry, Agassiz contestó:

—No demasiado bien, me temo. Me llamo Agassiz, por cierto. Louis.

—Bueno, Lou, enseguida vendrán con las gachas de la mañana. Y con algo de



suerte, no tendrán demasiados gorgojos.

Aunque temía que fuera una ofensa contra el decoro penal, Agassiz no pudo contenerse y preguntó:

—Dígame, ¿cuál fue su delito, señor Dogberry?

—Es simple, estoy en chirona por ofender a un crítico de arte.

—No sabía que eso era una infracción penada.

—Ni yo. Pero cuando el dinero llama a la puerta, el arte escapa por la ventana.

—Me temo que no entiendo...

—Por favor, lea mi tarjeta.

Dogberry le entregó una cartulina a Agassiz.

*DON JOSIAH DOGBERRY*  
*ARTISTA ITINERANTE*  
*SE HACEN RETRATOS CON ELEGANCIA Y DILIGENCIA*  
*PERFILES ... 10 cts*  
*ROSTRO COMPLETO... 25 cts*  
*TORSO HASTA LA CINTURA...*  
*75 cts*  
*HASTA LOS PIES... 1 DÓLAR*  
*(MANOS APARTE).*

Encima del texto había una muestra del arte retratista de Dogberry. Los trazos gruesos del boceto parecían representar un enano hidrocefálico jorobado.

—Ya veo —respondió Agassiz, devolviéndole la tarjeta—. ¿Hubo alguna discusión por sus tarifas...?

Dogberry suspiró.

—Yo diría que sí. Sudé sangre para dibujar a toda la familia Pickens y no quedaron precisamente satisfechos. El padre alegaba que su hijo pequeño parecía un cerdo. Quería que le devolviera el dinero, sí. Desgraciadamente, ya me lo había gastado todo en las viles necesidades de la vida, a saber, un pastel de riñones, una partida de bolos y una noche de alojamiento. Así que aquí estoy.

—¿Dónde se formó usted, si me permite preguntárselo?

—Completamente autodidacta, señor, y orgulloso de ello. Comencé mi vida como un humilde chico de granja sin zapatos. En mis ratos libres, dibujaba al ganado con carboncillo en cualquier tabla que tuviera a mano. Cuando llegó la hora de ganarme la vida, recurrí de forma natural al arte pictórico.

—Tal vez hubiera sido mejor para usted haberse quedado en la granja...

—No podía, Lou. Yo era el pequeño de dieciséis chicos, y para cuando crecí, mis hermanos ya se habían dividido la tierra. ¡Y sólo había dos acres para repartir! Tampoco es que les haya ido muy bien a ellos. Recuerdo un día que Joshua, el mayor, le dijo a Jeremiah, que es el cojo: «Ve a buscar a Jeb, Jason, Jethro, Jim, John, Jan,

Jurgen, Jed, Jabez, Jahath, Job y Julius; tenemos que hablar de volver a juntar el patrimonio». Pues bien, señor, para cuando Jeremiah terminó de reunir a todos —y encima con esa cojera— ¡el precio del maíz había caído otro penique por fanega! Se lo aseguro, son tiempos difíciles para los granjeros de Nueva Inglaterra. Es por todo ese cultivo barato del oeste, que llega por los canales y las líneas férreas, eso es lo que nos está hundiendo. ¡Maldito el día que se les ocurrió hacer el canal Erie!

—Pero el progreso...

—El progreso para unos es siempre el retroceso para otros, Lou. Hágame caso.

Meditando este nuevo parecer, Agassiz se sobresaltó con el sonido de una llave en la puerta de la celda.

La puerta se abrió para dejar ver al carcelero que había guiado a Agassiz la noche anterior. Pero en lugar de traer el desayuno, pronunció estas palabras escalofrantes:

—Tú, el nuevo, ven conmigo.

—Hágales pasar un infierno por todos nosotros, Lou.

Con las rodillas como un flan, Agassiz precedía al guardia de la porra. Atravesaron una maraña de pasillos de celdas, de cuyas puertas salían diferentes gemidos y lamentos, antes de descender un nivel. El sótano parecía poco usado: las telas de araña adornaban las paredes llenas de salitre; las ratas correteaban por delante de ellos con movimientos curiosamente inteligentes; una pila de cajas estaba marcada con la leyenda RELIQUIAS DE LOS JUICIOS DE SALEM...

Llegaron a una puerta de la que salía luz por debajo.

—Entra ahí —gruñó el guardia.

Agassiz puso la mano en el picaporte de la puerta. Estaba temblando con tal violencia que transmitió las vibraciones a la puerta que colgaba algo suelta del marco, cubriéndose los zapatos de polvo. Pero al final consiguió abrir el Portal del Destino, tras lo cual una visión incomprensible se presentó ante sus ojos.

Un rumor apenas perceptible, fácil de ignorar, podía sentirse emanando de alguna parte. En el suelo de la amplia habitación había una lujosa alfombra oriental. Los tapices ocultaban las paredes. Centrada en medio de la alfombra había una larga mesa de roble cubierta con un paño de damasco. En el centro de la mesa había un candelabro de seis brazos de diseño antiguo que irradiaba una luz suave. Dos servicios de platos y cubiertos estaban dispuestos uno en cada extremo de la mesa, frente a dos sillas de respaldo alto. Los olores de huevos, jamón, tostadas y café emanaban de distintos recipientes.

Sentado en un extremo de la mesa había un hombre. Llevaba unas botas altas relucientes y un uniforme de oficial prusiano, todo lleno de botones dorados, galones y divisas. De su ceñidor pendía un estoque desenvainado. La cara del hombre era tan angulosa y arisca como las rocas de la cantera de Cuckfield de las que Mantell había arrancado sus fósiles. Tenía un ojo tapado con un parche negro decorado con la cruz gamada de los antiguos arios, el símbolo primitivo del sol cosido en blanco.

—Herr profesor —dijo el hombre, con una voz que recordaba al movimiento de

la cobra reina (*Ophiophagus hanna*)—, ¿le gustaría desayunar conmigo?

Hipnotizado, Agassiz tomó el asiento ofrecido.

—Por favor, sírvase usted mismo.

Después de echarse unas cucharadas de comida inadvertida en el plato y meterse un trozo enorme en la garganta, Agassiz recuperó el habla.

—¿Su... su nombre, señor?

—Tiene usted el modesto privilegio, *herr* profesor, de dirigirse a un humilde representante del rey de Prusia. Me llamo Hans Bopp, leal servidor de Su Majestad Federico Guillermo IV.

Agassiz sintió que una ola de miedo le inundaba. Éste era entonces el segundo hombre del que Cezar le había advertido, el infame jefe de la policía secreta prusiana.

—Tenemos un asunto que tratar —dijo Bopp—. Pero esperemos a haber degustado esta novedosa cocina americana. Es mi primera visita al Nuevo Mundo y tengo toda la intención de disfrutarla. Vamos, coma.

Las palabras y el tono de Bopp no admitían desacuerdo. Agassiz masticaba y tragaba resueltamente, aunque sin saborear ni un solo bocado. Mientras tanto, Bopp hablaba animado de temas sin trascendencia: la poesía de Eichendorff, la música de Mozart (en particular el simbolismo masónico escondido en *La flauta mágica*), y los paisajes de Caspar David Friedrich... Como cabía esperar, Agassiz estaba un poco más relajado gracias a la conversación civilizada y de hecho empezaba a disfrutar del café cuando Bopp dijo sin preámbulos:

—¿Sabrá usted que sigue al servicio del rey Federico, verdad, *herr* profesor?

Agassiz se atragantó con el café. Recuperándose, dijo:

—¿Pero cómo puede ser? La beca era para dos años, y se cumplieron en marzo. He gastado todo el dinero, pero puedo justificarlo al detalle...

Bopp metió la mano en el abrigo y sacó unos papeles. Agassiz reconoció con desazón el acuerdo que Humboldt le había enviado para que él firmara. ¡Maldita avaricia suya! Pero había necesitado esos tres mil dólares para venir a América...

—¿Me permite leerle la sección cuatro, párrafo dieciséis, cláusula nueve? «El abajo firmante se compromete a ofrecer a la Corona prioridad absoluta para la contratación de sus servicios durante un periodo no superior a dos décadas tras el vencimiento de este contrato. En caso del fallecimiento del monarca reinante (Dios le salve), la prioridad deberá pasar a su sucesor».

Agassiz profirió una risa débil.

—Seguramente esa cláusula no sea más que una de esas manifestaciones antiguas del *droit de seigneur*, que en la práctica no se acatan...

Mientras doblaba las hojas y las volvía a guardar en el abrigo, Bopp dijo:

—Me temo que no, *herr* profesor. En realidad se trata de un concepto moderno y bastante legal. De hecho, fue esta misma cláusula la que utilicé, junto a mi estatus como embajador, para convencer al gobernador de que ordenara su arresto. Pero no quiero invocar los tribunales de justicia en nuestra conversación todavía, ni el

desagrado del Rey, el cual, como su representante debidamente nombrado que soy, estaría obligado a expresar. No, pretendo apelar a su sentido del honor y a nuestra herencia común.

El único Caballero Teutónico superviviente se levantó, con el tintineo de su espada en la silla, y procedió a desfilar con marcialidad de un lado a otro de la habitación mientras hablaba.

—Verá, *herr* profesor, voy a hablarle como compañero miembro de la raza aria. Es verdad, usted no es exactamente un miembro de las tribus germánicas, pero como suizo de pura sangre, representa la rama más cercana de nuestra noble familia. ¿Conoce usted al conde de Gobineau, el francés? ¿No? Ah, una pena. Está inmerso en la redacción de una obra monumental que piensa llamar *La desigualdad de las razas humanas*. Creo que usted lo encontraría fascinante. Detalla el génesis de los arios en la meseta indoeuropea, sus migraciones y el lugar que les corresponde como señores y soberanos sobre todas las otras ramas degeneradas de la humanidad.

»Pero este destino, aunque en el fondo es inevitable, está sujeto, como lo está todo esquema temporal, a contratiempos e impedimentos. A pesar de que el glorioso reinado de los hijos de Ahura Mazda llegará tarde o temprano, puede retrasarse. Las razas menores, usted ya lo sabe, son astutas en un sentido primitivo. Pueden interponer obstáculos a nuestro éxito. Aunque sólo sea porque nos superan en número drásticamente.

»¡Por Wotan, es increíble lo fecundos que son! Nosotros los nortños, con nuestra concentración en temas del intelecto y del espíritu, difícilmente podemos igualar a la escoria tropical en temas de procreación. ¡Es repugnante cómo se reproducen, como gusanos en la inmundicia! E igual que se aplasta sin reparo a un mosquito que incordia, ¡así han de someterse las razas inferiores bajo el dominio sabio y paternal de la eficiencia germana y ser rápidamente exterminadas!

Bopp hizo una pausa y Agassiz intentó hallar una respuesta diplomática. Despacio, comenzó.

—Aunque estoy de acuerdo con usted en cuanto a la superioridad innata de la raza blanca, no comparto del todo sus planes agresivos para la dominación del mundo. Sin duda el rumbo más sensato y menos costoso a seguir es mantener una estricta política de segregación. Dejemos a los oscuros de piel encerrados en su porción del globo, mientras nosotros nos quedamos en la nuestra. Por ejemplo, podríamos empezar por mandar de vuelta a África a todos los negros norteamericanos.

Bopp explotó.

—¿Y que se queden con la incalculable riqueza sin explotar de ese continente? ¿Y qué me dice de la posibilidad de que roben suficientes armas como para representar una amenaza militar? No, esa no es la solución, *herr* profesor. Es una lucha a muerte, créame. Y aunque está garantizado que las fuerzas arias triunfarán al final, inaugurando un reinado de mil años, el precio de la victoria puede ser alto o bajo,

dependiendo de lo que hagamos hoy.

»Verá, si bien la capacidad científica y militar germana lidera el mundo, está siempre en la cumbre y sigue ascendiendo —considere, si quiere, los milagros de las fábricas de municiones Krupp, los valiosos logros de científicos como el barón Liebig, e incluso los descubrimientos algo más esotéricos de hombres como usted— existe otro aspecto de nuestra cultura que en los últimos tiempos hemos tenido abandonado.

»Estoy hablando del lado religioso, la esfera oculta.

»Desde la Ilustración, el hombre ario ha tenido tendencia a menospreciar lo que no se puede medir o pesar. Al apartarse de los elementos espirituales de su naturaleza, de la luz interior del Valhalla que guía todas sus acciones, ha talado el árbol de Yggdrasil. Mire el triste estado de mi propia orden, primero reducida a políticos usurpadores de tierras, luego a meros criados, dando la espalda a todo el conocimiento secreto que trajimos de Jerusalén.

»Reconozco una cosa de los salvajes: sean cuales sean los rasgos de la civilización que imiten, se mantienen sabiamente fieles a sus religiones. Sus dioses y rituales ancestrales siguen alimentando sus actividades diarias y su voluntad de sobrevivir.

»Es este vigor espiritual pagano el que pretendo restaurar en los pueblos germánicos. ¡Y empezaré por hacer uso del fetiche de la Venus Hotentote!

Agassiz reprimió una blasfemia. ¡Esas deplorables partes pudendas! ¿Por qué tuvo que conservarlas Cuvier? ¿Iban a atormentarle el resto de su vida...?

Agassiz trató de disuadir a este Paracelso prusiano de sus planes.

—¿Pero no pretenderá en serio contaminarse con las magias de los negros, *herr* Bopp?

—¿Por qué no? ¿Qué puede haber más irónicamente apropiado que volver las propias armas del salvaje contra él mismo? La magia, mi querido profesor, no es ninguna mancha étnica. Estoy perfectamente tranquilo con cualquier cosa que logre mis fines, ya sea el chamanismo del piel roja o el taoísmo del amarillo.

El único ojo de Bopp comenzó a brillar. Se acercó a Agassiz.

—Tengo una visión del pueblo germano reinspirado con un millar de sectas y cultos. La Orden Rosacruz ya no ofrecerá la única alternativa para los que buscan la verdad cósmica. No, habrá un centenar de órdenes. La Mystica Aeterna, la Stella Matutina, el Ordo Templi Orientis, la Liga del Martillo, la Sociedad Thule, la Logia Fraternitas Saturni... ¡Los Antiguos volverán! ¡Que no está muerto lo que yace eternamente! ¡No duerme, sólo sueña!

El trance profético de Bopp se fue tan rápido como llegó, dejando al Caballero Teutónico visiblemente enervado. Apoyó una mano en el respaldo de la silla de Agassiz y se desplomó. Con un esfuerzo, se enderezó.

—Es su deber, *herr* profesor, tanto por contrato como en representación de la raza aria, ayudarme a obtener el fetiche. Doy por hecho que contactará conmigo al primer

avistamiento certero del hechicero.

—¿Y si decidiera no hacerlo?

Bopp sonrió con maldad.

—Permítame que le muestre algo.

Bopp se acercó a uno de los tapices y lo levantó revelando una puerta. Le hizo un gesto a Agassiz para que la abriera y entrara.

La estancia con olor a humedad estaba dominada por un rumor que surgía de una rueda hidráulica de gran tamaño cuyo eje sobresalía de una pared. Un arroyo subterráneo entraba por un lateral de la estancia a través de un canal de piedra y salía por el otro lado.

Había dos hombres atados a las palas de la rueda hidráulica. Con sobresalto, Agassiz los reconoció como los dos franceses que le habían visitado hacía uno o dos días: Hoene-Wronski y Levi. Con cada revolución de la rueda, alternadamente se zambullían en el agua y emergían tosiendo y escupiendo, con apenas el tiempo suficiente de coger aliento para el siguiente chapuzón.

—Dos penosos supuestos jugadores de esta gran partida —dijo Bopp con sarcasmo—. Les cogí preguntando por el fetiche. Oh, no se alarme. No pretendo matarlos, sólo darles una pequeña lección antes de enviarlos de vuelta a París. Si le echara el guante a ese condenado Kosziusko, sin embargo, ¡otro gallo cantarí! Pero basta de diversión, vámonos.

Fuera de la sala de tortura, Bopp dijo:

—¿Hace falta que le aclare la aplicación de lo que ha visto a su propio caso, *herr* profesor? Imaginaba que no. Muy bien, entonces, es usted libre de marcharse. Fuera le espera un guardia para llevarle hasta las puertas de la prisión.

Con una mano en el picaporte de la puerta, Agassiz se detuvo en seco ante el último comentario de Bopp.

—Si todavía duda, profesor, permítame asegurarle que el futuro de los subhumanos y de todos sus aliados puede representarse muy bien con una cara aplastada por una bota... ¡para siempre!

Agassiz se encontró en la planta baja de la prisión sin ser consciente de haber hecho el ascenso. Los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas le habían exprimido el cerebro.

La luz del sol que manaba a través de las ventanas sin rejas de una antesala comenzaba a restituirle un poco. Mientras los funcionarios se afanaban en el papeleo relacionado con su puesta en libertad, Agassiz intentó convencerse de que todo el intervalo no había sido más que una horrible pesadilla. Sin duda los asuntos del mundo no estaban en manos de semejantes locos... Trajeron otro prisionero a la sala. Era Dogberry.

—Me alegra ver que has superado lo que sea que hayas superado, Lou, aunque tu cara parece un puerro de los que solíamos escaldar en la granja. De todas maneras, no te has perdido un gran desayuno. Llegué a contar quince gorgojos muertos en las

gachas, además de unas cuantas alas y antenas sueltas.

Agradecido de ver una cara amable y familiar, aunque sólo lo conociera de una noche, Agassiz dijo:

—¿Acaso van a liberarle también hoy, Josiah?

—Eso parece, Lou. En cuanto a qué haré cuando salga de aquí, no sabría decirle. Supongo que me iré a desempeñar mi trabajo a una ciudad menos cosmopolita, donde la gente no sea tan aficionada a ese moderno realismo de los daguerrotipos...

El desafortunado artista tenía algo, desde luego no su minúsculo talento, que a Agassiz le recordaba a Dinkel, su fiel dibujante durante veinte años que había decidido quedarse en Europa. Casi sin pensarlo, Agassiz dijo:

—Josiah, ¿le gustaría trabajar dibujando para mí? Los temas serían animales en la naturaleza, lo cual podría ir más en su línea.

Dogberry se sacudió los pantalones, levantando una columna de polvo.

—¡Me encantaría! ¡Caray, Lou, usted es la clase de mecenas que Rembrandt tuvo con los Medicis!

—Creo que se refiere usted a Miguel Ángel, Josiah.

—Qué más da un español que otro.

Pronto, dos hombres libres salían a las calles de Charlestown. El simple acto de respirar nunca había llenado a Agassiz de tanta alegría como lo estaba haciendo entonces. Juró no olvidar nunca las sensaciones de ese momento...

A pesar de la noche de insomnio y de la inquietante entrevista, Agassiz disfrutó del paseo por la Charlestown de las primeras horas de la mañana. A bordo de un transbordador con dirección al East Boston, a menudo dejaba escapar una sonrisa estúpida.

Sabía que si lo consideraba objetivamente, su vida era un desastre. Por un lado, estaba obligado a hacer de anfitrión para un colono pro mestizaje y su novia bosquimana, por no mencionar un jefe ojibwa danzante. Estaba bajo la vigilancia simultánea de un autócrata y un anarquista. Su mujer estaba a las puertas de la muerte y el fiasco de la noche pasada seguramente había eliminado toda posibilidad de hacerse con el profesorado de Harvard.

Por otro lado, no estaba atado al aparato motriz de un molino.

Abriendo la puerta de su casa, Agassiz gritó:

—¡Pourtales, Burckhardt, Desor, hola! ¡Vuestro jefe ha vuelto sano y salvo!

Jane asomó la cabeza desde el interior de la despensa.

—¡Calle, profesor! Están todos durmiendo. Han llegado a casa hace sólo una hora o dos...

—¡Malditos vagos! ¿Y supongo que nadie estaba preocupado por mí...?

Jane parecía dolida.

—El señor Desor contó que le vio a usted subir a un carruaje lleno de busconas y de borrachos. Dijo que llevaba usted una mujerzuela a cada lado y otra en su regazo.

Agassiz notó cómo le palpitaba una vena en la sien. Intentó reprimir la ira.

—No hice tal grosería. ¡He pasado la noche en prisión y esta mañana he escapado de milagro de una horrible sesión de tortura!

Jane dio un grito sofocado y se arrojó a los brazos de Agassiz.

—¡Oh, Louis, estoy a punto de desmayarme sólo de pensarlo! ¡Pobrecito mío!

Agassiz sorprendió a Dogberry mirando con demasiado interés.

—Ejem, gracias por preocuparse, señorita Puton. Ah, permítame presentarle al señor Josiah Dogberry, un nuevo miembro del equipo. Creo que al señor Dogberry le vendría bien algo de desayunar.

—¡Ya le digo! Una docena de tortitas y una o dos lonchas de panceta me sentarían muy bien. Pero sin muchos insectos.

Agassiz dejó a la sirvienta atendiendo las necesidades de Dogberry y se retiró a su despacho. Se refrescó por medio de un cántaro y una palangana, luego se echó una pequeña siesta en el sofá de cuero.

La llegada del correo de la mañana sirvió a Jane como motivo para despertarle. Habiéndole informado con picardía de que el resto del personal seguía en la cama, incluido el señor Dogberry, Jane esperó pacientemente a que Agassiz leyera el correo.

Agassiz seleccionó tres cartas para su lectura inmediata. La primera llevaba el remite del enano y sin embargo poderoso Abbot Lawrence.

Esforzándose por mantener ese espíritu de al diablo con todo que había sentido antes —había otras muchas universidades que le querrían, Yale por ejemplo— Agassiz rajó el sobre.

*Querido profesor Agassiz:*

*No me divertía tanto como anoche desde hace no sé cuánto tiempo. Probablemente desde que Ben Franklin y yo salíamos de parranda en Filadelfia allá en el 88. ¡Maldita mosca! ¡Martha! ¿Por dónde iba? Ah, sí. Puede contar con mi apoyo de todo corazón para su candidatura a la nueva cátedra que voy a otorgar. ¿No es maravillosa la disparidad de la anatomía femenina...?*

*Atentamente,*

*A. L.*

Agassiz se percató de que se había encorvado hacia delante en tensión mientras leía. Entonces se dejó caer sobre la silla agradecido. La vida le sonreía. Estaba destinado al éxito. Todos sus problemas desaparecerían pronto. (¿Pero qué le habría contado —o enseñado— Cezar al millonario de su compañera africana?).

La segunda carta era de Hosey Clay.

*Sinvergüenza ruin:*

*Como bien sabe, señor, me preparaba para cortar otra prueba más de su esclavo al que no reclaman, cuando el bruto cogió un atizador, me arreó en la cabeza y se*



escapó. He estado conbaleciente estos últimos días, si no habría usted recibido antes mi comunicado acerca de este asunto bergonzoso. Esté seguro de que mi abogado se pondrá en contacto con usted muy pronto, en cuanto contrate a uno. Los daños y perjuicios serán tremendos.

Con resentimiento,  
Hosea Clay

Otro problema menos. ¿Se atrevería a probar tres de tres...?

Querido Louis:

Por favor, disculpa el trato familiar. Espero que no lo consideres impropio de una señorita. Pero siento que te conozco muy bien después de nuestro «tête-a-tête» de anoche. Tus ideas filosóficas han removido las entrañas de mi alma de mujer. Estoy deseando compartir muchas más confidencias íntimas contigo.

Con profundo cariño, tu buena amiga,  
Lizzie Carey

Agassiz sintió una cálida satisfacción en sus partes bajas. Los recuerdos de la delicada Lizzie despertaron sus instintos genéticos.

—Jane, ¿te importaría? He tenido un día tan duro...

—¡Oh, no, señor! Puedo practicar eso nuevo que le hice la otra noche.

Arrodillándose delante de él, Jane comenzó a desabrocharle los pantalones.

En ese momento la puerta del despacho se abrió de golpe.

Encuadrado en la puerta estaba Jacob Cezar.

—¡Dios mío, Louie, *ggasias* a Dios que está a *solfo*! No sabíamos qué le habí...

Cezar se dio cuenta de lo que estaba interrumpiendo.

—Oh, perdón, no sabía...

Era demasiado tarde para que el intruso echara marcha atrás, de todas maneras. El ruido había atraído al resto del personal. Al frente de la tropa destacaban Edward Desor y Dottie.

Desor dijo con aire de suficiencia:

—Vaya, ¿éste es el ejemplo que das a tus empleados, Agass?

Jane buscó una coartada.

—No, señor, usted no lo entiende. Yo sólo, es decir, ¡sólo estaba cosiendo un botón en los pantalones del señor!

—¿Un botón? ¿Dónde está entonces? ¿Y qué estaba usando como hilo y aguja? ¿Tal vez se los ha tragado? Y debe haber sido un botón de más, pues no veo que falte ninguno.

—Oh, yo... —Jane se tapó la cara y rompió a llorar.

Dottie fue corriendo al lado de la chica y le ayudó a levantarse. La rodeó con el

brazo y la acompañó cruzando entre la multitud avergonzada.

Agassiz fue a levantarse, se dio cuenta de que no se atrevía a moverse con la abertura desabrochada y decidió juntar las manos recatadamente sobre el ofensivo lugar mientras decía:

—Edward, no estás viendo el verdadero significado de esta escena inocente.

—Por favor, no insultes mi inteligencia, Agass. Si la cuestión fuera algo más obvia, podría haber sido una de las litografías de Sonrel para Fanny Hill. No obstante, puedes contar con mi lealtad y discreción, mientras las merezcas. Te dejo ahora que te recompongas.

En un momento, sólo quedaba Cezar con Agassiz.

—Bueno —dijo el sudafricano—, en mi país...

—¡Oh, váyase al diablo usted y su puñetero país!

—No está bien *desigle* eso a quien le ha conseguido su *nuefo tgabajo* en *Hagvagd*.

—¿Y cómo ha hecho eso exactamente? —preguntó Agassiz. Cezar abrió la boca para hablar, pero Agassiz levantó una mano para interrumpirle.

—Pensándolo bien, guárdese para usted.

Cezar sonrió.

—Y *paga* Dottie.

## UNA HISTORIA DE PECES

El delicado calibrador parecía un mondadientes en las úrsidas zarpas de Jacob Cezar. Las pinzas del instrumento de medida desaparecían bajo los rizos lanudos de la mollera de Dottie Cezar. Masticando un palo de sauce para limpiarse los dientes e ingiriendo a grandes sorbos alguna bebida nativa en una cáscara de huevo de avestruz que había traído de casa, la hotentote se sometía pacientemente al examen. Para pasar el rato leía *Nana* de Balzac en el francés original, soltando alguna risita de vez en cuando.

Cezar decía en alto las mediciones, gritando igual que un barquero del Mississippi de Mark Twain sondando las profundidades.

—*Tges con seis, sinco con nuefe, dies con dose...*

Agassiz, sentado en su mesa de trabajo, representaba las cifras en un gráfico complejo, a la vez que las registraba en varias filas y columnas. Por fin, levantó la mano en señal de que ya tenía suficientes datos.

—Ahí está —dijo el científico— justo lo que sospechaba. Hablando en términos craneométricos y frenológicos, su compañera hotentote no posee el suficiente desarrollo cerebral para ser clasificada como ser sensible. Al igual que el resto de su raza, su desarrollo mental es más próximo al del chimpancé.

—¿Qué demonios está *fagfullando*?

Agassiz se irritó.

—Mire, hombre, está todo aquí escrito, matemáticamente indiscutible. ¡Caray, tiene el Bulto de la Sagacidad prácticamente cóncavo! Por no mencionar la distorsión a lo largo del Nódulo de Razonamiento y la hipertrofia de la Curva de la Concupiscencia. Y el volumen total de su sesera es claramente deficiente. Si Sam Morton se hiciera con su cráneo preparado, apuesto a que podría llenarlo con sólo unas pocas onzas de perdigones.

Cezar lanzó el calibrador por los aires indignado. Uno de los brazos puntiagudos se incrustó en el cuadro del lugar natal de Agassiz.

—¡Usted es el que tiene la *cabesa* llena de *pegdigones*, Louie! Que no es sensible... ¿Cómo puede *desig* semejante cosa, después de *llefag* un mes *pgácticamente fifiendo* en las faldas de Dottie?

Agassiz se estremeció con la metáfora.

—No hay nada de animosidad personal, Jacob. Es estrictamente un hallazgo científico. ¡Y no puede discutir la ciencia! Es verdad, su compañera exhibe ciertas cualidades instintivas que podrían engañar al profano en la materia haciéndole pensar que es capaz de razonar como una humana. Pero un análisis más minucioso revelará

que no se encuentra más cerca del verdadero raciocinio que —Agassiz se esforzó por encontrar un improbable punto de comparación adecuado— ¡que el *Tursiops truncatus*, el delfín mular!

Entonces Dottie dejó el libro e intervino. Agassiz tuvo que admitir que su dominio del idioma, aunque todavía rudimentario, había mejorado considerablemente desde su llegada.

—Profesor Agassiz, suponga que estoy de acuerdo con usted en que soy inferior a los representantes de la raza blanca. Suponga que me considero a mí misma un animal. ¿No cree que hasta los animales se merecen un trato ético?

—Bueno, sí, dentro de unos límites... A menos que esté en juego cualquier beneficio para la humanidad, claro.

—¿Entonces cómo justifica el abuso ruin que se inflige a los esclavos negros en su tierra de adopción? Los latigazos, la separación de miembros de una misma familia, el trabajo agotador de sol a sol...

Agassiz tosió y se aclaró la garganta. Sacó un pañuelo y se sonó la nariz. No podía mirar a la bosquimana a los ojos.

—Esto es ridículo. ¡Me pongo al nivel de alguien que discute metafísica con un perro! Aun así, ¡que no se diga que Agassiz no aceptó un desafío, por absurdo que fuera! Lo primero de todo, descarada, el sistema americano es una condición preexistente, en cuya instauración yo no intervine personalmente. Me mantengo moralmente al margen de toda esa cuestión. Sin embargo, si quisiera defender el sistema, podría encontrar muchos puntos favorables. Primero, ha logrado traer la Cristiandad a muchas almas que de otra manera hubieran languidecido en la ignorancia espiritual. Segundo, las condiciones de vida materiales de los oscuros americanos son infinitamente superiores a sus antiguos niveles. La madera y el ladrillo han remplazado a las zarzas y el barro. El pan saludable y la leche fresca sustituyen con creces a los gusanos y las raíces.

—No hay nada malo en un gusano si lo *cosinas* bien —interpuso Cezar.

Agassiz ignoró la interrupción.

—Y tercero, su estúpida labor, que además es buena para sus constituciones, ha permitido al conjunto del país disfrutar de un nivel de vida más alto. Si ha de procurarse al precio de unos pocos azotes (siempre administrados cuando son debidamente merecidos, como yo lo entiendo) entonces su servidumbre es muy justificable. ¿De qué otra manera vivirían si fueran libres, de todos modos?

Con el rostro serio, Dottie dijo:

—Hace que suene tan atractivo, profesor Agassiz. ¿A lo mejor le gustaría cambiar el sitio con un esclavo, aunque fuera por uno o dos días?

Agassiz se puso de pie, furioso.

—¡Menuda sugerencia más absurda! ¡Imagínese, yo, Louis Agassiz, en medio de las plantas de algodón, aullando espirituales negros! ¿Ve, Jacob, qué poco se parecen los procesos mentales de esta criatura a los de un verdadero ser humano? Hasta usted

debe admitirlo ahora.

—Todo lo que tengo que *admitig* es que *pagagía* al menos un *dólag pog feg* la imagen de usted con un saco de algodón en la espalda y entonando los cantos de *labgansa* de Dahomey.

—¡Bah! Esta conversación disparatada no nos lleva a ninguna parte.

Cezar adoptó una mirada pesimista.

—Eso *segugo*, Louis. Tenemos la misma idea hoy de dónde está *T’gusegi* que la que teníamos *hase* dos semanas, después de que usted *saliega* de la *pgisión*. ¿Y sabe qué día es hoy, *fegdad*? El final del *pegiado dugante* el cual el conejo de *Saagtjie* debía *empapagse* de las *figtudes* del agua de kifi. A *pagtig* de *ahoga*, *T’gusegi* puede *ig* al *Lugag* Cosmogónico y *usag* el fetiche.

—No hace falta que me lo recuerde. ¿Cree que yo no estoy preocupado también? ¿Pero qué podemos hacer? He exprimido mi intelecto y sigo sin tener idea de dónde atrapar a ese canalla. Estaba seguro de que lo encontraríamos en el último sitio que investigamos.

—¿Retorciendo cabos en la cordelería?

—Bueno, allí sí que usan cáñamo... No, admito que estamos totalmente perdidos. Sólo podemos esperar que Kosziusko o Bopp le atrapen antes de que haga algo espantoso. Aunque la idea de que cualquiera de esos maníacos obtenga el fetiche para sus propósitos particulares no me entusiasma precisamente. Pero quizá se hagan trizas entre ellos, como los gatos de Kilkenny.

—Las dos son malas *notisias*. *Pgefegigía* no *metegme* con ellos. Bueno, antes de que me *depgima* más, me *foy* con Dottie a mi *bagco* a *fumag* una pipa. A lo *mejog todafía* se nos *ocugge* algo. ¿*Quiegeacompañagnos*?

—No, tengo asuntos personales que atender.

Después de irse Cezar y Dottie, Agassiz hizo venir a Jane.

—¿Puedes dejar un momento las tareas domésticas, Jane? Estoy algo alterado. Por cierto, ¿te he mencionado alguna vez que el rubor de tus mejillas me recuerda al delicado tono de la flor del manzano?

Jane miró al suelo, aplastando en la alfombra un bicho invisible con la delicada puntera de la bota.

—Señor, profesor, ya no sé cómo tomarme estos cumplidos suyos. Verá, hay algo que me ha estado preocupando últimamente.

Agassiz mostró impaciencia.

—Bueno, ¡sácalo entonces, muchacha!

—Muy bien. Pero si divago un poco no me lo tenga en cuenta. Para mí es difícil de decir. Todavía no sé cómo me siento, con todos los libros nuevos que he estado leyendo.

—¿Libros? ¿Qué libros?

—Sólo es un poco de literatura que me ha dejado la señorita Dottie. Unas invectivas de Sojourner Truth y sus amigas. Panfletos que hablan de cómo las

mujeres siempre han sido menospreciadas y pisoteadas, usadas y abusadas por los hombres, quienes las seducen y las abandonan. Cómo nosotras generamos más de la mitad de la riqueza del mundo, pero recibimos menos de lo que justamente nos corresponde. ¡Cómo damos a luz y criamos a todos los niños, limpiamos todas las casas, hacemos todas las comidas y luego nos llevamos palizas por nuestros problemas, acostándonos por la noche llorando con el cuerpo amoratado! ¡Cómo tenemos que mandar a nuestros hijos y maridos —desvalidos como son— a estúpidas guerras malditas en tierras extranjeras, guerras en cuya decisión las mujeres no tuvimos ni voz ni voto! ¡Cómo las mujeres somos parientes de los negros del mundo!

Jane había ido levantando la voz gradualmente, hasta proferir el último sentimiento alarmante en lo que ascendió a un grito.

Agassiz estaba mudo de asombro. De repente se dio cuenta de que su mandíbula llevaba camino de desencajarse, como la de una boa constrictor (*Boa constrictor*), y cerró la boca de golpe.

Temblando, Jane dijo desafiante:

—¡Hala, ya lo he dicho! Bueno, ¿desea algo más, señor?

—N-n-no. Eh... gracias por compartir conmigo estos nobles sentimientos, Jane. ¿Tal vez podríamos profundizar sobre ellos más tarde esta noche? No, eso pensaba. Bien, no olvides tomarte un buen rato para tu té de esta tarde, Jane.

—¡Eso pienso hacer!

Cuando la criada rebelde se hubo marchado dando un portazo, Agassiz empezó a jurar en voz baja. ¡Maldita hotentote del demonio!

Para calmar su genio y consolar sus instintos genéticos frustrados, Agassiz sacó una nota arrugada del bolsillo y la volvió a leer una vez más.

*Mi querido y dulce Louis:*

*Me parece increíble que seas mío de verdad; que me hayas elegido a mí para ser tu esposa algún día. Dices que ansías que esté junto a ti continuamente, que embellezca tu hogar con «mis ojos sonrientes». ¡Sueño con eso! Ningún lugar de la tierra es mi hogar salvo donde tú estás.*

*¡Todas las noches rezo para que ese día amanezca pronto!*

*Te adoro,*

*Lizzie*

¿Para qué necesitaba él las caricias de una pinche cuando tenía el amor incondicional de una joven bella, elegante, bien relacionada y de buena familia, cuyos primos incluían los Perkins, los Gardiner y los Cabot, todos ricos e influyentes?

Consultando su agenda y el magnífico reloj suizo que los ciudadanos de Neufchâtel le habían dado con lágrimas en los ojos cuando se marchó, Agassiz vio que era la hora programada para su reunión con el arrocero de Carolina del Sur, Rory Cohoon. El hombre había obtenido una recomendación a través de Lowell (Cphoon

era amigo de muchos de los dueños de plantaciones que le suministraban al magnate textil las materias primas) y aunque Agassiz no tenía ningún interés en conocer al sureño, pensó que era mejor complacer a su mecenas.

Agassiz sólo tuvo tiempo de añadir unas pocas líneas a sus planos del gran Museo de Historia Natural que pensaba construir en Cambridge, antes de que anunciaran a Cohoon.

—¿Cómo está, eh, profesor Agassiz? ¡Permítame estrechar su sabia mano, hijo!

Cohoon iba vestido completamente de blanco, incluido un sombrero de ala ancha. De la esquina de su boca salía un puro de gran tamaño. Sus dedos estaban rodeados con una docena de anillos. La perla del alfiler de su corbata era tan grande como un huevo de codorniz (*Colinus virginianus*).

—Encantado de conocerle, señor. Nunca había tenido el privilegio de saludar a un terrateniente del Sur. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—¿Saben hacer herraduras de plata en estas regiones yankis? Si es así, traiga un par de ellas, hijo. ¡Qué diablos!

Algo desconcertado, Agassiz trató de ganar tiempo.

—Un momento, señor Cohoon, voy a averiguarlo.

Llamó a Jane, cuyos ojos enrojecidos y amarga expresión Agassiz sólo podía esperar que Cohoon no notara, y le repitió la petición.

Jane se sorbió la moquita.

—¿Se refiere usted a tres partes de *whisky*, dos partes de *bourbon*, una parte de vermut, un chorro de agua mineral y un trocito de piel de lima?

—¡Magnífico! ¡Eso es exactamente! ¡Oiga, qué chica tan inteligente!

—Sí... estoy de acuerdo...

Jane trajo en seguida las copas. Tras echarse un trago enorme haciendo ruido y declararlo «extraordinariamente magnífico», Cohoon abordó el motivo de su visita.

—Tengo una plantación de arroz, hijo. Cincuenta esclavos y cien acres bajo el agua. Puede que no lo sepa, pero plantar arroz requiere más inteligencia que el algodón. No se puede sembrar al voleo, se lo digo yo, se ha de colocar cada planta de manera individual. Se ha de saber cuándo anegarlas y cuándo drenarlas. La cosecha es muy arriesgada. Y luego está el mantenimiento de diques, compuertas y acequias. Sumando todo esto, el negocio resulta endiabladamente complicado.

La herradura plateada comenzaba a elevar el entendimiento de Agassiz a nuevos niveles de profundidad.

—Me lo imagino.

—Pues bien, mi problema es que, por término medio, los negros apenas son lo bastante listos para atarse los zapatos, mucho menos para dominar el arte del cultivo del arroz. Mis capataces y yo tenemos que vigilarlos a cada minuto. ¡En cuanto te das la vuelta ya están haciendo chapucerías! Lo que esperaba que usted me dijera es si, o sea, si hay alguna forma de criar negros más listos. ¿Podría trazar un plan para incrementar su inteligencia generación tras generación? Ya sé que estamos hablando

a largo plazo, pero sería de un beneficio inmenso para el Sur. ¿Y a lo mejor, digo yo, a lo mejor podríamos añadir unos cuantos factores más ya que estamos? ¿Se les podría alargar los brazos, y tal vez reducir, digo yo, reducir la cantidad de sustento que necesitan? ¡Me gasto una fortuna en avena!

Agassiz consideró seriamente la interesante propuesta.

—Bueno, hemos de tener en cuenta las limitaciones inherentes al plasma germinativo del negro, señor Cohoon. Hasta el más listo de los africanos tiene una capacidad mental muy limitada, e intentar cruzarlos para sacar más de ellos es como intentar exprimir el agua de una piedra. Espero que no esté contemplando la posibilidad de añadir al linaje sangre blanca de las razas menores...

Cohoon se puso de pie de un salto, con la cara lívida.

—¿Qué está dando a entender, señor? ¿Está usted repitiendo esos rumores calumniosos sobre mi querida Lily Belle? ¡Si es así, entonces eso significa duelo de pistolas bajo el musgo español junto al río al amanecer!

—¡Por favor, siéntese, señor! No pretendía ofenderle. Hablaba estrictamente desde un punto de vista teórico. Aborrezco el mestizaje tanto como usted, por lo visto.

Cohoon se relajó y volvió a su silla.

—Eso digo yo, muy bien entonces. No me ofendo. El honor de un hombre, ya sabe...

Juntando las yemas de los dedos, Agassiz dijo:

—Su idea tiene muchas implicaciones. Si en efecto pudiéramos crear una nueva raza de negros, más sensatos y más dóciles a la vez, tendría vastas implicaciones para el conjunto de la nación. Permítame ponderar este proyecto durante unos días y le escribiré con los resultados.

—¡Magnífico, diría yo! ¡Bebamos por ello!

Tras formalizar su acuerdo, Agassiz y Cohoon pasaron un rato adicional de conversación agradable.

—La familia y yo vamos rumbo al norte hacia Saratoga Springs para pasar el verano. Hace tanto maldito calor en las Carolinas que te hierva la sangre. El clima no es apto ni para los hombres ni para las bestias. Me he traído hasta los perros de caza. Ahora están en el hotel con Lily Belle. ¡Los perros tienen su propia habitación, claro! La vida en la plantación sigue adelante, por supuesto. Los negros están en los campos, ya le digo, quince horas al día. Pero claro, el sol no les molesta, digo yo. ¡No se pueden poner más morenos, ja, ja!

Agassiz también rió. Se sirvieron más copas.

—Esa historia, hijo, me recuerda a un esclavo mío. Era un infame negro libre en Filadelfia hasta que yo le secuestré. Fingía ser un abogado, o algún otro trabajo estúpido. Me sacó de quicio, se lo digo yo. Bueno, una vez le puse las cadenas, le dije que podía comprar su libertad. ¡Le costó tres años de hacer horas extras, tres años, se lo digo yo! En cuanto volvió a la ciudad, le salí al paso otra vez. Otros tres años, y le



deje libre... por un precio. Justo antes de marcharme, los comerciantes de esclavos lo dejaron en mi puerta por tercera vez. Todo es completamente legal en mi estado, por supuesto. ¡Tendrías que haber visto llorar a ese desgraciado cabeza lanuda!

Para cuando Agassiz consiguió que el jovial arrocero se marchara, ya estaba entrada la tarde y la cabeza le daba vueltas. Se dio cuenta de que no había controlado al personal en todo el día y se fue temblando al laboratorio.

Maurice estaba sentado detrás de un pequeño escritorio en la puerta del taller.

—¿Tiene usted los papeles en orden?

A Agassiz le dolía la cabeza.

—¿Papeles? ¿Qué papeles?

—El pase de seguridad, los permisos y los avales. Por triplicado.

—Por supuesto que no tengo tales estupideces. ¿Qué es esto? ¿Qué ocurre?

—Hemos implantado un sistema nuevo, un aparato para administrar los recursos del proletariado. En resumen, el laboratorio ha sido colectivizado. Hemos modificado la idea del falansterio de Fourier...

—¡Al diablo con la colectivización! ¡Este es mi laboratorio!

Agassiz empezó a aporrear la puerta.

—¡Abrid inmediatamente! ¡Basta ya de tonterías!

—Gritando no conseguirá nada. Están en huelga.

—¿Cómo que en huelga?

En esta coyuntura se abrió la puerta y Edward Desor se asomó.

—Ah, eres tú, Agassiz. Por favor vete, estamos ocupados. Y te sugeriría que en el futuro no vengas tirando de galones. Con lo que he visto de tu comportamiento obsceno, no estás en posición de pedir nada.

La puerta se cerró en la cara de Agassiz antes de que pudiera responder.

—Le dije que no les sentaría bien que les molestara...

Agassiz se sujetó la cabeza. Estaba demasiado embriagado para ocuparse de esta revuelta. Aire... necesitaba aire fresco. Cuando volviera a ser dueño de sí mismo, les azotaría a todos...

En el jardín trasero, Agassiz miró el barco de Cezar. Por un momento creyó que veía doble. Entonces se dio cuenta de que el *Dolly Peach*, ausente desde que insultara a su patrón, estaba amarrado junto al *Sie Koe*.

Agassiz subió dando tumbos por la rampa de embarque de éste último y entró en la cabina. Allí estaban sentados Cezar, Stormfield y Dottie, con las mentes unidas en una seria confabulación.

Con la entrada de Agassiz, Stormfield se puso en pie agresivamente.

—¡Profesor, he venido a por esa disculpa adecuadamente humilde que me debe!

—Yo sólo...

Stormfield le interrumpió.

—¡Así está bien! Que no se diga que el viejo Dan'l no supo cuándo enterrar el hacha. Venga, acérquese. Estamos en medio de un debate estratégico. Verá, ¡sabemos

dónde está su Pozo de la Creación y cuándo piensa estar ahí ese hechicero!

Las nubes del cerebro de Agassiz se despejaron de inmediato.

—¿Dónde está? ¡Dígamelo!

—¡Caray, dónde si no en la bendita Marblehead!

—¿Su pueblo?

—¡Correcto! Pero sé que no me creará sin una explicación, así que siéntese y escuche.

—Antes de que el hombre blanco llegara a este país, había un asentamiento indio donde hoy se encuentra Marblehead. Todos los vecinos pieles rojas, los narragansett y los pequot, evitaban este lugar pues la tribu en cuestión —los miskatonick— tenían fama de impuros y depravados. Verá, las aguas de Marblehead eran un hervidero de extrañas criaturas (de hecho, nuevas especies parecían surgir a diario) y los indios locales se mancillaron mediante contacto íntimo con las raras bestias.

—¿Quiere decir —dijo Agassiz con esperanzas— que se alimentaban de esa carne extraña, violando ciertos tabúes alimenticios?

—No señor, ¡quiero decir lo que he dicho! Tenían relaciones carnales con las criaturas. Al menos con las que se podía.

A Agassiz le entraron arcadas y tuvo que refrescarse con un trago de uno de los huevos de avestruz de Dottie.

—Lo sé, es algo chocante, a no ser que hayas crecido con esa idea, como yo. Pero es cierto. Los miskatonick retozaban con ciertos de esos peces, engendrando diferentes mestizos, algunos de los cuales vivían en la tierra, otros en el mar.

»Pues bien, un día de 1629, Clem Doliber fue expulsado de Salem a patadas, justo al pie del camino que llevaba hasta los miskatonick. Clem era un tipo malvado, no le frenaban ni el miedo ni los convencionalismos. Le echaron, de hecho, por copular con la cerda selecta de un vecino y después disparar al dueño, cuando el tipo ofendido le pidió a Clem educadamente que soltara a la cerda, no fuera a estropear el gusto de la panceta. Bien, sin otro sitio a donde ir, Clem partió hacia el poblado miskatonick.

»Cuando llegó, lo encontró vacío de humanos, animales o mestizos, con las teteras todavía hirviendo y las mantas cálidas al tacto. No había señales de peleas ni de masacres. Todo lo que encontró fue un rastro ancho y viscoso que salía (o entraba) del mar. Así que se instaló en un tipi vacío, y ése fue el comienzo de la ocupación de Marblehead por el hombre blanco.

»Los años siguientes vieron una afluencia de refugiados y forajidos de toda clase. Marblehead se convirtió en el vertedero de las Trece Colonias. ¡Caray, era peor que Rhode Island, y eso ya es decir! Teníamos marginados de cualquier tipo que se le ocurra, de todas partes del globo. Mis propios antepasados, por ejemplo, eran maneses que veneraban a Manannan mac Lir, Dios del Mar. Perseguidos por el mismísimo arzobispo de Canterbury, huyeron buscando refugio en el Nuevo Mundo

»Y me avergüenza mucho admitirlo, pero la moralidad de estos blancos era tan

escasa como la de los indios. No eran inmunes a los encantos pisciformes de las criaturas del mar y continuaron entremezclando sus esencias vitales con ellos.

Agassiz levantó la mano fatigado.

—Alto ahí, capitán Stormfield. ¿En serio espera que me crea este cuento chino? Es imposible científicamente que un hombre y un pez puedan cruzarse.

—¿Imposible, eh? Entonces, ¿cómo explica esto?

El capitán Stormfield se remangó el jersey grasiento y mostró la parte inferior de su musculoso brazo.

Estaba cubierto de escamas verdes y ásperas desde la muñeca hacia arriba. Al girarlo para que Agassiz lo inspeccionara, las escamas reflejaron la luz de las velas.

—No es ninguna triquiñuela, Louie. Tengo al menos una octava parte de pez, igual que todo el mundo en Marblehead. Si eres de Marblehead, no puedes evitar llamar tío a algún atún.

Cezar intervino.

—Yo le *cgeo*, Louie. ¡Pog algo *apodagon* el «*Gegimiento Anfibio*» a los chicos de *Magblehead* en la *Gefolusión*! ¿Cómo *cgee* que *pudiegon* *llegag* a Washington *cgusando* el *Delawage* con tanta *fasilidad*? ¡*Cagay*, Danny me ha contado que se *echagon* al agua y *aggastgagon* los *bagcos* como si *fueganmagsopas*!

Agassiz por fin recuperó la voz, aunque no era más que una sombra de su habitual bramido autoritario.

—Por favor, bájese la manga... Gracias. Ningún hombre de ciencia debería estar expuesto a esa visión. Está bien. Suponga que admito esta historia increíble como prolegómeno. ¿Cómo está usted seguro de que T'guzeri planea llevar a cabo la operación en su absurdo pueblo?

—Bueno, me lo dijeron directamente los que tenían que saberlo. Verá, siempre ha habido dos bandos en Marblehead. La mayoría de los humanos conviven con las criaturas marinas sin pensar demasiado en ellas. Ponen tierra de por medio por lo general, excepto cuando les llama algún primo cubierto de algas, en tono amistoso. Saben muy bien mantenerse alejados de determinados arrecifes y bancos de arena, haciendo los debidos saludos y reverencias cuando pasan por determinadas bahías y demás.

>> Pero luego están los otros, los humanos retorcidos y enrevesados, aquellos cuya sangre está más aguada y más fría que la de la mayoría. Se asocian con las peores criaturas marinas tan a menudo como pueden. Éstos son los que de hecho veneran a los mismos dioses que las criaturas marinas, dioses como Dagon y Pahuanuiapitaaiterai. Estos canallas colaboran con las sirenas en sus planes oscuros y diabólicos.

>> Uno de estos tipos (no el peor, me alegra decirlo) es mi primo, Howard Phillips. Esta misma mañana me ha contado, en términos generales, entienda, lo que T'guzeri y sus amigos conspiradores han planeado para mañana por la noche. No hace falta decir, que vine con las noticias sin perder tiempo.

El capitán Stormfield entonces cruzó los brazos por delante del pecho y esperó orgulloso la reacción de Agassiz.

Agassiz observó al trío expectante ante él. ¿En serio esperaban que diera crédito a esa historia rocambolesca? Ni el barón Munchausen hubiera discurrido algo la mitad de disparatado. ¿Le estaban tomando por tonto, sólo para cogerle después con los pantalones bajados, en sentido figurado, en el último momento?

El capitán Stormfield dijo:

—Perdone un momento.

Cogió un cazo y sacó agua de un cubo que había junto a la portilla. Entonces tiró hacia abajo del cuello vuelto del jersey y se ungió unas agallas perfectamente visibles.

Los ojos de Agassiz adoptaron las proporciones de los de un loris nocturno (*Nycticebus tardigradus*). Cuando estuvo parcialmente recuperado, dijo:

—La guardia costera ha puesto un crucero armado de gran tamaño a mi disposición. Lo solicitaré para mañana por la noche.

## 9

# MOBY DAGON

Agassiz estaba resplandeciente frente a la puerta del número 10 de Temple Place, la lujosa residencia conocida como «la Corte», hogar de la casta y encantadora Lizzy Cary. Vestía lo más parecido a un uniforme que tenía: la chaqueta roja y los pantalones de la *Burschenschaft*, el club estudiantil al que había pertenecido veinte años atrás en Heidelberg. Un pelín estrecho, había pensado, mirándose en el espejo de cuerpo entero de su casa. Pero todavía mantenía una figura imponente en los viejos colores de la escuela y necesitaba toda la confianza que pudiera reunir ese día.

Era mediodía del día en que iba a enfrentarse al hechicero hotentote en el pueblo pescador de Marblehead y Agassiz había venido a despedirse de la mujer que amaba y codiciaba. Aunque esperaba regresar totalmente ileso —después de todo, ¿qué podía hacer la superstición primitiva frente a la luz abrasadora de la ciencia?— no pudo resistir la oportunidad de hacer una declamación florida de su sacrificio inminente.

En pocos minutos, Agassiz estaba arrodillado junto a su amada, cogiéndole sus pequeñas manos mientras ella estaba sentada en la chaise-longue del salón de los Cary. Los rizos largos y morenos que rodeaban su cara temblaban con las emociones que le asaltaban, mientras Agassiz le explicaba —en una versión cuidadosamente editada, por supuesto— lo que había averiguado y lo que estaba a punto de emprender.

—¡Oh, Louis, estoy tan asustada!

—No lo estés, querida. Yo soy lo bastante valiente por los dos.

—No puedo dejar que vayas solo, Louis. Si algo fuera a sucederte, estoy segura de que me moriría del disgusto. ¡Prefiero fallecer junto a ti en las fauces de algún horror pisciforme que vivir un segundo sin tu presencia!

—¿Lo dices en serio, querida?

—Sí, Louis, de todo corazón.

Agassiz tomó una decisión rápida.

—Entonces vendrás conmigo, mi adorable Lizzie. Estarás a mi lado, como una verdadera pareja, bajo el firme cobijo de mi amor protector. ¿Puedes ponerte algún atuendo resistente rápidamente?

—Llevaré el conjunto que llevé cuando fuimos a cazas mariposas, y le diré a Papá que nos vamos a hacer otra expedición. Sólo tardaré un par de horas.

Fiel a su palabra, Lizzie estaba lista en el tiempo estipulado. Poco después, bajaban del carruaje frente a las dependencias del East Boston.

—Nuestro transporte llegará de un momento a otro, querida. Vamos a esperar

dentro.

En la casa, Agassiz se encontró con una fiesta empezada.

Dogberry, Pourtales, Girard, Burckhardt, Sonrel, Maurice y Edward Desor unían sus voces cantando a coro «Negra Lulú», alzando sus copas llenas de champán. El jefe Tortuga Mordedora arrastraba los pies alrededor de ellos, profiriendo gritos de guerra carentes de palabras.

—¿Qué significa todo esto? —bramó Agassiz.

—Nuestro último monográfico ha salido de imprenta —explicó Desor.

Agassiz cogió una copia de la publicación. En la portada ponía:

*INVESTIGACIÓN SOBRE LA DIETA DE LOS  
BATHYPTEROIDAE  
POR  
EDWARD DESOR  
Y  
SU AYUDANTE,  
LOUIS AGASSIZ*

Un velo de rabia cubrió la mirada de Agassiz como una aurora boreal. Se preparó para descargar todo el poder de su furia sobre el insolente Desor.

Completamente despreocupado, Desor se limitó a mirar a Lizzie de manera notoria y dijo:

—¿Te han cosido algún botón últimamente, Agass?

Agassiz se desinfló como un globo pinchado.

—*Touché*, Edward. Hablaremos de esto más tarde. Ahora mismo, tengo que irme.

—Oh, no te preocupes, vamos todos contigo. ¿De verdad pensabas que te dejaría acaparar toda la gloria? No, tus leales colaboradores se merecen estar contigo en este momento histórico, para que nuestros nombres resuenen junto al tuyo a lo largo de la historia de la filosofía natural.

Entonces, el jefe Tortuga Mordedora, evidenciando un nuevo talento para el habla civilizada, blandió su arco y sus flechas y declaró:

—Jefe Tortuga Mordedora querer luchar contra Wishpoosh junto a Gran Padre Blanco Louis. Dios Castor Gigante necesitar buena paliza.

Comprendiendo que era inútil discutir, Agassiz se limitó a decir:

—Muy bien entonces. Veamos si ha llegado nuestro barco.

El grupo salió desfilando por el césped con la vista de la ajetreada bahía al fondo.

Acercándose como uno de los indómitos barcos vikingos que habían visitado Newport antes de que Colón navegara, ahí estaba el buque de vigilancia de la guardia costera, el *U. S.S. Bibb*.

El *Bibb* era en realidad un clíper pequeño, construido por la empresa de Kennard y Williamson en Baltimore. Con cuarenta y tres metros de eslora, cuatrocientas

noventa y cuatro toneladas, tres mástiles, un calado de tres metros y medio en proa y de cinco metros en popa, era pequeño en comparación con los colosos de 2500 toneladas que estaba construyendo McKay para entonces. Aún con todo, era una visión impresionante. Sin duda aterrará a T'guzeri y a sus compinches de Marblehead.

Incluso Agassiz sentía miedo —o al menos aversión— por un aspecto del barco: el mascarón de proa, que estaba tallado en forma de una sirena pechugona de colores vivos.

El *Bibb* echó el ancla a cierta distancia de la costa y bajó un bote pequeño de los pescantes. Pronto el bote encalló y el capitán del *Bibb* desembarcó en la orilla.

Joven y fornido, el capitán caminó con decisión hacia la banda expectante. Su competencia tranquila impresionó a Agassiz de inmediato.

—Teniente Charles Henry Davis, señor, a sus órdenes. Permítame mencionar que he leído todas sus obras, profesor Agassiz, y considero el mayor honor de mi corta carrera el acompañarle en esta misión.

Las palabras de alabanza recompensaron ligeramente a Agassiz por el pésimo trato que había tenido que soportar de su ayudante. Se hinchó visiblemente.

—Le aseguro, teniente, que sus servicios le reportarán un reconocimiento inmenso en los anales de su nación y de su raza. Hoy navegamos para mayor gloria de la ciencia y la cultura de los blancos americanos.

En ese momento, las figuras vergonzosas de Jacob Cezar y su amante hotentote hicieron su aparición en la cubierta del *Sie Koe*. Ambos estaban a medio vestir.

—¡Ah del *Bibb*! ¡Ya casi estamos! ¡Un minuto!

El teniente Davis parecía bastante perplejo. Agassiz trató de explicarse.

—Son... esto... expertos en el enemigo al que nos enfrentamos. Pensé que debían acompañarnos...

Entonces el capitán Stormfield asomó la cabeza en la cabina del *Dolly Peach*, que había permanecido atracado durante la noche. El natural de Marblehead estaba peinandose con lo que parecía ser un espécimen vivo del espinoso de tres púas (*Gasterosteus aculeatus*).

—Voy a seguirle en mi navío, capitán. Me parece que nos vendrá bien un barco de refuerzo, por si acaso. ¡Intentaré no adelantarle!

—Conoce las aguas locales... —titubeó Agassiz.

Tuvieron que hacer dos viajes para transportar a los doce miembros de la variopinta expedición hasta el *Bibb*. Pero al fin estaban todos a bordo. El *Bibb* levó anclas, ciñó sus velas a barlovento y se pusieron en camino, entrando en las aguas salpicadas de diamantes de la bahía de Boston, con el *Dolly Peach* siguiéndoles.

El teniente Davis guió a Agassiz en un recorrido por el barco, en el que no dejó de mencionar el armamento.

—Traemos a bordo varios cañones de potencia de fuego moderada. Pero considerando la naturaleza de nuestra misión como usted la explicó, me he tomado

también la libertad de fichar a un experto arponero para este viaje. Permítame que se lo presente.

El teniente Davis llevó a Agassiz frente a un hombre sombrío con barba que estaba enrollando con esmero la cuerda de la pesada y peligrosa herramienta de su oficio.

—Profesor Agassiz, éste es el señor Melville, un amigo personal. He logrado convencerle para que deje su granja de Pittsfield por un par de días, a pesar de que tiene mucho que arar. El señor Melville ha surcado los siete mares (en el legendario *Acushnet*, entre otros balleneros) y posee una vista y unas manos firmes que sin duda nos serán muy útiles. Además, el señor Melville comparte con usted el interés por la literatura. ¿Tal vez haya leído usted alguna de sus memorias? ¿*Taipei*? ¿*Omo*?

—Me temo que no. Pero no tengo mucho tiempo para la lectura ociosa de ningún tipo. ¿Su mano, señor Melville...?

Melville extendió una mano grande y callosa.

—Lámeme Herman.

Tras intercambiar unas cuantas palabras acerca de los hábitos de ciertos cetáceos, Agassiz dejó al marinero y escritor para poder volver con su grupo.

Encontró a sus camaradas europeos ocupados en una partida de dados con varios marineros. El mofletudo Maurice iba a tirar.

—¡De cada cual según sus medios, a cada cual según sus necesidades! ¡Vamos siete!

La ración de ron del mediodía ya se había repartido y el ambiente festivo era visible. Agassiz pasó junto a ellos, dirigiendo una mirada torva hacia Desor.

El jefe Tortuga Mordedora, para asombro de Agassiz, había encontrado otro miembro de su raza con quien conversar, un gigante de piel roja tatuada que llevaba un penacho de plumas.

—... entonces Queequeg decir: «¿A qué referir con “nosotros”, hombre blanco?».

—¡Jo, jo, jo! ¡Ni Gran Manitú decir mejor!

Josiah Dogberry estaba en la borda de estribor, cuaderno de dibujo y lápiz en mano. Agassiz miró por encima del hombro del artista itinerante: unas pocas líneas onduladas representaban el mar de múltiples texturas; el faro de hierro de Minot's Ledge estaba indicado con unas líneas verticales que sostenían una caja; las gaviotas eran aves planas; las nubes eran círculos garabateados.

Dogberry se dio la vuelta para mirar a su jefe.

—Pensé que un grabado de nuestro viaje histórico sería de inestimable valor para las generaciones futuras. ¿Qué le parece, Lou?

—El nivel de detalle deja mucho margen para la imaginación del observador...

—Eso es lo que pasa siempre con el mejor arte, Lou.

Fue fácil localizar a Jacob Cezar: el olor a kifi quemado ofrecía un rastro aromático para el que no se necesitaba ningún sabueso.

El sudafricano estaba sentado en un rollo de cuerda de cáñamo, de la que había



cortado un tramo para su consumo personal.

—Salimos tan *gápido*, que *olfidé* completamente mi *pgopio* alijo. Esta cosa es muy basta *pego*, como se suele *desig*, a falta de pan, buenas son *toqtas*.

Agassiz se detuvo junto al colono. Ahora que se acercaba el final de su camaradería impuesta, Agassiz intentó recordar con nostalgia las aventuras que habían corrido juntos. El último mes había supuesto un cambio bienvenido y estimulante en su habitual rutina meticulosa. Ciertamente, a veces la presencia de la compañera de piel negra de Cezar había sido casi insoportable. Ciertamente, casi se había ahogado vergonzosamente en melaza por culpa del hombre. Ciertamente, le habían arrojado a un pozo de tortura entre guillotinas y camas de Procrustes por su conexión con él. Y ciertamente también...

Agassiz desistió de su intento de mirar las cuatro últimas semanas con cariño retrospectivo. Había sido una auténtica pesadilla, por cuya liberación se pondría de rodillas y rezaría al Creador.

Aún con todo, llegados a este punto podía permitirse ser magnánimo.

—Bueno, Jacob, su búsqueda casi ha terminado, gracias a mi ayuda. Parece muy probable que zarpará usted mañana por la tarde como máximo.

Cezar tenía un aire pensativo.

—Ja, *estagé* contento de *folfeg* a mi pequeña *gganja*. Esta *fida bullisiosa* de la *siudad* no es *paga* el *fiejo* Jake. *Pgefiego sien feses* la sabana y las bestias *salfajes* antes que la *piedga agtifisial* y la *polisía* —Cezar suspiró—. Sin *embaggo*, *tagdagé* bastante en *folfeg* a *feg Kaffgagia*. *Pagagemos* en *Pagís pagadefolfeg* el conejo de *Saagtjie* al museo, y quién sabe qué *otgos lugages queggá fisitag* Dottie...

—Hablando de la hotentote, ¿dónde está?

—Oh, se ha ido a la *pagte delantega* con *Lissie* a *hablag* de cosas de chicas.

Agassiz salió disparado como un guepardo (*Acinonyx jubatus*).

Dottie y Lizzie estaban en la proa, la humedad del mar salpicaba sus caras. Lizzie estaba especialmente pálida y la hotentote la estaba sujetando.

—¡Aparta tus sucias manos de mi prometida!

Dottie contestó con calma:

—Sólo está un poco mareada, profesor Agassiz. Y yo pensaba que seguía usted casado...

—¡Mi estado marital no es asunto tuyo, negrita pagana! —Agassiz le arrebató la mujer blanca a la negra—. ¿Te encuentras bien, querida?

—Sí, Louis. Estoy bien. Sólo necesito echarme un rato.

—Vamos a preguntarle al capitán Davis dónde hay una litera.

Agassiz lanzó una mirada severa a la hotentote.

—Y en cuanto a ti...

Dottie sonrió, enseñando su primitiva y espantosa dentición.

—Oh, no se preocupe por mí, profesor. Yo me encuentro estupendamente.

—¡Será posible!

El *U. S.S. Bibb* navegaba despreocupado rumbo al norte, bajo el alegre sol de julio, con sus tripulantes absortos en sus respectivos cometidos. El aire salado, fresco como un corazón de lechuga, tonificaba las almas de todos. Con cada legua que avanzaban, Agassiz se sentía cada vez más seguro de la victoria inminente.

Navegaron más allá de la isla de Deer, más allá de Winthrop, Nahant, Lynn y Swampscott. Se sirvió la comida. Agassiz se relajó bastante, llegando incluso a probar una calada de la pipa de Cezar (después de limpiar la boquilla con la manga cuidadosamente), pero la declaró infumable.

A media tarde fondearon junto a la isla de Cat, con Peach's Point a la vista. Marblehead Harbor, una bahía en forma de U orientada hacia el norte, quedaba en realidad al sur de ellos en ese momento. Los edificios bajos y cubiertos de vegetación de la ciudad de doscientos años de antigüedad parecían ruinas de liquen sobre la tumba de un gigante.

El capitán Davis contempló el pueblo maligno con una mirada fría y calculadora, antes de pronunciar su juicio.

—Un día irán demasiado lejos, estos brujos, y la gente de Washington tendrá que hacer algo. Caray, no me extrañaría si algún día les bombardean desde la costa.

El capitán Stormfield, mientras tanto, había anclado al lado y subió a bordo del *Bibb*.

—Mi primo Howie saldrá remando al atardecer para encontrarse con nosotros y ponernos al tanto de los planes de los Profundos, que es como ellos se llaman en alusión a que se gustan profundamente. Sólo tenemos que esperar hasta entonces.

La tripulación y los pasajeros se acomodaron para esperar. Un grupo pequeño de marineros se congregó en torno al capitán Stormfield para intercambiar historias. Poco después, prácticamente la dotación del *Bibb* al completo estaba sentada a sus pies, embelesados por sus historias, con el crepúsculo cayendo sobre ellos como el manto negro de un brujo.

—Sí, cuántas noches mi querida Dolly y yo nos hemos encerrado en casa a cal y canto, como la demás buena gente de Marblehead, sabiendo que los Profundos estaban celebrando su malévola alianza con las criaturas del mar. Primero se reúnen en la plaza de Washington bajo los retorcidos y enroscados árboles antiguos, con las ramas que cuelgan como las sogas de los ahorcados. De allí, suben desfilando al cementerio de Old Burial Hill, desde donde se ve toda la ciudad. Allí convocan a unos pocos espíritus elegidos, como las almas de Margaret Scot y Wilmett Redd, que fueron ambas colgadas como aprendizas de Satán. Luego bajan otra vez, por las retorcidas calles no euclidianas, aullando y gritando al ritmo de la banda, algunos de los ciudadanos sin piernas aleteando sus cuerpos pestilentes y escamosos a ras del suelo. Se apresuran hacia los muelles, para encontrarse allí con sus infames cohortes del apestoso fondo marino. Y entonces... bueno, mejor que no les cuente lo que pasa entonces. Baste con decir que haría falta un montón de comillas para expresarlo.

El capitán Stormfield se reclinó donde estaba sentado y se metió la pipa apagada

en la boca con seria intención. Hubo un silencio de estupor durante un rato. Después uno de los marineros habló.

—¿Qué significa no euclidianas?

Otro marinero saltó:

—¿Y escamosos? ¿También se van a la cama con osos?

Pero antes de que el capitán Stormfield pudiera ilustrar a sus oyentes, el vigía gritó desde la cofa:

—¡Se acerca un bote!

El capitán Stormfield se levantó.

—Bueno, será mejor que vuelva a mi barco. Howie es un tanto desconfiado con los extraños y de ninguna manera se amarrará a este clíper.

Agassiz intervino.

—Espere un momento, capitán. ¿No pretenderá reunirse con este conspirador a solas? ¿Y si es una trampa?

—Supongo que puede acompañarme otra alma valiente.

Todas las miradas, incluida la de Lizzie, se volvieron hacia Agassiz. Se sintió irrevocablemente nominado. Con el corazón latiendo a un ritmo trepidante, dijo:

—Muy bien, en marcha.

Estaba oscureciendo y Agassiz tuvo problemas para pasarse al *Dolly Peach*. Consiguió trepar a bordo tras casi darse un chapuzón imprevisto cuando pisó el espinoso que el capitán Stormfield había usado como peine esa misma mañana. El capitán Stormfield levó anclas y zarparon al encuentro del emisario de Marblehead.

Al converger las embarcaciones, Agassiz pudo distinguir un par de figuras sombrías en el bote. Una, sentada, impulsaba el bote, mientras la otra estaba de pie en posición rígida.

—El que está de pie es Howie —dijo Stormfield—. Supongo que la artritis le está dando guerra y ha traído a alguien joven para que reme.

El crujido de las horquillas se oía cada vez más fuerte. Pronto el bote de remos se colocó junto al *Dolly Peach*. Agassiz corrió al lateral para ayudar a los hombres a subir a bordo.

Al asomarse, se percató al instante de dos detalles importantes que previamente habían estado ocultos en la oscuridad.

El primo de Stormfield, en otro tiempo Howard Phillips, estaba completamente muerto, apuntalado a un trípode con punzones.

Y el hombre que remaba era Hans Bopp.

Agassiz se tambaleó hacia atrás. Un segundo después, Bopp se encaramó a bordo.

El maestro espía prusiano llevaba la sonrisa de un ave rapaz. Su único ojo infernal parecía concentrar y reflejar como una lupa la luz de las estrellas emergentes.

—Y bien, *herr* profesor, ¿pensaba incumplir nuestro trato de caballeros? Me temo que deberá sufrir el mismo destino que ese chaquetero que está ahí clavado, de quien extraje todo lo que necesitaba saber. Tenga por seguro, no obstante, que su muerte

pondrá término al contrato que firmó. No recurriremos a su descendencia para completarlo.

De repente, Bopp empuñó su resplandeciente espada ropera. Agassiz miraba sin poder hacer nada mientras la punta de la espada dibujaba un trazo de muerte delante de su cara.

—¡Louie, cójalo!

Algo vino rodando por los aires hacia Agassiz. De forma instintiva, lo atrapó.

Tenía en la mano, cogido por su estrecha cola, el legendario pez espada costurero, disecado y rígido, que anteriormente había estado colgado en la pared de la cabina de Stormfield.

La sensación que le producían las viejas prendas que llevaba, junto con el influjo del pez espada, hicieron retroceder a Agassiz veinte años, cuando había sido campeón de esgrima en Heidelberg. ¿Acaso no había batido una vez a cuatro estudiantes alemanes en el espacio de una hora? Seguro que conservaba toda esa destreza...

—¡*En garde!* —gritó Agassiz y acto seguido embistió.

Bopp lo paró de manera experta y sin esfuerzo.

—Muy bien —dijo—. Con esto haré el ejercicio de hoy. Y usted morirá como le corresponde a un miembro renegado de la raza suprema, en lugar de morir como un perro de mil leches.

El duelo se intensificó. Agassiz necesitaba toda su concentración para mantener una defensa viable, ni que decir tiene para lanzar un ataque. A los pocos minutos, resoplaba y jadeaba, mientras que Bopp respiraba tranquilamente. El alemán incluso se puso a silbar. ¡Maldita Jane y su cocina pesada!

Al fin Agassiz comprendió que Bopp estaba jugando con él. Trató de prepararse mentalmente para la muerte. Sin embargo, ni siquiera entonces podía forzarse a creer que el mundo pronto sería privado del genio de Agassiz.

Resollando, Agassiz dejó caer el brazo cargado. Al ver que Bopp se preparaba para atacar, dio un paso involuntario hacia atrás.

Su pie cayó sobre el pez espinoso y empezó a perder el equilibrio. Levantó los brazos en un vano intento de estabilizarse.

Cogido por sorpresa, Bopp alteró la dirección de su estocada con torpeza.

De chiripa, por así decirlo, el prusiano se empaló en el pez espada. Juntos, Agassiz y él cayeron en la cubierta.

Por un momento yacieron fundidos en un abrazo macabro. Entonces Agassiz salió a rastras de debajo del prusiano muerto.

La punta ensangrentada del pez espada sobresalía de la espalda de Bopp. Con incredulidad, Agassiz vio que presentaba un ojo de aguja, justo como Stormfield había prometido.

Muerto por una máquina de coser con forma de pez: le estaba bien merecido a ese desgraciado arrogante.

—¡Bien luchado, Louie! Me alegra que haya vengado usted la muerte de mi

primo. Ya que aquí no podemos averiguar nada más, sospecho que será mejor regresar al *Bibb*, por lo que pueda acontecer.

Stormfield viró la proa hacia el clíper. Pronto se habían reunido con los demás en la cubierta del *Bibb*.

Agassiz comenzó a relatar su emocionante duelo, pero el capitán Davis le interrumpió.

—Ha salido del puerto otro barco. Sospechamos que se trata de los Profundos.

—¿Les interceptamos?

El capitán Davis empezó a contestar, pero en su turno fue interrumpido por un grito de Dottie, que había estado inspeccionando las aguas a babor.

—¡Algo está saliendo a la superficie!

—¡Señor Melville, a su arma! ¡Artilleros, apunten!

Todos corrieron a babor, causando una ligera escora en el *Bibb*. Agassiz fue con ellos.

A unos pocos metros del *Bibb*, el agua se removía y burbujeaba. Algo alto y esbelto asomó de las aguas agitadas. El apéndice con forma de cuello resultó estar unido a algún tipo de cuerpo que se elevaba. La criatura emergía cada vez más, iluminada por las antorchas de la tripulación. Agassiz fue el primero en reconocerlo.

—¡Caray, es una embarcación sumergible, como el *Nautilus* de Robert Fulton!

Y lo era. Pronto el submarino, equilibrado, flotaba en calma.

Se abrió una escotilla violentamente. Salió un hombre de golpe. Empezó a llenar los pulmones de aire con respiraciones entrecortadas.

Agassiz estaba atónito.

—¡Vaya, es ese radical de Kosziusko!

Echaron una cuerda al submarinista lastimero, quien la agarró agradecido y trepó a bordo del *Bibb*.

Una vez en cubierta, Kosziusko demostró tener la suficiente robustez para exhibir su sangre fría demencial.

—Nunca confíen en esos traficantes de armas internacionales, amigos. Me prometieron seis horas de aire, pero resultaron ser sólo cinco horas y tres cuartos.

Agassiz hizo frente al anarquista.

—Señor, estamos envueltos en medio de una situación de vida o muerte. ¿Podemos contar con que mantendrá una conducta civilizada, o tenemos que meterle entre rejas?

—Oh, no, me atenderé a sus leyes burguesas mientras esté a bordo de su navío. Tiene mi palabra de polaco-hipérico.

—Y se la haré cumplir. Muy bien. Capitán, sugiero que vayamos a capturar a ese nuevo barco antes de que alcancen sus objetivos maléficos.

—Como desee, señor. ¡Primer oficial, prepárese para zarpar!

En cuestión de segundos, la tripulación altamente preparada del *Bibb* lo había puesto en movimiento hacia el barco de Marblehead en el que iban los Profundos. (El

*Dolly Peach*, sin capitán y sin tripulación, salvo por el féretro no velado de Hans Bopp, permaneció junto a la isla de Cat).

El *Bibb* se acercaba cada vez más al barco de Marblehead, que seguía navegando impertérrito, como si confiara en su superioridad frente al navío de tamaño mucho mayor.

Cuando todavía estaban a unos cuantos cientos de metros, un nuevo ruido desgarró la calma del océano: el sonido fatídico de tambores tribales.

—¡Es T'gusegi! ¡Está *infocando* las *fuegsas* del *fudú*!

—¿Vudú? —preguntó Agassiz.

—¡Sí, *fudú*!

El tambor cesó. Menos de veinte metros separaban los dos barcos. Entre la neblina podían verse unas figuras arrastrando los pies sigilosamente por la cubierta de la embarcación de Marblehead. De repente el hechicero hotentote apareció en la borda, flanqueado por unos personajes bajitos que portaban antorchas llameantes.

T'guzeri medía aproximadamente un metro de alto. No llevaba más que un taparrabos de piel de chacal y el pellejo de un león con cráneo incluido: la cabeza sin mandíbula del león descansaba sobre la suya, las zarpas delanteras estaban atadas alrededor de su cuello y el resto caía arrastrando una distancia importante por la cubierta.

Portaba con las dos manos en alto un frasco de cristal.

Con el fetiche por fin a la vista, Agassiz se impacientó. ¿Es que ese salvaje no tenía la decencia de reconocer cuándo estaba derrotado?

—¡Deja la reliquia en el suelo y ríndete! —grito Agassiz.

T'guzeri parecía que iba a obedecer. De hecho, dejó el frasco en el suelo. Cuando se levantó, tenía una vara larga en las manos.

—¡Dios mío! —gritó Cezar—. ¡Todos al suelo!

Agassiz se dio la vuelta completamente.

—¿Al suelo? ¿Por qué íbamos a tener miedo de un palo...?

En ese instante, Agassiz notó un picotazo en el trasero. Se miró por encima del hombro.

Tenía un dardo con plumas incrustado en una nalga.

Antes de que supiera qué había pasado, le arrojaron a la cubierta boca abajo. De repente y sin que lo pidiera le bajaron los pantalones hasta los tobillos, al igual que los calzoncillos. Alguien estaba sentado en sus piernas. Le clavaron un cuchillo en la nalga dos veces. Todo el proceso no duró más de un segundo.

—¡Ay!

—¡No te *gesistas*! ¡Es la única *manega*!

Para su máximo horror, Agassiz sintió una boca cálida presionada contra su trasero. Notó cómo le succionaban repetidas veces, intercalando escupitajos. Por fin, le dejaron levantarse.

Dottie estaba aclarándose la boca con agua. Su cuchillo, con la sangre de Agassiz,

estaba tirado en la cubierta.

Agassiz estuvo a punto de desmayarse. Cuando vio a Lizzie mirando con los ojos desorbitados, su humillación fue total.

—Ese *dagdo* estaba lleno de *feneno* de *fíboga cognuda*, Louie. Si Dottie no *hubiega* actuado tan *gápido*, ¡*ahoga estagías muegto!*

Esforzándose por retener la mínima apariencia de dignidad, Agassiz se agachó para subirse los pantalones. Al intentar abrocharse, vio que todos los botones habían saltado. Jane tendrá que coser mucho... Alguien le dio un trozo de cuerda, que utilizó torpemente.

—Casi desearía estarlo —le dijo a Cezar.

Durante el incidente, el *Bibb* había continuado avanzando hacia el barco del hechicero. Obviamente comprendiendo que no podría detener al *Bibb* sin ayuda, T'guzeri había abandonado la cerbatana y había recogido el fetiche. Entonces empezó a entonar con voz áspera unas sílabas de índole mística, una invocación a deidades ocultas.

—¡Tenemos que *detenogle* antes de que *tegmine!*

El capitán Davis se dirigió a su tripulación.

—Preparen los arpones y monten sus armas, señores. ¡Vamos a abordar!

En cuestión de segundos, el clíper estaba amarrado al otro barco. Los asaltantes se lanzaron al abordaje.

Los de Marblehead se habían agrupado en torno al hechicero, ofreciendo sus cuerpos como sacrificio para permitirle completar el conjuro. Aunque mejor armados, los hombres del *Bibb* encontraron fuerte resistencia por parte de los de Marblehead. La lucha fue feroz y sangrienta.

Al final, sin embargo, todos los Profundos estaban muertos, y los invasores avanzaron sobre el hechicero.

Con un grito, T'guzeri pronunció un último vocablo de garganta retorcida y consiguió lanzar el fetiche por la borda, antes de que le atraparan los marineros.

Al pequeño chapoteo le siguió otra zambullida más sonora. Desde el *Bibb*, Agassiz miraba mientras Dottie salía a la superficie con el fetiche debajo del brazo. Dottie nadó hasta la embarcación de Marblehead y le ayudaron a subir a bordo.

Ansioso por contemplar el fetiche, Agassiz pasó al otro barco, seguido de Cezar, Stormfield y otros.

Una Dottie calada hasta los huesos sostenía en alto orgullosa la reliquia de su madre.

Hay una familia de criaturas marinas conocida como babosas de mar: orden, *Nudibranchia*; clase, *Gastropoda*; subclase, *Opisthobranchia*. Estas criaturas esponjosas, sin extremidades, con antenas y flecos están salpicadas de múltiples excrecencias curiosas llamadas ceratas. De colorido variado, con intrincados flecos, pliegues y circunvoluciones, merodean en aguas frías y cálidas, retorciendo sus cuerpos invertebrados con una extraña agilidad.

El conejo de Saartjie Baartman con su cortina de la vergüenza y partes adyacentes, nadando en agua de kifi, era lo más parecido a una de estas babosas de mar: en concreto, el nudibranquio melonado, *Aeolidia papillosa*.

Agassiz se acercó a examinar la reliquia que tanto esfuerzo le había costado.

—¡Alto ahí!

Todas las miradas se volvieron hacia Kosziusko. El anarquista sostenía una bomba redonda de la que colgaba una larga mecha que chisporroteaba.

—Yo cogeré el fetiche, si no le importa.

Furioso, Agassiz le increpó:

—Pero me dio su palabra...

—Sólo mientras estuviera en su navío. Y ahora estoy en otro, el cual por la presente requiso en nombre de los movimientos de liberación de todo el mundo. Vuelvan a bordo de su barco. ¡Y no intenten seguirme o destruiré el fetiche! ¡Ahora que Europa está preparada para la revolución voy a provocar una conflagración de dimensiones nunca vistas en el mundo!

Entonces el capitán Stormfield opinó sobre la fanfarronada del anarquista.

—¡Maldito canalla embustero! ¡No es usted ni la mitad de hombre que su padre!

Kosziusko se quedó pasmado.

—¿Conocía usted a mi padre?

—Pues claro, luchamos codo con codo en Saratoga.

—¿Cuántos años tiene?

—Ciento veintiocho, ¡y todavía puedo darle una paliza a un jovenzuelo como usted!

Kosziusko bajó la bomba con lágrimas en los ojos, pero la mecha seguía soltando chispas.

—Yo ni siquiera vi a mi padre más de dos veces. Siempre estaba fuera, luchando en alguna parte. Mamá y yo le echábamos mucho de menos. Encontrar a alguien que de verdad le conoció...

Stormfield se acercó al anarquista roto en llanto y le rodeó los hombros con su brazo.

—Ya, ya, muchacho...

—¡Por el amor de Dios —gritó Agassiz—, que alguien saque esa bomba de aquí!

Antes de que nadie pudiera actuar, hubo otra interrupción.

El mar comenzó a hervir y sacudía la popa de la embarcación de Marblehead.

—Otro sumergible no... —gimió Agassiz.

Fuera cual fuera la deidad que T'guzeri había intentado invocar, creyó oportuno en ese momento satisfacer los deseos de Agassiz. La causa de la perturbación no era otro sumergible. Por lo menos no de diseño humano.

Una cabeza grande como una locomotora emergió del agua. Tenía la frente inclinada y cubierta de una piel lustrosa y moteada. Sus ojos eran grandes como ruedas de molino. Las algas colgaban de sus fauces abiertas.



La cabeza se sostenía sobre un cuello grueso como una de las columnas corintias de la Iglesia Congregacional Central de la calle Winter. El cuello levantaba la cabeza cada vez más en el cielo de la noche, hasta alzarla a la altura de un campanario.

Debajo del cuello había un cuerpo cubierto de percebes dos veces más largo que el *U. S.S. Bibb*.

Los supervivientes heridos de los Profundos —incluido T'guzeri, que se retorció apesado por un marinero fornido— empezaron a invocar el nombre de la criatura.

—¡Dagon! ¡Dagon! ¡Dagon!

En 1796, mucho antes de que naciera Agassiz, su mentor, Georges Cuvier, había sido requerido en las canteras de yeso de Montmartre. Los trabajadores de allí habían desenterrado unos huesos de un tamaño tal que sólo podían pertenecer a una especie de elefantes mayores que los existentes. Tras examinar el hallazgo, Cuvier anunció que los huesos eran de un animal antediluviano que había sido aniquilado en algún tipo de catástrofe. Durante los cinco años siguientes, le habían llamado para examinar muchos más fósiles, incluyendo las mandíbulas gigantes de Maestricht que el ejército de la Francia revolucionaria había traído de Alemania.

El mismo Agassiz había visto muchos de estos huesos polvorientos durante su aprendizaje con Cuvier.

De esta forma, el naturalista suizo de cabeza fría fue el primero en reconocer a la criatura que surgía ante él, aunque sus huesos estuvieran revestidos de carne viva.

—¡Esto no es ningún monstruo sobrenatural, señores! ¡No es más que un reptil marino extinguido, un ictiosauro!

—Pues a mí no me *pagese* muy extinguido —murmuró Cezar.

El capitán Davis añadió su voz a la de Agassiz.

—¡Dadle con todo, muchachos!

Los cañones del *Bibb* descargaron. El arpón de Melville voló por los aires en dirección certera. Una ráfaga de flechas despegó del arco del jefe Tortuga Mordedora. Los disparos de armamento de mano resonaron. Por último, la bomba de Kosziusko describió un arco en el aire, para estallar de forma impotente contra el cuello del monstruo.

El ictiosauro estaba tan poco afectado como si el asalto hubiera consistido en otros tantos guisantes. Giraba la cabeza a un lado y a otro de manera inquisidora.

Entonces Maurice dio un paso adelante, fuera de la multitud.

—Ustedes los imperialistas sólo conocen la fuerza. Déjenme intentar razonar con la criatura. ¡Saludos, criatura! Represento al proletariado...

Atraído por la voz chillona del socialista, el ictiosauro agachó la cabeza para mirarle.

—Verá...

En un abrir y cerrar de ojos, la bestia horripilante se tragó a Maurice Desor.

Los demás humanos se quedaron paralizados. Esperaron en un silencio de estupor a que el ictiosauro les consumiera a todos, destrozara el barco, o ambas cosas.

Dottie avanzó hacia el reptil marino. Portaba el fetiche en alto.

—¡Abajo, abajo, Dagon! ¡Cthulhu te lo ordena! ¡Vuelve a tus vastas profundidades! ¡Duerme por los siglos de los siglos!

El monstruo retrocedió como un perrito asustado. Luego se sumergió, mandando una ola que sacudió los dos barcos casi hasta el punto de hundirlos. Los hombres rodaban por todas partes como bolos de bolera.

Poco a poco fueron levantándose a medida que los barcos dejaban de mecerse. Tardaron un momento en asimilar que habían salvado la vida. Pero cuando lo hicieron, respondieron con una vibrante ovación.

—¡Viva la hotentote! ¡Tres hurras por Dottie! ¡Hip, hip, hurra! ¡Hip, hip, hurra! ¡Hip, hip, hurra!

Los recios marineros estaban llorando. Dogberry estaba abrazando al jefe Tortuga Mordedora. Pourtales, Burckhardt, Girard y Sonrel habían formado una línea de baile y daban patadas al aire como reinas del *music-hall*. Kosziusko y Stormfield estaban bailando una giga. Cezar tenía los brazos alrededor de Dottie, quien sonreía humildemente y agarraba el fetiche intacto entre ellos dos.

Entonces apareció Lizzie y se arrojó a los brazos de Agassiz.

—¡Oh, Louis, has estado magnífico!

Lizzie empezó a besarle una y otra vez.

Edward Desor se acercó. Él era el único que se mantenía apartado de las celebraciones. Le habló impasible a Agassiz.

—Tú eres el único responsable de la muerte de mi primo. Pagarás por esto, Agass. Sí, lo pagarás.

Agassiz se subió de un tirón los pantalones a medio caer y quiso responder de forma brusca. Se detuvo. No era capaz de preocuparse por la amenaza de Desor. Por supuesto que el tipo podría causarle problemas. ¿Pero qué podían ser en comparación con el calvario por el que había pasado? Con su futura esposa en sus brazos y el conocimiento del Locus Cosmogónico en su poder, su futuro —y el futuro del creacionismo— parecía brillante.

Pero Agassiz no podía prever que ya entonces un hombre llamado Charles Darwin estaba trabajando en un libro titulado *El origen de las especies*, un libro que uniría para siempre al hombre y al animal, a blancos y negros, más allá de la Guerra de Secesión, y sustituiría el querido creacionismo de Agassiz por un concepto repugnante llamado «evolución», dejando al propio Agassiz de avanzada edad convertido en un fósil malhumorado, obsoleto y ridículo.

De hecho, la habilidad oracular de Agassiz no llegaba ni siquiera a su noche de bodas, el 25 de abril de 1850, una noche en que su tímida segunda esposa se volvería hacia él y le diría:

—Louis, tengo... tengo una pequeña anomalía femenina que deberías saber.

—Tonterías, Lizzie, querida. Tú eres perfecta.

—No, querido, soy un poco distinta a la mayoría de las mujeres. Tengo una

especie de defecto de nacimiento. No sabía cómo se llamaba hasta hace unos años. Todavía me da vergüenza usar el término común. A lo mejor si lo susurro en latín...

—Adelante, querida. Y después nos iremos a la cama.

—Se llama... *sinus pudoris*.

Y nunca tuvieron hijos.



SE

**PAUL DI FILIPPO**

**LA TRILOGIA**

**STEAMPUNK III**

*Halt y Emily*

# 1

## «LA MAÑANA SÓLO SIGNIFICA RIESGO —PARA EL AMANTE—»

En la mañana del 1 de mayo de 1860, la señorita Emily Dickinson, la autoproclamada «Bella de Amherst», se despertó sintiendo un extraño desasosiego; tan desconcertada por los fantasmas nocturnos y su inefable residuo de clarividencia turbada, en efecto, que, saliendo de la cama sin hacer ruido para no despertar a Carlo, que todavía roncaba al modo canino a los pies de la cama de cuatro columnas, despacio caminó descalza en su camisón blanco atravesando la estera de su habitación empapelada con flores hasta su pequeña mesa de cerezo (de apenas dos palmos de ancha y sin embargo capaz de abarcar el Universo Entero) en la que a diario luchaba con sus poemas dolorosos y extáticos, y, sin pararse siquiera para sentarse, escribió de prisa estas líneas:

*¡Morir! ¡En la noche morir!  
¿Nadie traerá el candil  
Para ver por dónde ir  
Hacia la nieve sin fin?;*

al término de las cuales, sintiéndose algo aliviada pero todavía ligeramente agitada de espíritu, Emily cruzó hasta la ventana de la pared oeste de su habitación en la esquina del piso superior de La Hacienda (dos ventanas en el lado sur daban a la calle Main), y, plegando las contraventanas de la ventana abierta para echar un vistazo revitalizante a su jardín adornado de abejas y a la casa de al lado conocida como Las Coníferas, donde habitaba su querido hermano Austin y su mujer Sue, fue en cambio obsequiada con la visión apenas creíble —que se le quedó grabada para siempre en las retinas como las últimas imágenes terrenales que ve un moribundo— de un enorme bárbaro velludo y con barba, completa y desvergonzadamente desnudo salvo por un sombrero negro y flexible de ala ancha, dándose un baño en su césped herboso y brillante como las gemas.

El corazón de Emily se llenó de una multitud de sentimientos que su conciencia no fue capaz de sofocar.

El intruso al parecer no se había percatado del movimiento en el piso superior de La Hacienda, que tan escandalosamente estaba profanando. Parecía completamente absorto —de una forma casi devota— en el aseo de su cuerpo musculoso y voluminoso, usando una pastilla de jabón, un trapo y el contenido del bidón de lluvia colocado inmediatamente debajo de la ventana de Emily. Con sus ropas sencillas



apiladas junto a él y su sombrero de viaje absurdamente puesto sobre el cabello suelto de mechones blancos, el extraño continuó con sus abluciones tranquilamente, como si estuviera solo en medio de una pradera de Kansas.

Con sus masculinos dedos de los pies clavados en la tierra, se enjabonó las pantorrillas, se enjabonó los muslos... ¡se enjabonó los órganos genitales! Emily palideció ante la visión hasta entonces oculta de aquella parte varonil, unos sentimientos extraños le estremecían cada nervio.

Recordándose a sí misma su Elección Blanca, apartó la vista con no poco esfuerzo de esas partes bajas reproductoras.

El gigante había pasado a restregarse el pecho viril y los brazos, que evidenciaban la musculatura desarrollada de un obrero. Emily se preguntó si podría tratarse de algún trabajador nuevo ignorante, contratado por Padre antes de marcharse, quien, habiéndose alejado de las habitaciones de los establos, se estaba lavando en público al estilo paleta...

Enteramente cubierto de espuma, el gigante dejó de frotar en ese momento. Levantó los brazos hacia el nuevo sol, como si diera la bienvenida a un hermano. Entonces, haciendo añicos la calma matutina (¡y lo que quedaba de la compostura de Emily!), declamó en voz alta:

—¡Bienvenido es cada uno de mis órganos y atributos, y de cada uno de los hombres sanos y puros! ¡Ni una pulgada ni una partícula de pulgada es vil, y ninguna ha de ser menos familiar que las demás!

Este enloquecido estallido inesperado fue demasiado para Emily. Se desmoronó sobre el alféizar medio desmayada, la repentina fragancia de unas pocas lilas prematuras flotando hasta ella y llenando sus fosas nasales de dulzura.

Al hacerlo, tiró una cesta que había en la cornisa. Atada con una cuerda larga, era el vehículo con el que bajaba confituras a los niños del vecindario en esos días en los que se sentía incapaz de salir de su habitación.

Emily vio caer la cesta. Parecía descender con una lentitud antinatural, tardando una Terrible y Silenciosa Eternidad en bajar a través del radiante ambiente primaveral.

Al final, sin embargo, la cuerda alcanzó el límite de su extensión, rebotando varias veces con vigor decreciente, y el Tiempo detuvo su flujo habitual.

Finalmente había llamado la atención del lunático. Él se volvió y miró hacia arriba, fijando en Emily su profunda mirada gris, enclavada tras unas cejas pronunciadas. Quitándose el sombrero y haciendo una reverencia, emprendió una elocución de métrica extraña.

—Veintiocho jóvenes se bañan en la orilla, veintiocho jóvenes y todos tan amigos; veintiocho años de vida femenina y todos tan solitarios. Ella posee la magnífica casa en lo alto de la ribera, se esconde atractiva y lujosamente vestida tras las cortinas de la ventana. ¿Cuál de los jóvenes le gusta más? ¡Ah, el menos agraciado de ellos es hermoso para ella!

La indignación reemplazó al bochorno en Emily. Enderezó la espalda e hizo acopio de su voz.

—¡Si ensaya algún tipo peculiar de poesía, señor, sepa que es más efectiva de boca de un bardo vestido! ¡Y sepa también que mi edad está bien cerca de los treinta, no veintiocho!

Y con eso Emily cerró de golpe las contraventanas delante del hombre desnudo.

Temblando de rabia y frustración, Emily bajó las escaleras corriendo, con su largo pelo castaño rojizo todavía despeinado de dormir.

En la cocina, encontró a su hermana menor Lavinia mirando a escondidas a través de las cortinas de punto al bañista, quien estaba aclarándose efusivamente con cubos de agua del bidón de lluvia.

—¡Vinnie!

La hermana de Emily dio un salto.

—¡Emily! ¿Tú también lo has visto?

—Pues claro que sí. ¿Cómo podría haberme perdido semejante espectáculo? Tengo mala vista, lo confieso, pero no estoy ciega. Sólo rezo para que Madre no haya presenciado esta espantosa invasión. Ya sabes que anda mal de salud y no me quiero imaginar cómo reaccionaría. Vinnie, ¿qué vamos a hacer? ¡Ojalá Padre estuviera aquí! Una de las dos tiene que ir corriendo a por el *sheriff*, Vinnie, y me temo que has de ser tú.

Lavinia miró a su hermana con incredulidad en los ojos.

—¿A por el *sheriff*? ¿Por qué? ¿Para qué?

Emily le devolvió la misma medida de incredulidad.

—¿Acaso no es tan visible como las motas de la azucena atigrada? ¡Para que arreste a ese intruso desnudo y charlatán, por supuesto!

—Ah, ya entiendo. No estás enterada.

—¿Enterada de qué?

—Este caballero y sus amigos son invitados de nuestro hermano. Supongo que nuestro Hércules se ha alejado de Las Coníferas sin querer, aunque por qué iba a sentir la necesidad de hacer semejante exhibición, no sabría decírtelo.

Del exterior vino el cántico enérgico del bañista, junto con el sonido del chapoteo del agua.

—¡Me celebro y me canto! Y lo que yo asumo tú has de asumir. ¡Pues cada átomo que me pertenece a mí también te pertenece a ti!

Emily sacudió la cabeza.

—¡Virgen santa, vaya ripios!

Volviendo la atención hacia su hermana, le planteó una duda.

—Aun concediéndole la condición de invitado de Austin, ¿por qué habríamos de eximirle de las normas de civismo más elementales?

Lavinia abrió los ojos de par en par.

—¿De verdad no le reconoces?

—¿Debería? Apenas llevaba distintivos, y tampoco he visto ninguna tarjeta de visita sobre su persona.

—Venga, Emily, ¿no puedes hablar en serio alguna vez? Hasta un pequeño lirón casero como tú tiene que haber oído hablar del escandaloso Walt Whitman y su *Hojas de Hierba*. ¡Caray, la primera edición era tan inmoral que el señor Whittier se vio obligado a quemarla! ¡Y corre el rumor de que la firma de Boston Thayer y Eldridge va a publicar una nueva edición este año! Ésa es una razón, a mi entender, por la que este «hijo de Manhattan», como él mismo se apoda, está de visita en Nueva Inglaterra. Pero hay otra razón, más secreta... o eso insinúa Austin.

Emily se dejó caer con las rodillas debilitadas sobre una silla de respaldo de madera. Apenas oyó la perorata de Vinnie. Lo único que pensaba era: Por fin, Él ha venido.



## «LA MUERTE ES EL ÁGIL PRETENDIENTE»

Emily depositó los dulces niños muertos en la cesta, una fila sobre otra.

Dedaleras, lirios, pensamientos, aguileñas, capullos de rosas. Todos sus amores caían bajo su sesga despiadada, llorando lágrimas glaucas.

*No podría decapitaros, queridos, si dudara de vuestra segura Resurrección. Pero al igual que los niños brincan cuando se despiertan, alegres porque es de Día, mis flores se asomarán de un centenar de cunas, y se erguirán otra vez.*

Cuando la cesta contuvo lo suficiente para tapar lo que había en el fondo, Emily miró nerviosa hacia la casa de su hermano.

Las Coníferas se había levantado hacía cuatro años, un espléndido regalo de boda del padre de Emily a su único hijo (con el propósito, Emily solía pensar, de impresionar al pueblo de Amherst con el estatus de Edward Dickinson y a su vez alojar a los recién casados). La impresionante casa blanca de estilo italiano con su torre cuadrada en la esquina se alzaba a escasos cien metros de distancia, separada de la ancestral Hacienda Dickinson por una pequeña arboleda de abedules, robles y pinos, comunicada mediante una estrecha senda bien hollada «justo lo bastante ancha para dos amantes cogidos de la mano», como Emily la había descrito a su buena amiga Sue Gilbert, cuando esa misma amiga alcanzó el consagrado estado de señora de Austin Dickinson.

Pero en este momento —como en tantos, tantos otros— en términos de la capacidad de Emily para llegar a ella, la casa podría haber estado situada al otro lado del globo, en medio de los páramos representados en el grabado «Noche Ártica» que colgaba en el salón de La Hacienda.

No sabía qué tara o enfermedad le ataba con tanta fuerza a los confines de La Hacienda, a veces de hecho incluso impidiéndole salir del claustro de su habitación. La cara de ese Maestro cruel estaba siempre en una Sombra impenetrable, por mucho que se esforzara en vislumbrarla; sin embargo, Su Mano era siempre más que real, estrujándole el corazón con miedo y odio hacia sí misma, si intentaba correr en contra de sus dictados fluctuantes.

Las cosas no habían sido siempre así para Emily. Caray, tan sólo cinco años atrás, había visitado Washington y Filadelfia, exultante por la libertad del viaje. (Especialmente estimulante había sido su primer encuentro con un viejo amigo de la familia, el reverendo Charles Wadsworth, y las muchas conversaciones que habían tenido sobre arte y literatura, las cuales seguían manteniendo mediante correspondencia).

Pero conforme Emily se había ido haciendo mayor, su Padre —la presencia

dominante de la casa— se había ido volviendo más inflexible, más exigente, más severo. (Su arranque religioso de una década atrás, durante el cual había intimidado a todos excepto a Emily para que ingresaran en la Primera Iglesia de Cristo, había acentuado un cierto calvinismo en él). El dominio férreo que el Patrón ejercía sobre su callada e insignificante esposa inválida y sus dos hijas era verdaderamente draconiano, circunscribiendo todas las acciones de Emily.

Aun así, Emily sabía que no podía echarle toda la culpa de su reclusión a su Padre. Después de todo, Vinnie no mostraba semejante miedo a la sociedad, y ella también había sufrido bajo las riendas del Patrón. No, había un defecto congénito en la propia personalidad de Emily que convertía la perspectiva de aventurarse a salir entre la gente, de enfrentarse a sus caras desnudas y a sus necesidades, en algo intrínsecamente imposible la mayor parte del tiempo, por muy desesperada y paradójica que fuera la necesidad de compañerismo que sentía...

Sin embargo allí estaba ella, al aire libre, en la tarde de aquel día que había empezado de manera tan extraña. (El terriblemente hirsuto señor Whitman se había vestido y se había ido a alguna parte antes de que Emily pudiera decidir cómo dirigirse a él después del desprecio impertinente que había hecho de su oratoria. Rezaba para que su insolencia precipitada no cerrara la comunicación entre ellos...).

Armándose de valor para cruzar esos cien metros insignificantes y entrar en una casa llena de desconocidos, con la osada intención de abordar a uno en particular con el secreto que escondía bajo sus flores, Emily se recordó: *Si tu Valor te niega, ve por encima de tu Valor.*

Poniendo todo su empeño, esperando ganar confianza, se balanceaba de puntillas, anhelando ir a Las Coníferas. Una sensación como la de un baño caliente hormigueaba por sus miembros. Fundía sus entrañas. Lo mismo había pasado tres años atrás, aquel diciembre en que el Sabio de Concord, el señor Emerson, había visitado Las Coníferas, y ella había deseado ir a verle, a ese personaje noble salido de un sueño, pero en lugar de eso, angustiada por una determinada inclinación de la luz invernal, había flaqueado y se había echado atrás.

Emily se sentía suspendida al borde de un gran precipicio, sin voluntad propia para retroceder a la seguridad, ni tampoco para avanzar hacia el peligro, sin ningún tipo de Empuje Motriz.

Y entonces apareció.

De entre el primitivo follaje que bordeaba la senda de unión asomó la enorme cabeza desnuda de un extraño pájaro. Levantada un par de metros por encima del suelo, al final de un cuello largo y flexible, la sagaz cabeza aviar examinó a Emily con una peculiar curiosidad de ojos desorbitados durante un periodo intemporal. Luego, emitiendo un reclamo tierno y sugerente, el pájaro volvió a meter la cabeza en los arbustos, seguido del sonido de su retirada en dirección a Las Coníferas.

*El Ave más triunfante que jamás he visto o conocido se ha posado hoy en una rama...*

Emily se puso en camino tras la aparición.

A media distancia entre las casas, todavía sin una visión renovada del pájaro misterioso y veloz, Emily notó que una sensación de irrealidad le inundaba. ¿En verdad era posible que estuviera haciendo esto? Si Padre no hubiera estado en Boston, hablando con los politicuchos del Partido Constitucional de la Unión, quienes querían que se presentara a teniente gobernador, dudaba que hubiera estado preparada para tan insensato vuelo.

Por fin Emily emergió de la maleza en el jardín de su hermano.

¡Y allí estaba el magnífico pájaro!

En campo abierto, Emily pudo reconocer qué clase de criatura era: un avestruz (del legendario Ofir, tal vez, aunque con cierto parecido cómico a un plumero pomposo). No era ningún mensajero sobrenatural, estaba claro, pero aun así era una visión muy difícil de encontrar en la apacible y pedestre Amherst.

En ese instante un joven atractivo, de ropa informal y más o menos la edad de Emily, apareció de detrás de la casa. Mirando al ave, la llamó de esta manera:

—¡Norma, granuja, vuelve aquí o te quedarás sin cenar!

Con una presteza sorprendente, el ave de patas grandes se apresuró a obedecer al joven, trotando hacia él con el movimiento en zigzag característico de su especie. Al momento, hombre y ave desaparecieron por detrás de la casa.

Al mismo tiempo, la puerta de Las Coníferas se abrió, enmarcando al hermano de Emily en su interior. Su mata de pelo del mismo rojo que la de Emily y sus patillas extravagantes le parecieron más familiarmente tranquilizadoras que nunca, aunque la insólita expresión de distracción turbada de su cara lo era menos.

Buscando la fuente del alboroto, Austin dirigió la mirada a su hermana. Sus facciones adoptaron un semblante de hospitalidad forzado.

—¡Caray, Emily, qué agradable sorpresa! Entra, por favor.

Una vez que estaba totalmente comprometida a hacer la visita, por muy inoportuna que pareciera ser, Emily encontró en su interior la capacidad para poner un poco de rigidez en sus extremidades. Avanzó con paso decidido atravesando el jardín hacia la casa de su hermano.

Una vez dentro, su hermano intentó aliviarle de la cesta.

—Sue agradecerá estas flores, hermana. Ha estado un poco deprimida desde que volvió de Boston —una mirada de gravedad apenada cruzó el rostro de Austin—. Al igual que yo, a decir verdad.

Emily resistió el tirón suave de Austin.

—No, por favor, déjame tenerlas un rato más. Me reconfortan —no estaba dispuesta a enseñar lo que había bajo los capullos, no a cualquiera—. ¿Pero qué es lo que te aflige tanto? ¿Tiene alguna relación con los invitados que me ha dicho Vinnie que has recibido?

Austin cerró los ojos y se masajeó la frente, agotado.

—Sí, de manera indirecta. Aunque mi amistad con estas personas no es más que

una casualidad, a través de mi relación con el colegio. Sin embargo ellos y su misión responden a una necesidad mía, una necesidad que ha estado creciendo deprisa este año pasado.

—Tus palabras me desconciertan, Austin. ¿De qué necesidad hablas, que yo no conozco? ¿Desde cuándo hemos tenido secretos entre nosotros, querido hermano? Venga, cuéntame qué te preocupa.

Austin abrió los ojos y los fijó en su hermana con una mirada atormentada.

—¿Quieres oírlo todo, entonces? Muy bien, que así sea. He intentado evitártelo hasta ahora, pero no rechazaré un ofrecimiento directo de un oído comprensivo. Pero lo que voy a contarte requiere privacidad. Pasemos al despacho.

Algo asustada, Emily aun así siguió a Austin al interior de la habitación cuyas estanterías estaban repletas de los libros de derecho de su profesión. Una vez sentados, Austin acercó su silla a la de Emily, se estiró hacia delante para cogerle las dos manos (las palmas sudorosas de un hombre febril, pensó ella) y empezó su relato.

—Mis problemas, hermana, conciernen a mi relación con Sue. No, por favor, deja que me explique, antes de que digas una palabra en favor de Sue. Sé que siempre has sido partidaria de ella, Emily. A veces, de hecho, pienso que nunca nos habríamos casado de no ser por tus presiones. Pero eso ahora no tiene relevancia. Casados estamos y casados hemos de seguir. Pero has de saber que la vida conyugal me ha revelado ciertos rasgos de la personalidad de Sue que tal vez no estuvieran del todo desarrollados cuando erais amigas de pequeñas.

»Sue es una mujer muy ambiciosa hoy en día. Ansía convertirse en la mejor anfitriona de toda Amherst. No hay mucho donde elegir, podrías decir, y tendrías razón. Las ambiciones de Sue no se detienen ahí, me temo. Tiene sueños mayores, que han de tener lugar en un escenario mayor; un escenario que yo tengo que proporcionarle de una forma u otra.

»Bueno, tú ya me conoces, Emily, al menos tanto como me conozco yo. Mis aspiraciones no son las de Padre. No tengo deseos de aventurarme más allá del ámbito agradable de Amherst como él, representando a la Commonwealth en Washington o en partes más exóticas. Soy ante todo un soñador, con una naturaleza tan poética como la tuya. La legendaria sangre impetuosa del abuelo Samuel se ha reducido a un hilillo proporcional en mis venas. Nada me iría mejor que una sencilla existencia de familia desarrollada aquí mismo para el resto de mis días mortales.

»Pero, verás, una vida familiar es justo lo que Sue no quiere. Cree que los niños serían un lastre en su escalada social.

Emily reflexionó largo y tendido antes de aventurar un comentario.

—Me había preguntado por qué los últimos cuatro años no me habían traído ningún sobrinito o sobrinita. Padre, también, especula en voz alta por qué no ha aparecido todavía ningún heredero. Pero nunca imaginé que era por la reticencia de Sue a consumir vuestra unión.

Austin rió amargamente.

—«¡Reticencia a consumir!». ¡Es mucho peor que eso, querida hermana! La unión ha sido consumada más de una vez, como resultado de ciertos impulsos ingobernables que han aflorado desde nuestras naturalezas más innobles. Y hace un año y medio, obtuvimos el resultado natural. Sue se quedó embarazada.

Emily titubeó.

—Pero, yo no... ¿lo perdió?

—¡Mucho, mucho peor! ¡Lo mató!

Fue como si todos los Cielos fueran una Campana, y Emily sólo un Oído. Cuando volvió en sí, trató de pronunciar la palabra fatídica, pero Austin se le adelantó afortunadamente.

—Sí, viajó a Boston en el cincuenta y nueve para hacerse un... ¡un aborto!

»¡Y este último viaje era para hacerse otro!

Con esta revelación, Austin rompió en sollozos de profundo tormento.

Emily le acunó en sus brazos, mientras la violenta amargura de su hermano arrastraba sus males menores, hasta que no le quedaron más lágrimas. Cuando levantó la cara, era la estampa de una pena indescriptible.

—Esa primera muerte me comía por dentro, Emily, como un gusano. Cuando me enteré de la segunda (aunque Sue me rogó que le dejara acompañarme a la ciudad en mi último viaje, nunca adiviné su intención de repetir la fechoría, y hasta que no volvimos no me lo contó) casi acaba conmigo. No soy capaz de echarle toda la culpa a Sue. No sólo sufre un dolor terrible por lo que ha hecho, sino que además sólo está actuando de acuerdo con sus propias ideas de lo que es mejor para nuestra vida, por horribles que sean sus crímenes. No, me considero tan culpable como ella, ¡tanto como si hubiera sido mi mano la que empuñaba los instrumentos sangrientos del infanticidio! Esa es la razón, entiéndeme, por la que he acogido a estos desconocidos. Hay una espiritista entre ellos.

Como una Nube que se raja de repente, y deja pasar el Fuego a través, Emily vio tan claro como un relámpago de verano lo que su hermano pretendía. Con un tono un tanto despectivo, le dijo:

—Entonces, te gustaría hablar con las almas de tus hijos no natos y pedirles perdón, por medio de este personaje místico...

Austin miró fijamente a Emily con unos terribles ojos de loco.

—¡Hablar con ellos! ¡Ojalá fuera tan sencillo!

—No, querida hermana, ¡vamos a visitarles!

**«EL ALMA ESCOGE SU PROPIA SOCIEDAD»**

*La diferencia entre la Desesperación y el Miedo, pensó Emily , es como la que hay entre el instante de un Naufragio y cuando el Naufragio ha ocurrido.*

Las misteriosas palabras de su hermano de hecho la habían empujado a cruzar la línea que separa esas emociones emparejadas.

Durante toda la vida, la Muerte había ocupado un lugar destacado en la mente de Emily, un muro insuperable contra el que sólo podía arrojarse, cayendo de espaldas una y otra vez con la mente y el espíritu amoratados.

Su concepto de la Muerte no era exactamente el de la doctrina cristiana; igual que no era capaz de pronunciar en alto su fe de un modo tan ostentoso como lo había hecho el resto de la familia, tampoco podía suscribir de todo corazón ninguno de los dogmas de la iglesia referentes a El Que Para Todos Los Relojes, aunque su filosofía bebía de muchas escuelas.

Aliviador de preocupaciones, recompensa por una vida de dolor y humillación, cruel usurpador de amigos, alegre galán, ladrón caprichoso... todos estos roles y más había asumido en sus fantasías esta Presencia Ineludible. Y sin embargo sabía que ninguno reflejaba totalmente el verdadero significado de la Muerte. Con mucho pesar se había resignado al hecho de que, por mucho que intentara atrapar a la Muerte en su telaraña de palabras, su naturaleza esencial siempre seguiría siendo un misterio.

Y ahí estaba su propio hermano diciéndole que estaba embarcado en un proyecto para entender ese mismo misterio, para penetrar de alguna manera en el Reino Frío de la Muerte —aunque de una forma materialista e insultante—.

Casi era más de lo que podía comprender.

Percibiendo su desconcierto, Austin habló.

—¿Qué sabes del Movimiento Espiritista, Emily?

Con orgulloso desprecio creciendo en su pecho, Emily respondió:

—Sólo sé una cosa, después de leer claramente lo que a menudo estaba escrito entre líneas en la prensa sensacionalista: que hace doce años, dos jóvenes hermanas descerebradas (de apellido Fox y entonces residentes en Rochester, Nueva York) decidieron gastar una broma a sus padres, una broma que ascendió rápidamente a una farsa que ni remotamente se hubieran podido imaginar. Mediante golpeteos ocultos y otros trucos, insinuaron que estaban en contacto con el llamado «mundo de los espíritus», engañando fácilmente a su crédula madre y a su hermana mayor, quien se erigió como su representante en seguida. De unos inicios tan humildes, han pasado a hacer una fortuna convirtiéndose en charlatanas comunes, timando a miles de almas afligidas y pobres con trucos sencillos que ya eran viejos cuando nació Cagliostro y

provocando la misma conducta en millones de personas por todo el globo.

La cara de Austin de ojos rojos mostró un semblante sombrío.

—Pareces terriblemente segura de la falsedad y la avaricia de las hermanas Fox y, por extensión, de todos los demás mediums. Creía que, de toda la gente, tú apoyarías la apertura de este tipo de diálogo entre este mundo y el siguiente. ¿Cómo puedes estar segura de que no hay nada de verdad en sus afirmaciones?

—¿Cómo podría pensar de otra manera, teniendo en cuenta los mensajes pueriles y ultramundanos que transmiten tales «mediums»? Obviamente, su origen está en la imaginación insípida del propio estafador. Caray, si fuera a creer por un minuto que la gloria indescriptible del siguiente mundo estuviera en semejantes declaraciones como «Madre, no llores por tu hijo, aquí en el otro lado todo está lleno de regalices y piruletas de menta», entonces tendría que... bueno, no sé que haría. ¡Desde luego suicidarme no, no vaya a acabar antes de lo necesario entre esos espíritus ñoños!

—Reconozco, hermana, que algunas de las revelaciones, digamos, menos inspiradas de ciertos individuos sin talento dejan ver un mínimo de, en fin, patraña. Pero entre los mediums de verdad, la invención se utiliza sólo cuando se pierde el contacto real, más que nada por un deseo honesto de no decepcionar a los asistentes a la sesión de espiritismo. De hecho, el médium puede pasar de la inspiración genuina a la generación de palabrería sin sentido sin darse cuenta de ello. Pero no discutamos por la duplicidad debatible de unas hipotéticas embaucadoras de Chicago. La médium con la que me he involucrado no sólo es auténtica más allá de toda duda, sino que además contamos con la generosa —no, ¡esencial!— aportación de cierto científico eminente para mantener toda la expedición en un marco absolutamente riguroso.

Emily se puso de pie, sabiendo muy bien que estaba dejando que una mirada de indignación le desfigurara sus evidentes rasgos, que difícilmente podían soportar una carga adicional de tal calibre. Pero estaba tan enfadada con su hermano, que eso no le importaba.

—¡No me convencerías ni aunque tú y tus misteriosos amigos tuvierais toda una asamblea de sabios barbudos y con batas detrás de cualquiera que sea el ridículo plan que esteis urdiendo! Y ya puedes argumentar toda la lógica engañosa que desees: ¡sigo manteniendo que cualquier tipo de espiritismo es una sarta de tonterías!

Austin se permitió una pequeña sonrisa mientras sacaba su mejor baza.

—¿Y si te dijera que tu querida poetisa, la señora Elisabeth Barret Browning, era una firme creyente en los espíritus y sus compañeros terrenales?

Emily se dejó caer sobre el asiento, conmocionada. Su querida Elizabeth... esa noble Dama Extranjera que había cautivado el alma de Emily en la juventud, cuyos poemas habían embellecido la Oscuridad y habían cultivado en ella una Demencia Divina... el genio detrás de Aurora Leigh... la heroica Mujer Poeta cuyo nombre de pila Emily llevaba orgullosa de segundo nombre... ¿Podía ser verdad que una mente tan sublime diera algo de credibilidad a esta nueva fe simplista que azotaba al mundo?

Viendo la duda de Emily, Austin siguió adelante con su alegato.

—Es muy cierto. La relación de la señora Browning con el mundo de los espíritus empezó hace unos cinco años, cuando conoció al famoso Daniel Dunglas Home. Cuando sintió las manos del fantasma que él logró materializar, cuando sonó la concertina espectral, cuando los espíritus le colocaron una corona de laurel en la frente... ¡entonces comprobó la veracidad del asunto! ¡Igual que se convencerán todos los que dudan cuando viajemos a la Tierra Estival y regresemos!

Emily no sabía qué pensar. Primero se había quedado pasmada con la desavenencia familiar que ocultaban su hermano y Sue. Luego su postura dogmática antiespiritista había sufrido un serio golpe con la noticia de que Alguien tan admirado había caído en la trampa de lo que Emily consideraba hasta el momento la más evidente de las locuras populares. Y sin embargo, se recordó, mucha Locura es la Sensatez más divina para un ojo perspicaz, y mucha Sensatez la mayor Locura de atar: la Mayoría, en esto como en Todo, prevalece.

Al bajar la mirada, Emily vio a sus pies la cesta de flores que empezaban a marchitarse y recordó la verdadera razón de su visita a la casa de su hermano. Sin duda discutir con él no le ayudaba a conseguir sus intenciones ocultas, sobre todo desde unos Pilares debilitados de repente. Y puesto que no pretendía involucrarse en su demencia fruto del dolor, podía permitirse pasarlo por alto.

—Siento no haberme tomado en serio tu nueva fe, mi querido Austin. Ahora me doy cuenta de qué te empuja a sumarte a una empresa así. Aunque no soy capaz de respaldar totalmente ese tipo de creencias, me reservaré mi parecer, en espera de cualquier prueba que puedas aportarme.

Austin agarró las manos de su hermana.

—¡Eres estupenda! ¡Sabía que nada podía interponerse entre nosotros!

Recogiendo la cesta, Emily dijo:

—¿Te gustaría presentarme a tus nuevos amigos?

—¡Por supuesto! Estamos usando el salón de atrás como una especie de centro de operaciones para planear el asalto al más allá. Encontraremos allí a la mayoría del equipo. ¡Ven!

Mientras atravesaban la enorme casa, Austin le explicó cómo había conocido a sus invitados.

—Cuando Sue y yo fuimos a Boston, vi un cartel que anunciaba una conferencia espiritista con demostración incluida que iba a celebrarse en el Mechanics Hall. Asistí, y el discurso y la exhibición me impresionaron tanto que después me presenté al conferenciante y a la médium que le acompañaba. Al enterarme de sus planes audaces y de la llegada inminente del científico que iba a ayudarles, me alisté inmediatamente como uno más del equipo, ofreciendo toda la ayuda que pudiera aportar.

—¿Sue tiene algún interés en todo esto?

—Ninguno en absoluto. De hecho, suele evitar a los invitados y más bien le



molesta su presencia.

—Menos mal, porque no sé si podría soportar verla ahora mismo, justo después de enterarme de sus pecados.

—No temas por eso. Pasa la mayor parte del tiempo en su habitación.

Llegaron a la puerta cerrada del salón. Los murmullos traspasaban, dos voces masculinas y una femenina. Emily pensó que ninguna de las voces masculinas sonaba como el estruendo distintivo de Whitman, y trató de averiguar más cosas sobre él.

—Todavía no me has dicho qué trae a un famoso —incluso infame— poeta a tu casa.

Austin sonrió.

—Ah, eso fue una casualidad curiosa. Verás, Sue insistió en que fuéramos a visitar a Emerson, que también estaba en la ciudad. Creo que llevaba idea de hacerle regresar a Amherst para recuperarle como su autor e intérprete favorito. Cuando el viejo Sabio nos recibió en su hotel, encontramos a Whitman con él. Resultó que Emerson estaba en una especie de aprieto. Se había ofrecido para hospedar a Whitman durante su visita a Boston sin haberlo consultado primero con su propia esposa, quien, cuando se enteró, ¡se negó en rotundo a tener a semejante «bestia inmoral» en su casa! Apartándonos a un lado, Emerson nos rogó que alojáramos a su amigo en Las Coníferas, y Sue consintió de buena gana, presintiendo un éxito social. Imagínate su indignación, en cambio, cuando el poeta, al conocer nuestras ambiciones espiritistas, se unió a nosotros sin reservas para correr la misma suerte.

Ése último apunte preocupó a Emily, sembrando la duda acerca de las facultades del poeta, pero retuvo su censura.

—He oído —continuó Austin en tono jocosos— que Vinnie y tú habéis tenido un primer encuentro bastante llamativo con nuestro poco convencional Homero.

Emily se ruborizó.

—Has oído bien.

—Con tantos huéspedes, esta mañana había cola para el baño y Whitman se impacientó. Le dije que podía hacer uso de los servicios de La Hacienda, pero no tenía ni idea de que...

En ese momento se abrió la puerta del salón.

Una mujer alta y rolliza llenó el hueco de la puerta. Cubierta de telas de colores, la cabeza envuelta en una pañoleta de gitana que colgaba suelta por detrás, con unos llamativos pendientes y pulseras en los lóbulos y en las muñecas, adoptó una pose dramática, un brazo extendido hacia delante, el otro presionándole la frente. Aunque bien entrada en la madurez y no precisamente hermosa en el sentido tradicional (un bigote característico le agraciaba el labio superior), desprendía el mismo tipo de magnetismo animal que Emily había percibido con frecuencia emanando de las bellezas más solicitadas de los salones de baile.

—*Madame* ha sentido el resplandor de almas más allá de la barrera —declamó la médium, hablando de sí misma en tercera persona.

—Puesto que estábamos hablando en un tono de conversación normal —dijo Emily— mencionar a nuestras almas sin venir a cuento ha sido algo innecesario.

La médium bajó los brazos enfadada.

—¡Qué horror! ¿Por qué trae a semejante incrédula entre nosotros, *cher* Austin?

—Le presento a mi hermana, Emily. Quería que la conociera. Emily, permíteme presentarte a *Madame* Hrose Selavy, la espiritista más distinguida de París.

Inmediatamente, *Madame* Selavy adoptó una actitud efusiva, aunque Emily creyó detectar en sus ojos un brillo de acero de hostilidad remanente.

—Una criatura tan adorable, dotada de un ingenio igual al de su apreciado hermano. ¡Déjeme darle un abrazo!

Antes de que Emily pudiera protestar, *Madame* Selavy la apretó en un abrazo asfixiante. Olía a sudor, lana y almizcle carnal.

Liberada, Emily se tambaleó hacia atrás. Antes de que pudiera recuperarse, *Madame* Selavy le agarró la mano y le arrastró al salón principal.

—¡Andrew! ¡William! ¡Ha llegado la hermana de la que tanto habla Austin!

Dos hombres en su juventud tardía —ninguno de los cuales era el pastor de avestruces que Emily había visto— estaban sentados a una mesa sobre la que habían extendido una enorme carta de navegación, cuyas esquinas enrolladas estaban sujetas con unos extraños artilugios de cristal y metal que parecían viales de doble entrada sellados por ambos lados. Una lámpara de aceite de ballena iluminaba la estancia contra el sol poniente.

Soltándose de la mano de la médium con una sacudida, Emily intentó recuperar la compostura. Austin le concedió algo de tiempo haciendo las presentaciones.

—Emily, este caballero es el autor de *Los principios de la Naturaleza, sus revelaciones divinas y una voz para la humanidad*, y el célebre editor de un periódico espiritista muy respetado, *El Univercoelum*. Además, es clarividente por derecho propio. Fue él quien predijo la aparición de las hermanas Fox años antes de su debut. Permíteme presentarte al señor Andrew Jackson Davis.

Davis llevaba una barba recortada y unos anteojos con montura de alambre, detrás de los cuales anidaban unos ojos azules cuya mirada perdida resultaba desconcertante. Parecía desacostumbrado o apartado de los hábitos sociales comunes, y se limitó a inclinar la cabeza en la dirección de Emily.

—Y este otro caballero de mentalidad abierta, Emily, representa la mitad científica de la balanza. Él es quien aportará a nuestra empresa la solidez intelectual que falta en tantas otras operaciones mal concebidas. Es un honor para mí presentarte no sólo al descubridor del talio, sino también a un amigo y seguidor del propio D. D. Home. Emily, te presento a uno de los mejores intelectos de Inglaterra, ¡William Crookes!

Al contrario que Davis, Crookes se acercó con garbo, tomó la mano de Emily, se inclinó y la besó. Su cara estrecha y alargada y su frente espaciosa no eran nada desagradables. Hablando con un encantador acento británico, dijo:

—Su hermano no le ha hecho justicia, señorita Dickinson, pues no ha mencionado que sus ojos son del color del jerez más excelente.

Emily se puso completamente nerviosa y, por una vez, se encontró sin palabras. Por suerte, Davis rompió el incómodo silencio.

—No quisiera interrumpir este delicioso descanso, pero ¿he de recordarles que tenemos mucho trabajo todavía por hacer, antes de que acabemos siquiera la fase de planeamiento?

Crookes soltó la mano de Emily con la sonrisa torcida.

—Ah, claro. El mundo de los espíritus, que ha existido durante incontables siglos, no nos puede esperar ni un solo minuto. Bueno, me temo que he de volver a la faena. Me encantaría volver a verla, señorita Dickinson.

Emily dejó que Austin se la llevara fuera del salón. Al pasar rozando a *Madame Selavy*, oyó perfectamente las palabras «¡mocosa impertinente!» susurradas en su oído, a pesar de que los labios de *Madame* parecían no moverse.

Fuera en el recibidor, Austin dijo:

—Sólo te queda conocer al raro de Walt. Probablemente esté fuera, con Henry y las aves.

Tranquilizándose, Emily dijo:

—Sí, me gustaría conocerle, si no te importa.

Mientras se dirigían a la puerta trasera de Las Coníferas, Austin dijo:

—Creo que no te he hablado de Henry. Es el compañero de viaje de Walt. Sutton, creo. Trabajaban juntos en el Brooklyn Eagle. El joven Sutton era aprendiz de imprenta mientras que Walt era el director del periódico. Henry ha sido de una ayuda inestimable con las avestruces. Parece tener un don especial para controlarlas. ¿Te contado los planes de Andy para las avestruces? Da igual, pronto te enterarás. ¡Bueno, aquí estamos!

Habían salido de la casa. Un redil recién erguido dominaba el jardín trasero de Las Coníferas. En este corral provisional, había al menos seis avestruces sentadas. Cuidando de ellas e imitando unos cacareos suaves estaba el joven atractivo que Emily había visto primero.

—¡Hen! —le llamó Austin—. ¿Dónde está Walt?

Antes de que Henry contestara, una voz resonante vino de detrás de ellos.

—El holgazán favorito del planeta verde está aquí mismo en persona.

Emily se dio la vuelta con el corazón a punto de estallar.

Desde que Padre puso fin a su educación en el Seminario Femenino Monte Holyoke por razones de «constitución débil» (ese mismo año las hermanas Fox emitieron sus primeros golpeteos), Emily estaba deseando renovar la compañía y la estimulación intelectual que tan fugazmente había conocido. Cuando, no mucho tiempo atrás, había empezado a escribir poesía de forma seria, la necesidad había crecido en su interior todavía más, un dolor que la correspondencia sosa y rancia que mantenía con el reverendo Wadsworth no podía calmar.

Y allí, de pie frente a ella (¡vestido, gracias a Dios!) en completo esplendor corpóreo, estaba quizás la primera, la última, la única y la mejor oportunidad para esa comunión: un poeta vivo y publicado.

Temblando, Emily le ofreció la cesta de flores.

—¡Mi presentación, señor!

Walt aceptó la ofrenda amablemente. Ella le vio dirigir la mirada con interés sobre su cuadernillo de poesía perfectamente cosido y atado con un lazo que estaba medio escondido en el fondo.

—Creo que es algo más de lo que parece a primera vista —dijo Walt, y le guiñó el ojo.

Alentada, Emily dijo:

—¡Mi Cesta contiene Firmamentos, señor!

—¿Pero es lo bastante grande, *ma femme*, para contenerme a mí?

## «EBRIA DE AIRE —ESTOY—»

En la pared encima del piano que pisaba la alfombra de Bruselas de decoración floral en el salón principal de La Hacienda, había colgado un grabado llamado «El Ciervo Acorralado». El noble venado —atrapado en campo abierto y rodeado de perros que ladraban en silencio, con el cazador a caballo apuntándole al pecho con su lanza perpetuamente suspendida— estaba visiblemente a punto de expirar de puro terror.

Precisamente así se había sentido Emily, en cuanto Whitman había lanzado su desafío encubierto acerca de la capacidad de su canasto.

El sudor le había brotado en la frente y sus miembros no le habían parecido suyos. El aire... el aire estaba tan cargado, que de pronto estaba convencida de que el Cielo iba a romperse y a volcar el Azul sobre ella...

Así que había huido.

Como una niña asustada por las sombras, había corrido desde el jardín trasero de Las Coníferas, atravesando la arboleda interpuesta, hasta el refugio de su habitación en La Hacienda.

Allí se había quedado durante los dos días siguientes, acurrucada bajo las colchas. Hasta Carlo había sido excluido.

(¡Y qué otra mayor vergüenza posible iba a pasarle al mismo tiempo sino su temida menstruación! El que las doradas píldoras periódicas francesas del doctor Duponco hubieran aliviado algo la maldición no le reconfortaba mucho. ¿Qué píldora podía tomar para los Nervios?).

Entre ataques de autocastigo y de lágrimas, Emily había dado forma a un poema en su cabeza, para que el periodo no fuera del todo una pérdida.

*Un Ciervo Herido —da su mejor salto—  
He oído decir al Cazador—  
No es más que el Éxtasis de la muerte—  
¡Y luego la Maleza es quietud!*

*¡La Roca Golpeada que estalla!  
¡El Acero pisado que apresa!  
¡Una mejilla siempre es más roja  
Cuando la Fiebre se hace intensa!*

*La Risa es la Coraza del Dolor—  
En la que se Arma Precavido,*

*Para que nadie espíe la sangre  
¡Y exclame «estás herido»!*

Había intuido la alegoría de Whitman nada más oírlo. Los dobles significados que con tanta facilidad salían de su boca y de su pluma todavía tenían la capacidad de sorprenderla cuando venían de otro de forma inesperada.

Whitman le había propuesto —¡mejor dicho, ordenado!— una relación total y sincera. No es suficiente, podía haber dicho también perfectamente, con que me des estos pedazos de papel garabateados, esperando a cambio mi opinión (valorando lo que antes despreciaste, al haber descubierto mi fama). No, si te acercas a mí, tienes que hacerlo desnuda. Debes tratar conmigo de mujer a hombre, de alma a alma, sin guardar nada, si vas a obtener el verdadero jugo de mis frutos, la auténtica carne de mi lengua.

Y esto era precisamente lo que Emily dudaba que fuera capaz de hacer.

Aunque lo anhelaba.

Solamente una vez se había abierto totalmente a alguien. Y mira cómo salió aquello.

No es que fuera culpa del bueno de George. Había pocos hombres que pudieran soportar el desagrado de Edward Dickinson, y el intelectual y soñador George Gould (mayor que Emily, amigo de Austin y estudiante brillante de Amherst) no había sido uno de ellos. Cuando el Patrón descubrió su inocente pero apasionada aventura y prohibió las visitas de George, ni él ni Emily tuvieron el valor de protestar, aunque el futuro de ambos estaba en peligro.

Y entonces había llegado la autoimpuesta Elección Blanca de Emily: su Boda Celestial, simbolizada por su atuendo de nieve sempiterno, en lugar del terrenal que juró que ya nunca conocería.

¿Cómo, con semejante cruz a sus espaldas, iba a encontrar la fuerza para darle a Whitman lo que obviamente estaba pidiendo?

No, era imposible...

Unos golpes imperiosos sonaron en la puerta de Emily. Antes de que respondiera, la puerta se abrió de golpe.

Lavinia entró pisando fuerte, con la bandeja de la cena.

—¡Te juro, Emily, que Madre y tú seréis mi muerte! ¡No he visto nunca dos bebés tan mayores! ¡Pienso casarme y librarme de vosotras dos! ¡Veremos entonces cuánto dura a flote esta casa!

Emily se sentó erguida en la cama, intrigada por la indignación de su hermana.

—¿Y con quién vas a casarte, Vinnie? ¿Hay algún posible pretendiente del que deba saber?

—¡Será posible! No te preocupes, podría pescar un marido si me lo propusiera. Y puede que incluso lo haga. Bueno, aquí está tu cena. Y te lo advierto, ¡nada de quejarse de que mi pan hindú no es tan bueno como el tuyo!

Vinnie depositó la bandeja y se dio la vuelta para marcharse. En la puerta, se detuvo.

—¿Es que no te interesa oír noticias de Padre?

—¿Todavía está en Boston?

—Más lejos todavía. Aunque los del partido no pudieron convencerle para presentarse este año, le han persuadido para que ayude al candidato presidencial, John Bell. El Patrón va de camino a Washington, con miras al sur y al oeste. No se sabe cuánto tiempo estará fuera. Y todos deberíamos dar gracias por su ausencia. Si estuviera aquí y tuviera que presenciar lo que traman Austin y sus compinches chiflados, ¡seguro que le daba una apoplejía! Caray, en todo el pueblo ya no se habla de otra cosa.

El dolor de Emily casi le había hecho olvidarse de Austin y sus planes descabellados para viajar al más allá. De nuevo se envolvió en todo el extraño ambiente de Las Coníferas.

—¿Qué está haciendo Austin?

Vinnie alzó la barbilla y dijo con altanería:

—Si quieres saberlo tendrás que levantarte. No soy el Harper's Weekly.

Y con eso, la hermana de Emily cerró de un portazo.

Cinco minutos más tarde y sin probar la cena, Emily estaba vestida en las escaleras.

En la entrada trasera, vaciló. ¿De verdad iba a tener valor para otra expedición al disparatado zoológico en que se había convertido la casa de su hermano? ¿Y si esa bestia de *Madame Selavy* le agarraba otra vez? ¿Y si el elegante señor Crookes intentaba darle otro beso en la mano? ¿Y si la mirada fanática del señor Davis le atravesaba una vez más como una Mariposa clavada en un Cartón? ¿Y si se encontraba con Sue, la *lady Macbeth* de su cuñada? ¡Y si se encontraba con Whitman! Cómo se arrepentía de haberle dado sus poemas, esas Llaves de las Habitaciones Interiores de su Corazón...

Obligándose a dominar todos estos demonios mentales y sus protestas, Emily abrió la puerta trasera.

Unas matas de lilas muy floridas, de colores blanco y púrpura, flanqueaban el portal, con su dulce esencia propagándose como una nube en torno al porche.

De pie con la cabeza descubierta y desaliñada hundida entre los racimos inclinados, inhalando su fragancia embriagadora en úrsidas inspiraciones por la nariz, estaba Whitman.

Inmóvil, Emily se congelaba y ardía simultáneamente. No era sólo Helada, pues sentía el Siroco avanzar despacio bajo su Carne. Pero tampoco era sólo Fuego, pues sus pies de Mármol podían enfriar un Altar.

Whitman retiró la cabeza de las flores. Unos capullos diminutos y perfectos se le habían quedado prendidos en el pelo y en la barba, dándole la imagen de un auténtico Pan. Su camisa de trabajo con el cuello abierto dejaba ver el pecho cubierto de pelo

(visto por Emily la última vez en estado jabonoso) y adornado del mismo modo hortera.

—¡Cuando las lilas florecen en el jardín de la puerta —declamó Whitman—, yo exulto con la primavera que siempre regresa!

Luego, se volvió a colocar en la coronilla el sombrero blando que llevaba y cogiendo la mano de Emily con delicadeza, dijo:

—Venga conmigo, *ma femme*, demos un paseo.

Impotente, Emily le siguió.

Deambularon durante un rato entre los lechos de flores —los niños que con tanto amor cuidaba su dueña— sin decirse nada. Luego Whitman habló.

—Lo que me usted ha dado no sólo eran poemas. No era sólo un libro. Aquel que los toca, toca a una mujer.

Estas palabras eran más de lo que Emily había soñado oír en toda su vida. Deseando no desmayarse, discurrió una pregunta ingeniosa como respuesta.

—¿Diría entonces, que mis poemas están... vivos?

Whitman hizo un gesto amplio, para abarcar toda la escena verde por la que paseaban con las manos tan inverosímilmente unidas. Si cualquiera del pueblo la viera ahora, ¿no pensaría que ella era en verdad la Bella de Amherst?

—¿No está indiscutiblemente vivo lo que ve ante sus ojos en este momento? ¿No está viva usted misma, con la sangre latiendo en su interior y el vaho de su propio aliento emanando de su boca? ¿Cómo puede no estar vivo algo que sale sinceramente de alguien vivo? ¡No le quepa duda! ¡Claro que están vivos! El soplo divino fluye a través de ellos igual que lo hace a través del canto de un zorzal solitario.

Emily sintió que todo su ser se llenaba de confianza y vitalidad. La ansiedad constante que se alojaba detrás de su esternón empezaba a disminuir. Pero las siguientes palabras de Whitman le dejaron muda, desinflando su nueva euforia.

—Y sin embargo, como el triste trinar de ese pájaro soltero y solitario, sus poemas exhiben una deficiencia grave, una tensión mórbida que amenaza con envolver el tronco vivo de sus canciones como una hiedra, hasta echar abajo al árbol entero.

Emily se puso rígida e intentó retirar la mano, pero Whitman no lo permitió. Se vio obligada a hablar en tono brusco mientras seguía en contacto íntimo con él.

—No soy consciente de ningún defecto tan grave como el que usted aduce, señor. Pero por supuesto, aguardo la enseñanza de alguien tan instruido.

Whitman no se ofendió por el tono frío, sino que sonrió en cambio.

—Estoy lejos de ser «alguien instruido», señorita Dickinson, salvo en lo que he podido recopilar de las calles de Brooklyn y de las orillas y senderos de mi Paumanok natal. Y como atestiguan tanto mis fondos como mis críticas, ¡no soy el favorito de las academias! Sin embargo mis ojos son lo bastante agudos para encontrar cartas de Dios dejadas por todas partes. Y lo que estos viejos ojos —y mi corazón— me dicen de su poesía es esto: está demasiado enclaustrada, demasiado enrarecida, demasiado



producida desde la cabeza y el hogar, como si usted no tuviera cuerpo, ni mundo por el que caminar. Tiene usted una facilidad excelente para «ver el mundo en un grano de arena», como diría el señor Blake. ¡Pero parece incapaz de ver el mundo por sí mismo como milagro autosuficiente! Todo ha de representar algo etéreo para usted. Las puestas de sol, las abejas, los arco iris... ¡perfecciones que existen por sí mismas y que usted insiste en disfrazar con sus propias fantasías! Nada simboliza sólo lo que es, sino que usted lo deforma para que represente una «Verdad». Predigo que de continuar en esta vena, ¡usted y su poesía irán desprendiéndose gradualmente de todo lo que existe!

Emily no respondió de inmediato. Tan sincera y vibrante había sido la voz de Whitman, que se vio obligada a considerar la validez de sus comentarios.

¿Realmente era posible que su constreñida vida —medio elegida, medio impuesta— estuviera amenazando su poesía con un campo de visión limitado? Había estado muy convencida hasta ese momento de que tenía una visión clara de lo que era esencialmente importante. ¿Había maravillas y milagros más allá de su entendimiento? ¿Era ella como una persona daltónica que creía saber lo que era el color, pero que no lo sabía...?

Titubeando, Emily intentó expresar en voz alta sus temores.

—Lo que usted condena tan a la ligera, señor Whitman, puede que sea cierto. Sin embargo, ¿y qué si mis fallos fueran como usted detalla? Son parte integrante de mi propia naturaleza, una grieta que me rasga como a la Campana de la Libertad. Y tal vez es esa misma grieta la que me da mi timbre característico. En cualquier caso, es demasiado tarde para cambiar.

Whitman se detuvo y se giró para mirar a Emily a los ojos de un modo profundo y sincero.

—Está absolutamente equivocada en ese aspecto, señorita Dickinson. Sé de lo que le hablo. Durante toda mi madurez temprana, me moví en una niebla de falsos sentimientos y sueños baratos, con sólo una débil percepción de que no estaba dando en el clavo. Hasta los treinta y siete años no me di cuenta de mi verdadera naturaleza y entonces empecé a dar forma a mis canciones. Nunca es demasiado tarde para cambiar y crecer.

—Para un hombre, tal vez, eso sea cierto. A su sexo se le permite probarse, lanzarse a situaciones determinantes que engrandecen su espíritu. Pero a nosotras las mujeres no se nos reconocen esas libertades. Novia, madre o bruja estéril son los roles limitados que nos concede la sociedad.

—Hay un ápice de verdad por lo general aceptada en lo que dice, ¡tanta como hay en la aseveración de que una prostituta común no es una reina!

¡Emily se quedó boquiabierta con el lenguaje soez! Pero Whitman continuó sin inmutarse.

—¡Pero yo digo que una fulana común es una reina! ¡Y digo que una mujer no es menos que un hombre y puede hacer lo que le dé la gana! ¡Escúcheme, Emily!

El sonido de su propio nombre de pila casi le hizo perder la cabeza. El olor de las lilas entraba en su sangre como si fuera vino.

—No sé qué decir... ¿Cómo voy a aventurarme a salir al mundo? Me han hecho daño...

—¿Cree que las sombras sólo han caído sobre usted? Ha habido veces en las que lo mejor que he hecho me ha parecido vacío y sospechoso. Mis grandes pensamientos (como yo los suponía) ¿no eran en realidad exiguos? Tampoco es usted sola la que sabe lo que es ser mala, si eso es lo que le preocupa. ¡Yo soy el que sabe lo que es ser malo! ¡He parlotado, me he sonrojado, me he molestado, he mentido, he robado, he envidiado! He tenido astucia, ira, lujuria, deseos ardientes de los que no me atrevo a hablar. ¡He sido díscolo, vanidoso, codicioso, superficial, tramposo, cobarde, maligno! ¡El lobo, la serpiente, el cerdo estaban en mí sin quererlo! ¡Pero yo contengo a todos! No repudio el mal, ¡lo afirmo! Mis poemas producirán tanto mal como bien hacen. ¡Pero nunca hubo nada como el mal en este mundo!

—Sus palabras, señor Whitman, se contradicen—

La cara de Whitman estaba escarlata.

—¡Que se contradicen! ¡Muy bien, me contradigo! ¡Soy grande, contengo multitudes!

Intentando calmarle, Emily dijo:

—Pero no ha acertado con mi Herida más Profunda, señor. Fue... un asunto del Corazón...

Sus palabras parecieron tener el efecto deseado. Whitman se quedó calmado y pensativo.

—En eso también tengo una experiencia triste. Señorita Dickinson... Emily... si comparto algo privado con usted, ¿puedo pedirle un favor a cambio?

—¿Cuál?

—¿Podría dejar esta indeseable formalidad entre nosotros y llamarme «Walt»? Sé que la diferencia entre nuestras edades requiere tradicionalmente ese tratamiento, pero yo no respeto esos convencionalismos.

Sintiendo la calidez en sus mejillas, Emily agachó la cabeza ruborizada.

—No parece mucho pedir...

—De acuerdo, entonces. Por favor, mire esto...

Emily levantó la mirada. Vio a Whitman sacarse una libreta hecha a mano y atada de forma holgada (muy parecida a sus propios cuadernillos de poemas) del bolsillo. La abrió por una página central, luego la orientó hacia Emily.

Desde la libreta le observaba una cara ferrotipada, la cara de una mujer hermosa de tirabuzones morenos, con las manos entrelazadas sobre el respaldo de la silla en la que estaba sentada de lado.

Whitman volvió a orientar el libro hacia sí. Besó la imagen, cerró las hojas y volvió a meterse el preciado recuerdo en el bolsillo.

El corazón de Emily estaba cerca de arder.

—¡Oh, Walt! ¿Está... está muerta?

—¡Mucho peor! ¡Casada!

Emily estaba escandalizada, pero a la vez encantada.

—Nos conocimos cuando yo era director del *New Orleans Crescent*. La primera vez que la vi fue en el Théâtre D'Orléans, durante una representación del Don Giovanni de Mozart. Sucumbiendo a la relajada influencia tropical de ese puerto sureño, nos enamoramos locamente. Su cuerpo eléctrico exhalaba un halo divino que forjaba una atracción feroz en mí, igual que el mío en ella. Tuvimos muchas horas de gozo.

—Pero ella era una mujer de la alta sociedad, que no podía permitirse la mancha de un escándalo o un divorcio. Fue sumamente doloroso para nosotros darnos cuenta de que nuestro amor estaba condenado y que debíamos separarnos. Ella es la única mujer a la que he querido de una forma tan inmensa, y nunca habrá otra igual.

Por alguna razón inexplicable, Emily quedó ligeramente abatida con la frase final de Whitman. Pero no lo suficiente para oscurecer las emociones mayores que encerraba en su seno. La semejanza de la desgracia de Walt con la propia aventura fracasada de Emily selló definitivamente el afecto que había estado creciendo medio encubierto en su corazón por el poeta robusto y canoso.

Emily agarró con firmeza la mano enorme de Walt entre sus dos manos pequeñas y dijo:

—Entonces, de verdad conoce mi alma, Walt.

—Emily, he pensado en usted mucho antes de que naciera.

Encontraron un banco de piedra y se sentaron un rato, uno al lado del otro en silencio.

Pero conforme pasaban los minutos, un pequeño Zumbido de Mosca en la mente de Emily se hacía cada vez más irritante, hasta que al final tuvo que decirlo en voz alta.

—Walt, antes ha usado la palabra «mórbida» en relación a mis poemas...

—Sí, Emily, eso he dicho. Pues temo que está usted demasiado ensimismada con la muerte.

Emily abrió la boca para protestar, dispuesta a detallar la importancia suprema de la Muerte en el orden general de las cosas, pero Walt levantó una mano para detenerla.

—Sé todo lo que va a decir, querida Emily. Tenga por seguro que yo también he pensado en la muerte largo y tendido. Tan glorioso como es nacer, sé que igual de glorioso es morir. Pues de no ser por la muerte —y sin duda es falso hablar siquiera de las dos por separado— la vida misma no tendría sentido. Sí, he oído susurros de muerte celestial toda mi vida, en la voz de las olas sobre la orilla y en el canto quejumbroso de las aves marinas. Pero a diferencia de usted, yo no anhele la muerte, ni le doy más de lo que se merece. Estoy demasiado ocupado viviendo, demasiado ocupado dando placer a todos mis sentidos, para concederle a la muerte algo más que

un saludo al pasar. ¡Mientras que usted, querida Emily, parece más decidida a abrazarse a la Muerte como a un amante!

Emily montó en cólera.

—¡Agarrarme a la muerte yo! ¿Quién se ha metido en este plan demencial de mi hermano para penetrar en las sombras de la otra vida? ¡Usted, no yo!

Walt se puso de pie.

—Usted no conoce el alcance total de nuestra expedición a la Tierra Estival, Emily. No es un abrazo a la muerte, sino un audaz asalto científico a su territorio, para arrebatarse nuevos conocimientos que beneficiarán a todos los vivos.

Levantando el cuerpo de Emily con su fuerza de toro, Walt dijo:

—¡Venga conmigo y lo verá!

## «LOS MICROSCOPIOS SON PRUDENTES EN UNA EMERGENCIA»

El salón trasero de Las Coníferas se había convertido en un aula improvisada, o en la sala de conferencias de un general. Una pizarra grande descansaba sobre un caballete de artista, con unas barras de tiza en la repisa; al lado había un atril y un solo sillón espacioso. La enorme carta de navegación que Emily había visto desplegada sobre la mesa en su anterior visita estaba clavada en la pared detrás del estrado; colocado de modo prominente sobre el atril, había uno de los extraños artilugios de metal y cristal que habían estado sujetando el curioso mapa.

Delante del atril se habían colocado varias sillas con respaldo de madera. En ellas estaban sentados cinco ávidos oyentes, impacientándose por la espera de diez minutos: Emily, Walt y Henry Sutton los tres al frente en ese orden, con Austin Dickinson y el erudito William Crookes detrás de ellos.

La escena al completo le recordó a Emily poderosamente sus breves días de estudiante. E inevitablemente, con esos preciados recuerdos surgió la figura gloriosa de Leonard Humphrey.

Humphrey había sido cuatro años mayor que George Gould. De niña, Emily, a través de los estrechos contactos de su Padre con la universidad, había seguido con avidez las noticias del ancho camino académico que el joven atractivo y brillante se había abierto. Él había parecido representar para Emily las esperanzas de mayor orgullo de una nueva generación.

Imagínate su alegría, por lo tanto, cuando al graduarse en 1846, Humphrey fue nombrado director de la Amherst Academy, el colegio mixto al que asistían una Emily de dieciséis años y una Vinnie de trece.

El nuevo director caminaba por los pasillos del colegio como una auténtica combinación de Adonis y Sócrates, cautivando en particular todas las tiernas sensibilidades femeninas, la de Emily incluida. (Tanto que incluso llegó a memorizar el discurso de despedida de Humphrey, «La moralidad de los Estados»). Emily todavía seguía considerando a Humphrey su primer Tutor, y el recuerdo de esas pocas ocasiones en las que él había estado de pie a su lado todavía tenía el poder de emocionarla.

La inesperada y desoladora muerte de Humphrey en 1850, cuando acababa de alcanzar la flor de su madurez, había sido una Devastación para Emily y para todo el pueblo.

No sabía si era la presencia de otro Tutor masculino junto a ella, o el tema de la muerte de la conferencia prevista lo que hacía que la imagen de Humphrey destacara

de forma casi palpable ante ella, como si luchara en silencio contra la delgada membrana que le separaba de los vivos. Sin embargo decidió manifestarse en el interior de su mente.

*Nunca he perdido tanto sino dos veces...* pensó Emily, cuando la voz del científico detrás de ella interrumpió sus meditaciones.

—La pérdida de tiempo es lo más deplorable de trabajar con estos individuos psíquicos —dijo Crookes—. Tuve que afrontar el mismo problema con Home. Obtenía los resultados más encomiables —levitaciones, materializaciones, voces— pero únicamente después de horas de aburrimiento, con todo el grupo sentado a oscuras cogidos de nuestras manos sudorosas. Es un puñetero reto para alguien acostumbrado a la luz brillante y las condiciones pulcras del laboratorio, se lo digo yo.

Austin regañó a su compañero de asiento.

—¿No puede ser un poco más comedido con su vocabulario, Bill? Hay una dama presente...

Crookes resopló, con más admiración que desprecio.

—¡Cuidar mi vocabulario yo! ¡Mire quién está sentado al lado de su hermana, por el amor de Dios! Si ella ha leído sus ripios, ya ha tenido una buena dosis. ¡«Dolorosos ríos reprimidos» y hasta «bolas y raíz del hombre»! ¡Caray, es más descarado que Rosetti y toda su banda de libertinas juntos!

Emily se ruborizó. Esperaba que Whitman se molestara por las palabras de Crookes, sabiendo cómo reaccionaría ella ante cualquier ataque a sus versos. Pero el poeta se limitó a girar su cuello bronceado, sonrió y dijo de forma bastante críptica:

—Estoy rodeado de turistas y preguntones...

Tratando de desviar el tema, Emily se volvió con valentía para dar la cara a Crookes.

—¿Por qué continúa dedicándose a sus nada ortodoxas investigaciones bajo estas circunstancias irritantes, Señor Crookes?

—Sólo porque, señorita Dickinson, el espiritismo es el tema más apasionante y más trascendental que todavía llama mi atención. Afortunadamente, gracias a la fortuna de mi padre, me permito satisfacer mi curiosidad de cualquier forma que elija, sin preocuparme por ganarme la vida. De otra manera, todavía estaría atrapado en el puñetero y aburrido Oxford, como superintendente meteorológico del observatorio de Radcliffe. Sin embargo, tal como están las cosas, tengo la posibilidad de viajar por el mundo —y más allá, si tenemos éxito— y de conocer a señoritas tan encantadoras como usted.

Antes de que Emily pudiera responder, Henry Sutton intervino.

—Aquí están.

El esperado dúo emergió por una entrada lateral.

La primera en aparecer fue *Madame* Selavy. Su ropa estaba algo desaliñada, una de sus faldas voluminosas estaba arrugada revelando el borde de su crinolina. A.

J. Davis entró seguidamente detrás de ella. El austero autor y divulgador de la causa espiritista apareció bastante destartado, el chaleco mal abrochado, las gafas de lado y el pelo alborotado.

*Madame Selavy* se dejó caer sobre el sillón colocado en el centro del escenario. Se subió el corpiño para mayor sujeción bajo su pecho desbordante, luego exhaló un soplo de agotamiento que, Emily pudo ver, hizo ondear su bigote claramente.

Davis tomó posición detrás del atril. Pareciendo darse cuenta por fin de su estado, se alisó el pelo hacia atrás y se enderezó los anteojos antes de dirigirse a la audiencia.

—*Madame Selavy* y yo hemos estado hablando con los espíritus, en relación a nuestro viaje. La audiencia ha sido ardua y tumultuosa, pues había muchas interferencias en el Telégrafo Celestial. Por suerte, la guía espiritual de *Madame Selavy*, la princesa india narragansett, Nube Rosa, ha podido ahuyentar todas las influencias malignas y ha asegurado nuestro éxito.

*Madame Selavy* le interrumpió.

—*Oui, mon ami*, los auspicios desde la Tierra Estival son buenos. Pronto, se nos permitirá cruzar la frontera a los dominios de *le Moissonneur Hideux*.

Por tercera vez ya, Emily había oído mencionar este lugar desconocido llamado «Tierra Estival». El nombre solamente le evocaba uno de esos días perfectos de julio para los que vivía, en los que podía sentir una profundidad, un Azur, un perfume, trascendiendo el éxtasis. Le ofendía la apropiación del término por parte de alguien que era con toda probabilidad un charlatán que había conseguido timar a su hermano, y decidió intervenir.

—¿Piensa llevarnos de un salto desde nuestra hermosa primavera de Nueva Inglaterra directamente a los días de canícula, señor Davis? ¿O tal vez simplemente está proponiendo un viaje a latitudes más cálidas de este planeta? ¿El Popocatepetl o Tenerife, tal vez?

Davis le dirigió a Emily una mirada lo suficientemente dura como para conseguir desconcertarla antes de responderle.

—Al contrario, señorita Dickinson. La Tierra Estival es un reino más exótico y peligroso, aunque las recompensas que ofrece de modo acorde son mayores que las de cualquier otro rincón mortal del mundo. Y llegaremos allí zarpando directamente desde Amherst, sin salir siquiera, en cierto sentido, de su encantador pueblo.

Walt se volvió hacia Emily.

—Por favor, Emily, escúchele. Lo que vamos a emprender no es un simple pasaje a la India.

Davis se quitó las gafas, las limpió y se las volvió a colocar.

—Permítame, señorita Dickinson, que le familiarice con los antecedentes de nuestra misión.

—Soy un simple hijo de zapatero, nacido en circunstancias humildes en Poughkeepsie, Nueva York. En el año 1843, sufrí mi primer trance magnético, y empecé a hablar de cosas que no era posible que conociera, debido a mi formación

académica exigua. Algunos creyentes amables vieron apropiado bautizarme como «el vidente de Poughkeepsie». Desde entonces, he estado en contacto casi permanente con los espíritus de los muertos terrenales (y sí, también de los no terrenales).

»La Tierra Estival es lo que ellos llaman su morada.

»La Tierra Estival no es el Paraíso, al parecer, sino más bien una parada temporal en el camino al reino de Dios, donde el espíritu descansa antes de hacer su ascenso final. Mi descubrimiento, como pueden ver claramente, aporta toda la lógica y fundamento para el contacto de los espíritus con nuestro mundo. No estamos hablando de ángeles perfeccionados, sino de entidades recientemente desencarnadas que todavía no se han separado completamente de sus formas y de sus preocupaciones humanas.

»La geografía de la Tierra Estival, de la que he conseguido trazar un mapa con ciertos esfuerzos, guarda un parecido con nuestro paisaje común.

Davis cogió un puntero de caña que estaba escondido dentro del atril y se volvió hacia el mapa de la pared. Gesticulando, dijo:

—Aquí, por ejemplo, vemos las montañas de Crisoprasa, que se extienden paralelas al mar de Turmalina. Más allá de esta cordillera se encuentran puntos característicos como el pantano de los Humores Residuales, el bosque de Cristal, el Palacio de Berilo y las Diez Puertas de Plata.

Emily dijo en tono dócil:

—¿Qué hay de la exposición de París?

Su irreverencia suscitó las risas disimuladas de Walt, Sutton y Crookes. A Austin, sin embargo, no le hizo gracia.

—Emily, si no eres capaz de controlar esa lengua, puedes irte. No toleraré que menosprecies a mis distinguidos invitados, ni a la empresa sagrada en la que estamos a punto de embarcar.

Oyendo el dolor en la voz de su hermano y sintiendo una ternura renovada hacia él y hacia su pena, Emily hizo un gesto como de abotonarse los labios.

Satisfecho con la reprimenda, Davis retomó su discurso.

—Desde mi descubrimiento de este reino, mi único deseo ha sido visitarlo en persona, mucho antes de mi muerte. Durante muchos años, busqué en vano una entrada a la Tierra Estival. Justo cuando estaba a punto de abandonar mi búsqueda, conocí a la ilustre *Madame Selavy*.

La médium habló.

—¡Ah, *mon cher*, fui yo quien te conoció a ti!

—Como desee, *Madame*. En cualquier caso, *Madame Selavy* representaba un gran avance sobre todas las demás mediums con las que había topado.

—Verán, *Madame* puede actuar como un puente físico entre la Tierra Estival y nuestro mundo, por medio de un nuevo y curioso material que exuda su cuerpo.

—En este punto, daré paso al profesor Crookes. ¿Profesor?

Crookes y Davis intercambiaron posiciones. Con una concisión propia de un aula



de Oxford o de Cambridge, Crookes inició su conferencia.

—*Madame Selavy* es un portal entre nuestro mundo y la Tierra Estival. Las pruebas y análisis exhaustivos han demostrado que posee la habilidad única de servir como canal para la misma materia de la que parecen estar hechos los espíritus y su mundo. He nombrado a esta nueva forma de materia «ideoplasma».

—El ideoplasma parece ser una sustancia proteica —en parte orgánica, en parte inorgánica— hasta ahora desconocida por la ciencia. Al brotar del cuerpo de la médium, está sometido a sus órdenes mentales, por lo que adopta cualquier forma que ella quiera. Una mano, un miembro, o un espíritu entero pueden hacerse manifiestos. Y estas creaciones ideoplásticas son muy tangibles, como puedo atestiguar personalmente.

—Sin embargo, por muy tentador que me pareciera este nuevo fenómeno al principio, no era capaz de entender cómo podía ofrecernos entrada directa a la Tierra Estival. El ideoplasma surgía y regresaba a través del canal de nuestra médium, sin permitir que ningún objeto mortal le acompañara.

—Aquí es donde entra en juego la ciencia.

Entonces Crookes levantó el producto de vidrio soplado del atril y lo sostuvo en el aire para que lo inspeccionaran.

—Éste es mi último invento, al que llamo modestamente «tubo de Crookes». A través de su interior vacuo se puede hacer fluir una corriente, desde el cátodo en un extremo hasta el ánodo en el otro.

—Cuando llenamos el tubo con ideoplasma —capturado y desprendido de *Madame Selavy*— y lo activamos, sucede algo de lo más asombroso.

—El tubo y su contenido, al igual que cualquier objeto dentro de un cierto radio, ¡desaparecen! Es como si, con la descarga eléctrica, el ideoplasma fuera expulsado energicamente de nuestro plano, arrastrando con él una cierta cantidad de detritus terrenal.

—Los espíritus nos han dicho que han visto los tubos y su soporte rematerializarse en la Tierra Estival.

Crookes sonrió satisfecho.

—Ahora le devuelvo el estrado al señor Davis.

Cuando Davis estuvo de nuevo frente a ellos, dijo:

—Nuestro mundo es contiguo a la Tierra Estival punto por punto. Aquí en Amherst, por ejemplo, vuestro familiar parque Common es, por otro lado, coexistente con la bahía de las Siete Almas en la Tierra Estival.

—¡Es ahí desde donde debemos zarpar hacia la otra vida!

Mientras estamos aquí sentados, un carro viene de camino desde los astilleros McKay, transportando una goleta de diseño especial. Cuando llegue el barco, lo equiparemos con un circuito de tubos de Crookes con ideoplasma, que hemos estado llenando a un ritmo lento día tras día. Equipados de esta forma, romperemos la barrera entre los dos mundos, ¡en un viaje más audaz que el de Jasón!

Por respeto a la demencia de Austin, Emily había permanecido en silencio durante este farrago de ciencia y misticismo, a pesar de que su indignación crecía a cada momento. Sin embargo, ya no pudo contenerse más.

—¿Y cómo, díganos por favor, exuda *Madame* esta mermelada de membrillo celestial?

Davis adoptó un gesto de nerviosismo y empezó a limpiarse las lentes una vez más. Walt miró hacia el techo y el joven Sutton empezó a silbar de modo despreocupado. Crookes cruzó las piernas y los brazos. Durante medio minuto, la sala estuvo tan silenciosa como una reunión de los *Know-Nothings*.

Luego, la propia médium contestó.

—Sale de las *mamelles*, querida hermana de Austin. Las generosas tetas.

Para ilustrar, *Madame Selavy* se llevó las manos a sus enormes pechos.

—Es una especie de leche espiritual, la cual, con ayuda, puedo extraer gota a gota.

Emily se quedó muda. Las imágenes más obscenas llenaron su mente agitada. *El Cerebro tiene Pasillos que superan los de la Abadía más encantada*—.

Walt tosió, haciendo añicos la absorción interior de Emily.

—Filamentos desenfrenados y brotes ingobernables —dijo el poeta—, surgen de la forma femenina, y nuestra respuesta es igual de ingobernable.

—Ingobernable —dijo Emily—, ¡y una leche!

## «QUÉ AMARRAS MÍSTICAS LA SUJETAN HOY»

Lavinia Dickinson se ató la pámela bajo la barbilla, cogió una cesta de mercado grande y con tapa, y, con una mirada de impaciencia, se volvió hacia su parsimoniosa hermana.

—¿Vienes o no, señorita Polilla Blanca?

El uso del apodo inspirado en su vestuario sacó a Emily de su introspección. Había estado pensando en uno de los primeros poemas que llegó a escribir, el verso que empezaba: *Una Hermana tengo en casa, y otra, a un seto de distancia*.

Qué traicionera había resultado ser la vinculada por el matrimonio con su hermano. ¡Una auténtica Cleopatra! Si Austin se hubiera casado con la dulce Mary Warner, cuánto habrían mejorado las cosas...

Emily dio gracias al Señor por el sentido común imperturbable de su hermana de sangre. No se podía imaginar la vida sin su querida Vinnie —avinagrada, escéptica, exigente como era—. Cómo la necesitaba, especialmente en ese momento, en vista de la increíble inmoralidad que parecía haberse adueñado de Las Coníferas.

Habían pasado tres días desde que la revelación de las *poitrines* ideoplásticas de *Madame Selavy* había llevado a Emily a batirse en merecida retirada a La Hacienda. (Curiosamente, no se había sentido obligada a correr a la seguridad de su cama, sino que en lugar de eso, había desperdiciado el tiempo en tareas domésticas; ¡había cocido suficiente pan de centeno para alimentar a todos los espectadores boquiabiertos del ahorcamiento de John Brown! Si esto significaba una mayor dureza de corazón por su parte, no sabía a qué atribuirlo, ni si le gustaba...).

En ese intervalo, no se acercó nadie de Las Coníferas para pedirle disculpas ni para engatusarle. Salvo una vez, cuando Walt había llamado a la puerta al día siguiente mismo y Vinnie le había recibido.

—Dale esto —había sido la respuesta de Emily a la visita, entregándole a su hermana un poema doblado:

*Un Lampazo —rasgó mi Falda—  
No fue culpa del —Lampazo  
Sino mía—  
Que me acerqué demasiado  
¡A su Guarida!*

Tras leerlo, Walt se había marchado sin palabras y no había vuelto.

Emily se había sentido un poco sorprendida y entristecida porque el Bardo

profundo como el océano no hubiera defendido su causa con más determinación. Los fuegos de veneración que habían despertado en ella —estrictamente los de una Poeta y Pensadora Libre por otro, se recordaba a sí misma; ¿no había admitido él que su corazón estaba prometido para siempre a esa fresca de Nueva Orleans sin nombre cuyo ferrotipo llevaba?— todavía ardían, por mucho que intentara ahogar sus ascuas.

Pero por la razón que fuera, Walt no había dado pretextos ni argumentos, y Emily había intentado sacarse a él y a todo el zoológico demencial de Las Coníferas del pensamiento.

Sin embargo esa misma mañana habían llegado noticias increíbles del pueblo que habían vuelto a despertar toda su curiosidad acerca de la descabellada expedición que Austin y los demás estaba planeando, las cuales de hecho amenazaban con hacerle visitar la Amherst a la que había dado la espalda años atrás.

—Sí, Vinnie —dijo Emily, mientras se levantaba del asiento, descolgaba su Mantón de Merina del perchero y se lo ponía—. Te acompaño al pueblo. Es decir, creo que podré hacerlo, si tengo el apoyo fuerte de tu brazo.

Vinnie pareció conmovirse y suavizó su actitud hosca.

—Vamos, eso es lo mínimo que me puedes pedir, Em. Sé que esto no es fácil para ti, pero creo que te irá bien.

—Tú eres mi Enfermera y mi Confesora, Vinnie, así que pondré mi fe en tus palabras.

Cogidas del brazo, las hermanas partieron por la puerta delantera de La Hacienda, descendieron por el camino de baldosas inclinado, hasta la acera sin pavimentar y polvorienta de la calle Main.

Por un momento, Emily recordó las alegres y azucaradas expediciones en las que su familia y amigos solían embarcarse, antes de todos se hubieran vuelto tan viejos y tan complicados. ¿Por qué no se podía permanecer joven de espíritu para siempre?

Era un paseo corto por el pueblo —Amherst no era un lugar grande— pero Emily veía algo asombroso a cada paso. La vida sencilla de la aldea: los niños jugando, las amas de casa en sus tareas, los carruajes, los caballos, los perros y los vendedores ambulantes. Todo era tan milagroso para ella como el Mismo Cielo.

Con dolor, oyó de nuevo la admonición de Walt de que iba a desaparecer de la existencia si seguía cortando las ataduras que la ligaban a una vida normal, compartida...

Al pasar por la calle North Pleasant, ambas hermanas lanzaron una mirada nostálgica a la casa en la que habían pasado una parte de su infancia. Desde esas ventanas, Emily había visto numerosas procesiones funerarias serpenteando en su camino al cementerio cercano, su primera fascinación consciente por la Muerte. De aquellos años malos y tristes en los que el Patrón se había visto obligado a desocupar La Hacienda temporalmente, debido a reveses financieros, todavía guardaba unos pocos recuerdos felices.

Emily se preguntó cómo habría cambiado su vida si la familia se hubiera quedado

más cerca del pueblo, sin ser tan próspera, sin haberse fortificado en su castillo, La Hacienda. ¿Se habría casado, incluso mudado a otra parte? Parecía tan imposible ya...

Delante apareció el parque Common. Emily notó que la mayoría del tráfico pedestre que había esa mañana por las calles se dirigía hacia ese campo abierto, y supuso que los rumores que la habían hecho salir eran del todo ciertos.

Como Vinnie había predicho, renovar su relación con la aldea estaba demostrando ser un tónico. La brisa ligera de mayo estaba teniendo su viejo efecto. Emily no podía encontrarse con la Primavera sin emocionarse. Sintió el viejo deseo, una Prisa con una mezcla persistente...

—¡Ve más rápido, Vinnie!

—¡No tan aprisa, Polilla! Las damas no corren en público.

—Yo no soy una dama, ¡soy una Reina! ¡Y las Reinas hacen lo que les da la gana! Arrastrando a su hermana, Emily se apresuró hacia la multitud congregada.

El Common era una extensión rectangular de dos o tres acres, lindado y poblado con árboles en esplendor de mayo. Varias de las seis iglesias de Amherst daban al paseo entrelazado de senderos, como también esos edificios pintados de amarillo de dudosa reputación conocidos como Fila de las Fraternidades, entre otros. El paisaje de colinas que rodeaba Amherst acogía al público en su regazo, un anfiteatro natural, las montañas alzándose en la Neblina, los Valles deteniéndose debajo.

Y entonces Emily pudo ver claramente que el Common lucía un nuevo atractivo.

En medio del césped, asegurada con gruesas eslingas sobre una góndola de ruedas, a ciento veinte kilómetros o más del puerto más cercano, había una goleta de dos mástiles iguales, una imagen tan incongruente como la de un hawaiano con pantalones.

Rodeada de espectadores ruidosos, la goleta parecía un navío desorientado encallado en un banco de carne.

Conforme Emily iba acercándose, divisó la figura esbelta del profesor William Crookes de pie en cubierta. Estaba inclinado sobre un instrumento de observación. Siguiendo la dirección del tubo, Emily vio a Andrew Jackson Davis a unos cuantos metros de distancia, sujetando una plomada.

Ocho percherones sudorosos con arreos —sin duda el tiro que había transportado la nave por carretera desde el East Boston— seguían enganchados al tren de ruedas del barco. Al frente de los caballos, látigo en mano, estaban Henry Sutton y su ayudante, Austin Dickinson.

Ni Walt ni *Madame* Selavy se veían por ninguna parte. Emily reprimió un pensamiento malicioso.

—¡Tenemos que avanzar quince metros más, Hen! —gritó entonces el experto, por encima de las exclamaciones y burlas de la multitud.

El joven Sutton sacudió su látigo en el aire y apremió al tiro, ayudado por Austin.

—¡Arre! ¡Dejaos la espalda, muchachos!

De forma solemne, la nave comenzó a rodar por la turba. En el momento oportuno, Crookes hizo una señal con un movimiento cortante para que soltaran el tiro, y Sutton lo hizo rápidamente golpeando un pasador de madera en la unión. La inercia del barco lo arrastró una distancia corta antes de terminar parándose.

—¡Perfecto! —gritó Crookes—. ¡Una muestra de la grandeza de las Leyes de Newton!

Crookes abandonó el instrumento y se volvió para dirigirse a la multitud con su regia actitud inglesa.

—Damas y caballeros de Amherst, hoy tienen el privilegio de ser testigos del amanecer de una nueva era, una era en la que los viajes frecuentes entre el reino de los vivos y el reino de los muertos inaugurarán una Edad Dorada de la teología científica. La vida ya no estará ensombrecida por la muerte. En lugar de eso, un comercio floreciente entre los dos reinos nos permitirá a todos y cada uno de nosotros vivir sin ansiedad ni temor, con el conocimiento de que nuestras almas sobreviven a sus cáscaras terrenales.

Desde la multitud, un hombre de voz ronca replicó gritando una impertinencia.

—¡Quizá usted y sus espectros puedan resolver el asesinato de Burdell!

La referencia al escándalo que había llenado los periódicos de Nueva York hacía un par de años provocó grandes carcajadas.

Crookes las soportó con buena disposición. Cuando acabaron, sencillamente concluyó:

—Verán más, y en breve. Lo prometo. Después podrán juzgar por ustedes mismos.

Con eso, Crookes se volvió y bajó por una escalera de cuerda, uniéndose a sus tres compañeros, que estaban colocando calzas bajo las ruedas de la goleta. La multitud, viendo que ya no iba a haber más entretenimiento inmediato, empezó a dispersarse.

Vinnie se volvió hacia Emily. La cara de la hermana menor tenía un rubor moteado.

—¡Oh, Emily! ¡En mi vida he sentido tanta vergüenza! ¡Mira a Austin, confraternizando con esos charlatanes! ¿Cómo voy a atraer a un marido ahora? ¡Por no mencionar cómo va a explotar Padre cuando regrese! ¡Se va a agarrar un cabreo del demonio!

Emily nunca había oído jurar a su hermana. Le emocionó bastante. Una especie de exaltación gloriosa se había apoderado de Emily con el discurso de Crookes. Toda su vida, Emily se había considerado en secreto una rebelde e incluso una perseguidora de emociones, aunque sus emociones se habían limitado a la variedad mental. «¡Cómo me encanta el peligro!» había escrito en su diario de niña. En ese momento, con el fabuloso e inverosímil barco erguido como un insulto a la plácida y conservadora Amherst, se sentía como si su verdadera vida acabara de empezar.

¿Dónde estaba Walt, para compartir con ella su entusiasmo y apremiarla?

Estirando de la mano de Emily, Vinnie suplicó:

—Por favor, vámonos a casa...

Emily se soltó de su hermana.

—Tú puedes escabullirte a casa si quieres, Vinnie. Pero yo pretendo ver qué más están tramando.

Vinnie parecía atónita.

—Pero Emily...

Entonces, un familiar tenor resonante estremeció los oídos de Emily.

—Creo que sólo los marineros, lejos de tierra, apreciarán de verdad mis poemas.

## «ESPERANZA ES LA COSA CON PLUMAS»

Alrededor de Emily, las Hojas cuchicheando como Mujeres intercambiaban Confidencias Exclusivas.

Y como Emily era mujer también, podía entender lo que estaban diciendo.

*Él te es fiel. Está aquí cuando le necesitas.*

Con el corazón ligero como un edredón, Emily se dio la vuelta. Allí estaba Walt Whitman, el doble de grande que la vida, un cosmos, turbulento, carnoso, sensual, cantor de sí mismo.

La diferencia entre recordarle y llegar a verle era como el Licor en la Jarra frente al Licor entre los Labios.

Whitman sonrió de oreja a oreja a la mujer, arrugando sus mejillas pobladas de barba.

—Cómo me alegro de verle fuera de casa, Emily. Y a usted también, señorita Lavinia. Los mismos pliegues de sus ropas, su estilo mientras les veía pasar por la calle, y, sobre todo, los contornos de sus formas vistos desde arriba me inspiran de manera delirante.

Embobada, Vinnie abrió la boca, la cerró, luego la abrió una vez más.

—¡Alabado sea Dios! Emily, ¡ya sabes ir a casa tú sola!

Y espetando eso, la hermana de Emily se marchó indignada, balanceando su cesta de comprar como si fuera una porra de policía.

Walt estaba avergonzado.

—Me temo que he ofendido a su hermana. Por favor perdóneme, Emily. Siempre pasa lo mismo. Olvido que todo el mundo no es tan espontáneo ni tan libre como Walt Whitman.

—Oh, no se crea su indignación ni por un segundo, Walt. En el fondo estaba encantada, estoy segura. Sólo que no podía mostrarlo en público. Yo también me habría ido, hace unos pocos días, fingiendo la ofensa que exige el decoro.

Walt apoyó una mano pretenciosa en el hombro de Emily.

—En cuanto la he visto hoy he sentido que un cambio que había empezado hace tiempo en usted se había completado. Me alegro de tener algo que ver con eso, por poco que sea.

Por una vez, Emily decidió no echar a perder su nueva confianza analizándola minuciosamente. Se acercó más a Walt de forma que su musculoso brazo se deslizó con naturalidad rodeando los hombros de ella totalmente. Protegida por su abrazo, Emily se sentía más segura todavía.

—Vayamos a ver qué están tramando mi hermano y sus secuaces.



—A eso iba yo precisamente.

Walt y Emily se aproximaron a la goleta con ruedas. Bajo la sombra de su elevada proa, Austin, Sutton, Davis y Crookes estaban forcejeando con la tapadera de una caja que acababa de entregar un comerciante local con su carreta. Viendo a la pareja, los obreros hicieron una pausa. Sutton saludó a Walt con euforia y Austin les lanzó una mirada sospechosa ante la actitud comprometedora de su hermana. Davis y Crookes, tras un breve gesto con la cabeza, continuaron el forcejeo con la tapadera.

—¿Qué tenemos ahí, Hen? —preguntó Walt.

Gruñendo, Crookes contestó por él.

—Son los tubos ideoplásticos. Tenemos que montarlos en las fijaciones del barco y conectarlos formando un circuito. Entonces estaremos listos para partir. Tal vez mañana como pronto.

Con un crujido de madera y un chirrido de clavos, la tapadera de la enorme caja cedió al fin. Los hombres la dejaron en el suelo y Emily miró en el interior con curiosidad.

Recostados en paja, capa por capa, había docenas de tubos de Crookes, todos llenos de una sustancia gris difusa que se enrollaba y se arremolinaba como un estrecho Amigo en la Hierba.

El pecho de Emily punzaba con una respiración ahogada, y un Vacío en los Huesos.

—Walt, no me encuentro bien. ¿Podemos irnos?

Crookes mostró poca compasión por la agonía de Emily.

—Desde luego, váyanse. Nosotros cuatro nos las podemos arreglar muy bien para montar estos viales electroespirituales. ¿Por qué no van usted y la señorita a ocuparse de las avestruces, Walt? Eso va más con usted, con todo eso que dice sobre amar a los pájaros y a los babuinos.

Walt no pareció ofenderse con el desaire medio encubierto.

—Espléndida sugerencia. Venga, Emily, vayamos a ver a nuestras amigas las aves y estudiemos sus propósitos alados.

Cuando llegaron a la linde del Common, Emily se encontraba mejor. Intentó explicar lo que le había pasado, pues no quería que Walt la tuviera por la típica solterona pusilánime.

—La visión de esa materia viscosa espiritual me afectado de modo extraño, Walt. La idea de que todo ha salido de la gorda forma corpórea de *Madame Selavy*... me temo que ha sido demasiado para mí.

—Recuerdo que yo también me puse algo nervioso la primera vez que fui testigo de una materialización. Pero esos sentimientos desaparecen, cuando te das cuenta de que todo lo que sucede en este mundo es natural. Todo está bien en su sitio, y nada está fuera de lugar.

La confesión despreocupada de Walt de que había sido testigo de una extrusión ideoplástica volvió a despertar en Emily toda la repugnancia que había

experimentado al conocer por primera vez la conducta promiscua de *Madame Selavy*. Se puso tensa y se detuvo, se desprendió del abrazo de Walt y se volvió hacia él para encararle.

—¡Entonces supongo que no piensa que haya nada inmoral en ayudar a ordeñar a esa fulana como si fuera una vaca lechera! ¡No hay duda de que usted mismo ha disfrutado mucho con esa conducta tan escandalosa! ¡Caray, es... es... absolutamente de mormones!

Walt suspiró y, a pesar de saber que tenía razón, Emily se entristeció por haberle herido. La sonrisa paciente que vino detrás le infundió ánimos de alguna manera.

—La moralidad. Tenía la esperanza de que estuviera usted por encima de esos pequeños conceptos, Emily. ¿Es moral el mar, o la rana de San Antón? ¿Es moral la zarzamora corriente? La moralidad es la perdición de las mentes pequeñas, parafraseando a mi amigo Emerson. Yo simplemente como lo que tengo en mi plato, sin recurrir al elogio o la culpa, el agradecimiento o la maldición. La vida es mucho mejor vivida de esta manera. Y en cuanto a nuestros pobres y muy perseguidos amigos de Salt Lake, ¿quién puede decir que sus formas no son tan buenas —o incluso mejores— que las nuestras? Al menos es más natural. ¿Acaso un solo semental no fecunda a muchas yeguas? Pero si esto le tranquiliza, me alegra poder asegurarle que yo nunca he participado materialmente asistiendo a *Madame Selavy* a... formar sus deyecciones. Esa tarea pertenece a Davis y al profesor.

Las palabras de Walt dejaron a Emily desazonada y aliviada a la vez, avergonzada y tranquilizada. Estaba contenta de que Walt no hubiera participado de forma íntima en las materializaciones; sin embargo, su actitud desdeñosa hacia las costumbres era difícil de tragar para alguien que —aunque independiente— se había criado toda su vida entre las cerradas mentes contaminantes de Amherst. Al final, Emily dejó que su predisposición hacia Whitman predominara. Él era un poeta, y a estos no se les podía juzgar según los patrones normales.

Continuaron el paseo, cubriendo la distancia de vuelta a Las Coníferas en silencio. Cruzando los lujosos terrenos, llegaron al corral de las avestruces. Las enormes aves se amontonaron en la valla para saludar a Whitman, quien respondió acariciándolas afectuosamente.

—Creo que podría dejar todo y vivir con los animales —dijo el hombre—, son tan apacibles y tan reservados. No se preocupan ni gimotean por su situación. No se quedan despiertos por la noche llorando por sus pecados. Y sobre todo, ¡no me ponen enfermo hablando de su deber hacia Dios!

Tan perfectamente concordaban estos sentimientos con los propios de Emily —ella que a menudo había imaginado ser una abeja o una araña— que derramó una o dos lágrimas silenciosas de alegría. Cuando recuperó la voz, le preguntó a su acompañante:

—Todavía no entiendo qué papel juegan en la expedición estas gloriosas aves, Walt.

—¿Sabe que nuestra fuerza motriz para atravesar las dimensiones viene del elemento milagroso, la electricidad —en concreto, de unas pilas voltaicas—, verdad?

—Lo sé ahora.

—Bien, las pilas sólo llevan una única carga, tal vez suficiente para enviarnos a la Tierra Estival, pero no para regresar. Han de recargarse continuamente, por medio de un generador alimentado por una noria de tiro. Las avestruces servirán ese propósito.

—¿Pero por qué unos animales de tiro tan exóticos? Seguro que un caballo o dos hubieran valido igual...

—Fueron instrucciones de la princesa Nube Rosa, la guía espiritual de *Madame*. El fantasma nos informó de que el avestruz era el único animal psíquicamente preparado para hacer con nosotros la transición a los dominios de los espíritus. Hay algo en ellas especialmente etéreo.

—Me lo creo —dijo Emily—. ¡Sólo hay que verlas!

—Son hermosas, ¿verdad? Les he puesto los nombres de las cantantes de mis óperas favoritas, pues cierta cualidad que poseen me recuerda a esas prima donnas —Walt adoptó un aire de falsa formalidad—. Señorita Dickinson, ¿me permite presentarle a mis chicas? Éstas son Donna Anna y Zerlina, Marguerite y Elsa, Lucia y Alisa, Barbarina, Violetta, Norma, Gilda y Magdalena.

Emily hizo una reverencia.

—Realmente encantada.

Los dos se echaron a reír entonces, las risitas disimuladas de Emily escalando gradualmente hasta igualar las carcajadas de Walt. Tuvieron que retirarse a un banco que rodeaba el tronco de un gran olmo hasta que el ataque de hilaridad compartido hubo pasado.

Cuando Emily pudo hablar de nuevo, dijo:

—Walt, querido, sé por qué mi hermano, Davis y Crookes participan en esta expedición. ¿Pero qué motivos tiene usted? ¿Y su joven compañero, Henry?

Walt tosió, luego dijo, de forma poco sincera, pensó Emily:

—Ah, Hen, es un muchacho magnífico. Ha logrado mucho, considerando su condición de huérfano y su formación descuidada. Le conozco desde que trabajábamos juntos en el Eagle, fíjese, hace más de diez años. Hen era aprendiz de imprenta mientras que yo era el director, pero eso nunca se interpuso entre nosotros. Siempre fuimos muy buenos amigos. Hay un grado de adhesión entre nosotros nada frecuente, y ha venido simplemente porque valoro su compañía.

Emily reconoció en la alusión de Walt a la «adhesión» el término frenológico para los vínculos masculinos. Podía dar buen crédito de la relación, habiendo visto las miradas de afecto que los dos hombres se intercambiaban.

—Eso explica la presencia de Henry. ¿Pero y la de usted?

Walt cogió las manos de Emily, como había hecho durante su primer *tête-à-tête*.

—Emily, lo que voy a confesarle, no se lo he dicho a nadie. Crean que simplemente he venido a adquirir sabiduría general para fortalecer mi poesía.

Después de todo, ¿qué poeta digno de respeto rechazaría embarcarse en un viaje para explorar la otra vida?

Emily sintió una punzada, como si Walt estuviera criticando su propia falta de entusiasmo por la expedición.

Sin percatarse de ello, Walt continuó:

—Y en cierto sentido, eso no es mentira. Al fin y al cabo, tengo el deber de hacer mis canciones todo lo verdaderas y valientes que pueda. Nuestro país, el glorioso poema conocido como América, está entrando en un periodo peligroso, Emily. Lo puedo oler en cada brisa sureña, no sé si me entiende. Y mis canciones han de ser fuertes, para ayudar a América a superar sus tiempos revueltos.

»Pero hay otra razón, más personal, por la que quiero ir a la Tierra Estival.

»Verá, necesito hablar con mi padre.

Walt hizo una pausa y respiró profundamente antes de continuar.

—Mi padre murió la misma semana en que se publicó por primera vez mi *Hojas de Hierba*. Nunca tuvo la oportunidad de verlo, de ver que estaba haciendo algo con mi vida. No era un hombre refinado, medía el éxito con su ojo de carpintero, y yo siempre fui una especie de decepción para él. No para mi bendita madre; no, ella siempre tuvo fe en su hijo favorito, y todavía vive y le gusta mi trabajo. Pero mi padre... bueno, baste con decir que siento que hay un asunto sin resolver entre nosotros, y que si pudiera hablar con él otra vez, podría vivir mi vida mejor y cantar mis canciones mejor. ¿Me comprende, Emily?

Emily estaba eufórica, todos los desaires olvidados. Una angustia extática corría por sus venas. Debió haber sabido que Walt no podía tener ningún motivo innoble para involucrarse con el Vidente de Poughkeepsie y su entorno, no más innoble que el de su hermano.

Rodeándole el cuello con los brazos, Emily exclamó:

—¡Oh, Walt! ¡Yo que nunca tuve unos padres de verdad a los que amar o recurrir puedo entenderle mejor que nadie! ¡Por favor, por favor, perdóneme por haber sido tan impertinentemente curiosa!

—No soy quien para perdonar, ni tampoco es necesario. Pero le perdono.

Emocionada con sus palabras y con su cercanía aromática, sudorosa y rústica, Emily cerró los ojos y aguardó expectante. En ese preciso instante oyó unos pasos que se aproximaban. Los dos se soltaron rápidamente y se pusieron de pie. No era más que el joven Sutton.

—El profesor dice que despertemos con cuidado a la gitana, Walt. ¡Están preparándolo todo para hacer una sesión de espiritismo esta noche!

## «EL ESPÍRITU MIRA AL POLVO»

La timidez paralizadora de Emily siempre le había impedido asistir a las «Noctes Ambrosianae» de Sue Gilbert Dickinson, en las que la flor y nata de Amherst y la alta sociedad venida de Boston solían divertirse a lo grande. Emily sólo participaba de la emoción de esas *fêtes* a través de los artículos del Boston Transcript que recortaba y pegaba en su álbum —junto a elogios periodísticos, ensayos naturistas y bufonadas graciosas—.

Pero se imaginaba que por muy emocionantes y magníficas que hubieran sido esas fiestas, ninguna podría haberse comparado con la tensión y el entusiasmo generado por el extraño equipamiento, el ambiente y las expectativas que había en el salón transformado de Las Coníferas.

Las gruesas cortinas de color rojo sangre se habían cerrado para impedir la entrada a todo rastro de luz de luna —y a buena parte del ruido nocturno normal—. En las paredes habían clavado con tachuelas unos recortes de papel con signos cabalísticos. Un cono de lo que según Davis les había asegurado, antes de irse de la sala, era «auténtico incienso hindú» se quemaba en un plato pequeño, perfumando el aire con un misterio pagano. La única iluminación venía de un par de velas gordas pálidas como un cadáver.

¡Caray, casi parecía como si ya ni siquiera estuvieran en Nueva Inglaterra!

Una mesa auxiliar endeble se había puesto en servicio como atrezo principal. Alrededor de la mesa se apiñaban siete sillas, cinco de las cuales estaban ocupadas: en un lado estaban sentados Emily y, a su izquierda, Walt; en sentido de las agujas del reloj desde el cantor de Manhattan estaban Sutton, Austin y Crookes. Las dos sillas vacías separaban a este último personaje de Emily.

Debajo de la mesa las rodillas en contacto forzaban una intimidad que, de no haber sido sus propósitos estrictamente científicos, habría sido de lo más impúdica.

Emily notaba algo extraño en el ambiente. Concordaba con aquellos extraordinarios momentos de soledad en los que había sentido que el velo que separaba los vivos de los muertos era más delgado de lo que la mayoría de la gente sospechaba...

*De cercanía con las Cosas arrancadas  
El Alma tiene momentos especiales—  
Las Formas que enterramos, moran,  
Familiares, en las Habitaciones—  
Incorrupto por el Sepulcro,*

*Viene el Decadente Compañero de juegos—  
Con la misma Chaqueta que llevaba—  
A lo largo abotonada en el Polvo,  
Desde que nosotros —días lejanos, Niños— jugábamos—  
Divididos —por un mundo—*

Inducida por estas premoniciones a superar su aversión natural por *Madame Selavy* y a darle a la mística francesa todo el beneficio de la duda posible, hasta la prueba final, Emily esperaba pacientemente a que la médium y su mentor hicieran su aparición, recordándose que si su adorada Elizabeth Barrett podía aguantar tanta tontería, ella también.

Sin embargo, no todos los participantes estaban así de tranquilos.

—¡Maldita sea, qué forma tan tonta de resolver un asunto científico! —el profesor Crookes explotó, tras unos momentos de doloroso bochorno.

Había surgido un altercado entre Davis y Crookes, concerniente al emplazamiento exacto de los tubos ideoplásticos a bordo del barco. Davis quería colocarlos a modo de estrella de cinco puntas ritualista, mientras que Crookes había optado por una disposición más euclidiana diseñada para proyectar la energía de manera simétrica. Al final, las dos partes habían aceptado el arbitrio del mundo de los espíritus (aunque Crookes parecía estar arrepintiéndose de su decisión).

No obstante, antes de que el naturalista siguiera expresando su enfado, la puerta se abrió y entraron el Vidente de Poughkeepsie y *Madame Selavy*.

Davis llevaba el traje y los anteojos de costumbre, pero se había coronado con un turbante púrpura de raso, cuyos extremos sujetaba con un broche de bisutería de gran tamaño. A ojos de Emily, la cosa entera se asemejaba sospechosamente a una faja de mujer que había visto en las páginas de moda del semanario *All The Year Round*. Descalza, *Madame Selavy* llevaba una túnica blanca de muselina que le quedaba amplia y suelta y que le dejaba los brazos desnudos. Por la manera en que sus carnes generosas daban saltos bajo la túnica, al parecer había abandonado el corsé (tal vez para que el ideoplasma circulara mejor).

Davis alzó las manos en un gesto de bendición.

—La meditación de *Madame Selavy* ha colocado su psique en concordancia con las fuerzas superiores. ¡Ahora está lista y dispuesta a fluir! ¡En nombre de Asar Un Nefer y Sekhet, de Alampis y Kobah, de Belial e Ishva-devata, que se abran las puertas!

*Madame Selavy* tomó asiento en la cabecera de la mesa, colocándose inmediatamente a la derecha de Emily. Mientras tanto, Davis levantó una pantalla de pergamino delante de las dos velas, sumiendo la estancia en una penumbra mayor. Después se sentó en la última silla vacía, entre Crookes y la médium.

—Cójanse todos de las manos, por favor, e intenten dejar la mente abierta y relajada. Los espíritus son extremadamente susceptibles con la negatividad. ¡Y

recuerden: bajo ningún concepto rompan el anillo hasta que la sesión no haya terminado oficialmente! No me hago responsable de lo que pueda ocurrir si lo hacen.

Emily creyó que Davis le había mirado a ella concretamente al hablar de «negatividad». Pero las sombras eran demasiado espesas para estar segura.

En cualquier caso, siguió las instrucciones: con la mano izquierda agarró la enorme zarpa de Walt; con la derecha se sometió al tacto rollizo y pegajoso de *Madame Selavy*.

En cuanto se completó el círculo, una ráfaga de viento pareció surgir de ninguna parte, sacudiendo las velas. En la cara de *Madame Selavy* apareció un gesto de esfuerzo atormentado.

Emily vio manar sudor de su labio superior bigotudo.

¡De repente sonaron una serie de golpes fuertes desde un rincón apartado del salón! Al mismo tiempo, la mesa daba saltos y sacudidas como un potro encabritado, sin intervención material aparente.

Davis dijo en tono de susurro:

—La guía espiritual, o epipsique, está entrando en el cuerpo de *Madame*.

Los ojos de la médium giraron hacia arriba, quedándose en blanco. Entonces, con una voz aguda de niña muy diferente a su propio timbre grave, dijo:

—¿Por qué gran jefe Davis llamar pequeña Nube Rosa?

—¡Princesa Nube Rosa! ¡Cuánto le agradecemos que haya contactado con nosotros! Sabemos el esfuerzo que le supone separarse de los esplendores de la Tierra Estival para hablar con nosotros meros mortales...

Crookes interrumpió.

—¡Basta de cortesías fantasmales! ¡Pregúntele por los tubos!

Davis no se alteró.

—Princesa Nube Roja, amiga mía, aunque de forma abrupta, en efecto ha surgido el objeto de nuestra reunión. Necesitamos saber la disposición correcta de los contenedores de ideoplasma en la nave. ¿Sería tan amable de darnos instrucciones?

Hubo una pausa. Después:

—¡Ay! Ser difícil decir... ¡Esperar! Hacer sello sagrado. Pero también poner tubos arriba y abajo, para cubrir gran canoa como piel de búfalo cubrir suelo de tipi de jefe.

—¡Vaya, hombre! —dijo Crookes, pero parecía apaciguado con el acuerdo.

—Gracias, princesa. Ya puede irse...

—¡Espere!

Era Austin. Emily se encogió ante las contorsiones de dolor evidentes en la cara de su hermano.

—Por favor, ¿puedes darme un mensaje de mis hijos no nacidos? ¿Saben que voy a ir a abrazarles?

—Los pequeños que india mala matar esperar a su padre con brazos abiertos. Las lágrimas rodaron por la cara de Austin.

—Gracias, princesa, gracias.

Entonces, endureciendo su corazón al dolor de Austin, Emily habló de acuerdo con un plan que había ideado en secreto y mantenido oculto, incluso de Walt.

—Yo también tengo una pregunta para el espíritu, si es posible.

Davis dudó un momento, después dijo:

—Desde luego. Pero no puedo garantizarle nada.

—Lo entiendo. Princesa, mi pregunta es para Leonard Humphrey, mi antiguo profesor. ¿Puede contactar con él?

*Madame Selavy* se dobló y se retorció antes de responder finalmente:

—Sí, Leonard estar conmigo aquí.

—Pregúntele por favor qué quería decir cuando dijo que mis poemas eran «escoria».

—¡Oh! Leonard arrepentirse mucho. Él decir que no poder ver su valor con ojos vivos. Pero ahora ver que son cantos muy buenos.

Emily sonrió.

—Gracias, princesa.

Humphrey nunca le había dicho una cosa así a Emily, de hecho ni siquiera había visto nunca ninguna de sus efusiones juveniles, pues ella había sido demasiado tímida para revelarlas.

—Si no hay más preguntas... Muy bien, daremos por finalizada esta sesión.

*Madame Selavy* habló.

—Princesa Nube Rosa querer despedirse.

—¡Una manifestación ideoplástica! ¡Es un honor, princesa!

Siendo la más cercana a la médium, Emily fue la primera en ver la manifestación. La parte ensombrecida de la túnica de la médium que se extendía a lo ancho de su regazo se levantó y parecía flotar en el aire, tomando forma a la vez que crecía. (Emily no quería ni pensar de dónde se suponía que estaba saliendo el ideoplasma esta vez). En unos pocos segundos una mano pálida y resplandeciente con su brazo incorporado saludó por encima del nivel de la mesa.

—Adiós, adiós. Yo veros en la Tierra Estival... —Emily se puso de pie de un salto, rompiendo el contacto por los dos lados, y agarró el miembro ideoplástico.

¡*Madame Selavy* chilló! La mesa se cayó —por obra de Davis, Emily asumió después, aunque en ese momento pareció saltar por su propia voluntad— y reinó el caos general.

Para cuando Walt hubo encendido los apliques de aceite de ballena de la pared, el tumulto había cesado.

Y ahí de pie estaba Emily, sosteniendo en alto su premio con aire triunfante.

—¡Miren! —exclamó—. Un armazón ligero sobre una barra extensible, cubierto en muselina mojada. ¡Seguro que tiene una raja en la túnica por donde salía esto, y luego lo movía con el pie!

Los hombres se habían llevado a la aparentemente inconsciente *Madame Selavy* a



un sofá, donde yacía postrada. Desde su posición de profunda preocupación junto a ella, Davis miró a Emily.

—¡Por supuesto que eso es lo que parece ahora! ¡Una vez roto el enlace con la médium, sin las ceremonias adecuadas el ideoplasma revierte en la forma terrenal más parecida! ¡Espero que no la haya matado, con su falta de respeto sacrílega!

Emily tiró el instrumento al suelo.

—¡Con semejante lógica, yo misma podría convertir un colibrí en un dragón! Si creen a este impostor, es que están todos locos. ¡Espero que no me caiga para atrás de la risa cuando la expedición se vaya al garete!

Haciendo un ejercicio obvio de autocontrol, Austin se acercó a su hermana.

—Desde luego tú no estarás ahí, después de este descarado insulto.

Emily se echó a reír.

—Oh, te equivocas, Austin. Estaré ahí, y no sólo como espectadora, ¡sino como una más de la tripulación! ¡O eso, o le mandaré un telegrama a Padre con noticias de todo este sórdido asunto! ¡Y créeme, un telégrafo mundano funciona igual de bien que uno celestial!

La mención del Patrón hizo palidecer a Austin. Le bajó los humos de forma efectiva.

Entonces Crookes intentó disuadirla.

—¿Por qué está tan empeñada en acompañarnos, señorita Dickinson, si no tiene fe en nuestro éxito?

Emily se puso al lado de Walt.

—¡Voy para proteger a los que amo de que les tomen por tontos y les hagan daño! Sin afirmar ni desmentir a Emily, Walt dijo:

—¿Tan frágiles son nuestras ilusiones que no podemos permitirnos tener a una escéptica de visión clara entre nosotros? Su presencia no será un obstáculo, si nuestra teoría es correcta.

Un gruñido vino flotando desde el sofá. Todo el mundo se volvió hacia la médium recostada.

—Dejen que la *petite* incrédula zarpe con nosotros. No importa.

»¡Pues no ha de regresar nunca!

## «¡TIERRA A LA VISTA! ¡LA ETERNIDAD!»

El desfile de avestruces por las calles de Amherst atraía no poca atención, de burgueses y mendigos por igual.

Guiadas por Henry Sutton, atosigadas con amabilidad desde atrás por un Walt de vara en mano —cuyo uniforme informal, por una vez, encajaba con su rol de pastor — las magníficas aves trotaban orgullosas por las polvorientas vías públicas, arrastrando espectadores en tropel a su paso.

Emily tenía que correr para seguir el paso del desfile de hombres, mujeres y niños alborotados: una tarea difícil con su largo vestido blanco. Al final, se remangó la falda con atrevimiento, dejando al descubierto varios centímetros de tobillos y pantorrillas, y consiguió alcanzar a Walt.

Un poco de Locura en Primavera es sano hasta para la Realeza, se recordó Emily. ¡Y el Señor sabía que esta había sido la Primavera más loca de su vida!

Tardaron no uno sino tres días en colocar los dispositivos ideoplásticos de propulsión al gusto de Crookes y Davis. Eso había averiguado Emily, mediante visitas diarias al parque Common. Apenas había podido contener la risa al ver tanta actividad inútil; sin duda los tubos iban a resultar otra tomadura de pelo igual que la tercera mano de *Madame Selavy*...

Durante este tiempo, Austin y Sutton habían estado ocupados cargando varios suministros a bordo de la goleta: tiendas de campaña, agua embotellada, alimentos, cuerdas, pienso de avestruces. A Emily le vino a la cabeza ese Ganado más pequeño que la Abeja, cuyo cultivo es la Miga pasada.

Y en cuanto a Walt, sencillamente había desaparecido tras la sesión. A la mañana siguiente había aparecido una nota breve en la bandeja del desayuno de Emily, citando uno de los propios poemas del viajero errante.

*A pie y con buen ánimo, emprendo el camino abierto,  
Sano, libre, el mundo ante mí,  
La larga senda marrón ante mí que lleva adonde yo elija.*

Emily había cascado el huevo pasado por agua sin ningún temblor aparente en las manos, aunque por dentro estaba hecha un remolino de inseguridad.

No había sido su intención manifestar su amor por Walt en voz alta, ¡menos aún durante un acto público tan confuso como una sesión de espiritismo! Pero lo había hecho. Fuera cual fuera el impulso diabólico que le había motivado, había dejado al descubierto sus verdaderos sentimientos por Walt, sentimientos que apenas había sido

capaz de reconocer ante sí misma.

Y por lo visto, sus palabras habían hecho que el objeto de su afecto saliera corriendo. ¿Acaso Walt no correspondía su profunda devoción, o era que sentía una atracción demasiado fuerte para fiarse de sí mismo si se acercaba a ella? Probablemente lo primero.

*Mi Valor es toda mi Duda—  
Su Mérito —todo mi miedo—  
En cuyo contraste, mi cualidad  
Más humilde —la veo—*

*Que yo resulte insuficiente  
Para su Necesidad amada—  
La Principal Aprensión  
En mi Mente abarrotada—*

Bueno, no había manera de retractarse de sus palabras, aunque hubiera querido, no podía hacer nada hasta que Walt volviera —si volvía—.

Así que se comió el huevo tranquilamente.

Pero esa misma mañana, atraída a la ventana de su habitación que daba a la calle Main por el ruido inconfundible del paso de una manada de avestruces, Emily había visto la figura desgredada de su amado.

Emily se dio prisa en ir al retrete. Carlo, notando su nerviosismo y su urgencia, ladraba y daba saltos. De repente Emily tuvo una corazonada. Sabía con certeza que lanzándose tras Walt, se estaba embarcando en una gran aventura que le podría separar de su mascota para siempre, ya fuera por fuga o por matrimonio, por muerte o por locura.

Emily le dio un abrazo al perro, luego lo encerró en la habitación.

Para cuando logró bajar a la calle, la procesión ya estaba a cierta distancia. De ahí que fuera necesaria esa prisa tan poco delicada.

Emily llegó a la altura del pastor hirsuto y frenó.

—¡Walt! ¡Espera!

Obediente, Walt se paró. El rebaño continuó adelante sin él, la multitud les rodeaba impidiendo que escaparan. Al poco rato, los dos poetas estaban solos y el bullicio se desvanecía a medida que el desfile desaparecía por una esquina.

Walt no se había movido. Emily se puso frente a él para mirarle a la cara. Sus apacibles rasgos varoniles, para alivio de ella, no dejaban ver desagrado o aflicción por su aparición, como había medio temido que ocurriría. Más bien al contrario, le sonrió amablemente y se quitó su sombrero negro flexible.

—Emily, querida, me alegro de verla una vez más antes de nuestra partida.

—¡Es hoy, entonces! ¡Démonos prisa, o se irán sin nosotros!

—No seguirá pensando en ponerse en peligro en una expedición tan arriesgada, espero...

—¡Por supuesto! No entreveo ningún riesgo, pero aunque lo hubiera, ¿cree que dejaría que mi Maestro se precipitara hacia él sin mí?

Walt suspiró y volvió a ponerse el sombrero. Cogiendo a Emily del codo, dijo:

—Sigamos andando. Me deja pensar mejor. Así es como he pasado los últimos días.

Continuaron hacia el centro del pueblo. A los pocos metros, Walt dijo:

—Emily, creo que no me conoce muy bien...

—¡Oh, pero le conozco, Walt, le conozco! ¡Su alma es tan clara como el hielo en el arroyo para mí!

—Debo discrepar. Apenas nos hemos visto un par de veces, y me llama su «Maestro». Con sólo eso se ve lo mal que me percibe. Yo no soy el maestro de nadie, ¡ni siquiera de mí mismo, me temo! Todavía soy un misterio para mí mismo, después de todos estos años. ¿Cómo podría ser menos misterio para usted?

—¡Pero yo le amo, Walt! ¡Seguro que eso trasciende el mero conocimiento!

—Así es, así es, estoy de acuerdo. ¿Pero queremos decir lo mismo usted y yo cuando hablamos de amor, Emily? Desde que dejé mi cuna de incesante mecer, siempre he estado terriblemente perplejo acerca de la naturaleza del amor. Yo he sido el que se atormentaba constantemente con el amor apasionado. ¿No gravita la Tierra? ¿No atrae toda materia, en tormento, a toda otra materia? ¡Así hace el cuerpo mío con todo el que me encuentro o conozco! No me contento con una mera mayoría, ¡he de tener el amor de todos los hombres y todas las mujeres del mundo!

—¡Y tiene el mío, Walt! ¡Mi corazón entero!

—Emily, escuche. Del océano rodante, la multitud, viniste a mí con ternura, una gota como yo. Susurraste: «Te amo. He recorrido un largo camino sólo para mirarte, para tocarte». Y esto es bueno. Pero yo respondo: «Ahora que nos hemos encontrado y mirado, ¡estamos a salvo! Regresa en paz al océano, amor mío. Yo también soy parte de ese océano, amor mío. ¡Nunca nos separamos! ¡Contempla el gran globo, la cohesión de todo, qué perfección!».

Lo único que oía Emily eran las palabras «amor mío» repetidas dos veces. El viaje a la Tierra Estival no era necesario: ella ya estaba en el Paraíso.

—Como quiera, Walt. Me conformo. Ahora vámonos con los demás.

—Sólo si me entiende de verdad, *ma femme*...

—Sí, tranquilo. Le entiendo.

Continuaron andando en silencio durante el resto del camino hasta el Common.

La multitud era enorme. Las masas de gente no sólo se extendían por todo el césped, sino que también colgaban por las ventanas de los edificios colindantes. Los jóvenes estudiantes de la Fila de las Fraternidades, claramente con unas cuantas copas ya encima, estaban cantando con voz ronca una tonadilla sobre el cuerpo de John Brown (por lo visto, su idea de una despedida adecuada a tan solemne viaje).

A Emily le sorprendió que ni las autoridades laicas ni las religiosas hubieran intervenido para parar lo que en esencia era una expedición blasfema. Lo único que podía asumir era que se había hecho uso del dinero y la influencia de la familia Dickinson.

El propio barco —con las velas todavía sin desplegar— se había transformado en una especie de árbol de Navidad adornado con baratijas. De la superestructura y del aparejo colgaban los tubos de Crookes cargados, conectados con cables eléctricos. Los sospechosos contenidos parecían proyectar un nimbo a su alrededor, provocando fluctuaciones en el aire. Era un efecto espeluznante, y Emily seguía sin comprender qué truco empleaba *Madame Selavy* para lograrlo.

La última de las avestruces —Norma, creyó Emily— subía a bordo en ese momento, por una pasarela larga de pendiente suave. Walt y Emily embarcaron detrás del ave.

El resto de la tripulación estaba esperándoles.

Austin vio a Emily. Ella se preparó para refutar el esperado reproche de su hermano, pero se quedó sorprendida con sus palabras.

—Aunque es demasiado tarde para que lleves a cabo tu amenaza de telegrafiar a Padre, y forzar con eso tu pasaje, tu compañía es bien recibida de todos modos, hermana. A pesar de tu obvia antipatía sin fundamento hacia *Madame Selavy*, ella ha intercedido por ti amablemente.

Emily miró a la médium con desconfianza y ella le devolvió una reverencia burlona y una sonrisa que parecían la expresión que pondría un gato de Vinnie acechando a su presa de plumas.

Entonces habló Crookes.

—Si ya se han enterrado todas las hachas, al menos temporalmente, entonces a lo mejor podemos pasar al terreno científico. La hora de salida está programada para las doce en punto y todavía tenemos que ocuparnos de algunos asuntos. Henry y Austin: recojan la pasarela, por favor. Y señor Whitman: ¿haría usted los honores?

Crookes le entregó a Walt una botella de champán. Walt la cogió y respondió:

—Es un privilegio para mí, señor —y avanzó hasta la proa.

Al aparecer el poeta, la multitud rugió, después guardaron silencio. Con la dignidad que siempre adoptaba en sus frecuentes compromisos de cara al público, Walt se dirigió a los espectadores.

—Éstas son las palabras de mi buen amigo gris William Cullen Bryant y considero que son apropiadas para hoy.

—«*Vive así, que cuando llegue la llamada para unirte*

—*A la caravana innumerable, que viaja*

—*A ese reino misterioso, donde cada uno ocupará*

—*Su estancia en los silenciosos palacios de la muerte,*

—*No vayas, como el esclavo de la cantera por la noche,*

—*Azotado a su calabozo, aunque, sostenido y aliviado*

—«*Por una fe inquebrantable, acércate a tu tumba*

—*Como quien se cubre con las ropas de su lecho*

—*Y se acuesta a soñar plácidamente*».

Con sus últimas palabras, Walt lanzó la botella con fuerza contra el casco del barco, bramando al mismo tiempo.

—¡Yo te bautizo *Tanatopsis!*

El champán y los cristales rociaron a los observadores que estaban más cerca. Reinó un silencio de asombro. Walt se dio la vuelta para irse, entonces miró de nuevo a la multitud.

—El reloj indica el momento, ¿pero qué indica la eternidad? —les preguntó.

Nadie contestó, bien porque no le tomaron en serio o por lo que fuera.

Walt regresó con los demás. A los ojos de Emily, parecía de alguna manera engrandecido, como si se estuviera deshaciendo de las limitaciones de la civilización, preparándose para medir su alma con la misma muerte, flexionando sus músculos espirituales como preparación para un combate de lucha libre celestial.

—Bueno, camaradas, el barco ya está bautizado noblemente. Sólo nos queda zarpar. Oh capitán, mi capitán... ¿es la hora?

Crookes consultó un reloj de bolsillo.

—Casi. Vayamos a los sofás.

Davis habló.

—Pronto flotaremos en la bahía de las Siete Almas. La princesa Nube Rosa nos saludará desde lo alto de los Acantilados Granates, y nuestros sueños más preciados se harán realidad.

Austin dijo:

—Pronto estaré abrazando a mis hijos.

—Y *c'est vrai*, cuando regrese no tendré rival como médium.

Conduciendo a su tripulación hacia la popa, Crookes les llevó hasta un círculo de sofás atornillados a la cubierta de modo incongruente. Dentro del círculo había una estrella de cinco puntas con los contenedores de ideoplasma. Fuera, a un lado, había un sofisticado dispositivo formado por unos tanques metálicos de tapón hermético y un extraño reloj de gran tamaño. De los tanques salían varias mangueras de goma, dos por sofá. Cada par de mangueras terminaba en una máscara facial de gutapercha.

—Señorita Dickinson, usted es la única que no está al corriente de las precauciones, así que escuche con atención. La princesa Nube Rosa nos ha advertido de que la transición de este mundo a la Tierra Estival volvería loco a un viajero humano consciente. Por lo tanto, hemos elegido hacer el viaje dormidos, tan inconscientes de los peligros como un fósil del profesor Agassiz, por así decirlo.

—Uno de estos tanques está lleno de éter, un gas que posee el poder de incapacitar el cerebro. ¿Tal vez lo haya oído nombrar en conexión con unos recientes experimentos llevados a cabo en partos en el Hospital General de Massachusetts...? El otro contiene oxígeno puro. Las válvulas de ambos están controladas por este reloj

*multum in parvo*, una especie de cronómetro electromecánico. Cinco minutos antes de las doce, el reloj disparará una ráfaga de éter a las máscaras. A las doce, el mismo sistema cerrará el circuito en los tubos de propulsión. Unos escasos sesenta segundos bastarán para hacer la transición, momento en el que nos despertará un soplo fresco de oxígeno. Y bien, ¿está usted dispuesta a confiar su vida a este mecanismo?

La seguridad con que actuaba el científico, de naturaleza similar a la nueva bravuconería de Walt, inspiró a Emily. Ella contestó:

—Si usted da garantías del artefacto, entonces pongo mi fe en él... y en usted, señor.

Crookes sonrió.

—De acuerdo, entonces. ¡Se acerca la hora! Damas y caballeros: ¡a los sofás, por favor!

Los intrépidos argonautas interdimensionales se recostaron sobre los cojines de pelo de caballo.

Emily cogió su máscara con cuidado y se la ató. Tal y como le cubría la nariz y la boca, le impartía una sensación sofocante y claustrofóbica, como si le estuvieran encerrando en uno de los modernos ataúdes metálicos de Fisk.

En verdad, se sentía ya muerta, sus temores más antiguos finalmente cumplidos.

Walt se había sentado en un sofá al otro lado del círculo. Emily atrapó su mirada. Él le guiñó el ojo y ella se sintió mejor.

El sol estaba en la vertical y a Emily le llegaba el ruido de la multitud como un oleaje estruendoso sin palabras.

Sonó el silbido del gas al salir. Emily aguantó la respiración hasta casi arderle los pulmones, pero al final se vio obligada a inhalar.

*El sueño es el gran estado, por el cual, en todos lados, huestes de testigos han pasado.*

Mientras apuraba los últimos tragos de olvido, oyó el clic de un conmutador, seguido del estallido del Apocalipsis.

## «CAÍDA EN EL CAMPO DE ÉTER, LLEVANDO EL VESTIDO DE TIERRA»

*Su Polvo conectado —y vivo—.*

*Bajo sus Átomos había Rasgos, augustos, absortos y entumecidos.*

*Era una Criatura vestida de Milagro.*

*Era Angustia más grandiosa que el Gozo.*

*Era Dolor de Resurrección.*

*Si la Muerte era una Raya, ella sin duda estaba de este lado.*

Todavía recostada en su sofá, percatándose algo aturdida de que el cielo de mediodía había cambiado de algún modo a tonos crepusculares —un velo de oro y carmesí, añil y ópalo— Emily se llevó una mano temblorosa a la cara y trató de quitarse la máscara.

Por encima de ella apareció la figura de Walt, preocupado.

—Espere, Emily, permítame.

Le desató la máscara y le ayudó a incorporarse. Emily se esforzó por fijar la vista en sus compañeros de viaje, que iban poco a poco recuperando el conocimiento y poniéndose en pie, quitándose el material anestésico sin fuerzas.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Walt.

—Creo... creo que sí. Aunque casi tengo miedo de estar en este cuerpo. ¿Qué ha pasado? ¿Hemos llegado a cruzar la frontera de la muerte?

—Supongo. Pero vamos a ayudar a los demás y luego ya veremos qué hacemos.

Pronto, los siete viajeros estaban preparados, aunque débiles. Entonces, por primera vez, se atrevieron a levantar la vista y a mirar al exterior, más allá del Tanatopsis.

Lo que vieron les hizo acercarse todos a una como sonámbulos hasta la barandilla de babor.

El Tanatopsis descansaba sobre sus ruedas en medio de una llanura perfectamente plana y aparentemente infinita, cuyo horizonte circunstante parecía de forma extraña más alejado que su homólogo terrenal.

Y la llanura estaba cubierta de hierba verde esmeralda, casi luminiscente, pastada o segada o autolimitada de alguna forma inherente, tan lisa como el césped de una Vasta Propiedad. Características de otro tipo, no había ninguna.

Permanecieron atónitos en silencio, hasta que de boca de Walt retumbaron unas carcajadas inmensas, seguidas de un discurso exuberante, casi maníaco.

—¡Dios de mi vida! ¡Tenía razón, desde el principio! ¡Qué bien, qué justo, qué



perfecto! ¿Alguna vez un poeta ha recibido mayor confirmación de sus visiones? Por favor, ¡que alguien me pregunte qué es esta hierba!

Emily obedeció.

—¿Qué... qué es esta hierba, Walt?

Walt hinchó el pecho y declamó:

—Un niño dijo: «¿Qué es la hierba?» trayéndola a manos llenas. ¿Qué podría contestarle? Yo tampoco sé qué es. Me figuro que debe ser la bandera de mi talante, tejida con tela verde de esperanza. O me figuro que es el pañuelo del Señor, un perfumado regalo y recordatorio, dejado intencionadamente, con el nombre del dueño en alguna esquina, para que lo veamos y lo comentemos, y digamos: «¿de quién?». O me figuro que la misma hierba es un niño, el retoño de la vegetación. O me figuro que es un jeroglífico uniforme, ¡el cabello suelto y hermoso de las tumbas!

El joven Sutton comenzó a aplaudir.

—¡Bravo, Walt! ¡Tú ya lo sabías antes incluso de venir!

Entonces habló Davis con tono inseguro.

—Me he debido desviar un poco en los cálculos. Está claro que esto no es la bahía de las Siete Almas.

—Yo diría que no —aseguró Crookes.

—Tengo que consultar los mapas de la cabina. Sin duda un accidente geográfico tan extenso como este desierto verde tiene que aparecer, aunque sólo sea como parte de la Tierra Estival incógnita. En todo caso, no hay necesidad de preocuparse. Una vez que la princesa Nube Rosa nos localice por telepatía, se materializará aquí y nos guiará por medios astrales al Castillo de Grana, donde entablaremos un coloquio con Aristóteles y Sócrates, Chaucer y Shakespeare, entre otros innumerables genios espirituales.

Davis se volvió con esperanzas hacia *Madame Selavy*.

—¿Puede establecer contacto con la princesa, mi querida Hrose?

*Madame Selavy* giró los ojos hacia la parte trasera de la cabeza y tensó los músculos de la cara, como si intentara expulsar, en lugar de ideoplasma, una piedra del riñón.

—Hay mucho ruido en el telégrafo cósmico. Tantos espíritus cerca me abruman...

Emily iba a preguntar *¿qué espíritus?* cuando habló su hermano.

—¿Alguien se ha fijado en el sol?

Entonces todos miraron con recelo al abotargado orbe naranja, suspendido a un mero grado o dos por encima del horizonte. Lo observaron durante cinco minutos enteros, en los que no se movió ni un ápice.

Con una lágrima surcando su mejilla, Emily puso fin al silencio.

—El Atardecer seguía cayendo —cayendo— inmóvil. No había Rocío en la Hierba —sólo paraba en mi Frente y deambulaba en mi Cara—. Conozco esta Luz. Morir es lo que hago —pero no temo saberlo—.

—Morir es lo que ha hecho —le contradijo Crookes—. Esto es algo muy distinto.

Con esto, Crookes, haciendo un esfuerzo visible por deshacerse de su aturdimiento, fue con decisión hacia la bodega, donde se oía a las avestruces llamar en tono lastimero.

—Austin, Henry, vengan a ayudarme a enganchar las aves a las norias. Tenemos que recargar las pilas voltaicas por si hay que salir de aquí en seguida. Señor Davis, usted y *Madame* deberían concentrarse en establecer nuestro paradero y encontrar algún supuesto habitante de la Tierra Estival. Y en cuanto a nuestros dos bardos, pueden continuar soltando como churros esas pequeñas trovas tan divertidas hasta nueva orden.

El equipo se separó en sus diversas facciones, dejando a Walt y a Emily solos junto a la barandilla.

A pesar de las imprevistas e inexplicables circunstancias, Emily se sentía cada vez más calmada y confiada. No sabía si era por el júbilo de Walt, que resplandecía en cada centímetro de su cuerpo musculoso, o por el aura de capitán de Crookes, o por una combinación de las dos cosas. Pero por la razón que fuera, no sentía temor por su destino en este extraño lugar, sino una gran expectación.

Cuando estaba a punto de compartir estos sentimientos con Walt, Emily advirtió dos otoñales riachuelos de lágrimas fluyendo vivos por su barba.

—Walt, ¿qué le aflige? —dijo Emily, cogiéndole una mano entre las suyas.

—Es la hierba. Me está hablando.

—¿Qué le dice?

—Dice... dice que es mi padre.

Durante otro corto intervalo, Walt continuó escuchando algo que Emily no podía oír. Entonces, sacudiéndose, continuó de una manera menos introspectiva.

—¡Marea verde a mis pies! ¡Te miro cara a cara! ¡Nubes del oeste! ¡Tú, sol en crepúsculo eterno! ¡Te miro cara a cara también! —se volvió completamente hacia Emily—. La travesía que hemos hecho es más maravillosa que cualquiera de las que emprendí en el transbordador de Brooklyn, ¡y las consideraba supernas! Pero ahora estamos donde el tiempo y el lugar no sirven de nada, ni tampoco la distancia. Ahora estamos con los hombres y mujeres de todas las generaciones, pasadas, presentes y futuras. Esto afirmo.

En ese momento emergieron los tres hombres que habían bajado a la bodega. Todos portaban distintos grados de turbación, desde la agitación extrema de Crookes, a la perplejidad desconcertada de Austin, pasando por la incomprensión benévola de Henry Sutton.

—Capitán —le llamó Walt—, ¿qué sucede?

Crookes se sacó un pañuelo del bolsillo del chaleco y se secó la frente. Tenía la cara tan blanca como la flor silvestre favorita de Emily, la pipa de indio.

—Las pilas no se cargan. Todo está perfectamente en orden, pero no podemos generar corriente. Es... es como si estuviéramos operando bajo un nuevo conjunto de

leyes naturales.

Emily dijo:

—¿Eso significa que estamos atrapados aquí, profesor?

—Me temo que sí. Al menos hasta donde llega la ciencia. Vamos a ver qué puede aportar la mitad psíquica del equipo...

Crookes avanzó hasta la escotilla que conducía a los camarotes. Allí llamó con los nudillos.

—¡Señor Davis! ¡*Madame Selavy!* Vengan, por favor. Tenemos que hablar.

Unos susurros amortiguados venían del interior. Los susurros fueron creciendo en volumen y en estridencia hasta que terminaron en un claro y sonoro «¡*Bâtard!*» seguido del ruido de la palma de una mano entrando en sólido contacto con la carne.

Al poco rato salieron la mejor médium de París y el Vidente de Poughkeepsie; éste último llevaba la marca roja de una mano en la mejilla.

*Madame Selavy* habló.

—Estaba en contacto con la princesa Nube Rosa cuando una entidad maligna ha tomado posesión de mi cuerpo. La vil bestia ha materializado una mano ideoplástica y ha atacado a *cher* Davis. Gracias a un magnífico esfuerzo he conseguido expulsar al intruso y preservar mi cordura.

A pesar de las penalidades, Crookes sonreía.

—Ya entiendo. ¿Y qué le dijo la princesa?

—*Tout le monde* puede estar tranquilo. Los espíritus planearon nuestra aparición aquí. Desviaron la embarcación a este páramo verde a propósito. Nuestras almas terrenales no están lo suficientemente purificadas para mantener un *tête-à-tête* con los espíritus en su propio terreno. La princesa Nube Rosa lo lamenta, pero no había otra alternativa. Hasta que no llegamos, no tenía forma de saberlo. Después de todo, nuestra expedición es *un premier*. Se nos ha ordenado por consiguiente que regresemos a las esferas inferiores y perfeccionemos el alma antes de intentar otro viaje.

—Ojalá pudiera hacerlo, *Madame*, pues creo que es lo más lógico. Pero desgraciadamente, el sistema eléctrico no funciona.

—¿Qué? —chilló *Madame Selavy*, lanzando su corpulento cuerpo contra Crookes y aporreándole el pecho a golpes. El delgado erudito aguantó admirablemente el formidable asalto—. ¡Mientes, mientes, grumete de pacotilla! ¡No podemos estar atrapados en este maldito lugar! ¡Tú nos has traído aquí, maldito alquimista! ¡Más te vale que nos saques en seguida!

La médium cesó la tormenta de golpes y se desmayó desplomándose sobre la cubierta. Walt y Austin se la llevaron a un sofá.

—El acento de *Madame* parece haber sido nuestra primera baja —comentó Crookes con ironía.

—Es otro claro caso de posesión ocasionado por la sorpresa de la noticia —defendió ligeramente Davis—. Supongo, por cierto, que no será una broma...

—Supone usted bien.

Walt dijo:

—Tal vez deberíamos sentarnos a tomar algo de sustento y planear nuestro siguiente paso.

—Una idea excelente.

—Yo pongo la mesa —se ofreció Emily, contenta de tener por fin algo útil que hacer.

Pronto el grupo de seis se había sentado en torno a una sencilla colación, servida sobre una mesa que Emily reconoció de Las Coníferas. Comieron en un silencio sombrío. Emily se percató por primera vez de la ausencia de ruidos de insectos. Aparentemente, en la pradera astral no había grillos ni cigarras, escarabajos ni moscas.

Cuando estaban terminando, *Madame Selavy* se les unió. Sin hacer referencia alguna a su arrebató, se puso a engullir la comida con voracidad.

Cuando hubo terminado, Crookes abordó las opciones.

—A mi modo de ver, podemos sencillamente sentarnos aquí en nuestra inútil embarcación hasta que agotemos todos los víveres y muramos de pura inanición, o podemos ponernos en camino atravesando este páramo apacible con la esperanza de encontrar algo o alguien que pueda ayudarnos. ¿Alguna otra idea?

Nadie habló.

—De acuerdo, entonces. Sometámoslo a votación. ¿Señor Whitman?

—¡Quitad los cerrojos de las puertas! ¡Quitad las puertas de sus quicios! Si sólo nos queda una hora de locura y alegría, ¡entonces no me retengáis!

—Lo tomo como un voto a favor de andar. ¿Señorita Dickinson?

—Cuando el carruaje de la Muerte se detiene, hay que entrar.

—Otro a favor. Acabemos antes. ¿Alguien quiere quedarse aquí sentado? ¿No? Pues que así sea. Preparémonos.

La decisión galvanizó a todos los viajeros y se pusieron en acción. Izaron a las avestruces de la bodega mediante un cabestrante y una eslinga. Dos de los animales se reservaron como monturas para las damas; cargaron al resto con todos los suministros. Descendieron la pasarela e hicieron bajar por ella a las aves con sus ronzales. Los humanos se unieron pronto a ellas, pisando con indecisión el extraño terreno, pero tras examinarlo llegaron a la conclusión de que era suelo convencional.

—Sólo falta elegir una dirección —dijo Crookes, brújula en mano.

Walt dijo:

—¿Puedo sugerir un encomio de uno de mis compañeros periodistas? «¡Ve al Oeste, joven!».

—¿Alguna otra propuesta? Muy bien, pues al oeste.

Con Emily y *Madame Selavy* dominando la recatada, aunque algo resbaladiza monta lateral —Emily sobre Norma y *Madame* sobre Zerlina— la expedición se puso en camino.

A unos cientos de metros del navío, pararon y se dieron la vuelta para conceder una última mirada nostálgica a la embarcación.

—¡Adiós, fantasía mía! —gritó Walt.

Y con esta despedida pareciendo flotar en el aire, los viajeros reanudaron la marcha por el desconocido paisaje verde de cielo crepuscular.

## «LA HIERBA TIENE TAN POCO QUE HACER, OJALÁ FUERA YO HENO»

A Emily siempre le habían encantado las puestas de sol. El Ama de casa barriendo con Cepillos de muchos colores; Leopardos dorados en el cielo; Barcos de púrpura en Mares de narcisos; una Duquesa nacida del fuego; las Candilejas del Teatro del Día... La puntuación llamativa y etérea de la frase del día siempre le había parecido una de las decisiones de autor más inspiradas de Dios.

Pero en este momento, tras ocho horas de viaje bajo el circo sutilmente variante pero esencialmente repetitivo de los cielos turbulentos de la Tierra Estival, ¡Emily estaba convencida de que no le importaba si no volvía a ver otra nube de colores en su vida! El espectáculo sin sentido de los cielos le estaba crispando los nervios como el gemido incesante de un idiota. Emily podía ver que los demás estaban experimentando sensaciones similares.

Montando al lado de Emily, *Madame Selavy* exhibía una apatía alicaída únicamente mitigada cuando decidía lanzar una mirada maligna en la dirección de Emily. Dirigiendo la montura de plumas y cuello largo de Emily, Austin caminaba arrastrando los pies con los ojos clavados en el césped invariable, al igual que el Vidente de Poughkeepsie, quien guiaba a la bestia de *Madame*. Crookes y Sutton, cada uno responsable de su propia cordada de avestruces de carga, estaban claramente absortos en sus propios pensamientos de desánimo. El único miembro de la expedición que seguía exhibiendo la mínima medida de confianza y vivacidad, de hecho, era Walt.

El Cantor de Paumanok había asumido en seguida el rol de avanzadilla de la marcha. Caminando a zancadas unos pocos metros por delante de los demás, había amenizado las primeras horas del viaje con un recital de algunos de sus poemas inspiradores.

—¡Yo tranquilo! Plantado cómodo en la Naturaleza, con aplomo en medio de las cosas irracionales, imbuido como están ellas, pasivo, receptivo, silencioso como ellas. ¡Oh saber soportar las contingencias, enfrentarse a la noche, las tormentas, el hambre, el ridículo, los accidentes, los rechazos, como lo hacen los árboles y los animales!

Walt se había dado la vuelta para hacer una reverencia en tono cómico al término de cada poema, haciendo un amplio barrido con el sombrero en la mano, y los demás se habían parado y aplaudido —Emily la más efusiva— dando a las avestruces la oportunidad de pacer en la extensión de forraje infinita, que parecía ser de su agrado.

Este prado monótono pronto se había hecho tan tedioso como el cielo. ¡Si al menos hubiera un simple Diente de León en medio de este Infortunio infinito, para

proclamar que se acabó la sepultura!

Pero flores no había ninguna.

Cuando las aves habían pastado lo suficiente, los humanos reanudaban la marcha a un paso moderado, habiendo acordado sin mediar palabra que no servía de nada ir con prisas y agotarse.

Después de varias horas, hicieron el primer alto para descansar un rato. De pie sobre los hombros de Walt, Henry Sutton apenas divisaba los mástiles del Tanatopsis, que aparentemente no habían sufrido ninguna alteración.

Consumieron unas vituallas y también unos tragos refrescantes de agua embotellada.

—Esta simple bebida —observó el siempre racional Crookes—, que en Amherst a menudo ni siquiera tenemos en cuenta, ahora marca el límite de nuestra supervivencia. A menos que encontremos una nueva fuente de agua, todos falleceremos dolorosamente de sed mucho antes de que se nos acabe la comida.

—Una muerte casi tan cruel como la que sufrieron mis hijos no nacidos —corroboró Austin—. Ojalá pudiéramos contactar ellos, seguro que podrían ayudarnos. *Madame*, ¿puede volver a intentarlo?

La vidente parecía haber recuperado su acento de París.

—Por supuesto que sí, *cher* Austin. Acérquense, formemos el círculo del poder.

Sentados sobre la suave alfombra viva, todos unieron las manos. *Madame* Selavy cerró los ojos y empezó la invocación.

—¡Zelator, Sothis, Ullikummi, abrid las puertas! ¡Aunque seamos indignos, concedednos audiencia!

El ambiente estaba cargado de expectación. Pero a pesar de los gruñidos enérgicos de *Madame* —que servían para reflejar sus esfuerzos más serios— no se cumplieron las esperanzas.

—Bueno, no ha pasado nada por intentarlo —dijo Crookes una vez que el círculo se había roto y todos estaban de nuevo en pie—. Pero empieza a parecer como si en realidad aquí no hubiera espíritus para responder a nuestras peticiones. Comienzo a sospechar que este lugar no es más que otro mundo corriente, que orbita tal vez alrededor de una estrella diferente a la nuestra, al cual hemos llegado de algún modo accidental, y por lo tanto, no es ninguna morada espiritual.

Entonces, el joven Sutton sorprendió a todos y cada uno rompiendo su habitual silencio autosuficiente e interponiendo un comentario.

—No, no puedo estar de acuerdo en eso, profe. Este sitio es el más allá, tan seguro como que mi gato tenía bigotes. Pero lo que quiero que me diga es, ¿cómo vamos a saber cuándo habremos muerto de verdad? Si nos quedamos dormidos demasiado sedientos y nos despertamos muertos, ¿qué notaremos diferente en el paisaje?

Crookes se rió con ganas y le dio una palmada en la espalda a Sutton.

—¡Excelente enigma, hombre! ¡Digno del mismísimo Tomás de Aquino!

Walt se sacudió las migas de comida de los pantalones. Aterrizaron en la hierba y se quedaron ahí mirando, pensó Emily, indescriptiblemente fuera de lugar, como cantos rodados en mitad de un salón. ¿Dónde estaban los miembros de la pequeña Nación afanosa que en la Tierra se las habrían llevado?

El corpulento poeta trató de mejorar la actitud de derrota que se cernía palpablemente sobre el grupo.

—¡Venid, niños de rostro curtido! ¡Seguidme en buen orden, pues no podemos demorarnos aquí! ¡Debemos marchar, queridos míos! Debemos afrontar lo peor del peligro, nosotros las razas jóvenes y fibrosas. Todos los demás de nosotros dependen. ¡Somos los pioneros!

—Más bien los «prisioneros» —rebatió Crookes. Pero él también cedió mostrando una ligera sonrisa.

Sin embargo, esa breve ilusión de esperanza no había durado mucho. Las caminatas con los pies doloridos pronto se convirtieron en la norma general. Incluso Walt había cesado finalmente sus discursos, uniéndose a los demás en silencioso desánimo.

Para Emily, el aspecto físico más brutal del viaje hasta ese momento se había manifestado en forma de un embarazoso dolor en las posaderas. El cojín de plumas a lomos de Norma en seguida se había convertido en un asiento de tormento duro como la roca. Emily había cambiado un rato yendo a pie, pero se encontró demasiado fatigada para mantener el paso de los demás. Su existencia diaria entre muros no la había preparado para tamaña marcha, y se vio obligada pese a su trasero dolorido a reanudar la monta.

Entonces, Crookes levantó la mano para ordenar otro alto. Sacó su reloj de bolsillo y dijo:

—En horario de Amherst, son ahora las ocho de la tarde. Propongo que acampemos para la, ejem, «noche», y partamos de nuevo al «alba». ¿De acuerdo? Bien. Montemos las tiendas, señores.

Liberaron a las avestruces de la carga temporalmente y las maniataron para pastar. Separaron tres tiendas del resto del equipo y las extendieron sobre la hierba.

—Austin, Davis y yo —dijo Crookes— compartiremos abrigo. Walt y Hen harán una pareja. Y las damas tendrán su propio refugio. Bueno, pongamos el campamento en orden. Aunque el cielo no parece amenazar lluvia, esta hierba ha de regarse de alguna manera, alguna vez.

Nada podía haber sido menos grato para Emily que las perspectivas de pasar la noche junto a la desagradable *Madame Selavy* y su perceptible, después de una proximidad prolongada, olor a ajo. Aún con todo no parecía haber alternativa, o por lo menos Emily estaba demasiado cansada para buscar una.

Se puso a mirar a los hombres cómo clavaban las piquetas y ataban las cuerdas. Tras unos pocos minutos, una brisa repentina —la primera en hacerse sentir en la Tierra Estival— le hizo darse la vuelta.



Lo que vio le dejó los Pulmones Inmóviles, sus Astutas Células incapaces siquiera de un aliento de Pantomima.

A menos de cuatro metros del campamento, un trozo ovalado de hierba había cobrado vida y se movía.

Era como si el suelo estuviera en ebullición con la actividad de cien mil lombrices retorciéndose. La tierra se ondulaba y se revolvía. Y la propia hierba no era inmune a este hechizo. Cada brizna parecía poseída por su propia voluntad, bailando y entrelazándose con sus vecinas como los tentáculos de un calamar.

Emily miró horrorizada durante lo que pareció una eternidad, aunque debió haber sido sólo unos segundos. Por fin, encontrando la voz, gritó débilmente:

—¡Socorro!

En un soplo, los demás miembros del grupo la habían rodeado. Emily señaló sin decir una palabra, y todos se quedaron boquiabiertos.

¡Pues la hierba se estaba cohesionando! Tomando forma y solidez, las hojas individuales estaban perdiendo sus identidades, creciendo y entretejiéndose en una tela uniforme.

Y esa tela verde de mesa de billar, moldeándose en torno a un armazón o esqueleto invisible, pronto adoptó el lustre de la carne verde... ¡y la forma de un niño perfecto y desnudo!

Finalizada la transformación del césped, el niño yacía boca arriba, respirando, con los ojos todavía cerrados.

El retoño de la vegetación.

Nadie dio expresión a su asombro, hasta que Walt habló.

—Separando la hierba de la pradera, respirando su aroma especial, le pido correspondencia espiritual. Pido a las hojas que se alcen en palabras, actos, seres, y vayan con sus propios andares.

Al callarse Walt, el niño verde abrió los ojos y se quedó mirando fijamente hacia arriba medio maravillado del cielo.

Walt dio un paso hacia el chico.

Emily le agarró de la manga.

—¡No, Walt, no lo haga! No sabemos qué forma de criatura es...

Con un tono de suave reprimenda, Walt contestó:

—Si quiero hablar con cualquiera que me encuentre, ¿quién va a decirme que no?

Emily le soltó la manga con reticencia, y Walt cubrió la distancia entre el chico y él con unos pocos pasos decididos.

Agachándose junto al niño, Walt dijo:

—Hijo, ¿puedes oírme y entenderme?

La voz del niño era dulce como el trébol.

—Sí.

—¿Dónde estás? ¿Qué te ha pasado?

El niño parpadeó, con sus pestañas verdes barriendo sus verdes ojos.

—Yo... era viejo. Estaba enfermo. Muriéndome. Yo... morí.

Emily cogió aire afilado como una estaca. Así que era verdad. Estaban en la Tierra Estival, la antesala del Paraíso... Los viejos temores religiosos se apoderaron de ella.

—¿En qué año moriste? —inquirió Walt.

—¿Año? Oh, hablas de tiempo. El año era mil novecientos... mil novecientos noventa y algo, no me acuerdo.

Entonces Crookes recobró el habla.

—¡Esto es absurdo! ¿Cómo vamos a estar hablando con el espíritu de alguien que ni siquiera ha vivido todavía?

—El tiempo no es algo simple —advirtió Davis—. Es del todo concebible que la Tierra Estival sea coexistente con todas las épocas, pasadas, presentes y futuras. Tal teoría explicaría la precognición exhibida por ciertos espíritus...

—¿Cuál era tu nombre mortal? —preguntó Walt.

—¿Nombre? —dijo el niño, como si fuera la más extraña de las palabras—. Creo que tenía un nombre. Todo se está desvaneciendo tan rápido. Allen. Allen Ginsberg. ¿Es eso un nombre?

Walt se rió al oír las sílabas mundanas entre tanta extrañeza, y le dio una palmada en el hombro al chico.

—Desde luego que sí, y un buen nombre hebreo además.

Al tocarle Walt, una mirada de asombro transfiguró los rasgos del niño.

—¡Tú eres Walt Whitman! —dijo.

Luego, como si el conocimiento le superara, el chico se desmayó.

Alarmado, Walt cogió al niño en brazos rápidamente y se levantó.

Donde había nacido el chico, la pradera estaba limpia de hierba con el claro contorno de su forma, revelando la fecunda tierra marrón que había debajo.

Pero mientras miraban, nuevos brotes de hierba surgían atravesando el suelo, deteniendo su crecimiento acelerado cuando llegaban a la altura de sus primas. Al poco rato, nada diferenciaba el sitio.

Walt llevó al chico al círculo de tiendas y lo sentó con la espalda apoyada en un fardo del equipo. Destaponó una botella de agua y roció un poco sobre la cara del niño.

Allen —pues así constaba ya el niño en la mente de Emily— abrió los ojos.

—El mar —dijo el chico—. He de encontrar el mar y reunirme con los demás en él...

Allen se puso en pie y echó a andar hacia el sol poniente.

—¡Espera! —exclamó Davis.

Allen se detuvo obedientemente, su pequeña forma desvestida parecía seguir empujando hacia el oeste.

—¿Ese mar del que hablas es el mar de Turmalina?

—No tiene nombre. Es simplemente el mar. Y yo debo ir a él.

Austin extendió una mano hacia el niño, como si quisiera abrazarle.

—Parece que, de alguna forma, has adquirido conocimientos de esta tierra, Allen.

¿Puedes ayudarnos a encontrar a nuestros seres queridos aquí?

—Si ya han llegado al mar, los buscáis en vano. ¿Y por qué me llamas Allen?

—Pero si nos has dicho que ése era tu nombre antes de venir aquí...

El chico les miró con una franqueza absolutamente ingenua.

—Nunca he estado en ningún otro lugar más que aquí, siempre. Sólo conozco la Tierra Estival.

## «QUÉ RARA PARECE LA VIDA DE LA CHICA TRAS ESTE SUAVE ECLIPSE»

Un fuego habría sido agradable. Un fuego habría ahuyentado el miedo. Un fuego habría disipado la penumbra.

Habría sido una hoguera alegre, como en una noche de invierno en La Hacienda, en que la familia Dickinson al completo se reunía para leer la Biblia, los tres hijos todavía pequeños, el Patrón relajado, la madre de Emily menos indispuesta en aquel entonces. Tal vez incluso habría sido una de esas escasas ocasiones en las que Emily había sido invitada a subir a las piernas de su padre, sentado en su silla imponente bajo aquel grabado de «La familia Forester», una prole feliz tan diferente a la suya propia. Y tal vez el Patrón habría estado lo suficientemente distendido para incluso mimar a su hija, acariciarle el pelo y decirle que era una niña buena, a pesar de ser semejante decepción, demasiado simple a los diez años hasta para leer un reloj...

Pero no había nada que quemar aquí en la Tierra Estival, de no ser sus propios equipajes.

Y si hubiera habido algo, ¿se habrían atrevido a hacer un fuego que inevitablemente chamuscaría y dañaría esta hierba milagrosa, una entidad por lo visto capaz de dar a luz?

¿Lo habría siquiera permitido la hierba?

Así que los viajeros desconsolados tuvieron que sentarse en un círculo alrededor del pálido brillo de una única lámpara de aceite de ballena —muy disminuido por la gloria del cielo policromado— a estudiar los movimientos para los «días» siguientes teniendo en cuenta los últimos acontecimientos, antes de irse a dormir.

Fuera del alcance de la luz, las avestruces apiñadas murmuraban irritadas, como si sus lerdos cerebros se estuvieran dando cuenta por fin de la anormalidad del entorno.

Más allá de las aves, estaba Allen.

El niño extraño e inescrutable miraba al oeste, su larga sombra invariable casi llegaba hasta el campamento. Quieto como una estatua de jade, parecía estar en comunión con alguien o algo que los humanos no podían percibir. Se había mantenido inmóvil durante una hora y parecía tener intención de continuar así durante muchas más.

Tras confundirles con su respuesta a Austin, el chico había hecho además de marcharse.

—Por favor —le rogó Crookes en el último minuto—, tienes que quedarte y ayudarnos.

—Lo haré si él quiere —dijo Allen.

Y el niño verde señaló a Walt.

—Me asombra cómo se ha fijado en usted —dijo Crookes.

—Ocurrió cuando nos tocamos —dijo Walt—. Hubo un flujo de inteligencia entre nosotros. Supongo que habría pasado lo mismo con cualquier otro.

Dirigiéndose al niño con solemnidad, Walt dijo:

—Me alegraría el corazón escuchar tu voz aflautada un poco más todavía, hijo mío.

—Entonces me quedo —dijo Allen.

En aquel momento les había parecido una victoria importante.

Pero entonces la charla reveló lo lejos que estaban de solucionar sus problemas.

Enrollándose un trozo de cuerda en el dedo de forma nerviosa, Crookes dijo:

—Suponiendo que Allen pueda ayudarnos a llegar a la orilla de este mar sin nombre, ¿qué ganamos con eso? Sin el Tanatopsis no podríamos zarpar, aunque valiera la pena el trayecto. De acuerdo, podríamos encontrarnos a otros resucitados, si hemos de creer a Allen. Pero si todos son tan ingenuos como él...

—A lo mejor —dijo Austin— entre ellos habrá mayores que podrán ayudarnos.

—Lo que más me decepciona —dijo Davis— es que los muertos por lo visto olvidan todo lo referente a sus vidas terrenales. Y yo tenía tantas ganas de conversar con Alejandro el Grande...

—Y yo con mis hijos —repitió Austin.

—¡Bah! —espetó *Madame Selavy*—. ¡Este *enfant vert* no es un espíritu real! ¡Es algún tipo de diablo no humano que lo que quiere es perdernos! ¡Caray, si ni siquiera reaccionó cuando mencioné a la princesa Nube Rosa! No, pueden estar seguros de que reconoceré a los verdaderos fantasmas cuando nos los encontremos. ¿Acaso no llevo años hablando con ellos?

Crookes tiró el cordel y se levantó.

—Bueno, esta charla no nos lleva a ninguna parte. Retirémonos, y tal vez las cosas se vean más claras por la mañana.

Todos se dirigieron a las tiendas asignadas.

Bajo la sombría lona asignada a las damas, *Madame Selavy* actuó rápidamente para establecer su dominio.

—No tragaré con bufidos ni patadas, *Mam'selle*. Cuidado con los codos, ocupe sólo su mitad de la tienda, no se apropie de las mantas, y nos llevaremos bien.

Diciendo esto, *Madame Selavy* se acostó en el jergón burdo, se engalanó grandiosamente con tres cuartos de las cubiertas, y, poniéndose de lado de forma que sus jamones sobresalían en la porción de Emily del colchón, comenzó en menos de medio minuto a producir unos ronquidos que le levantaban el bigote.

Apretándose en el espacio restante e intentando guardar la mayor distancia posible con la vidente de olor acre, Emily yacía boca arriba desvelada.

Ni ella ni Walt habían tenido mucho que decir en la última conversación. El

milagro del nacimiento de Allen parecía escapar a todo razonamiento. Emily sabía que el significado real de la manifestación sólo podía ser comprendido poéticamente, y suspiraba por oír qué gloriosas marañas de lenguaje Walt habría efundido del milagro...

Tras media hora de tales cavilaciones, Emily se levantó sigilosamente y salió de la tienda.

Nadie más se movía en el interior de la acampada, donde la lámpara seguía ardiendo desatendida.

Emily se acercó a la tienda de Walt. Tímidamente, levantó una solapa. El joven Sutton dormía solo, su cara de querubín sosegada. Dejando caer la solapa, Emily se fue más allá de la llama irregular del vivac.

Encontró a Walt sentado con las piernas cruzadas al lado de Allen. El poeta estaba tan fascinado como lo había estado a bordo del Tanatopsis, cuando había oído hablar a la hierba por primera vez.

Con cautela, Emily le tocó el hombro.

Walt se sobresaltó, luego levantó la cara.

—Emily —dijo, con el tono de quien reconoce a un amigo de la infancia que no ha visto desde hace siglos—. Extraña es la vigilia que guardo aquí esta noche. Agradezco la compañía humana. Acérquese, siéntese aquí a mi lado.

Torpemente, Emily dobló las piernas bajo la falda y se dejó caer sobre el suelo aterciopelado.

Allen no prestaba atención a las acciones de los humanos, sino que seguía con la mirada clavada en la dirección del eterno sol poniente.

Walt cogió la mano de Emily entre las suyas. A ella le latía el pulso tan rápido como un torrente de primavera.

—Ahora estoy en paz con mi padre —dijo el hombre—, aunque no haya visto su alma vestida con forma humana, como neciamente anhelaba. He comprendido lo que siempre supe, pero que había olvidado. Mi padre está por todas partes, en las costras musgosas de las vallas carcomidas, en las piedras amontonadas, en el saúco, el gordolobo y la hierba carmín. No necesito buscar más.

Emily sintió unas lágrimas extáticas escaldando sus mejillas.

—¡Oh, Walt, me alegro tanto por usted!

Walt trasladó las manos a la cintura de Emily.

—Permítame compartir mi alegría y mi fuerza renovadas, Emily.

Y entonces le besó.

George Gould le había besado una vez. Pero eso había sido hacía años. Y había sido un joven de cara suave, ¡no un hombre viril y con barba!

Walt se separó y susurró:

—¡Tú, tacto villano! ¿Qué estás haciendo? ¡Mi aliento está preso en su garganta! ¡Abre tus compuertas! Eres demasiado para mí. Mis sentidos han desertado de sus puestos...

—Los míos también... —dijo Emily.

Y se tumbó sobre el césped arrastrando a Walt con ella.

Las manos de Walt estaban muy atareadas bajo la ropa de Emily.

—Impulso, impulso e impulso, siempre el impulso procreador del mundo. De la penumbra, avanzan iguales opuestos. Siempre sustancia y aumento, siempre sexo. Siempre un entramado de identidad, siempre un brote de vida. Cultos e incultos sienten que así es. Es inútil explicarlo...

—¡Pues no lo hagas! —susurró Emily.

Walt estaba ya encima de ella, con las manos enterradas en el cuello de su blusa y su peso, como el tronco de un árbol, separándole las piernas. Podía oler el fragante herbaje de su pecho.

Emily le agarraba fuerte, con la boca contra su oreja.

—¡Mi río corre a ti, mar azul! ¿Me recibirás? Mi río espera respuesta, oh mar —ten compasión. Te llevaré arroyos de perdidos recodos. Dime, mar —¡tómame!

Walt dijo:

—*Ma femme* —después presionó con fuerza lenta y ruda contra ella.

Emily derramó una lágrima, y se mordió el labio.

En el cielo, una nube sangró alizarina.

Walt se movía despacio.

—Bajamar agujoneada por el flujo, y flujo agujoneado por la bajamar. Carne de amor hinchándose y ardiendo deliciosamente en deseos. Límpidos chorros de amor ilimitados, calientes y enormes. Trémula jalea de amor, zumo espumoso y delirante. Noche nupcial de amor abriéndose camino con certeza y suavidad hacia el amanecer postrado, ondulándose hacia el día que cede complaciente. ¡Estoy perdido en el abismo del día que con su dulce carne me estrecha!

—¡Sí, Walt, yo soy el día, y tú eres mi noche!

—¡Y aquí llega el alba!

Walt lanzó un alarido bárbaro, y se dejó caer sobre ella, eclipsando el cielo.

Emily no entendía cómo los demás no habían oído el clímax de Walt. Seguro que estarían saliendo a ver qué era ese revuelo. Pero no se movió para escapar del abrazo de Walt. No temía su censura, aquí al borde de la muerte en esta tierra extraña. ¡Qué todo el mundo viera el pendón verbenero que era!

¡Divino título el mío! ¡La Esposa sin el signo!

Al girar un poco la cabeza, Emily se dio cuenta de que su campo de visión limitado incluía los piecitos del niño verde. Tras analizarlos, tenía la extraña sensación de que Allen era el hijo improbable de su recién consumada unión.

Esperó a los demás. Pero nunca vinieron.

Encantados o agotados, habían estado durmiendo durante la coronación de Emily.

Finalmente, Walt reaccionó y retiró su envergadura de encima de ella.

—Deberíamos regresar, Emily, antes de que se preocupen.

—Lo que tú digas, Walt.

Mientras caminaban de vuelta a sus distintas tiendas, Emily se sintió un poco triste, preocupada y cansada, su exaltación desvaneciéndose.

—¿Walt?

—¿Sí?

—¿Si la Campanilla abriera su corola a la Abeja amante, *veneraría* la Abeja a la Campanilla tanto como antes?

—Yo soy para ti, y tú eres para mí, Emily. No sólo por nuestro bien, sino también por el bien de otros. Ningún tacto te despertó salvo el mío.

—¡Oh, Walt!



## «HABÍA UN CUERPECITO RELLENO POR CADA PEQUEÑO CERRO»

Cuando Emily se despertó, esto era lo que sentía.

*Si todas las penas que he de sufrir  
Hoy fueran a venir,  
Estoy tan feliz que creo  
¡Que van a reír y a huir!*

Perdida en una escalofriante tierra fronteriza entre la vida y la muerte sin perspectivas de rescate, debería haberse sentido tan desgraciada como sus desafortunados compañeros.

Pero el abrazo y las atenciones de Walt le habían permitido trascender la situación inmediata.

Por fin había capturado a su alma gemela, forjando con él esos lazos carnales inmemoriales que el tiempo nunca podría quebrar. ¡Y menuda presa! Un hombre tierno pero robusto, lo bastante profundo para corresponder a sus necesidades femeninas, un poeta salvaje con raíces en la sabiduría oculta del universo.

Al fin, Emily sabía cómo se había sentido su estimada Elizabeth Barrett al encontrar a su Robert. En ese momento, Emily comprendió que había estado en secreto muy celosa de «la portuguesa» durante todos estos años.

No le costó deshacerse de esas emociones juveniles.

Mientras se desperezaba en la tienda vacía de no ser por ella, con sus largos mechones castaños despeinados y en extraño desorden, Emily alababa a Walt por hacer tanto por ella. Juró que haría lo mismo por él. Cualquier cosa que quisiera o necesitara, dondequiera que vagara, hiciera lo que hiciera, ella estaría a su lado, como apoyo e inspiración.

Grande seré, o Enana —o de cualquier talla— ¡mientras sea la talla que Te vaya bien!

De repente Emily no pudo esperar más para ver a su amado. Apresuradamente, dejó la tienda.

Los demás estaban sentados en torno a la lámpara extinguida, tomando un desayuno ligero.

Walt holgazaneaba en la hierba, con un brazo apoyado en una manta enrollada y las piernas extendidas. Tenía la mirada clavada en una sola brizna arrancada y sostenida entre el pulgar y el índice.

—Ah, señorita Dickinson —le llamó Crookes—, pensábamos que había estado jugando con el éter a escondidas, ¡dormía usted tan profundamente! Pero se ha despertado justo a tiempo, pues vamos a levantar el campamento. Walt, tal vez quiera decirle a la señorita Dickinson lo que ha averiguado.

Entonces Walt miró a Emily. Su cara no delataba nada de lo que había pasado entre ellos la noche anterior, mostrando sólo su imparcialidad general, benevolente y risueña, algo templada por las tensiones de la situación.

*Qué amante tan considerado, pensó Emily. Quiere ocultar nuestra relación y evitarme cualquier posible bochorno. Tendré que decirle en privado que no hay tal necesidad. Gritaría mi amor desde los tejados de Amherst...*

Walt desechó la hierba.

—He estado hablando con Allen. «Anoche» se enteró mejor de lo que tiene que hacer. Debe encontrar a seis de sus semejantes para que le acompañen al mar. Solamente como una unidad, él y los demás podrán alcanzar su destino y pasar al plano siguiente de la existencia.

—Tiene mucho sentido —dijo Davis—. Siete es el número místico supremo. Siete planetas, siete días, siete metales y siete colores; puesto que las propiedades del siete son poderosas en nuestro mundo, también deben serlo en la Tierra Estival.

—En este sentido, entonces —extrapoló Crookes—, nuestra propia fuerza expedicionaria estaba incompleta y desequilibrada hasta la última y fortuita incorporación de la señorita Dickinson.

*Madame Selavy* liquidó a toda prisa un huevo duro en escabeche para poder proclamar:

—Yo hubiera preferido estar *un peu* descompensados, antes que contar con un intelecto tan desfavorable.

Ni siquiera *Madame* podía irritar a Emily esa mañana. Le dedicó una sonrisa amable a la vidente y dirigió sus palabras a Crookes.

—No me hubiera perdido esta excursión por nada del mundo, profesor.

Entonces Austin habló con aire melancólico.

—A menos que Allen y sus amigos nos ayuden a volver a casa, querida hermana, puede que lo que hayamos perdido sea precisamente el mundo.

Tras este apunte de urgencia, y sin mayor dilación, los exiliados recogieron el material y se pusieron en camino, ese día guiados por el silencioso y obsesionado de forma preternatural Allen, Walt en segundo lugar.

De algún modo, Crookes había acabado llevando las riendas de la montura de Emily, mientras que Austin había cogido una cordada de avestruces de carga. Entonces, viéndose algo apartados de los demás, el profesor entabló conversación con Emily.

—Me parece que, si consideramos las experiencias del primer día con justificación, podríamos ser testigos del renacimiento de una nueva alma a partir de la hierba cada veinticuatro horas más o menos. Estimándolo así, nos llevará una semana

aproximadamente reunir la compañía requerida por Allen. Creo que podremos estirar los suministros hasta entonces, si tenemos un poco de cautela. Aunque mucho más allá de ese punto, no puedo dar esperanzas.

Emily agradecía que Crookes le hablara con tanta franqueza e inteligencia. En realidad era un hombre muy agradable. Aunque por supuesto no tan espléndido como Walt. Intentó contestarle en tono similar.

—Lo que me asombra, profesor, es que no estemos tropezando literalmente con un niño-alma a cada paso.

—¿A qué se refiere?

—Piense. ¿Cuántos millones y millones de muertos ha habido en el pasado, y cuántos millones más habrá en el futuro? Si la Tierra Estival recibe una parte de ellos de forma regular —aunque no puedo especular cómo salvan la disyunción temporal entre los mundos— entonces el suelo debería reventar con resucitados a cada pocos metros. Los antiguos romanos, griegos, persas y medas, por no mencionar los futuros habitantes como Allen.

Crookes quedó visiblemente impresionado con el análisis de Emily. Tras un momento de reflexión, respondió:

—No veo ningún fallo en su razonamiento, señorita Dickinson, y solamente dos posibles respuestas. Tal vez la mayoría de los muertos de la eternidad hayan hecho ya la transición a la Tierra Estival. Esto significaría que hemos llegado aquí en un momento determinado del tiempo, un momento único en la historia de la otra vida. Como científico, sin embargo, tiendo a tratar cada situación como representativa, hasta que se demuestre su singularidad. Por lo tanto, me inclino por el segundo postulado.

—¿Cuál es?

—Que la Tierra Estival es prácticamente infinita en extensión. Los muertos en efecto llegan a cada momento en miríadas abrumadoras, pero esparcidos por trillones de hectáreas.

—¿Entonces encontrarnos a Allen tan pronto fue pura casualidad? ¿Y nuestras perspectivas de encontrar a los compañeros que necesita son igual de improbables?

—Eso parece. A menos que, por supuesto...

—¿Qué?

—Estamos asumiendo que los muertos se manifiestan al azar, igual que los dientes de león se abren en el jardín frontal del Patrón. Hay otra alternativa...

Emily la proporcionó.

—Que un Principio Superior ordene dónde deben aparecer. Que nuestro encuentro con Allen estuviera planeado. Y que nuestro destino esté en Manos Desconocidas.

Crookes parecía disgustado.

—¿Cómo odio imaginar a un judío de barbas anciano como el Mont Blanc continuamente espiándome por encima del hombro y llevándome del brazo! Pero

supongo que todo es posible.

—Sólo los acontecimientos probarán qué hipótesis es la correcta. Después de todo, un arco iris convence más que toda la filosofía.

Crookes se echó a reír.

—¡Señorita Dickinson, es usted una mujer excepcional! Permítame poner mis servicios a su completa disposición, si alguna vez los necesita.

—Gracias, señor Crookes, pero ya tengo un protector.

Crookes mostró una sonrisa enigmática.

—Ah, así que eso es lo que hay. Bueno, le deseo a usted y a su galán la mejor de las suertes. Ambos pueden necesitarla.

Antes de que Emily pudiera descifrar completamente qué insinuaba Crookes, se oyó un grito.

—¡Renacimiento a la vista! —resonó el claro tono de Walt.

Emily dirigió una mirada significativa a Crookes, quien se encogió de hombros como en simulación de derrota. Juntos, corrieron con los demás hasta donde estaban Walt y Allen.

La hierba ya había terminado su transformación cuando llegaron. Cuajada de la urdimbre y trama de la clorofila azotada, yacía la figura de una niña. Mientras los espectadores miraban, abrió los ojos.

—No la toquen —les advirtió Crookes—. Recuerden el efecto adverso que el contacto físico tuvo en Allen.

Emily se inclinó sobre la niña de cara dulce.

—¿Cómo te llamabas, querida?

—Sill... Sill... Sylvia.

—¿A secas?

—No recuerdo más.

Emily quería abrazar a la niña, pero se contuvo.

—Está bien, cariño. Mira, aquí tienes un amigo...

Allen se acercó y ayudó a Sylvia a levantarse.

—El mar —dijo Sylvia en cuanto se tocaron.

Sin hacer referencia a los humanos, la pareja de infantes desnudos reanudó su obstinado avance hacia el oeste.

—¿Puede algo ser —preguntó Crookes— encantador y horripilante a la vez?

—¿Nunca has visto —preguntó Walt— una prostituta común en la ciudad de las orgías, con su amoroso cuerpo de osario?

Austin se puso blanco y dijo:

—¡Oiga!

*Madame Selavy* se echó a reír con disimulo. Davis se puso a limpiar una mota en sus gafas. El joven Sutton se rió por lo bajo.

Crookes se volvió hacia Emily con una ceja levantada, como diciendo, *¡Buena suerte de verdad con este loco galán!*

## «EL OÍDO PUEDE PARTIR EL CORAZÓN TAN PRONTO COMO UNA LANZA»

El lento y perpetuo Día avanzaba, pero no llegaba a ninguna parte. Emily oía rodar sus Ejes, como si no pudieran alzarse, tanto odiaban moverse.

No había Estaciones para ella, no era Noche ni Mañana. Era Estío en el Estío, siglos de Junio.

Estaba en un viaje infinito por la calle del Éter.

Emily había vivido una eternidad en la Tierra Estival. Eso era un hecho. Nunca había habido una Amherst. Lavinia, Madre, El Patrón, Carlo... todos eran producto de su imaginación. Lo único que siempre había existido era el paisaje invariable, sus compañeros humanos y la pandilla de niños.

Para entonces ya eran seis: Allen, Sylvia, Hart, Delmore, Anne y Adrienne. Plantados en el suelo terrenal por sus ignorantes y afligidos seres queridos, habían excavado como larvas afanadas, emergiendo de sus crisálidas, el camposanto, a la Tierra Estival, portando las formas brillantes de la juventud, con las mentes alisadas por el Leteo.

Nunca fatigados, sin necesidad de comer o dormir, los niños de seguro habrían seguido avanzando sin pausa hacia su mar místico por distante que estuviera, de no haber sido refrenados por los humanos. Sin embargo, el lazo formado entre Allen y Walt se mantenía todavía, y los niños se paraban cuando los humanos lo hacían.

En tales ocasiones —que se habían hecho irregulares, a medida que los viajeros fueron desprendiéndose de los ritmos terrenales— los niños formaban un círculo silencioso de introspección. Emily recordó la ridícula sesión de espiritismo llevada a cabo en Las Coníferas; el círculo de los niños se asemejaba a ese embrollo como el Parlamento se asemeja a un congreso de cuervos.

Nadie podía predecir qué pasaría cuando se uniera el séptimo niño. Incluso Allen decía no saberlo...

Emily no tenía ni idea de qué impulsaba a los demás a seguir en esta búsqueda descabellada para escapar de la otra vida. En su caso, era sólo amor por Walt, y un sueño de cómo sería su vida juntos cuando volvieran a la Tierra.

Emily y su Amante de Paumanok no habían disfrutado de otra cita desde la primera. Emily no había ido a buscar a Walt para otro encuentro íntimo a «medianoche», y él no había acudido a ella. Así estaba bien. Incluso al otro lado de la muerte, estaba bien observar el decoro. Emily estaba contenta de saber que su amor imperecedero todavía ardía como un volcán oculto bajo la superficie de la cordialidad.

*Qué rojo se mece el Fuego debajo, qué inseguro el suelo. Si destapara, poblaría de asombro mi soledad.*

Se compadecía de la falta de un bastión así en los demás, e intentaba compartir con ellos su fuerza y su ánimo.

Pero en este día —tal vez el séptimo desde su llegada, tal vez el septingentésimo— había muy poca esperanza que encontrar entre los cansados viajeros.

Cuando el grito familiar de Walt les sacudió de su letargo, se acercaron a la reencarnación, aunque de forma perezosa, a pesar de su significado culminante.

—Nuestro último niño aburridamente perfecto —dijo Crookes arrastrando las palabras mientras rodeaban al postrero de los retoños de la vegetación—. ¿Alguien oye ya la Trompeta Final?

Walt contemplaba al niño de un modo extraño, con una mirada de rara inquietud en su rostro.

—¡Algo me asusta cuando más seguro creí que estaba! ¿Cómo puede ser que esta tierra no enferme, tan llena de carne muerta como está? ¿Dónde están los líquidos pestilentes que la rellenan? Si abro un surco con mi arado, ¡estoy seguro de que la carne pestilente quedará expuesta! Cada pizca de este abono un día formó parte de una persona enferma, ¡generaciones de borrachos y glotones!

Walt se puso de rodillas y clavó los dedos en el suelo.

—¡El mismo viento debería ser infeccioso!

Emily corrió junto a Walt, se dejó caer al suelo y le abrazó.

—¡Walt, por favor! ¡Te necesitamos! ¡No sucumbas al delirio —por mi bien—!

Poco a poco, sus sollozos amainando, Walt se recuperó. Se levantó y se limpió las manos de tierra coagulada en los pantalones.

—Muy bien. No soy la tierra, ni el apéndice de la tierra. Soy el amigo y compañero de la gente, todos igual de inmortales e incomprensibles que yo.

—Mucho mejor —aplaudió Emily.

Mientras Walt había experimentado este momento de terrible duda de las apariencias, *Madame Selavy* se había aproximado al recién nacido dando un rodeo. Entonces, de rodillas junto a él, le dijo con una dulzura de sacarina:

—Dinos tu nombre, *petit bébé*.

—Me llamo Ezra...

De repente *Madame Selavy* chilló:

—¡Escúchame, Ezra, diablillo! ¡Más te vale que nos saques de este maldito infierno, o yo misma te volveré a matar!

La vidente apretó las manos rodeando la garganta del niño... Y se quedó congelada, como si una corriente galvánica le hubiera atravesado.

De la boca de Ezra emergió la voz de *Madame*, clara como la campana de una iglesia unitaria.

—Me llamo Maude Frickett. Mi madre era una pescadera soltera del mercado de Fulton, en Nueva York. A los siete años me quedé huérfana y tuve que vivir en la

calle, refugiándome por las noches en una barcaza en el East River. A los diez años, unos marineros me violaron. A los trece años, me hice prostituta. Para los quince, había añadido el robo de carteras y servir ginebra a mis habilidades. Ahorré suficiente dinero para abrir mi propio burdel con veinte años de edad. Cuando la policía me clausuró, cambié de carrera. Me establecí en Albany como médium. Allí es donde me encontró Andy. Él cree que me está utilizando, pero es justo al revés. ¡Nadie utiliza a la vieja Maude! Nadie es lo bastante listo. No son más que blancos, todos, aptos para ser desplumados...

Con gran esfuerzo, *Madame Selavy* apartó sus manos del niño, rompiendo el flujo de comunicación secreta. Durante un par de segundos, permaneció de rodillas. Luego se le pusieron los ojos en blanco y se desplomó desmayada.

Davis se apresuró a auxiliar a la afectada vidente, al igual que hicieron los demás poco después. Los niños, mientras tanto, tranquilamente se hicieron cargo de Ezra, quien de la misma manera había perdido la consciencia.

Una vez que *Madame Selavy* estuvo cómodamente tendida entre las avestruces atadas, Crookes dio voz al pensamiento común.

—Una forma de transferencia mental...

Walt lo expresó en tono más poético.

—Hubo un niño que partió, y el primer objeto que vio, en eso se convirtió...

Davis objetó.

—¿Sin duda no creerán que la disparatada biografía que ha escupido el niño pertenece a *Madame Selavy*? Era un caso claro de una transmisión psíquica extraviada de un alma errante, que se ha registrado en las mentes conjuntas de Hrose y Ezra...

Austin echó por tierra la defensa de Davis.

—¡Déjelo ya, Davis! Aunque sea verdad que es usted ciego a los engaños de esa mujer, no puede esperar que nosotros sigamos creyéndola. Usted y Maude —así deberíamos ya referirnos a ella— se han equivocado en todo lo relacionado con este lugar. ¡Y no se olvide de cuando le encontré combinando su «ideoplasma» en mi cocina! ¡Dios, qué tonto fui al aceptar sus excusas pueriles! ¡Mi dolor me ha debido volver loco y ciego!

Davis se vino abajo.

—¡Es cierto! Que Dios me ayude, es cierto. El ideoplasma sólo es algodón puro empapado en varias sales y minerales que brillan de algún modo. Pero nunca hubo verdadera intención de engaño. Maude tiene auténtico talento, cualesquiera que sean sus orígenes. Sólo queríamos ayudar a la gente a sobrellevar sus tristezas. Cobrábamos el dinero justo para mantenernos con un mínimo de confort...

Crookes estaba sujetándose la barbilla concienzudamente.

—Tenemos que intentar cuantificar su receta del ideoplasma, señor Davis. Eso llevará toda nuestra expedición transdimensional a un terreno más científico...

—Por interesantes que sean estas confesiones —interpuso Walt— y por bueno

que sea descargar la conciencia, tienen poca relevancia en este infortunio. Parece que no habrá más progresos hasta que el pequeño Ezra no despierte. ¿Puedo sugerir que usemos este intervalo para descansar un poco? Uno de nosotros tendrá que vigilar a los niños...

—Yo me ofrezco —dijo Davis.

—Yo vigilo con usted —dijo Austin—. No quiero que me engañen otra vez.

—Señor Dickinson, le aseguro...

—Por favor, ahórremelo. Empecemos la vigilia.

Los dos se fueron a unos pocos metros de los niños, quienes pacientemente esperaban agrupados en torno a su camarada yacente. Rápidamente, los humanos restantes levantaron las tres tiendas.

—Yo cuidaré de Maude —dijo Crookes, a cuyo cargo había quedado la mujer, todavía inconsciente, en la tienda de él—. Tengo algunos conocimientos de medicina y podría atenderla. Estoy seguro de que la señorita Dickinson agradecerá no tener que compartir su alojamiento con semejante paciente.

Bajo esta nueva disposición, se retiraron todos.

Emily estaba inquieta. Por más que lo intentara, no podía conciliar el sueño. ¿Qué pasaría cuando Ezra se despertara? ¿Cómo se había convertido la farsa llevada a cabo por Davis y Maude en macabra realidad? ¿Volvería alguno de ellos a ver su hogar, o morirían todos aquí, quedando antes reducidos a la locura?

Con estos y otros pensamientos martirizándole, Emily decidió buscar el consuelo y la orientación de Walt.

Se levantó del jergón y salió de la tienda.

Junto a la entrada cerrada de la tienda compartida por Walt y Sutton, Emily vaciló.

El susurro de una voz ronca se filtraba al exterior.

—¡Oh camarada a mi vera! Oh al fin tú y yo, y sólo nosotros dos. Con mis brazos sobre tus hombros, estoy satisfecho. ¿Qué? ¿Es esto entonces un roce que me agita a una nueva identidad? ¡Llamas y éter se apresuran a mis venas! La punta de mi ser, traicionera, se extiende para ayudarles. ¡Desabotonando mis ropas, sujetándome por el talle desnudo, comportándose licencioso conmigo, no aceptando negativas, apartando mi juicio sin pudor! ¡La ubre de mi corazón gotea dulce leche! ¡Separa la camisa de mi pecho! ¡Apoya tu cabeza de cruzado en mis caderas y entrégate a mí con ternura!

Henry Sutton soltó una carcajada y contestó:

—¡Qué raro hablas, viejo! Pero te quiero de todos modos.

Luego cesaron las voces.

Emily se tambaleó hacia atrás, con un brazo levantado tapando su cara.

No, no podía ser... tenía que estar equivocada.

De la tienda vinieron los inconfundibles ruidos de placer que Emily recordaba de la noche de su entrega a Walt.



Una imagen extrañamente turbadora de sus días de colegio le vino a la mente: una escultura griega de dos luchadores olímpicos desnudos, sus miembros extáticos y fibrosos entrelazados... *¡Descubrir el Transporte por el Dolor, como los Ciegos descubren el sol! ¡Es la Angustia Soberana! ¡La desgracia señalada!*

Con la visión empañada por las lágrimas, Emily huyó a su último refugio. Echando hacia atrás la puerta de lona de la tienda de Crookes, estaba a punto de volcar su sufrimiento cuando sus sentidos registraron la escandalosa escena interior.

La fingida vidente parecía parcialmente consciente, como una durmiente perezosa luchando con Morfeo, o una libertina aletargada. Sus prendas superiores estaban enrolladas en la cintura, dejando expuestos sus generosos dones —de apariencia bastante normal, sin filtraciones de ideoplasma evidentes—.

Crookes acariciaba despacio estos atractivos, sin encontrar resistencia.

—Figúrate, una vulgar ramera. Sí, no me rechazarás.

Emily se ahogó en un océano de bilis. Las náuseas le hicieron caer de espaldas.

Quería chillar, pero era como si una membrana invisible le cubriera la cara, dejando todo el horror encerrado en su interior.

¿Era su mente la que se estaba trastornando, o eran las de los demás?

En ese momento, se oyó el grito de su hermano.

—¡Deprisa! ¡El niño se está despertando!

Emily fue tambaleándose a ciegas hacia la voz de Austin. Con que hubiera habido un mínimo guijarro en su camino, no lo hubiera conseguido. Pero la hierba no ofrecía obstáculos, y de algún modo llegó junto a su hermano, desplomándose en sus brazos.

—Emily, ¿qué pasa?

El «¿Por qué?» afligido del amor que parte los corazones más inmensos fue lo único que pudo decir.

Antes de que Austin pudiera seguir preguntándole, los otros cuatro se unieron al trío.

Crookes ayudaba a sostenerse a una Maude confusa, con uno de sus pechos todavía expuesto. Walt y Sutton sólo llevaban puestas unas camisetas interiores largas y abotonadas, que afortunadamente les colgaban hasta los muslos.

—Allen —llamó Walt—. ¿Qué ocurre?

Los niños habían formado un círculo. En el interior, el aire parecía resplandecer, como en torno a los tubos ideoplásticos del Tanatopsis.

—Ahora que estamos todos, nos vamos al mar —contestó el niño.

—¡Lleavadnos con vosotros!

Hubo un momento de silencio, como si los niños se estuvieran comunicando. Después:

—Muy bien. Entrad en el círculo.

Soltando la mano de un compañero, Allen hizo un hueco.

Lentamente, sabiendo que no tenían elección, los humanos se arrastraron al interior.

Emily pensó en quedarse atrás, dejando marchar a los otros, para poder morir sola en su miseria. Pero en el último segundo, sus pies se movieron en sincronización con los demás.

El círculo se volvió a formar.

Alrededor de los humanos, el aire parecía vibrar y estremecerse. Emily pensó, *Hay un alba por los hombres inadvertido, donde los niños sobre un verde más esquivo, mantienen su Mayo Esplendoroso. Y durante todo el día, con juego y baile, y retozo del que tal vez nunca hable, ocupan su tiempo ocioso. Nunca vi una escena tan fascinante. Nunca tal aro en un verde semejante—*

Entonces surgió un murmullo que sólo podía sentirse en los huesos—

Niños y Humanos estaban de pie en la orilla del mar.

Sin embargo, no era una orilla de arena.

Una vasta lengua de agua lamía una ribera de hierba de suave pendiente.

Y el mismo mar era verde como una manzana en primavera, e inmóvil como el sudario de seda de un cadáver.

La transición instantánea dejó a Emily estupefacta, y a los demás era evidente que también. Habían ocurrido demasiadas cosas demasiado deprisa. Sus piernas eran un flan, y se dejó caer al suelo.

Los niños se separaron formando una línea, mirando al océano. Allen se volvió hacia Walt.

—Adiós, padre.

Las almas renacidas empezaron a caminar hacia el mar.

La pendiente debía ser escarpada. A sólo un metro de la orilla, se sumergieron hasta la barbilla.

Un paso más, y el agua se cerró sobre sus cabezas. Se habían ido.

La última esperanza de escapar para los humanos había desaparecido... Emily notó que alguien pasaba rozándole.

Era Maude.

Como una sonámbula, atraída tal vez por los restos de su intensa conexión con Ezra, o por simple desesperación, la vidente se dirigió al mar.

Antes de que nadie pudiera pararla, había entrado en el agua. Sólo dos pasos, y le llegaba por la cintura, levantándole el vestido a su alrededor como el manto de una medusa.

Davis echó a correr para rescatar a su socia, pero la disuasión enérgica de Crookes le detuvo.

—¡No, quieto! ¿No ve lo que está pasando, hombre? ¡No se está hundiendo, se está disolviendo!

Era cierto. De pie justo donde los niños, más bajos que ella, se habían sumergido, Maude no debería haberse inundado de esa manera. De hecho, ¡había dejado de moverse y aun así el agua seguía trepando por ella! El mar se la tragó inexorablemente, mientras los presentes miraban horrorizados. Sin dar muestras de

dolor, más bien de felicidad trascendental, la mujer se fundió en el abrazo del océano, hasta que sólo quedó su ropa vacía flotando en el plácido mar.

Davis gimió:

—¡Maude! —y se derrumbó.

Emily había traspasado todos los límites del espanto. Traicionada, deslumbrada, desolada, su mente inmersa en una especie de zona fría y enrarecida, como un pequeño pájaro que la tormenta lleva hacia la parte más alta de la atmósfera y descubre que de algún modo todavía puede respirar y volar.

Emily se rió para sus adentros, donde la histeria le hervía a borbotones.

*Partí temprano —Cogí a mis Amigos—*

*Y visité el Mar—*

*Las Sirenas del Sótano*

*Salieron a mirar—*

*Pero ningún Hombre me movió —hasta que la Marea*

*Pasó más allá de mi Zapato sencillo—*

*Y más allá de mi Delantal —y mi Correa*

*Y más allá —también— de mi Corpiño.*

*E hizo como si me fuera a devorar—*

*Entera como hace un Rocío—*

Coincidiendo con la intrusión de Maude en el mar glotón, como a modo de respuesta, se oyó un ruido grave y atronador procedente de la llanura que se extendía detrás de ellos.

Austin ayudó a Emily a levantarse, y Crookes asistió a Davis. Juntos, los seis remontaron la cuesta hasta que hubieron alcanzado la estepa gramínea.

Había una Montaña verde rompiendo la meseta a una distancia media. Su magnitud oscureció por un momento el hecho de que tenía un familiar perfil humano.

Entonces la Montaña se levantó hasta la cintura.

Sólo Walt se atrevió a hablar.

—Parece que hemos despertado a alguien...

Por un momento, la Montaña estuvo sentada sobre la Llanura en su Silla impresionante, su observación infinita, su indagación en todas partes—

Por fin vio a los humanos.

La Montaña se puso en pie y echó a andar.

En nada de tiempo se alzaba sobre la expedición, proyectando una sombra fría que les atravesaba.

La Montaña, observó Emily, era hermafrodita. Dividida de arriba abajo por el medio, su mitad izquierda era Emily desnuda, su mitad derecha Walt desnudo.

Barba y seno, genitales partidos... ¿era ésta entonces la magnífica resurrección de sus almas, unidas para la eternidad? ¿O más bien era una apariencia adecuada para algo que no lograban comprender?

Emily notó una curiosa sabiduría emanando del ser gigantesco. Parecía sentir por qué estaban aquí, parecía comprender sus vidas enteras de principio a un fin todavía por ver, igual que una persona puede entender la totalidad de la corta existencia de una mosca de mayo.

Y la Montaña irradiaba piedad.

Entonces el gigante alargó la mano, tan enorme y verde como el Common de Amherst.

Emily oía un rugido, como el del mar. Algo le apretaba la cara. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado?

Palpó el impedimento a su respiración, consiguió arrancárselo.

Era una máscara de gas.

Emily se puso de pie sin fuerzas.

Estaba a bordo del Tanatopsis, cuyo casco seguía montado sobre la plataforma en medio del herboso parque del pueblo, con la proa todavía goteando champán. En lo alto se extendía el bienvenido cielo azul, con un sol a la altura normal del mediodía. Los edificios familiares del pueblo se congregaban en torno a ellos de forma tranquilizadora. De la bodega venían los graznidos sofocados de las avestruces.

El ruido más fuerte era el de la multitud que había venido a verles partir. Sus clamores se estaban volviendo ya desagradables.

«¡Que empiece el espectáculo!». «¿Cuándo van a navegar?». «Les he visto temblar, ¡pero luego han vuelto!». «¡Iza las velas, marinero!». «¿Dónde está el huracán fantasmal?». «¡Enséñanos esqueletos!». «¡Cielo o muerte!».

Los compañeros de travesía de Emily estaban junto a los sofás. Todos parecían tan aturridos y confusos como se sentía ella.

—Con los muertos, soñé —dijo Walt—. Paso extraño fue, mas incluso ahora se desvanece, se desvanece, se desvanece...

Crookes dijo:

—Yo también medio recuerdo una aventura que casi trasciende a las palabras. ¿Ha sido sólo el éter, o ha sido...?

—¿He podido abrazar a mis hijos? —preguntó Austin—. ¡Que alguien me lo diga, por favor! No creo que pueda volver con Sue sin saberlo...

—¿Dónde está *Madame Selavy*? —preguntó Davis con urgencia.

Emily se dio cuenta entonces de que la médium faltaba realmente. Davis corrió al lateral del barco y se dirigió al gentío.

—¿Alguien ha visto a una mujer salir del barco? ¡Hablad, por el amor de Dios!

«Yo no». «Habrás *saltao* del barco si no está allí». «Yo creo que la he visto tirarse por la borda». «Oye, ahora que lo dices...». «Sí, le he visto remangarse las faldas y echar a correr». «No ha podido admitir el fracaso...».

Davis volvió, frotándose la frente con gesto de cansancio.

—No me parece posible que Hrose haya huido. Pero la alternativa... no lo puedo concebir, pero es algo demasiado horrible para contemplarlo. Tal vez la encuentre en Las Coníferas...

Austin dijo en tono severo:

—Me temo que ya no es usted bienvenido en Las Coníferas, señor Davis, ni tampoco *Madame*. Todo este asunto ha resultado ser un fiasco caro y bochornoso. Si es usted tan amable de recoger sus pertenencias, con mucho gusto le pagaré el billete de vuelta a Poughkeepsie.

—Y yo también me voy —dijo Crookes—. Esta infructuosa distracción al margen de la ciencia ha durado demasiado. Mi laboratorio me reclama.

—Henry y yo hemos de irnos también —dijo Walt—. Las calles de un millón de pies de Manhattan nos reclaman.

El fornido poeta rodeó con el brazo a su joven compañero, que sonreía con una afabilidad animal, como si sólo hubiera ido a dar una vuelta a la manzana. Entonces Walt se volvió hacia Emily.

—¿Consideraría acompañarnos a Nueva York, señorita Dickinson? Aunque no puedo garantizarle una entrada directa en la sociedad literaria, puede que encuentre agradable rodearse de escritores en el bar de Ptaff. Y eso, con un poco de suerte, podría muy bien llevar a la publicación de su poesía...

Ésta era la invitación para la que había vivido durante largos años, de la mano del hombre que más respeto y admiración le había mostrado.

¿Entonces por qué le inundaba una oleada de repugnancia?

Algo que había descubierto, algo sobre Walt y el joven Sutton...

No, se había ido. La causa era invisible, pero el afilado sentimiento de desagrado permanecía.

Emily habló con tono frío.

—Me temo que mi sensibilidad no me permitiría entrar cómodamente en los círculos que usted frecuenta, señor Whitman.

Walt sonrió de modo triste.

—Como desee, *ma femme*.

Casi se ablanda entonces. Pero su acérrima alma de Nueva Inglaterra no pudo romper sus cadenas de hierro.

Los hombres tendieron la pasarela, y los viajeros descendieron. A mitad de bajada, Emily divisó a Vinnie que le estaba esperando y le saludó con la mano.

Cuando Emily puso el pie en la hierba, le abrumó una visión repentina, plena, clara y detallada.

Vio sus días futuros en su totalidad. El transcurrir de los años sin más compañía masculina que la del Patrón y Austin. Encerrándose cada vez más en su habitación. Cuidando el jardín, cuidando a sus padres cuando su salud empezó a declinar. Escribiendo cartas, escribiendo poemas. Vinnie quedándose con ella, volviéndose

amargada y retorcida. Y al final su propia muerte, su cadáver sacado a hombros por la puerta de atrás y cruzando los campos...

¿Y el renacimiento con el que había soñado?

Una imagen de un mar verde surgió de alguna parte. Era extrañamente reconfortante.

Tristes y solitarios serían esos años, largos y fríos, y aun así no carecían de cierta gloria helada...

Este viaje, aunque fallido, había sido el punto de inflexión. Ya no había vuelta atrás.

¿Y si hubiera rechazado de verdad los encantos de Whitman, la primera vez que le recitó poemas bajo su ventana? ¿Si le hubiera ignorado completamente, en lugar de ir detrás de él? ¿Habría hecho eso su futuro más llevadero?

No. No había podido hacer otra cosa.

Pero el precio de saber quién era le parecía muy alto.

*Por cada extático instante  
Debemos pagar un tormento  
En proporción intensa y trémula  
Al éxtasis del momento.*

*Por cada hora adorada  
Años de miseria extrema—  
Amargas limosnas pugnadas—  
¡Y Arcas colmadas de Pena!*